



**De la vuelta del olvido a las memorias de Angostura.
Significados, narraciones y diálogos intergeneracionales sobre el conflicto
armado**

Pedro Correa Ochoa

Tesis de maestría presentada para optar el título de magíster
en Intervención Social

Tutor

Pablo Bedoya Molina, magíster (MSc) en Historia

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Maestría en Intervención Social
Medellín, Antioquia, Colombia
2021

Cita	(Correa Ochoa, 2021)
Referencia	Correa Ochoa, P. L. (2021). <i>De la vuelta del olvido a las memorias de Angostura. Significados, narraciones y diálogos intergeneracionales sobre el conflicto armado</i> [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Maestría en Intervención Social, Cohorte I.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decana: Alba Nelly Gómez García

Jefe departamento: María Edith Morales Mosquera.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A los habitantes de Angostura por su generosa vinculación a este ejercicio de memoria y por su compromiso para ofrecer aquí sus voces y recuerdos, muchos de ellos dolorosos. Por sus palabras que revisten profundas lecciones de dignidad, valentía y perdón, ¡mi admiración y gratitud!

A los jóvenes que aceptaron ser cómplices de la memoria y, de manera desinteresada, abierta y respetuosa, asistieron a la invitación de escuchar, reflexionar y resignificar ese encuentro entre un pasado que está difuso en sus recuerdos y un presente que los invita a asumir su participación en ciudadanías activas, pacíficas y solidarias.

A las personas que desde instancias locales del municipio acompañan, día a día, procesos que garantizan los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición. Gracias por respaldar y estimular este proceso de memoria.

Al profesor Pablo Bedoya Molina, asesor de esta investigación, por sus orientaciones agudas, respetuosas, oportunas y comprometidas, que nos permitieron llegar, juntos, a un resultado académico consecuente con mis intencionalidades personales y las de la Maestría en Intervención Social.

A los viejos amigos que con palabras afectuosas alentaron la culminación de este proceso. Y a los nuevos amigos que, con su calidez humana y enseñanzas, hicieron que el paso por esta Maestría no solo fuera una valiosa experiencia académica, sino también una grata experiencia personal.

A quienes han sido principio y fin, siempre: papá y mamá. A mi hermano, por su complicidad y acompañamiento para recorrer caminos buscando las voces que tejen este relato, que en parte es también nuestro relato y nuestras memorias.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract.....	8
Introducción.....	9
Capítulo 1. Acentos contextuales del conflicto armado en Angostura develados por la memoria colectiva.....	24
1.1 Acento 1. Tanta oscuridad en una noche iluminada: una huella emblemática en los recuerdos.....	28
1.2 Acento 2. Actores armados: protagonismos y ausencias en la memoria colectiva....	47
1.2.1 Recuerdos sobre el arribo de grupos guerrilleros y los virajes de su interacción con la población civil.....	48
1.2.2 Percepciones sobre los diversos grupos actores armados.....	57
1.2.3 Aproximación contextual al anclaje del Frente 36 de las Farc como el actor de mayor incidencia en Angostura	72
1.3 Acento 3. Cartografías de la memoria: un territorio de tránsitos y acomodados estratégicos.....	76
1.3.1 Trazos en el plano sur: «Por mi casa era un corredor».....	78
1.3.2 Trazos en el plano norte: «El Caguancito angostureño»	85
1.4 Acento 4. Entre el cielo y el infierno: la eficacia simbólica del Padre Marianito	92
1.5 Acento 5. Las esperanzas y los sinsabores del presente y el posacuerdo de paz.....	99
Capítulo 2. De las voces emerge la esperanza: narrativas del dolor, el miedo y la fortaleza	103
2.1 A una voz: cinco víctimas relatan las cicatrices del conflicto armado	106
2.1.1 Un daño que no tiene precio	106
2.1.2 Tenemos a la persona que más les duele	113
2.1.3 Los gajes de andar por todas estas trochas	122
2.1.4 Su muerte fue consecuencia del amor	128
2.1.5 Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero.....	133
2.2 Al unísono: los hechos victimizantes y las formas en que son recordados	136
2.2.1 Repertorio de victimizaciones en Angostura [Aproximación contextual]	136
2.2.2 Los relatos de las víctimas: formas de enunciar, develar y significar	141
Capítulo 3. La memoria en diálogo intergeneracional como posibilidad de intervención social en el contexto angostureño.....	160
3.1 La memoria como concepto y su asiento en el contexto colombiano.....	160

3.2 Memorias locales en deuda: un primer «croquis» para Angostura	164
3.3 Memorias en diálogo intergeneracional, experiencias para la intervención socioeducativa y la generación de dispositivos de memoria	167
Consideraciones finales	184
Índice de entrevistas	192
Referencias bibliográficas	193
Anexos. Dispositivos de memoria	199

Lista de Figuras

Figura 1 Mapa A. Ubicación de Angostura en Colombia y Antioquia.	13
Figura 2 Mapa N. 1: municipio de Angostura, mapa por veredas.....	76
Figura 3 Mapa N. 2: Angostura como circuito territorial, corredores de tránsito de los grupos armados en la zona sur del municipio.....	78
Figura 4 Mapa N. 3: Angostura, plantaciones forestales y proyectos hidroeléctricos.	82
Figura 5 Mapa N. 4: Angostura como circuito territorial, corredores de tránsito de los grupos armados en la zona norte del municipio.	86
Figura 6 Gráfica 1. Personas afectadas por hechos victimizantes ocurridos en Angostura por año (1985 a 2020).....	138
Figura 7 Facsímil 1. Portada, página de presentación y contraportada de la libreta Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.....	170
Figura 8 Fotografía 1. Circulo de las palabras, actividad durante el taller Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.	171
Figura 9 Facsímil 2. Dos de los testimonios recogidos por los jóvenes de Angostura en las libretas Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.....	173
Figura 10 Facsímil 3. Tres ejemplos de los mapasemáforos las libretas Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.....	174
Figura 11 Fotografía 2. Encuentro con participantes del ejercicio de memoria intergeneracional Jóvenes cómplices de la memoria intergeneracional.....	178
Figura 12 Imagen 12. Fragmentos de dos de las cartas escritas por los jóvenes de Angostura en el ejercicio de memoria intergeneracional Relatos compartidos.....	179

Resumen

A través de las voces, los recuerdos y relatos de un grupo de habitantes de Angostura, esta investigación devela sentidos y significados que tres décadas de conflicto armado —desde los ochenta hasta la segunda década del nuevo milenio— dejaron en la memoria colectiva de este municipio de la subregión Norte de Antioquia, Colombia. A partir de entrevistas, información documental y técnicas interactivas, se exponen una serie de «acentos de las memorias», que ahondan aspectos contextuales de la expresión local del conflicto, entre ellos el arribo de los grupos armados, las dinámicas y las formas de relacionamiento con el territorio y con los habitantes de Angostura; las percepciones de la población civil frente a los diversos actores armados; la eficacia simbólica del Padre Marianito; y acontecimientos como la incursión guerrillera ocurrida en marzo de 1994 en el casco urbano y las percepciones tras el acuerdo de paz con las Farc-Ep. La investigación —que asume la modalidad narrativa como vehículo para redimir lo mudo de la experiencia— da también protagonismo a cinco víctimas, quienes relatan desde su historia personal algunos de los repertorios violentos que caracterizaron el curso de la confrontación armada en la localidad. A partir de tales relatos, se presentan además varias actividades de diálogo intergeneracional como campo de intervención social para propiciar dispositivos de memoria colectiva en el municipio, y se exploran también las significaciones de las víctimas frente al duelo, los impactos sicosociales y familiares del hecho victimizantes, las representaciones de los victimarios, el acompañamiento comunitario e institucional, y las formas como observan la reparación y la justicia.

Palabras clave: Angostura, memoria colectiva, memorias, conflicto armado, relatos, narrativas del conflicto, actores armados, territorio, conflicto local, víctimas, repertorios violentos, confrontación armada.

Abstract

Through the voices, memories and stories of a group of inhabitants of Angostura, this research unveils the senses and meanings that three decades of armed conflict—from the 1980s to the second decade of the new millennium— left in the collective memory of this municipality in the northern sub-region of Antioquia, Colombia. Based on interviews, documentary information and interactive techniques, a series of "accents of memories" are presented. They delve into contextual aspects of the local expression of the conflict, including the arrival of the armed groups, the dynamics and ways of relating to the territory and the inhabitants of Angostura; the perceptions of the civilian population regarding the various armed actors; the symbolic efficacy of Father Marianito; and events such as the guerrilla incursion in March 1994 in the urban center and perceptions after the peace agreement with the FARC-EP. The research -which assumes the narrative modality as a vehicle to redeem the mute aspects of the experience- also places five victims as protagonists. They recount, based on their personal history, some of the violent repertoires that characterized the course of the armed confrontation in the locality. Based on these accounts, several intergenerational dialogues are also presented as a field of social intervention to promote collective memory devices in the municipality. The sense that the victims make of mourning is also explored, as are the psychosocial and familial impacts of the victimizing event, the representations of the perpetrators, the community and institutional assistance and the ways in which reparation and justice are viewed.

Keywords: Angostura, collective memory, memories, armed conflict, narratives, conflict narratives, armed actors, territory, local conflict, victims, violent repertoires, armed confrontation.

Introducción

«La vuelta del olvido» es un paso obligado en el camino hacia Angostura. Ese tramo curvoso, no solo es una popular referencia para los viajeros que vienen y van, es también un elemento identitario de los angostureños: allí, imponente, se levanta uno de los principales lugares de culto y fervor religioso. La ubicación, además, emerge con frecuencia en los recuerdos que los habitantes de este municipio del Norte de Antioquia conservan sobre las dinámicas del conflicto armado colombiano en su territorio. No es caprichoso, entonces, que el título elegido para el polifónico relato que le sigue a este apartado introductorio esté inspirado en ese lugar.

En esa forma de nombrar no solo hay una sonoridad identitaria —y, si se quiere, literaria—, hay también una intencionalidad implícita: la de proponer a los lectores el inicio hacia un viaje simbólico desde «la vuelta del olvido» —aquel que emancipado por el silencio amenaza con sepultar un tramo doloroso de la historia local— hasta las memorias que atestiguan que aquí, en Angostura, también «pasó algo»; esas memorias que constituyen la posibilidad de develar recuerdos, significados y relatos, y que tienen la potencialidad de configurar un registro colectivo, para que las nuevas generaciones puedan acercarse, reflexionar, reconocer y obtener aprendizajes de los múltiples hechos asociados al conflicto armado y de las violencias que, en varias familias de angostureños, dejaron hondas cicatrices. Emprender ese viaje que les propongo a los lectores, me obliga a introducir, a continuación, elementos medulares sobre el desarrollo problematizador, contextual y metodológico de esta investigación.

Los lugares de enunciación y problematización

Emprender este viaje comprende, en primera instancia, advertir *los lugares de enunciación y la intersección entre periodismo e intervención social* desde los cuáles se gestó este trabajo investigativo. Al momento de emprender el camino de esta investigación habían transcurrido diez años desde mi graduación como periodista. En esa labor primaria de los periodistas —la de informar, narrar e interpretar hechos—, los cánones del oficio imponen que un reportero en su ejercicio debe tener en consideración cinco preguntas fundamentales: qué, quién, cuándo, dónde y por qué. El conflicto armado colombiano es un

fenómeno social en el que esa fórmula se instituyó casi de manera inamovible: valientes periodistas han asistido durante más de cinco décadas a pueblos derrumbados, a campos ensangrentados o a regiones despobladas; una vez allí toman notas, graban entrevistas, capturan imágenes y, luego, instigados por la urgencia del cierre del periódico o la salida al aire del noticiero, dan cuenta de los hechos —trágicos en su mayoría— que consideran deben ser conocidos por sus públicos. Esos valiosos registros, que tributan hoy por sí mismos a un relato de memoria histórica nacional, no solo han visibilizado la gravedad y el daño estructural que poco a poco provocó el conflicto en la sociedad colombiana, sino que también se constituyeron en un documento esencial en la construcción de memoria histórica del conflicto armado en el país.

Una posición reflexiva frente a los alcances del conflicto armado y su huella en el periodismo colombiano, invita a cuestionar los vacíos heredados por esa urgencia noticiosa. La periodista Patricia Nieto (2013) señala que:

Las reflexiones en torno al papel de los medios permiten afirmar que estos se han convertido en relatores de la guerra que otorgan visibilidad privilegiada a los guerreros, mientras que el país del no-guerrero, del sujeto que ha sobrevivido a la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima de ella, no ha sido escuchado. (p. 83)

Esa idea nos trae hasta un cruce que me veo obligado advertir en el marco de esta investigación: el de un periodista que se inserta en la comprensión e intención de la intervención social. Ello no solo da luces de la aspiración que originó esta investigación, sino también que deja sentada una intersección epistemológica y me sitúa como profesional y como investigador. Es decir que este ejercicio investigativo, aunque no se aleja completamente, trasciende el rol de periodista y, consciente no solo de ser candidato a magíster de una maestría en intervención social, sino a la vez de una maestría en intervención social con énfasis en paz y posconflicto, el proceso investigativo fue asumido como «una actividad que intenta responder a necesidades sociales, siendo su propósito la integración, autonomía, bienestar y participación de las personas en relación con su entorno» (Saavedra, 2015, p. 137).

A esas cinco preguntas aprehendidas en el ejercicio periodístico, el acercamiento disciplinar a la Maestría en Intervención Social les sumó, entonces, un «para qué». Y ese para qué, para qué relatar lo que le ocurrió a un pueblo y a los habitantes de ese pueblo, está atravesado e impulsado también por mi propia conexión y cercanía vital con Angostura, un municipio que he habitado desde niño. A partir de 1992, cuando mi familia y yo llegamos a vivir en la zona rural, fuimos testigos de la agudización del conflicto armado en la región.

Vinculado como sujeto situado por esa experiencia de vida, con la mirada del periodista y el propósito de la intervención social, casi tres décadas después me planteé como problema medular y orientador de esta investigación la pregunta por ¿cuáles son los significados que los habitantes de Angostura le otorgan a la expresión local del conflicto armado en las narrativas que construyen a partir de las memorias individuales y el diálogo intergeneracional sobre este? Tal pregunta plantea de fondo una intersección entre la memoria como propósito y la intervención social como proceso, o como explica Carballada, A. (2010): «como una forma de “hacer ver”, de vincular a ese otro con lo propio, con la cultura y con aquello que lo construye. La perspectiva de esta noción de visibilidad da cuenta de la posibilidad de intentar mostrar aquello que la intervención hace ver, muestra, pone en escena».

Memorias locales para el contexto transicional

Buscar respuestas a ese problema medular, plantea poner la lupa en un contorno local en el que las cifras dan pistas de los enquistamientos de la guerra. De acuerdo con la información consolidada por la Unidad de Víctimas, en Angostura los repertorios violentos alcanzaron —en hechos registrados entre el periodo 1985 a 2018— a 5290 habitantes que sufrieron 12 tipos de violencias. La cifra es significativa, si se considera que el total de la población, según la base de datos del Sisbén, es de 12 138 habitantes (Alcaldía de Angostura, 2016, p. 89). Pero, ¿cuáles son las honduras de las experiencias individuales y colectivas de las que emergen esos datos? ¿Qué elementos develadores del conflicto armado colombiano en su expresión local hay detrás de esas cifras? De allí, parte también esta apuesta investigativa que no solo busca ser una contribución en un proceso que permita desanudar las memorias locales del ámbito de lo privado y de lo anecdótico, sino también que estas puedan trascender al diálogo y la reflexión pública.

Tal intencionalidad se inserta en un macrocontexto regional y nacional de transición —complejo y no libre de obstáculos— tras seis décadas de conflicto armado interno. El proceso de paz llevado a cabo entre los años 2012 y 2016 por el Gobierno nacional y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —Farc-EP—, derivó en la firma del *Acuerdo Final Para La Terminación Del Conflicto y La Construcción De Una Paz Estable y Duradera*. Este acuerdo estuvo antecedido y, podría decirse, nutrido en buena parte por múltiples ejercicios y acciones de memoria concebidas e impulsadas por organizaciones, colectivos sociales y comunitarios, individuos, el sector académico e instituciones públicas y privadas, entre otros. Tímidamente, desde la década de los noventa y con más firmeza en las décadas posteriores, el «deber de la memoria» se insertó en las narrativas del conflicto armado y se afincó como una de las piezas medulares en la garantía de los derechos de las víctimas a la justicia y a la reparación.

A pesar de ello, el conflicto colombiano se irrigió con tal contundencia en todo el territorio nacional, que a los propósitos de reconstruir la memoria colectiva se le han signado limitaciones propias. El *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013) —uno de los informes más completos sobre las honduras del conflicto colombiano— advierte de manera honesta esas limitaciones y plantea que los trabajos de memoria histórica en el país, al menos aquellos propiciados desde los marcos estatales, han optado por la documentación de casos emblemáticos «entendidos como lugares de condensación de procesos múltiples que se distinguen no solo por la naturaleza de los hechos, sino también por su fuerza explicativa» (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013, p. 19).

Figura 1 Mapa A. *Ubicación de Angostura en Colombia y Antioquia.*

Esa construcción de memoria enfocada en casos emblemáticos —una cierta clasificación o rango de medida denotativo de los efectos del conflicto—, me obliga a exponer preguntas críticas en el marco de esta investigación: ¿qué pasa con la memoria de aquellos territorios donde el conflicto tuvo menor impacto? ¿Es posible plantear una ecuación —número de muertos, de masacres, de desplazados...— que defina el estatus «emblemático» de un territorio afectado por el conflicto armado o el sentido de oportunidad para ofrecer ejercicios de memoria? Es allí donde la problematización que inspira esta investigación tiene resonancias con la contextualidad de este periodo de transición. En Angostura, la inexistencia de ejercicios investigativos que detonen procesos de memoria y vinculen directamente a la población civil en estos ha puesto en vilo la posibilidad de reconstruir desde las memorias —contenidas en las experiencias individuales y colectivas—, lo acontecido en el municipio, tras tres décadas en las que el conflicto armado



se enquistó en las dinámicas locales.

Así es que, la posibilidad que ofrece ese vacío en el estado del arte de ejercicios de memoria local para Angostura, aunada al proceso transicional que vive el país, dotan a esta investigación de una perspectiva pionera que no solamente aporta elementos develadores

para significar la expresión local del conflicto en el pasado reciente, sino que pone ese pasado en función de sus resonancias con el presente y futuro del municipio, así como con los nuevos escenarios sociales que emergen en él: el desescalamiento de la guerra; la emergencia de nuevas problemáticas sociales; la permanencia y aparición de algunos grupos armados ilegales; los procesos de empoderamiento social; la reactivación económica y productiva; y las reconfiguraciones en las dinámicas de participación política y social.

Con lo anterior, asumimos que, si bien son fundamentales las miradas descriptivas e interpretativas que permanentemente se han venido construyendo sobre las dinámicas del conflicto armado en contextos macrorregionales, hay una urgencia por poner el foco de análisis en ámbitos territoriales acotados, y develar multiescalarmente, a través de esos análisis, las complejas capas de un conflicto caracterizado por la imbricación de problemáticas locales, macrorregionales y de orden nacional. Esa tarea, necesariamente, tiene que pasar por la reconstrucción de las experiencias locales de la guerra, de tal forma que ese ejercicio de memorias del conflicto local haga extensivo a los territorios el diálogo público y un reconocimiento más participativo sobre las implicaciones del actual contexto transicional que vive Colombia.

El relato y sus significados: médula metodológica

¿Cómo contribuir en esa reconstrucción de la experiencia local del conflicto en Angostura? Para revistar es pasado —que es el mío y es también el de otros—, situé la ruta metodológica en la investigación cualitativa. Así, vinculando esas dos posiciones: la del periodista y la de la intervención social, consideré que el relato podría abrir no solo un camino para contar lo que ocurrió sino también posibilitar una conversación colectiva. La modalidad narrativa, con un enfoque fenomenológico, fue entonces método y forma de conocimiento; como lo plantean Sparker y Devís (2018), la investigación narrativa estudia las formas en que los seres humanos experimentamos el mundo y, como encuadre metodológico, corresponde a «un proceso de recogida de información a través de los relatos que cuentan las personas sobre sus vidas y las vidas de otros» (p. 51).

El ejercicio narrativo permite —desde la voz de los protagonistas— invocar en el presente las significaciones sobre acontecimientos del pasado y, simultáneamente, lleva al investigador a establecer un tipo de orden para esas significaciones y, a partir de ellas,

generar un esquema interpretativo que permita dotar de sentido los sucesos ocurridos en un determinado contexto espacial y temporal, «utilizar el relato como herramienta discursiva y reflexiva» (García-Huidobro Munita, 2016, p. 160).

En tal sentido, consideré —casi de manera caprichosa y urgente— que este estudio debía favorecer la configuración de un relato polifónico que permitiera poner en diálogo los «acentos contextuales del conflicto armado en Angostura develados por la memoria colectiva» —título que le di al primer capítulo de este documento—. Esa configuración parte de dos preconcepciones. La primera, es que este ejercicio de memoria local sería insuficiente si únicamente recogiera relatos que expusieran las experiencias individuales de las víctimas y no integrara, también, una mirada panorámica a partir de los significados y elementos contextualizantes que emergen en quienes habitaron este «periodo» de la cotidianidad local. Es ello a lo que Matus (1999) llama la malla, el entramado de constitución de lo social: «No existe modo eficaz de trabajar lo social sin nombrar polifónica y reconstructivamente lo social» (p. 23). La segunda preconcepción tiene que ver con que la indagación por esos «acentos contextuales del conflicto» desencadenaría un proceso de sistematización que ordenara el relato multivocal, no con el propósito aséptico de instaurar un resultado historicista, sino más bien de poner en diálogo los diversos sentidos y significados que emergen de la memoria colectiva para que con estos, a partir de sus coincidencias y disonancias, se configurara un relato que trasciende la oralidad de la memoria —atomizada, efímera y frágil—, para convertirse en un dispositivo concreto que permita a quien lo lea visitar el pasado interpretativa y comprensivamente, a partir de las voces de otros.

Tal propósito, que plasmé como un objetivo de la investigación, lo ubiqué en la primera fase metodológica. La construcción de esta contextualización tuvo dos fuentes: los registros documentales y de prensa, y los relatos testimoniales de once habitantes del municipio —mayores de 30 años—, cuya participación fue enmarcada por su voluntad para dar su testimonio, así como por su significatividad como líderes comunitarios, actores del sector productivo, habitantes en las zonas rural y urbana o por su trayectoria en procesos político-administrativos del municipio. La significatividad de las voces de las siete mujeres y cinco hombres que participaron en la indagación de los acentos del conflicto, está data también por el hecho de que todos ellos habitaron en el municipio entre los años 1980 y

2020, una trayectoria de vida que sitúa sus testimonios en la periodización del conflicto armado en Angostura y los pone en el lugar de enunciación no solo de testigos, sino, además, del de víctimas directas o indirectas de la confrontación.

Así mismo, en la perfilación de esa significatividad, procuré que los entrevistados tuvieran representatividad tanto en el territorio urbano como en el rural —seis son habitantes del casco urbano y cinco de distintas veredas—, asumiendo que de esta manera sus experiencias y narraciones permitirían identificar y contrastar elementos diferenciadores de las dinámicas del conflicto según su desarrollo en estos dos ámbitos. Así, en las salas de sus casas, en un café del pueblo, en el patio de su casita campesina o en sus lugares de trabajo realicé las entrevistas que nutrieron dicha contextualización y que, en atención a las consideraciones éticas de este proyecto académico, estuvieron antecedidas de una explicación precisa sobre el propósito y alcance de la investigación en la que estaban por participar; así, juntos, leímos y firmamos el documento de consentimiento informado, en el que autónomamente indicaron de qué manera debía tratar su identidad y la información entregada en su testimonio.

En las más de ocho horas que suman el conjunto de conversaciones —realizadas con una guía semiestructurada con aspectos detonadores de la conversación¹—, los once entrevistados expusieron, desde su experiencia personal, cuáles son para ellos los significados que permiten aportar a una contextualización del conflicto en su municipio. ¿Cómo tomar esas voces y la información documental para consolidar un relato colectivo que se convirtiera, al mismo tiempo, en un dispositivo de memoria y de registro histórico? Un primer intento me llevó hacia la neblinosa y ambiciosa pretensión del esclarecimiento, en la que traté de plantear explicaciones, trayectorias históricas y responsabilidades de los actores implicados. Rápidamente, con la orientación siempre ponderada y consecuente del profesor Pablo Bedoya —asesor de esta investigación— comprendí que debía reencuadrar el camino y volver al propósito inicial: la memoria colectiva, entendiendo esta como subsidiaria de ese esclarecimiento, y entendiendo este como una tarea necesaria que, en

¹ Se trató de entrevistas abiertas a partir de preguntas activadoras relacionadas con los recuerdos y experiencias enmarcadas en asuntos como: los hechos/acontecimientos de mayor relevancia en el conflicto armado en el municipio; los actores armados; la apropiación y los usos del territorio; los repertorios de violencia en el municipio; las percepciones sobre la construcción de paz.

todo caso, excedía los alcances, recursos y posibilidades de este ejercicio académico, aunque sin duda el resultado aquí presentado pueda constituirse en aporte para las instituciones y entidades que avanzan en ese camino de esclarecimiento.

Dicho de otra manera, conviene entonces advertir que el resultado de esta investigación ofrece una serie de visiones sobre ciertos hechos o aspectos claves en la comprensión de la expresión del conflicto armado en Angostura, pero no por ello los relatos que contienen esas visiones deben ser considerados, tal cual se cuentan, como versiones unívocas que pretendan el esclarecimiento de lo ocurrido. Es decir, este ejercicio toma distancia del propósito de abordar los hechos de manera inobjetable y, en cambio, plantea un camino interpretativo, que está sujeto al debate y la conversación y que, más que proponer una versión definitiva y un punto final sobre lo acontecido en Angostura, busca suscitar discusiones y una reflexión sostenida sobre ese pasado compartido, con miras a alimentar una esfera local de la memoria.

La «reingeniería» del primer capítulo implicó, por lo tanto, dar el estatus que merecían los testimonios y lo que estos develan para construir ese relato contextual del conflicto local. Decidí, entonces, entender cada componente del capítulo como los «acentos» que emergen con notabilidad en los testimonios, entiéndase aquellos énfasis que aparecen en las memorias: «las historias tienen inevitablemente una voz narrativa: los acontecimientos se contemplan a través de un conjunto peculiar de prismas personales» (Bruner, 1991, p. 65.), así que, en efecto, de las conversaciones con cada uno de los habitantes entrevistados —grabadas, transcritas y codificadas como nodos en el software *NVivo*— emergieron reveladores significados del conflicto local; quedaron expuestas memorias plurales, opuestas, divergentes, y, también, salieron a flote hitos de memoria. Uno de estos hitos es una especie de «parteaguas» de la confrontación armada en este territorio: la toma guerrillera al caso urbano ocurrida en 1994 y ejecutada por las Farc-Ep, que bien puede considerarse como el hecho emblemático de las memorias del conflicto local. La luminiscencia de este evento me llevó a realizar cuatro entrevistas a profundidad adicionales, a personas que estuvieron presentes en una de las noches más feroces para cientos de angostureños. Esa relevancia, además, me dio pie a ubicar este acontecimiento como el punto de partida del capítulo I, compuesto también por acentos que expresan las formas de relacionamiento de la población civil con los actores armados, los modos como

el conflicto de apropió del territorio y las esperanzas y sinsabores tras el acuerdo de paz que se dio entre el Gobierno nacional y las Farc en 2016.

Esos acentos contextuales que componen el capítulo I, también se apoyan en información documental. Durante varios meses me sumergí en el Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política, publicado desde 1996 por la revista Noche y Niebla, y donde están registradas gran parte de las violaciones a los derechos humanos en todo el territorio colombiano. Edición tras edición de dicha revista, consolidé una bitácora de más de cien páginas en la que consigné las acciones violentas que se registraron desde 1996 hasta 2019 en Angostura y en los cinco municipios circundantes —ver anexos: dispositivos de memoria—. Esto último me ofreció información del comportamiento del conflicto en el contexto regional, para establecer en este informe final relaciones y explicaciones. La bitácora es por sí misma otro de los dispositivos de memoria que deja este proceso investigativo: una línea de tiempo de los hechos violentos registrados; en términos metodológicos, insumo interpretativo que entra en diálogo con las narraciones de los entrevistados y con los referentes conceptuales.

Ese compendio de acentos contextuales, dan paso a otro eje introductorio: el de *las víctimas y sus narrativas de dolor y fortaleza* —asunto sobre el que se centra el Capítulo II—. El objetivo principal que trazó el camino de esta investigación fue el de «develar los significados que los habitantes de Angostura le otorgan en sus narrativas a la expresión del conflicto armado en su territorio, para la generación de dispositivos de memoria colectiva en el municipio». Si bien el primer capítulo bebe de las narrativas y los significados expuestos por un grupo de angostureños, como ya se dijo, para construir una mirada abierta y panorámica de asuntos contextuales del conflicto, en un ejercicio de memoria como este era ineludible y un compromiso ético abrir un capítulo protagónico para escuchar las voces de las víctimas directas, de aquellos habitantes que padecieron en carne propia las violencias que se desataron en este territorio. Lo anterior se corresponde con esa intersección entre memoria e intervención social, en la que se propicia una ética que, como señala Martha Nubia Bello (2014): «nace de la interpelación que como ciudadanos y seres humanos nos hace el mal. Es una memoria que permite hacer consciencia de la fragilidad

de la vida humana, de la fragilidad de nuestra propia vida y que, por lo mismo, nos obliga a actuar y a transformar» (p. 203)

Por ello, apelando a las intencionalidades de la intervención social, en el diseño metodológico de la investigación planteé el desarrollo de una serie de talleres enfocados a activar la memoria intergeneracional mediante un diálogo entre cinco víctimas e igual número de jóvenes del municipio. En dichos talleres se propiciaría la escucha respetuosa de las víctimas, y sus memorias se convertirían en relatos que, a la vez, desencadenarían construcciones narrativas propias de los jóvenes. La ejecución de dichos encuentros, sin embargo, se malogró como consecuencia de la emergencia sanitaria por la pandemia de la covid-19, declarada en todo el territorio colombiano en marzo del 2020. A las incertidumbres personales, familiares y emocionales que implicó un «hecho social total» de tal magnitud, se sumaron la imposibilidad de realizar el trabajo de campo planeado y la frustración de no poder activar estrategias virtuales de interacción, pues varias de las víctimas y jóvenes convocados expresaron dificultades de acceso a los recursos tecnológicos.

Pese a ello, la premisa de ir tras las voces de las víctimas se mantuvo de manera irrevocable; así, en la medida en que el comportamiento de la pandemia lo permitió y los picos de contagio flexibilizaron la movilidad, opté por reajustar la estructura metodológica y —acogiendo las medidas de bioseguridad— encontrarme directamente con cada una de las víctimas. Estas personas aceptaron voluntariamente su participación y llegué a ellas a través de recomendaciones de otros habitantes del municipio o mediante instancias locales encargadas de acompañar a la población víctima. De otra parte, metodológicamente definí abordar cinco experiencias, partiendo de la identificación de los cinco repertorios violentos que, según el número de víctimas declaradas, tuvieron mayores impactos en el municipio, es decir: el homicidio, el secuestro, el desplazamiento y los daños a bienes; finalmente, vinculé también el caso de un falso positivo, en vista de la significatividad que este tipo de acción violenta adquirió en el contexto colombiano y la invisibilidad que esos casos han mantenido en el contexto local.

Del conjunto de encuentros con las víctimas, tres se dieron en los hogares de estas y dos más en otros espacios privados definidos conjuntamente. Allí, luego de firmar el pacto ético establecido en el formato de consentimiento informado de esta investigación,

afloraron testimonios conmovedores que fueron grabados en audio y, posteriormente, transcritos por el investigador.

Ese ejercicio se corresponde con dos de los objetivos específicos planteados para la investigación: describir los significados del conflicto armado que emergen en las narraciones y relatos individuales, e identificar tensiones y consensos de las memorias, expuestos en las narrativas. Así, llevado a su materialización, este componente investigativo tributó en dos sentidos. El primero, permitió que la voz personal de los protagonistas se mantuviera presente y trascendiera lo efímero de la palabra pronunciada para convertirse en registro perdurable, en relato escrito al que otros puedan acercarse como dispositivo de memoria: «Lo que antes era enclaustrado, poco a poco se va abriendo; la conciencia pasa a escuchar los llamados que la convocan siempre más allá de sus límites: se hace crítica» (Fiori, 2008, como se citó en Nieto, p. 265). La transición del testimonio oralizado al relato escrito, me llevó como investigador a ejercer ese rol de «interprete, que interpela, colabora y “lee” estos relatos para elaborar un informe» (Bolívar, 2012, p. 3); esa labor comprendió el tomar los textos transcritos y ordenarlos mediante un proceso de edición que no alterara la estructura, la particularidades enunciativas y semánticas, y la autenticidad testimonial. El segundo aporte de este componente, se centró en la lectura analítica de los cinco relatos, partiendo de la premisa de que estos no solo cuentan una historia traumática, sino que también ese contar trae de fondo significados y sentidos que permiten dimensionar conscientemente los alcances, los daños y los impactos del conflicto en la población civil.

Así, se llegó al análisis temático que como parte de la metodología de la investigación biográfico-narrativa sugiere Bolívar: «El énfasis es el contenido del texto (“lo que dice”, más que cómo lo dice), partiendo del supuesto de que el lenguaje expresa de modo directo la realidad. Los textos narrativos se estructuran en temas y categorías, que sirven para el análisis que el investigador realiza del texto» (p. 11).

Lo anterior, entonces, es el marco que orientó la definición del capítulo II, que consta de dos apartados. El primero se compone de los cinco relatos y el segundo corresponde al análisis horizontal de estos, a partir del cual se identificaron siete ejes temáticos de análisis: *i*) las comprensiones que las víctimas plantean del hecho violento; *ii*) los impactos emocionales del hecho victimizante; *iii*) Las reconfiguraciones del núcleo

familiar y en la funcionalidad social y productiva provocadas por el hecho violento; *iv*) las formas como se recuerda y dignifica a las víctimas; *v*). la solidaridad comunitaria; *vi*) la coexistencia de varios tipos de victimización; y *vii*) los elementos relacionales con el conflicto armado como asunto colectivo.

El último elemento relevante como introducción a este resultado investigativo, centra su atención en las potencialidades de la memoria intergeneracional: «la experiencia y la memoria individuales no existen en sí, sino que se manifiestan y se tornan colectivas en el acto de compartir. O sea, la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y el escuchar». Con ese postulado planteado por Jelin (2012, p. 37), desarrollé un componente complementario de intervención social centrado en el diálogo intergeneracional, ese que permite no solo el reconocimiento colectivo y público del pasado, sino también que incentiva apropiaciones de este para que los jóvenes angostureños puedan interpretarlo en función de las transformaciones sociales que vive hoy el municipio.

Esa apropiación, desde luego, no se refiere a que haya una suerte de memoria que le pertenece a una generación de adultos y que, para el caso de los jóvenes, es completamente ajena y desconocida. Por el contrario, hablamos de apropiación como posibilidad de intercambio intergeneracional en el que los jóvenes hacen conscientes, develan, las marcas del conflicto en su propia trayectoria de vida, de sus entornos familiares y vecinales. Así, en palabras de Jelin, se trata de una trasmisión en la que se vincula «a los jóvenes que no vivieron el período y que se acercan con nuevos interrogantes —tanto quienes se acercan con la ingenuidad, la distancia y la falta de compromiso que les permite hacer preguntas novedosas o entrar en diálogos sin los preconceptos o prejuicios de época, como quienes cargan las marcas biográficas del sufrimiento y la pérdida familiar, transmitidas en identificaciones intergeneracionales de maneras complejas» (p. 73). En septiembre del 2019 desarrollé una serie de técnicas interactivas con los estudiantes del grado décimo de la Institución Educativa Mariano de Jesús Eusse —el único centro de educación media de Angostura— para provocar una sensibilización orientada a reconocer cuáles eran las visiones previas —sus modos de significar— sobre el conflicto armado en el municipio. Además, en la vía de propiciar un diálogo de saberes para la memoria intergeneracional, los

convoqué a ejercer el rol de «Jóvenes reporteros de la memoria», con la misión de que, en la intimidad del diálogo familiar, indagaran con sus padres y familiares, vecinos y amigos, por el pasado y las huellas que el conflicto armado dejó en ellos, en su municipio. En el capítulo III —titulado «La memoria y lo intergeneracional como propuesta de intervención socioeducativa en el contexto angostureño»— se detalla el resultado de esta experiencia y algunos de los interesantes elementos de análisis que plantea, así como la significatividad que alcanza como modelo de intervención socioeducativa y de educación para la paz.

El capítulo de cierre plantea también un encuadre conceptual sobre la memoria, sobre sus usos en Colombia y sobre el sentido de activarlas en escenarios locales como Angostura. Allí, finalmente, se recoge otra experiencia de memoria intergeneracional integrada a este trabajo de investigación y de intervención: la que nombré Jóvenes cómplices de la memoria. Párrafos atrás mencioné que el diseño metodológico que orientó este proceso planteaba, preliminarmente, el desarrollo de relatos compartidos entre cinco víctimas y cinco jóvenes habitantes del municipio. Como ya señalé, la ejecución de ese componente se vio alterada por las restricciones impuestas por la pandemia de la covid-19. Sin embargo, en vista de que los relatos de las víctimas pudieron concebirse, opté por un reajuste metodológico y generé un espacio de conversación presencial con cinco jóvenes, a quienes les compartí los relatos referenciados unos párrafos atrás. Como «cómplices de la memoria» y con unos acuerdos éticos para el abordaje de los testimonios, cada joven leyó uno de los relatos y, a partir de este y con su puño y letra, escribieron una serie de textos en los que quedaron plasmadas reflexiones, emociones y sentires que, al mismo tiempo, expresan una resignificación del conflicto armado en Angostura y se constituyen en dispositivos de reconocimiento de las víctimas, un propósito fundamental de los ejercicios de memoria que se resaltan en el informe *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*:

«La sociedad necesita saber lo que pasó. Esto quiere decir que es preciso mantener el registro de la devastación y explorar el por qué pasó, pero también el cómo se afrontó y se resistió. Estas historias no son necesariamente memorias victoriosas, sino, más bien, memorias que, al reconstruir a las víctimas y las comunidades como sujetos y colectivos que perviven, responden y resisten, cumplen un papel de

dignificación e igualmente de reconocimiento de sus verdades narrativas» (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013, p. 360)

A partir de aquí, los lectores están invitados, pues, a emprender un recorrido que transita «de la vuelta del olvido a las memorias» del conflicto armado en Angostura. Se trata de un viaje largo —posiblemente interminable y con cuantiosas bifurcaciones—, pero, valga advertirlo, es este un primer boleto para un trayecto inicial. Por lo anterior, la lectura de este documento implica también de parte de los lectores un pacto previo en el que se asuma que los recuerdos, los hechos, las menciones, las formas de significar, no pretenden ser o presentarse como verdades inequívocas, pues como dice Sánchez (2006, p. 23): «La memoria, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de los relatos. Inscribe, almacena u omite, y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente». Esa presencia viva, precisamente, constituye el aporte que a mi juicio es el más relevante de las páginas que le siguen a esta, una apuesta investigativa que en su desarrollo asumió la memoria, conceptual y de manera práctica, como un campo de intervención con un doble propósito: de un lado, como mecanismo para reconstruir y registrar visiones de un pasado local marcado por el conflicto armado, sus acontecimientos más relevantes, sus actores y las relaciones que se dieron entre ellos; así como los significados y los daños que este implicó. Desde el otro lado —como una suerte de contraflujo pasado-presente—, en esta investigación también se sitúa a la memoria como un campo de intervención social desde el cual se puede activar la reflexión colectiva sobre las huellas del conflicto y el periodo transicional, diálogos intergeneracionales, políticas de reparación y reconocimiento, e, incluso, agenciar relacionamientos entre víctimas, organizaciones, e instituciones públicas locales en función de la construcción de paz territorial.

Capítulo 1. Acentos contextuales del conflicto armado en Angostura develados por la memoria colectiva

En *Los marcos sociales de la memoria*, Halbwachs (2004, p. 35) señaló que cuando los recuerdos reflejan los acontecimientos de nuestra vida, «no nos ponen solamente en relación con nuestro pasado, sino que nos relacionan con una época, nos reubican en un estado de la sociedad en donde existen, alrededor de nosotros, muchos otros vestigios que aquellos que descubrimos en nosotros mismos». Sobre ese postulado se inspira el presente capítulo, cuyo objetivo es exponer los acentos contextuales del conflicto armado en Angostura, develados en los recuerdos de algunos habitantes. Tales develamientos le dan relieve a este fenómeno social y permiten, a través de la memoria colectiva, construir una aproximación contextual de los acontecimientos, actores y trayectorias de lo ocurrido en el territorio angostureño.

Aquí, pues, tomamos una honesta distancia investigativa de la intención de formular un relato esclarecedor, historicista, que pretenda contener irrefutables verdades sobre un entramado conflictivo que tiene raíces profundas —aún por indagarse complementariamente— y cuyas heterogéneas perspectivas posiblemente implicarán, a futuro, nuevos estudios que pongan la lupa sobre elementos que aquí se delinean. Sentada esa postura investigativa, las páginas siguientes constituyen un relato polifónico que busca agitar las aguas de la memoria colectiva para sacar a flote, desde ella, los rasgos de un fenómeno social que impactó notablemente a una comunidad. Así, hay aquí un «trabajo de memoria» (Jelin, 2002), un proceso subjetivo, anclado en experiencias y en marcas simbólicas y materiales.

Valga la pena decir, de paso, que en la indagación previa de esta investigación no se identificó en el municipio un proceso de memoria de esta dimensión, por tanto, la aproximación contextual aquí construida ha de considerarse como un primer paso para zanjear un camino que, con el abordaje de nuevos enfoques, logre consolidar los elementos requeridos para aparcar un panorama suficientemente explicativo de lo que constituyó la expresión del conflicto armado colombiano en el municipio de Angostura.

Este capítulo comprende cuatro apartados. El primero de ellos constituye un relato polifónico sobre la incursión armada de las Farc al casco urbano, un hecho que ocurrió en

1994 y que emerge de manera emblemática en la memoria colectiva de los angostureños. Los relatos dotan de sentido tal hecho como un punto de quiebre en la dinámica pasiva y predominantemente rural que, hasta ese momento, parecía caracterizar la presencia de actores armados en el municipio. «Hurgar» en los recuerdos de varios de los habitantes que estuvieron presentes en la incursión armada no solo permite ofrecer una reconstrucción detallada de aquel suceso, que tuvo apenas un par de páginas en periódicos nacionales; sus relatos también develan interpretaciones y significados que dan cuenta de las interacciones de este evento con reconfiguraciones del conflicto nacional- regional que, poco a poco, se fueron injertando en el contexto local.

El segundo apartado del presente capítulo busca situar, a partir de los recuerdos de las personas entrevistadas —todas estas civiles y con significatividad por su lugar de enunciación como representantes de diversos sectores y habitantes tanto del casco urbano como de la ruralidad—, sus interacciones con los actores armados. Los recuerdos ubican temporalmente los primeros encuentros con dichos actores y cómo empezó a darse, en sus respectivos espacios, una interacción cada vez más constante y conflictiva. Es sumamente interesante en esta unidad de análisis el anclaje que adquiere las Farc-EP como el actor armado con mayor visibilidad y protagonismo en la expresión que tuvo el conflicto armado en este territorio, develando allí la selectividad de la memoria y cómo esta desvirtúa o clasifica los acontecimientos, objetos y sujetos que en ella interactúan, según el nivel de presencia, intensidad o daño que generan.

En el apartado en mención las voces de los pobladores y la información documental develan también, además de la hegemonía de las Farc, la presencia del ELN y de grupos paramilitares; sin embargo, sus relatos no dejan ver de manera concreta una conflictividad sostenida o de alta intensidad entre estos actores; es decir, mientras sobre los paramilitares se signa una memoria colectiva que los evoca por sus apariciones momentáneas y puntuales —y aun así temerarias y sanguinarias—, la presencia guerrillera parece ser una burbuja recubierta por la sólida capa que logró la constancia y fortaleza militar de las Farc en el territorio, dándose allí un desplazamiento de la memoria en la que el ELN aparece desenfocado y poco referenciado como actor armado.

Así, a partir de los recuerdos expuestos en los testimonios y la información documental, podemos resaltar una manifestación notable del conflicto armado en

Angostura: el peso de la conflictividad se signó marcadamente en la interacción entre las Farc y la población civil, siendo esta última objeto de una autoridad reguladora, validadora de su intención de derrocar el poder «soberano», vehículo para el acomodo guerrillero en el territorio, recurso forzado para su aprovisionamiento y objeto de diversas modalidades de victimización que fueron mutando y haciéndose más intensas en el transcurrir de la confrontación nacional. En el periodo que comprende los años de 1998 y 2006, en esa conflictividad incursionó, además, la ofensiva de la Fuerza Pública; ello, evidentemente, puso a la población civil dentro del fuego cruzado, con implicaciones altamente traumáticas.

Todo lo anterior, incitaría a futuro a explorar un campo investigativo más amplio que contribuya a comprender por qué en la memoria colectiva está instalada tal hegemonía del Frente 36 de las Farc. Preliminarmente, podemos aventurarnos a interpretar esto de dos formas. La primera, como un efecto del acuerdo de paz pactado en el 2016 por el Gobierno nacional y las Farc; entendiendo que, en ausencia del victimario, aquel que ofrece el testimonio se siente más seguro de hablar y recordar lo que pasó, de asignar una responsabilidad concreta; algo que no pasa aún con el ELN, un actor armado que todavía tiene incidencia en algunas zonas del municipio y en la región. De otra parte, esa notabilidad también se puede dar por el lugar protagónico que ha tenido esta guerrilla en los imaginarios del país, el lugar de los victimarios en los medios de comunicación, y la centralidad de las Farc en ello; en tal sentido, esas imágenes del enemigo construidas, calan más hondo en la memoria de los habitantes.

El último apartado de este capítulo se concentra en una categoría emergente que cobró especial atención en el proceso de campo: la figura del Padre Marianito. En los testimonios de los habitantes este personaje —que tiene una especial significatividad en la historia e identidad del municipio— no solo emerge en la memoria colectiva por su singular protagonismo en las prácticas religiosas de la localidad, sino también que, a partir de estas, adquiere significados especiales con relación a la expresión que tuvo el conflicto armado en el municipio. En los relatos la devoción por el sacerdote no solo se corresponde con un recurso sagrado al que recurrieron espiritualmente los habitantes para enfrentar las adversidades, temores y pérdidas asociadas al conflicto armado; el llamado «primer beato colombiano» también adquiere en la memoria colectiva un significativo estatus de

protector, al que se le otorgan, incluso, poderes sobrenaturales que contuvieron la arremetida de los actores armados contra el caso urbano.

La memoria de algunos de los pobladores también aborda elementos explicativos sobre los intereses que pudieron tener los actores armados para acomodarse en el territorio angostureño; lo hacen resaltando su ubicación estratégica y su funcionalidad como corredor para acceder a múltiples zonas de la región y, desde ellas, a otras del departamento. Sobre ese aspecto se centra el tercer apartado del capítulo: una cartografía del territorio, que plantea trazos comprensivos a partir de las interpretaciones que los pobladores expresan en sus testimonios y de la información documental recogida como bitácora de la memoria. El cruce de ambos recursos metodológicos no solo permite resaltar características territoriales claves en las dinámicas de la expresión del conflicto armado, sino también hacer aproximaciones al por qué unas modalidades de victimización se daban con mayor intensidad en unas y en otras zonas del municipio.

Antes de cruzar la página y adentrarse en los apartados descritos, conviene advertir dos elementos claves en la construcción narrativa de este capítulo. El primero es que, en coherencia por la apuesta por la investigación narrativa, asumimos aquí el recuerdo como aquello que «permite retocar y completar nuestro retrato autobiográfico en el mundo, pero también el retrato cultural de una época» (Jaramillo, 2010, p. 51). Por lo anterior, la experiencia vivida —expresada en el relato de su protagonista— es tomada aquí como una de las múltiples y diversas piezas de un rompecabezas, como una memoria individual que es subsidiaria de la colectiva. Así, el rol del investigador no es pasivo, desde una postura reflexiva y ordenadora sitúa los recuerdos y significados que el testificante ofrece sobre el hecho social que este enfrentó y vivió, y los pone en conversación con los relatos de otros. «La investigación narrativa es un proceso, complejo y reflexivo, de mutación de los textos del campo a los textos para el lector. El investigador recrea los textos, de modo que el lector pueda experimentar las vidas o experiencias narradas. Los discursos recogidos en el campo son, entonces, transformados en documentos públicos» (Bolívar, 2012, p 4).

El otro elemento para considerar en la construcción narrativa de este relato polifónico es que las experiencias vividas que lo componen no expresan apenas anécdotas de una comunidad aislada, por el contrario, se sitúan en una contextualidad regional y nacional del conflicto armado. Así, pues, en un trabajo de memoria como el este, es una

convicción investigativa que los lectores —especialmente los angostureños— puedan reconocer que lo que vivieron en carne propia como parte del conflicto, tiene correspondencias con procesos más amplios como, por ejemplo, las reconfiguraciones históricas de los actores armados, la instauración de repertorios violentos o el desarrollo de procesos militares y políticos del orden nacional y regional. Así, el relato local se enmarca contextualmente a partir de información documentada en registros de prensa, la *Revista Noche y Niebla* —Panorama Nacional de Derechos Humanos y Violencia Política en Colombia— y otros informes y documentos desarrollados como parte de procesos de memoria histórica del conflicto nacional.

1.1 Acento 1. Tanta oscuridad en una noche iluminada: una huella emblemática en los recuerdos

Eran pasadas las cinco de la tarde cuando un carro rojo apareció en la entrada principal del pueblo. Despacito, el vehículo avanzó por la larga y estrecha calle 10, trazada a lado y lado por dos hileras de casas con techos de tejas de barro y aceras estrechas. Para entonces, el turismo religioso que hoy convoca el fervor por el Padre Marianito no había llegado a Angostura, así que, en los días festivos como aquel, el casco urbano entraba en una quietud sepulcral: una que otra tienda de víveres abierta; uno que otro jornalero rumbo a su casa; una que otra comidilla de vecinos sentados en las aceras mientras la noche se metía entre las montañas que custodian el pueblo.

Aquella tarde Mariana Orrego² compartía un racimo de moras con una de sus compañeras de escuela, quien vivía diagonal al comando de la Policía. Aunque en ese momento Mariana tenía once años —hoy tiene 36— en su memoria salta nítida aquella aparición: «nos sentamos un ratito ahí en la acera a comernos las moras, cuando venía una camioneta. No se me olvida que tenía la trompa roja y parecía un carrito de esos donde uno hace trasteos. Venía muy despacio». A su arribo al casco urbano, la vía principal que conecta a Yarumal con Angostura se convierte en la «calle larga», sobre la que están

² Correa Ochoa, entrevista personal 11. Mariana Orrego, habitante de la zona urbana.

emplazadas la oficina parroquial, la casa cural, el principal almacén de productos agropecuarios y la estación de la Policía. Los vehículos que ingresan al municipio y se dirigen al parque principal deben pasar por allí, pero aquel carro rojo frenó frente al comando.

Mariana y su compañera de escuela vieron a una docena de hombres y mujeres saltar desde el interior del carro. En segundos, tras recibir varios disparos, cayó al piso Rodolfo Osorio Sandoval, el agente de policía que, sentado en las afueras del comando, cumplía el turno de centinela. Luego, el estruendo de la explosión de una granada que destruyó parte de la fachada de la subestación, seguido por el eco de las ráfagas de fusil y ametralladora, les anunció a los cerca de tres mil habitantes del casco urbano que estaban bajo el fuego cruzado. «Nosotros corrimos y nos metimos en una casa grande que hay al ladito de la iglesia —recuerda Mariana—. Los viejitos que vivían ahí nos metieron a mi hermanito, a mi amiga y a mí a una pieza, debajo de una cama. Aunque nos consolaban diciendo que le pidiéramos a Dios que no nos hicieran nada, nosotros nos pusimos a llorar porque mi mamá estaba por allá arriba en [el barrio] La Pedrona, y pensábamos que seguramente estaba muy preocupada porque no sabía dónde estábamos».

Para ese año, en Colombia ya estaban afincadas como práctica violenta las tomas de cabeceras municipales y centros poblados, así como los ataques a estaciones de policía. El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2016), en su informe *Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013)*, plantea cuatro subperiodos para explicar el comportamiento de las incursiones guerrilleras y su relación con las transformaciones del conflicto armado. El primer subperiodo, entre 1965-1978, corresponde al génesis de las guerrillas, tomas fundacionales e incursiones propagandísticas; el segundo, que abarca el periodo de 1979 de 1991, coincide con el fortalecimiento de las guerrillas y aumento de las incursiones con fines expansivos; un tercero que va de 1992 a 2002 se explica desde el escalamiento del conflicto armado y redoblamiento de las tomas y ataques con objetivos estratégico militares; y el último, entre 2003-2013, muestra ya los logros de la contención de las guerrillas, la disminución de las incursiones y la predominancia de los ataques (p. 80). En el segundo de los subperiodos el aumento de este repertorio violento fue notable:

Durante estos 13 años: se pasa de 95 acciones en el primer subperiodo (1965-1978) a 628 en este segundo subperiodo (1979-1991), de las cuales 250 fueron tomas y

378 ataques a estaciones de policía. Del total de incursiones en este subperiodo, el pico mínimo por año fue de 11 incursiones (1980) y el máximo de 106 (1991). (p. 90)

Pese a ese contexto nacional y a que en Angostura se sabía de la presencia, en la zona rural, tanto de las Farc-EP como del ELN, la posibilidad de una incursión guerrillera en el casco urbano parecía poco probable. Incluso esa tarde, según los testimonios de los habitantes, varios policías estaban en las afueras del pueblo, lo que dificultó aún más una defensa oportuna y hace pensar que la Fuerza Pública no preveía un ataque: «la mayoría estaban arriba en la piscina —relata Mariana—. Ahí sólo estaba el centinela; había otro adentro que estaba como de civil y estaba en el baño... ese muchacho quedó atrapado en una tapia, se le quedó la pierna y no se pudo ya mover. Quedó ahí adentro pero no lo mataron ni nada. Y había otro que fue el que repelió el ataque prácticamente solo, en el solar».

En la crónica titulada *La guerra llegó a las calles de Angostura*, publicada por el periódico *El Colombiano* dos días después del ataque, el agente narró que al momento de la incursión se ubicó en el subterráneo de la parte de atrás de la edificación, e inspirado por el deseo de volver a ver a su hijo de 18 meses de nacido, decidió enfrentar el ataque: «Desde un tejado uno de los guerrilleros observó mi posición y abrió juego. La ráfaga partió varias ramas de plátano y estas me cayeron encima. Respondí con otra ráfaga. Las puertas del infierno quedaron abiertas. Desde sus nidos los guerrilleros abrieron fuego con rockets, granadas, fusiles y ametralladoras con el objetivo de acabar con el cuartel» (Palacio, J. G. 1994, marzo 23).

Según la nota periodística, habitantes y autoridades calcularon que fueron cerca «de 120 hombres —y también mujeres, según los testimonios de esta investigación— del Frente 36 de las Farc los que participaron en la toma». Además de los que transportó el carro rojo —a los que Mariana vio dispersarse en las esquinas vecinas y atrincherarse en la iglesia—, hubo otros que ya estaban en posición en las demás calles y entradas del pueblo. Antes de

los primeros disparos, Mabel Londoño³, que desde el momento de su nacimiento ha vivido a pocos metros del lugar donde se plantaba el comando de policía, deambulaba por el pueblo buscando compradores para las boletas de la parroquia. Mientras conversaba con unos amigos al interior de una ferretería, vio pasar a un hombre vestido de militar y empuñando un fusil. «¡Qué pereza!, otra vez el ejército por aquí», recuerda haberle escuchado decir a uno de sus contertulios. Unos pocos segundos después sonaron los primeros disparos y una fuerte explosión, por lo que ella y los demás decidieron encerrarse dentro del local. Durante tres horas escucharon los gritos, las balas, las explosiones y los pasos apresurados de los combatientes. Cerca de ese lugar vivía uno de los policías, así que también escucharon el plan para encontrarlo: «desde adentro escuchábamos que decían: “allí vive uno, vamos a sacarlo, vamos a sacarlo”. Pero nunca como que lo encontraron, porque al otro día él apareció vivo», recuerda Mabel.

A las 8 de la noche, cuando el combate había sucumbido y reinaba un mutismo de incertidumbre, Mabel y los demás contertulios decidieron abrir la puerta e indagar qué pasaba. «Salimos y había muchísima gente [guerrilleros]. Pero antes de nosotros abrir la reja tenían a alguien al frente y unas mujeres lloraban; decían: “flaco, ¡no te podés ir!, ¡no nos podés dejar!”. Y escuchábamos que estaban clavado algo como en la pared, pensamos que iban a ponernos una bomba ahí. Cuando salimos era que un muchacho [guerrillero] se les había muerto».

Atemorizada por la suerte de su madre durante esas casi tres horas de fuego cruzado, Mabel decidió aventurarse a volver a su casa, pese a que, para hacerlo, tuviera que atravesar el parque. Cuando salió de la ferretería vio que el pueblo estaba a oscuras. Caminó resguardándose por todo el marco del parque, pegada a las paredes, mientras escuchaba los susurros de los guerrilleros o de los noveleros que ya se atrevían a curiosear desde sus escondites. Las balas habían cesado y en la oscuridad apenas y se lograba percibir las sombras de los armados que, en las esquinas, controlaban cada movimiento. «Cuando llegué al atrio vi mucha de esa gente por el lado del comando, sin embargo, yo pasé. Llegué a la esquina y una muchacha me habló por el nombre, me preguntó que para dónde iba y le dije que para mi casa, entonces la guerrillera les dijo a dos guerrilleros: “vayan

³ Correa Ochoa, entrevista personal 12. Mabel Londoño, habitante de la zona urbana

acompañenla”. Me acompañaron hasta la mitad del callejón, porque yo les dije que si mi mamá los veía se asustaba». En el corto recorrido y a pesar de la oscuridad, Mabel pudo ver la camioneta roja atravesada en la calle y a una guerrillera recostada en el andén. La escena todavía la estremece: «En la esquina tenían a una muchacha herida. A ella le volaron una pierna, pero yo no sé si fue con una bala o con una granada o qué. Y como que más tarde la mataron junto a la pesebrera, diagonal a mi casa».

Su mamá y el párroco del pueblo encoraban oraciones sentados en una cama. El sacerdote, que había llegado hasta allí para acompañar a su amiga en las horas más críticas de la incursión armada, quería volver a la casa cural, pero Mabel, que había visto el despliegue guerrillero aún en las calles vecinas, le recomendó que esperara. A eso de la media noche el cura y las dos mujeres bajaron por la callecita empedrada. La casa cural está justo en frente del comando —o lo que había sido el comando hasta esa noche—. Para entonces, aquella edificación era una casa acondicionada para la labor policial, con el techo de cañabrava, tejas de barro y algunas paredes de tapia; es decir, sin la estructura ni los materiales necesarios para contener un evento de ese tipo. María de los Dolores Mira le contó a el reportero de *El Colombiano* que, pasadas las siete de la noche el pueblo se iluminó y, después de esa luz, vino una explosión que retumbó en las montañas vecinas. «Decidieron lanzar una carga de dinamita contra la edificación» (Palacio, J. G. 1994, marzo 23).

Cuando Mariana Orrego al fin pudo salir de la casa donde la resguardaron de las balas, encontró ante sus ojos que el comando ya no tenía fachada. Su mamá consiguió reencontrarse con ella y su otro hijo pasadas las once de la noche. Antes, a eso de las siete, se había llenado de valor para acercarse hasta el parque, pero en la esquina de la calle Real un guerrillero la detuvo y, pese a sus súplicas, el hombre se negó a dejarla pasar. «Mi mamá dizque le dijo: es que estoy buscando a mis niños, son así y así, entonces otro guerrillero le dijo que él había visto entrar dos niños a una casa. Ya ella se tranquilizó y se devolvió». En su memoria aparecen los gritos que se escuchaban en la calle, mientras ella y su hermano se ocultaban debajo de la cama. Cuando pasó por el comando rumbo a su casa, ya en compañía de su madre, vieron a la esposa del policía muerto llorar desconsolada al lado del cadáver. «Esa señora gritaba horrible, decía: “¡no!”, que “¡él no!”». Yo apenas tenía 11 años,

pero sí recuerdo eso como algo muy triste de esa noche. Es que él quedó ahí de una, tendido en la calle».

Mabel, su mamá y el sacerdote también vieron el cuerpo del policía tirado en la calle. «Cayó en toda la puerta del garaje de la parroquia. Nosotros íbamos a entrar al comando, pero ahí mismo hicieron como disparos cerca; ellos [los guerrilleros] como que estaba vigilando y sería que se avisaban para que uno no ayudara». En la casa cural le informaron al párroco que lo estaban buscando para que fuera a confesar a un herido. Así recuerda Mabel ese momento:

«Él preguntó que quién lo podía acompañar. Y nadie, nadie decía nada, ¡a todos nos daba miedo! A mí me dio pesar y le dije: “padre, venga pues yo lo acompaño”. Lo cogí de gancho y nos fuimos. En el parque había varios guerrilleros. Recuerdo mucho a uno que se quedó mirándome; ahí mismo lo conocí, era un muchacho de aquí del pueblo muy conocido y recuerdo mucho a la mamá del muchacho en un balcón, ella estaba ahí. Cuando él me miró a mí, también miró para el balcón y yo vi las dos miradas: la de la mamá y la del muchacho. Había mucha de esa gente por ahí en la calle, pero uno como que no sabe dimensionar más o menos cuánta, lo que sí recuerdo es que tenían unos morrales grandísimos. Eso sí lo tengo como en la memoria, porque cuando el padre y yo caminamos por la calle Real, un helicóptero empezó a alumbrar y él dijo: “Ay, ¡subámonos a la acera porque nos van a matar!”, y todos ellos [los guerrilleros] eran con los bolsos entre los pies, pegados a la pared porque se estaban resguardando de los helicópteros. Era como si en esa oscuridad la noche se iluminara, el padre me dijo que era que el helicóptero tenía una luz no sé qué... Nos subimos por la acera y caminamos con mucho miedo, no sé si el padre tendría tanto miedo como tenía yo, pero caminábamos muy juntos, eso sí, sin ir a tocar a esa gente. El padre me soltó antecitos de llegar al hospital y se subió a la ambulancia a confesar un guerrillero herido que tenían ahí, entonces uno de los guerrilleros lo bajó, le dijo que no era ese, que él no lo necesitaba, que entrara a confesar a otro al hospital. Era el secretario del juzgado que estaba herido adentro y ya lo iban a montar a la ambulancia, que se lo iban a llevar para Medellín. Él como que del susto se subió al techo y se cayó. El padre entró, lo confesó y ya nos vinimos caminando por la calle de abajo, por la del Liceo, ahí sí vimos rostros

conocidos del pueblo, gente que sabíamos que era de aquí y que estaba metida en la guerrilla».

En la crónica publicada por *El Colombiano*, el periodista relató que: «Mientras un grueso grupo de insurgentes intentaba acabar con la subestación y reducir a los tres agentes, otros tomaban posición en el parque principal y abrían fuego contra las instalaciones de la alcaldía municipal y de la Caja Agraria. Ambos edificios estaban desprotegidos. Luego de destruir sus puertas con dos pequeñas cargas de dinamita, penetraron a los mismos e iniciaron una lenta labor de saqueo. En la caja agraria destruyeron lo que encontraron. Por dos horas intentaron abrir la caja fuerte con dinamita. Tras lograrlo, robaron cuatro millones de pesos en efectivo. A las 7:30 de la noche ingresaron a la cárcel municipal y liberaron los reclusos Egidio Piedrahita Acevedo, quien regresó la mañana de ayer al penal; y Flavio Valdés Henao, de quien no se tenían noticias en horas de la tarde».

Ese fue el panorama que se encontró Alfredo Trujillo⁴ cuando, al fin, pudo llegar al pueblo donde nació y del que era alcalde desde junio de 1992, un año después de la Asamblea Nacional Constituyente. Llegó a ese cargo mediante elección popular, como representante de un movimiento cívico que integró sectores de los partidos Conservador y Liberal: «yo en ese momento no tenía una bandera política definida, sino que era un candidato más bien de la comunidad». A su elección de alcalde la antecedió su trabajo como personero del municipio, un cargo en el que, dado su alcance, le llegaba constante información sobre la presencia guerrillera en la zona rural. «Aquí se empezó a comentar y se comprobó la existencia de grupos armados a finales de la década de los 80, por ahí entre el año 89 y el 90. Los primeros que hubo fueron del ELN, que se llamaban Héroes de Anorí; y un poco después, ya como entre el 90 y el 92, aparecieron las Farc. Aparecían en las veredas, generalmente en las más alejadas, las que limitan con Campamento y Guadalupe. Los campesinos expresaban que andaban en defensa de los bienes y de las cositas de la gente, eso le decían a uno en la oficina».

⁴ Correa Ochoa, entrevista personal 08. Alfredo Trujillo, alcalde de Angostura en el periodo 1992-1994

Como alcalde, Alfredo Trujillo solo había tenido contacto directo con los grupos guerrilleros a finales de 1993, cuando supervisaba la construcción del puente vehicular de La Milagrosa —vereda que posteriormente haría parte de la zona de incidencia del llamado «caguancito angostureño»—. «Me retuvieron como cuatro o cinco horas. Había 15 o 20 guerrilleros, aunque para dentro demás que había más, pero ese día no me molestaron ni amenazaron o me dijeron esto o lo otro, tampoco me exigieron absolutamente nada, lo que sí es que se presentaron como el Frente 36 de las Farc y que iban a estar por ahí».

La siguiente ocasión en que el mandatario local se encontró cara a cara con integrantes de este frente guerrillero fue la tarde de la toma guerrillera. Mientras Angostura era sitiada, él y su familia pasaron la noche a unos cuantos kilómetros de allí, en medio del retén que otro comando de armados había establecido en la vía principal que conecta al municipio con Yarumal. El mandatario había decidido aprovechar aquel lunes festivo para descansar del trabajo y hacer un viaje con su familia. Cuando llegó a la cola de la larga fila de carros, las versiones iniciales de los otros viajeros y conductores le dieron cuenta de que se trataba de un carro varado. «Llegamos al retén a las 5 de la tarde y como a las 6:30 nos hicieron bajar. Llegó un hombre vestido de civil con un arma muy poderosa, como una subametralladora ¡o una cosa de esas!... yo de balística no sé. Nos dijo que quiénes éramos. Ahí me tocó decir que yo era el alcalde de Angostura, que andaba con mi mamá y con la familia. Sacó un radioteléfono y llamó a otro y le dijo que tenía al alcalde de Angostura con la familia, que qué hacía con nosotros. Ahí yo le dije a Elizabeth [mi esposa]: «aquí fue, aquí nos van a dar».

A eso de las seis de la tarde, lo único que se movía por aquella carretera repleta de vehículos era el rumor, entre el corrillo de conductores y pasajeros, de que la guerrilla se había tomado el casco urbano de Angostura. «Nosotros nos quedamos en esa zozobra —recuerda Alfredo—. Como a las siete de la noche volvió a aparecer el guerrillero y Elizabeth, siempre muy atrevida, le dijo: “bueno, ¿qué van a hacer con nosotros pues? El hombre le dijo: no, no se preocupen que no les va a pasar nada. A mí me volvió el alma al cuerpo y mandé al estadero por una botella de aguardiente para pasar ese trago tan horrible. Ahí nos dejaron y a las tres de la mañana se fueron esos últimos hombres [de la guerrilla], pero antes nos dijeron que nos fuéramos muy despacio porque había bombas en la carretera, entonces nadie se atrevía. Un camionero que había adelante, que venía con un

cargamento como de víveres, sí se atrevió. Yo dije vámonos, ¡a la mano de Dios! Así nos fuimos yendo todos muy despacito, mirando bien que no hubiera ningún cable ni nada por ahí en la carretera porque en ese tiempo era destapada».

Eran casi las cuatro de la mañana cuando, al fin, la procesión de carros entró por la «calle larga», haciendo el mismo recorrido que hizo la camioneta roja que marcó el inicio de la incursión armada. Tuvieron que desviarse antes de llegar al comando, pues ese tramo estaba intransitable: las paredes de la estación de la policía y escombros de casas vecinas que habían caído bloquearon la calle. La desazón del mandatario fue mayor cuando, en el parque principal, se encontró con el estado lamentable del palacio municipal. «No estaba destruido, pero no había una sola puerta buena, las quebraron; y las ventanas las cogieron a candela [disparos]. Las oficinas estaban saqueadas, los archivos dispersos en el suelo, los escritorios patas arriba; la oficina de la tesorería tenía el piso roto, porque pensaron que la caja fuerte tan grande que había en la tesorería era la caja del Banco, entonces en la tesorería acabaron con todo, absolutamente todo, no quedaron ni máquinas de escribir, eso se volvió nada con las cargas explosivas que le metieron a esa caja fuerte. También me contó el guardián de turno de la cárcel que a él lo encañonaron y lo obligaron a soltar a todos los presos».

A pesar de aquellas horas de terror que recién habían vivido desde el interior de sus casas, algunos habitantes se arriesgaron a salir a la calle a «novelerear» el estado en que había quedado el pueblo. En las afueras de la alcaldía, varios de ellos le rogaron al alcalde que no entrara a la edificación, pues podría resultar afectado por algún explosivo sin detonar. «Hacía poquito que se habían ido los últimos guerrilleros, todavía olía a humo de pólvora. Yo tenía que entrar porque en ese momento tenía cinco millones de pesos en el escritorio y tenía que ver si estaban ahí, porque era el pago de todos los empleados de la alcaldía. Milagrosamente esa plata no se perdió, el escritorio estaba patas arriba pero ese cajón no lo abrieron, ahí estaba la plata, el revólver de dotación de la alcaldía y como dos o tres libras de droga que se había decomisado. El resto lo saquearon todo. Es que aquí en Angostura ocurrió un fenómeno que yo no sé si ocurriría en los otros pueblos: la gente en vez de defender ayudó; en vez de tener ese sentido de pertenencia o darle pesar de lo que ocurrió antes dijo: tumben, tumben, tumben, acaben con eso. Eso me lo contaron

funcionarios que estuvieron ahí, que la gente gritaba eso, lo poco que quedó bueno fue saqueado. Para mí esa parte fue muy dura moralmente».

El testimonio de una comerciante del casco urbano que presencié aquel momento, coincide con lo expresado por el exalcalde: «A mí me ha gustado ayudar, entonces yo fui de las primeras que salieron cuando pasó todo. Fuimos a ver y había un policía muerto, entonces yo me fui con la sábana, él estaba tirado ahí y lo cubrí con ella. Cuando al momentico dijeron dizque: “ay, vuelven, vuelven...”. La gente gritaba: “ay, Dios mío, ¡nos van a matar!”. Salimos corriendo y, gracias a Dios, nos metimos al café de Pinta, que estaba abierto. Pero resulta que era que se habían devuelto otra vez, que porque les habían dicho dónde estaban las armas de los policías. Llegaron al sótano, sacaron todas las armas y ahí sí se fueron. Yo siempre me he preguntado: cómo es que los llamaron viendo que ya se habían ido, los mismos del pueblo en vez de callar, o decir “ya hicieron el daño que hicieron, dejémoslos que se vayan en paz”. El sentido de pertenencia era muy poco, porque uno tiene que ser solidario con los mismos de uno. Es que, si a uno no le duele el pueblo, ¿entonces a quién más?»⁵.

La construcción de memoria histórica, precisamente, ha permitido que eventos de este tipo puedan analizarse comparativamente, trascendiendo lo anecdótico y develando el engranaje que implicó el conflicto armado colombiano. «Para la reconstrucción de esos eventos hemos de considerar pertinente acoger el concepto de «repertorio» propuesto por Charles Tilly. De acuerdo con el autor, se entiende por repertorio: «un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado» (CNMH, 2016, p. 48). Por supuesto, con relativas variaciones y adaptaciones particulares según el contexto territorial y los objetivos del actor armado, los procedimientos o modalidades de acción de la incursión guerrillera en Angostura encajan en un esquema de actuación con rasgos muy semejantes a los de buena parte de las tomas

⁵ Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante.

guerrilleras ocurridas también en otras cabeceras municipales del país a lo largo del conflicto armado colombiano⁶.

La primera pregunta que emerge tiene que ver con las circunstancias previas al ataque. Como ya se dijo, la aparente ausencia de un esquema de defensa de parte de la Policía deja ver que hasta entonces no había una amenaza directa sobre una posible incursión. El exalcalde Alfredo Trujillo, por su parte, tampoco recuerda señales de alguna amenaza del grupo armado: «Jamás pensé que a Angostura se iban a entrar. No es por darme cepillo, pero yo estaba cumpliendo mi plan de desarrollo, estaba cumpliendo lo que le prometí a la gente en la campaña; es más, tuve la precaución de llevarme una agenda cuando hice la campaña y anotaba: “en la vereda tal, tal día, en tal fecha me comprometí a hacer esto”. Porque es muy triste que uno esté desempeñándose como gobernante y que venga el campesino y le diga: “vea usted me prometió esto”, y que uno le diga: “no”. Yo sentía tranquilidad de conciencia porque estaba haciendo las cosas bien hechas, gracias a Dios».

Sin embargo, una incursión armada de la magnitud y temporalidad descritas, implicó una cuidada preparación de parte de los ejecutantes. Las Farc contaban con el Manual de Táctica Guerrillera, mientras que para el ELN se referencia el Manual de Táctica Guerrillera de Domingo Laín. A partir de ambos, el citado informe *Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013)* plantea tres repertorios basados en un conjunto de recomendaciones y acciones establecidas para materializar la planeación, el desarrollo y el repliegue. En ese orden, una de las actividades iniciales plantea un diagnóstico previo: ambos documentos coinciden en que «antes de las incursiones debía tenerse un diagnóstico detallado de las características del poblado, los habitantes y la fuerza pública. El manual de las Farc agrupa así los ejes sobre los que debe concentrarse la indagación: “terreno,

⁶ En la incursión armada al centro urbano de Angostura se identifican tres rasgos predominantes: el daño a la estación de policía y el asesinato de integrantes de la Policía; los daños a la infraestructura de la administración municipal y el asalto a la Caja Agraria. Este tipo de incursiones, según reseña el CNMH (2016), también siguieron estos patrones en incursiones armadas tanto de las Farc como del ELN en otros lugares del país, como por ejemplo en San Pedro de Urabá (Antioquia), el 27 de enero de 1973; Remedios (Antioquia), el 16 de enero de 1972; Murindó (Antioquia); Algeciras (Huila), el 10 de junio de 1974; San Benito (Santander), el 15 de noviembre de 1982; Chalán (Sucre), el 12 de marzo de 1996; Albán (Nariño), el 13 de enero de 2002; Argelia (Cauca), el 5 de febrero de 2000; Santa Sofía (Leticia, Amazonas), el 20 de enero de 1993.

enemigo, población civil, tiempo y clima”» (CNMH, 2016, p. 116). A propósito de dichos repertorios de planeación, Mabel Londoño recuerda lo siguiente:

Aquí en el pueblo dejaron dos [guerrilleros] muertos la noche de la toma. Recuerdo mucho los dos muchachos porque ese domingo antes ellos estuvieron todo el día en el atrio: caminaban a la iglesia, pero no se salían del andén y del atrio y cada que pasaban por el lado mío me compraban una boleta; y yo toda contenta porque me hice el día con ellos. No me acuerdo si a ellos los enterraron el martes o el miércoles, pero el día que los tenían ahí en el atrio, que los iban a enterrar, yo quería verlos, pero mi mamá me dijo: “no los vea que son los dos muchachos que estaban en el atrio el domingo y quedaron muy horribles”, entonces no me arrimé a verlos. Pero nosotros nunca pensábamos en una toma guerrillera aquí en Angostura. Lo que sí recuerdo es que meses atrás habían cogido un guerrillero. Era un muchacho joven, muy apuesto. Cualquiera día llegó y le dijo a mi mamá que para que le lavara la ropa Y así empezó a meterse mucho aquí en la casa, mucho, mucho. Como aquí venían tanto los policías porque mi mamá les lavaba la ropa, ella era como una mamá para ellos, y el muchacho empezó y empezó y se hizo muy amigo de los policías; hasta jugaban cartas toda una tarde. Por esa época la hermana mía se iba a casar con un policía y él le dijo a mi mamá: “Dígale que no se case con ese policía, por lo menos que no lo haga acá porque sale viuda, yo escuché que a ese policía lo van a matar”.

Hasta que un día lo cogieron y por la noche subió un policía y le dijo a mi mamá: si ve, ese hijueputa es guerrillero. Mañana se iban a tomar a Angostura y se lo iban a tomar a luz apagada, en la grabadora que usted le prestó tenía toda la grabación, porque cuando eso uno pisaba dos teclas en la grabadora para grabar las cosas. Ahí como que tenía todo, tenía hasta lo del helicóptero que venía a traer la plata al pueblo y aterrizaba en la cancha.

El casco urbano de Angostura también se ajusta a repertorios de violencia usados con frecuencia en el desarrollo de las incursiones guerrilleras en el curso del conflicto armado colombiano. Aunque aquella noche no se llevaron a cabo juicios públicos, fusilamientos o secuestros —como sí se dio en otras localidades—, la incursión obedeció a un propósito político-militar. La embestida contra los cuarteles era una estrategia de guerra

que representaba una afrenta directa para la institucionalidad estatal, toda vez que se buscaba disputarle al establecimiento el monopolio en el ejercicio de la violencia y, en general, el control territorial de una zona determinada:

Dentro de los objetivos de la acción se encontraban: doblegar a los agentes, expropiarlos de sus armas, obligar al gobierno a retirar la fuerza pública de los cascos municipales y dar golpes mediáticos para visibilizar la presencia de los grupos insurgentes en las regiones. (CNMH, 2016, p. 41)

De acuerdo con lo anterior, la expropiación de las armas fue, en el caso de Angostura, un simbólico golpe propinado por los guerrilleros. Para entonces, los policías de la localidad poseían armas de mucho menor sofisticación que las de los mismos insurgentes, así lo recuerda el exalcalde Alfredo Trujillo: «la tranquilidad, la inocencia y lo apacible del pueblo no ameritaba que los policías tuvieran fusiles. Ellos no tenían fusiles, tenían carabinas; es decir, partamos del principio de que la Policía no tenía armamento, aquí no tenían con qué defender el pueblo, porque los guerrilleros disparando con M60 y ak47, y ellos [los policías] con carabinas».

El conjunto de repertorios violentos, como ya se mencionó, también implicó el ataque a la Caja Agraria⁷, que en la trayectoria del conflicto colombiano «fue el segundo blanco más atacado después de los puestos de policía» (CNMH, 2016, p. 146), pues representaba una fuente expedita de recursos útiles para financiar las tropas de los grupos guerrilleros. Para entonces, la Caja Agraria de Angostura era un edificio contiguo al palacio municipal, así que ambos sufrieron las embestidas de la incursión armada: «Como los muros [de la Caja Agraria] estaban reforzados con tanto concreto, la carga explosiva que le pusieron a la caja fuerte voló las ventanas y el techo. Pero según se dijo en el banco había muy poquita plata, apenas se robaron como el encaje, nada más», recuerda el exalcalde.

En este tipo de atentados el grupo guerrillero tenían razones prácticas muy fuertes: conseguir recursos para financiar los crecientes frentes y mostrar el poderío de las armas a sus enemigos. Pero, a pesar de la mucha o poca suma de dinero conseguida esa noche, aquella arremetida, sin duda, implicó también un simbolismo: atacar una entidad bancaria

⁷ La Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero más conocida como Caja Agraria fue una entidad financiera estatal colombiana fundada en 1931. Entró en liquidación en 1999 siendo privatizada y sustituida por el Banco Agrario de Colombia.

que representaba un modelo económico opuesto a sus propuestas ideológicas. En casos de otras tomas guerrilleras, por ejemplo, el saqueo a la entidad implicó quemar o destruir archivos, con la pretensión de «impedir que los campesinos siguieran pagando préstamos» (CNMH, 2016, p. 56).

Según la citada crónica de *El Colombiano*, los daños tanto a la edificación de la Caja Agraria como a la de la alcaldía «fueron evaluados en 180 millones de pesos». Pero más allá de las ruinas materiales, la incursión de la Farc-EP en el casco urbano de Angostura tuvo implicaciones que marcaron no solo la cotidianidad de la colectividad, sino también la dinámica de desarrollo, la percepción de seguridad e impactos emocionales en los habitantes. Horas después del arribo del alcalde, el Ejército hizo presencia en el casco urbano. De acuerdo con el relato del exalcalde, las tropas estatales llegaron en la madrugada y se desplazaron desde Yarumal atravesando las montañas:

La fuerza pública no se vino por la carretera, se cruzó por encima de donde yo estaba en el retén de la guerrilla. ¡Y afortunadamente!, porque si se hubieran encontrado en esa carretera nos hubieran acabado a candela a los civiles! Cuando volví a la oficina, al otro día, que empezamos con los trabajadores del municipio a limpiar, organizar, como a las nueve de la mañana aparecieron los primeros policías [adscritos al municipio], estaban enterrados en el monte, amanecieron enterrados en el pantano. Ahí ya empezó a retornar un poquito la calma en el pueblo.

Esa mañana les pedí el favor a algunas personas del pueblo que me ayudaran a recoger basura del parque, pero casi nadie [atendió el llamado]. Había miedo, mucho miedo en la gente y a su vez como mucha reticencia hacia lo público, yo en ese momento no conté ni con los conciudadanos, ni tuve el apoyo que pensaba tener del Gobierno; el Gobierno departamental vino al miércoles, ¿ya para qué? El Ejército y la Policía sí vinieron muy temprano, me colaboraron para recoger un montón de granadas que quedaron al frente de la alcaldía, también una bomba muy grande que dejaron al pie de un guayabo que había ahí... eso lo recogieron y los detonaron por allá lejos. Y quitaron los restos de explosivos que había en las oficinas para poder reanudar labores. Pero para mí lo más importante era poner techo, porque en esa época estaba empezando el invierno. Después el Gobernador vino y prometió que iban a ayudarnos; ¡y nada!, absolutamente nada, no recibimos

un peso de ayuda de nadie. Con recursos propios del municipio, con recaudos que se fueron dando, tuve que techar el palacio municipal y volverles a poner, al menos, puerta a las oficinas. Después hice un crédito ordinario, un crédito bancario para conseguir escritorios y archivadores.

Sin comando, el alcalde también tuvo que ingeniárselas para reubicar a los policías. Entre los repertorios identificados en las tomas guerrilleras, el CNMH (2016) plantea que en muchas de esas acciones los grupos atacantes también atentaron contra las edificaciones de las instituciones educativas, dado que «sus instalaciones fueron prestadas para el funcionamiento de puestos de policía cuando estos se encontraban en construcción o reparación» (p. 152). Se podría decir que, si bien en la incursión armada de Angostura no hubo un ataque directo contra las escuelas y el colegio, sí hubo un impacto indirecto, que el exalcalde relata así: «Como no había comando ni el municipio tenía más donde ponerlos [a los policías], me tocó unificar las escuelas en la escuela de abajo y tener la policía en la escuela de arriba. Pero cuando unos 15 o 20 días después se les explotaron unas cargas que habían recuperado en la plaza el día de la toma, y tumbaron esa escuela, entonces ya no tenía comando ni tenía escuela».

En las fachadas y puertas, especialmente las de las casas y locales distribuidos en las calles principales, los guerrilleros dejaron también marcas con aerosoles: «F.A.R.C», se leía en buena parte de ellas. Así lo recuerda una mujer⁸ residente de una de las casas del parque: «Esa noche marcaron la puerta de mi casa, nos marcaron con una “V.A.J.A.M.C”. Incluso nos molestaban mucho porque a un hermanito le decían “Medio cura”, entonces decían que esas letras daban con “venimos a joder a medio cura” [risas]⁹. La cosa es que, como habían pintado en varias partes la gente comentaba que no se podían borrar, entonces nosotros dejamos eso como por tres o cuatro meses, porque nos daba miedo».

Sin duda, aquel evento no solo dejó marcas en las paredes, también implicó alteraciones en las prácticas socioculturales y el desarrollo habitual de la vida social, siendo estas dos de las formas de victimización más notables en este tipo de repertorios (CNMH,

⁸ Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante.

⁹ La inscripción al parecer incurrió en una mala escritura y ortografía, pues posiblemente hacía referencia al Bloque José María Córdoba —B. J. M. C—, que estuvo conformado por varios frentes de las Farc, entre ellos el 36, ejecutante de la incursión armada en la localidad.

2016, p. 263). Buena parte de las prácticas comunitarias, religiosas, de encuentro e incluso las festividades, se vieron reconfiguradas ante la zozobra de una nueva incursión armada: «después de esa toma guerrillera, en las esquinas del pueblo colocaron unas antorchas grandes, las encendían todos los días a las seis de la tarde, entonces el pueblo era tenebroso, el que llegaba encontraba eso y a la policía rondando para allá y para acá»¹⁰. Por su parte, el exalcalde se lamenta de que el impacto económico que trajo la incursión armada para las débiles finanzas municipales hubiese incluso anulado la posibilidad de realizar las tradicionales Fiestas de la Panela, una celebración anual que hace parte de la identidad y las tradiciones locales: «Esas fiestas eran clásicas, pero no hubo con qué hacerlas. Es que no tuve absolutamente ningún apoyo moral ni económico del Departamento. El pueblo poco a poco se empezó a levantar, sin embargo, a partir de esa época se empezó a quedar muy solo, ya el turismo decreció, la gente no salía con los mismos ánimos. Ese fue un evento, para mí, catastrófico».

Como en las paredes quedaron las marcas, en la memoria de los habitantes emerge esa noche del 21 de marzo de 1994 como un hecho emblemático de la expresión del conflicto armado en Angostura. Este se puede señalar como un punto de quiebre en la trayectoria del conflicto armado en la localidad, donde las Farc-EP trascendieron su presencia en la zona rural para dar una clara señal de acumulación territorial, es decir, de «dominio táctico o estratégico del territorio», algo que según Daniel Pecaú ha sido la piedra angular de las guerras regulares e irregulares a lo largo de la historia: «la dimensión territorial rara vez está ausente, ya sea porque movimientos calificados como identitarios tienen desde el principio una base territorial, o porque la van conquistando en medio del conflicto por múltiples medios»». (Pécaú, 2004, como se citó en CNMH, 2016, p. 22 - 23)

La incursión del Frente 36 de las Farc-EP al casco urbano, vale decirlo, se corresponde con una dinámica amplia del conflicto armado en el contexto nacional. Justo un año antes, en abril de 1993, el grupo guerrillero habían realizado la Octava Conferencia, «en la cual se determinó que las incursiones en poblados harían parte fundamental de su plan de expansión y fortalecimiento territorial de la retaguardia nacional con dirección a Bogotá y de las áreas militar y económicamente funcionales a sus objetivos» (CNMH,

¹⁰ Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante.

2016, p. 100). Así, la presencia de las Farc en el municipio pasó de un ejercicio de control social instalado y, de alguna manera, legitimado por la población civil en las veredas — como se evidenciará en los relatos de los habitantes citados más adelante— a la demostración de su capacidad militar ofensiva en el casco urbano. Aunque lo ocurrido esa noche es enunciado por los habitantes como una «toma guerrillera», en términos amplios, aquella situación puede referenciarse como «incursión en un poblado», es decir, una operación militar caracterizada por la penetración transitoria de un grupo armado en una cabecera municipal o un centro poblado (CNMH, 2016, p. 47). Sin embargo, acogiendo la precisión conceptual que plantea la investigación del CNMH, en el conflicto colombiano los grupos armados privilegiaron dos tipos de incursiones: la toma de un poblado y el ataque a la estación de policía. Ambas acciones se irrizaron por gran parte del territorio nacional; así, de los 1.096 municipios colombianos, 569 fueron escenario de tomas guerrilleras en sus poblados o de arremetidas contra los cuarteles de la policía, lo que corresponde al 51,9 por ciento (CNMH, 2016, p. 61).

Por la grandilocuencia del horror, tal vez, o por del aturdimiento que generó en la población civil el impacto de todos esos eventos, en el país las fronteras discursivas entre ambos sucesos empezaron a difuminarse y, de alguna manera, tanto en los titulares de prensa como en el boca a boca de las víctimas, predominó el uso de «toma guerrillera» para enunciar cualquier hecho que, en principio, implicara la incursión de los armados a un centro poblado. Pero, atendiendo el valor que esta investigación acoge del significado, conviene aquí preguntarse en cuál de esas «formas de enunciar» encaja mejor esa noche de horror que vivieron los habitantes de Angostura. El CNMH (2016) esclarece estos eventos así:

La «toma guerrillera» la entendemos como una incursión a una cabecera municipal o a un centro poblado en la que se ejerce un control territorial de carácter militar y que combina la mayoría de las siguientes variables: confrontación más o menos sostenida con la fuerza pública con el propósito de doblegarla o exhortarla a su rendición (en los casos en los que había presencia de fuerza pública); convocatoria pública a la población civil; el ejercicio de la justicia guerrillera; destrucción parcial o total del equipamiento municipal (cuartel de policía, dependencias gubernamentales y administrativa del Estado- alcaldías, gobernaciones,

registradurías-, entidades financieras públicas y privadas, instituciones educativas, iglesias, plazas, etc.); apropiación de bienes; y diferentes grados de victimización provocados de manera premeditada o colateral.

El «ataque contra la estación de policía» es una incursión que se caracteriza por el ataque localizado contra un sector específico del perímetro urbano: la estación de policía. Si bien esta acción también puede generar daños a la infraestructura municipal y diferentes formas de victimización, se distingue de la toma por su limitación espacial, toda vez que la estación de policía y la fuerza pública son los únicos blancos de la acción. (p. 47)

Los relatos de los habitantes parecen coincidir de manera más precisa con ese segundo encuadre conceptual. A pesar de que, mientras el grupo guerrillero se mostró inclemente con el uso desmedido de armamento para destruir a su enemigo natural —la Fuerza Pública— y que con ello no solo generó una tremenda sensación de zozobra y pánico colectivo, sino también que destruyó bienes públicos y afectó bienes privados como casas y locales comerciales, la incursión guerrilla planteó, al mismo tiempo, una cierta consideración, si se quiere, con los civiles. El recuerdo que expresa una de las testimoniante en un apartado anterior, cuando narra cómo una de las guerrilleras la llama por su nombre y les encomienda a dos guerrilleros custodiarla hasta su casa; o el hecho de que el párroco del pueblo fuera convocado por el mismo grupo guerrillero para aplicarle los santos óleos a un civil, deja entrever que el esquema táctico propuesto en la incursión no planteaba como objetivo una interacción o afectación directa a la población civil.

Pese a lo anterior, en las mentes de los pobladores quedaron fuertes impactos psicológicos. En los testimonios que evocan aquel evento, el miedo salta como sentimiento protagónico. Lira y Castillo (1991) al explorar la psicología de la amenaza política y del miedo, plantean que este último:

Se refiere a vivencias desencadenadas por la percepción de un peligro cierto o impreciso, actual o probable en el futuro, que proviene del mundo interno del sujeto o de su mundo circundante. La objetivación del peligro puede llevar al sujeto a experimentarlo como un riesgo de amenaza vital. La certeza o alta probabilidad de que dicha amenaza ocurrirá, transforma la inseguridad en miedo» (p. 61).

El siguiente testimonio ilustra cómo un hecho violento de tales proporciones no solo provocó en algunos de los habitantes de Angostura la sensación de pérdida de seguridad y de bienestar, sino que incluso tuvo repercusiones en su salud física:

«Los días siguientes yo quedé con mucho temor. Es que quién vuelve a dormir. Uno queda con mucho miedo porque uno dice: será que sí se fueron del todo o será que de pronto llegan. Como en los noticieros decían que en otros pueblos se entraban y colocaban pipetas bomba y todo eso, ¡ay!, por la noche como que sentía que aquí en la calle arrastraban las pipetas y que ya las iban a colocar. Yo decía: ¡Dios mío!, nos van a volar la casa, ¿nosotros qué vamos a hacer?; no pensaba tanto en que me iban a matar, sino que nos quedáramos sin casa. Es que a raíz de eso yo me enfermé mucho, mucho, me empezó a dar como un temblor, se me ausentó la menstruación completamente y me empecé a engordar; y era como acelerada, todo me asustaba y muchas veces resultaba llorando. Por eso a los varios años, por recomendación de un médico, fui a la oficina de víctimas y me dieron el certificado de víctima»¹¹.

Las rutinas cotidianas, tanto individuales como comunitarias, también se ajustaron a la incertidumbre colectiva. Mariana Orrego, que para entonces cursaba el quinto grado de básica primaria, recuerda que la recomendación diaria de su mamá era que, una vez se terminaran las clases —a eso de las cinco de la tarde—, debía retornar a la casa sin distraerse en el camino: «nos decía: “se vienen derechitos, a la carrerita”. O sea, ya uno vivía con miedo»¹². Incluso, en los meses más inmediatos a la incursión armada, algunas actividades laborales y comerciales se vieron trastocadas por la zozobra de que se produjera una nueva incursión, Mabel Londoño recuerda esa situación así:

Nosotros vendíamos chance y podíamos ir a liquidar lo que vendíamos hasta las ocho de la noche, pero después de la toma nunca nos dejábamos pasar de las seis de la tarde. Y como la misa era tan temprano, uno se metía para la iglesia y salía de la iglesia ligerito para la casa. Y ya después de eso, a las siete de la noche, uno no veía un alma en Angostura, el pueblo quedaba en un silencio que parecía que fueran a

¹¹ Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante.

¹² Correa Ochoa, entrevista personal 11. Mariana Orrego, habitante de la zona urbana.

espantar, quedábamos a merced de que el Padre Marianito nos protegiera de otra de esas noches tan miedosas.¹³

1.2 Acento 2. Actores armados: protagonismos y ausencias en la memoria colectiva

Se aparecieron dos y les dieron almuerzo. Entonces [la hija del dueño de la finca] dijo: «tráiganles unos tenedores, unos cuchillos pa' que coman». «No, nosotros comemos como lo que somos». «¿Y qué son ustedes pues?», les preguntó ella. «Somos guerrilleros», dijeron así, a boca abierta. Y ya llamaron [al dueño de la finca], tampoco sé qué le dirían a él, pero después me llamó a mí y dijo: «vea, cuando esta gente venga por aquí y necesite alguna cosa, o le pidan una res o un cerdo, ellos van a venir donde usted». Y ya. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

En el testimonio anterior, la expresión «esa gente» tiene una especial carga semántica —que aparece también en los relatos de otros angostureños—. En el contexto del conflicto armado colombiano, esa enunciación es recurrente en los discursos de las víctimas, pues las protege de responsabilizar de manera directa a los grupos armados que les han victimizado; con ello, aunque los actores armados resultan homogenizados, también son situados indiscriminadamente en una posición opuesta a la de la población civil: todos fueron victimarios. Ferry (2012) advierte que Colombia es como un «caleidoscopio» en el que confluyen rasgos históricos y dinámicas sociales que hacen que la confrontación sea casi imposible de comprimir en palabras: «Un enredo de actores armados: dos guerrillas — las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN)—, el Ejército Nacional apoyado por los Estados Unidos, y una cantidad de milicias paramilitares de derecha y pandillas criminales». (como se citó en Nieto, 2013, p. 17).

En el asiento del conflicto armado en Angostura, todos los grupos listados por Ferry tuvieron algún nivel de incidencia. En las memorias de los habitantes, estos actores de la confrontación adquieren protagonismos o aparentes ausencias, son asociados a varias

¹³ Correa Ochoa, entrevista personal 12. Mabel Londoño, habitante de la zona urbana

modalidades de victimización y a mutables dinámicas de interacción con la población civil. A continuación, presentamos estos aspectos como parte del ejercicio contextualizante que busca este capítulo.

1.2.1 Recuerdos sobre el arribo de grupos guerrilleros y los virajes de su interacción con la población civil

Los primeros asomos de las Farc-EP en Angostura son ubicados en los relatos de los pobladores hacia la segunda mitad de la década de los ochenta. Una líder veredal vinculada a la actividad política en el municipio, relata que fue así como en la vereda La Culebra, en 1986, se dio su primer encuentro con el grupo guerrillero:

Eran como siete u ocho. Te digo pues que fue el más susto, ¡el más susto! Fueron a una porcícola que había en la vereda y trajeron un poco de marranos muertos. Colocaron medio marrano ahí en un poste de la casa y me dijeron: “repártale esto a sus hijitos y a su familia, nosotros somos el Frente 36 de las Farc y tenemos este regalo pa’ ustedes”. Yo les dije: “ay, ¡Dios mío!, no, no, llévense eso de aquí, llévese eso”. Ese fue el primer susto con ellos y de ahí ya empezaron a volver. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

Las narrativas sobre las interacciones iniciales del grupo armado con la población civil, recalcan también que los líderes guerrilleros plantearon como ofrecimiento la vinculación de los campesinos a un proceso revolucionario nacional; y, además, prometían una regulación que el Estado no venía asumiendo en el territorio, un saldo en rojo que se veía reflejado en situaciones delincuenciales o de conflictos comunitarios que alteraban la convivencia en las veredas. Resaltan, también, el hecho de que los hombres armados que para entonces empezaron a aparecerse en las veredas eran foráneos; la recurrencia de ese énfasis en los relatos tiene de fondo un propósito expiatorio, una suerte de memoria reivindicativa que busca advertir que quienes encendieron la chispa del conflicto armado en Angostura no fueron propiamente quienes habitaban en el municipio, pese a que, posteriormente, algunos miembros de la población decidieron enfilarse en las tropas del grupo armado. Una habitante de la zona rural sitúa el primer encuentro con las Farc en

1987 y expresa algunos de los elementos advertidos anteriormente:

Estábamos haciendo un estanque piscícola, éramos muchas mujeres de la vereda San Alejandro y de otras las que estábamos trabajando cuando de pronto vimos unos señores de [uniforme] oscuro y dijimos: “¿quiénes son esos?”. No, nadie los conocía. Cuando ya nos rodearon nos dijeron que eran las Farc, que venían a ver en qué nos podían colaborar, que porque ahí había mucho robo. La persona que los dirigía era un guajiro que escaso conocía el español, hablaba muy raro y uno no le entendía casi. Esa gente no era de por aquí. Él lo intimidaba a uno y decía que había que ir haciendo fuerza a la revolución que porque nosotros no nos podíamos quedar así. Después de que ellos salieron uno se quedaba pensando: “¿y qué vamos a hacer, y quiénes son y que miedo y qué están haciendo por acá?”. Después como ya teníamos los niños en la escuela, a cada rato llegaban a las reuniones de escuela a decir que estaban ahí para ayudarnos, porque si el Gobierno no hacía nada ellos sí podían hacer y que podíamos estar tranquilos. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

La presencia guerrillera se afincó inicialmente en la zona rural —tanto de las Farc como del ELN—, donde su diligencia para intervenir conflictos cotidianos les aseguró cierta legitimidad de parte de los campesinos. Ese elemento legitimador se puede establecer como uno de los rasgos iniciales en la línea de tiempo del conflicto armado en Angostura, que por varios años les permitió a los grupos guerrillero acomodarse, expandirse y transitar por distintas zonas del municipio, logrando reconocimiento social gracias, en buena medida, a la utilidad que su ejercicio justiciero resultaba para la población civil. En la vereda La Trinidad, esa labor es recordada así por un campesino y líder comunitario:

Cuando los de las Farc comienzan a entrar al municipio, buscando que no ‘haiga’ tantos drogadictos, robadorcitos, violadorcitos y todas esas cositas. Se compusieron mucho las veredas porque eran espacios que antes el Estado nunca cubrió, y después del conflicto tampoco. Esa gente hacía orden en ese sentido, organizaban mucho. Si alguien decía: “¡Ah!, vea, ¡Fulano es muy boliadorcito de machete! Ellos lo cogían y le decían: «bueno hermano, se compone o se va o tiene una multa... o sabe qué más le espera». Eso lo marcaba mucho a uno porque hubo un tiempo de mucho orden en las comunidades. Incluso para la gente de las juntas de acción comunal,

porque casi que por obligación había que estar en los convites. Eso lo organizaron ellos en ese entonces. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

En algunas zonas del municipio, en particular en el bloque de veredas de la zona norte de Angostura —en límites con los municipios de Campamento y Guadalupe— los grupos guerrilleros se comportaron como un ejército de ocupación, pues se instalaron allí de manera permanente y ejercieron control sobre el territorio. En el resto del territorio, en cambio, tenían una actividad transitoria y de intervenciones puntuales. Por ello, en algunos relatos de los campesinos se devela un nivel de interacción más constante y «familiar», que tuvo transiciones claves en la línea de tiempo del conflicto. Una de ellas tiene que ver con la inserción de los habitantes de la región en las filas guerrilleras, una situación que, señalan los testimonios, empezó a ser más notoria en el curso de la primera mitad de los noventa:

Además de los hombres uniformados empezamos a ver también mujeres, unas monas... muy bonitas, que no eran como de por aquí, pero ya después las muchachas de la vereda o de veredas cercanas empezaron a meterse a eso. Yo les preguntaba “¿pero ustedes por qué se van si tienen todo en su casa?”. Y ellas me decían que se habían enamorado de uno [de los guerrilleros], y otras que porque ellos decían “aquí hay muchas mujeres en esta casa”, entonces se las llevaban. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

Un líder comunitario de la vereda La Trinidad plantea en su relato algunas condiciones que favorecieron que los grupos guerrilleros resultaran atractivos para que habitantes de la región se engancharan en sus filas. Allí se dejan ver motivaciones de diversa índole, que van desde el vínculo afectivo de los habitantes de la región con combatientes, hasta una suerte de ascenso económico y de estilo de vida aparentemente más cómodo que la que podría implicar la labor agrícola:

A la vereda llegaba el mensaje que, por ejemplo, el diez de agosto iban a ir a recoger. Y ese día salían diez o doce muchachos con ellos, pero voluntariamente. Es que la vida de ellos era muy bonita: bien armados, con buena plata en el bolsillo, podían comprar cadenas, relojitos, anillitos pa' darles a las niñas, les quedaba

tiempo de estarles sobando la carita. Entonces eso se veía como una vida muy buena y fácil. Además, podemos hablar de que la Fuerza Pública se pudo quedar ocho, diez años sin bajar por allá, así las veredas estuvieran apenas a diez kilómetros del pueblo. Es que ellos vivían como Pedro por su casa, sin ningún afán; entonces una muchacha, de catorce o quince años, veía un tipo de esos bien vestido, con plata en el bolsillo y viviendo relajado y diciéndole que la vida allá era buena, pues más de un pelado y muchacha decidía irse. Muchas veces le decían a uno: “ve, si no nos volvemos a ver, fue porque me fui”. Pero todos se fueron voluntariamente, los que yo conozco se fueron voluntariamente: vecinos, amigos, familia, y muchas veces a los dos o tres días llegaban con su fusil, su camuflado, ya mandándolo a uno, a pesar de que se criaron con uno y estudiaron con uno. Pero había que obedecer, porque el arma lo hace obedecer a uno. Es que por aquí también había pocas oportunidades de empleo, poca educación, entonces los guerrillos sí, los cogían, les lavaban el cerebro a las personas: “vean muchachos...”. Ahh, es que póngase a mirar, uno desyerbando caña bien duro y ver un tipo con un fusil bien organizadito, bien vestido, bien camufladito y tranquilo, que se echaban a dormir en esos corredores, a orilla de carretera todo el santo día. Entonces, la gente se encarretó. Los amigos míos que cogieron para allá están en los tres estados: unos se salieron, otros se murieron y otros desaparecieron. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Sin duda, el que la gente de la región fuera reclutada por los grupos guerrilleros provocó que la dinámica del conflicto se enraizara con mayor arraigo en el contorno comunitario: los parentescos familiares y las relaciones de amistad o vecindad empezaron a difuminarse con el ejercicio de control que los armados ejercían sobre los campesinos, haciendo cada más difícil que la población civil se sustrajera de la dinámica del conflicto. Todo ello puso a muchos habitantes entre la espada y la pared:

Yo fui uno que estuvo en el medio del conflicto, porque no quise hacer parte de las milicias, ni quise hacer parte de los informantes en la policía. Pero me generó problemas porque como yo era soltero, con apartamentico en el pueblo, tomadorcito de trago y perseguidorcito de mujeres, entonces si estaba en la vereda y me venía pal pueblo los milicianos que estaban allá decían «ese hijueputa se fue pa'l pueblo a

contarle a la policía tal cosa de nosotros». Pero llegaba al pueblo y ahí mismo la policía me cogía y me llevaba pa'l comando y me decía: «venga, firme aquí, a ver si eso que usted me firmó aquí, constata con una boleta que acabó de llegar de la vereda pidiendo zapatos y pidiendo botas y pidiendo mercado». Entonces llegaba aquí y tenía a la policía a contra y llegaba a la vereda y tenía a los milicianos a contra. Y por eso fui desplazado, por no hacer parte de ninguno de los dos grupos. Pero a uno en todo caso sí le tocaba hacer cosas por obligación. Si uno estaba en la casa llegaban y decían: «necesitamos que suba al pueblo y traiga, por ejemplo, estos doscientos mil pesos en baterías triple A». ¿Qué tocaba hacer? Ir, o si no iba, ya sabía lo que le esperaba. Es que ellos incluso llegaron a vivir en casas vacías de la vereda; tres, cuatro meses viviendo con nosotros, y los sábados había partido de once de nosotros los campesinos contra once de ellos en la cancha; y uno se boleaba guayo parejo. Es que el Estado nunca se asomó por allá, el Estado comenzó a meterse a la zona fue en el primer periodo [presidencial] de Álvaro Uribe. Y ahí ya sí se nos puso el queso a mordiscos, porque ya uno no sabía pa' dónde coger, ni pa' un lado ni pa' el otro; uno trataba era de ser neutro y lo que queríamos era la libertad y la tranquilidad. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Otro elemento que es develado en las memorias como parte de la reconfiguración de esa interacción entre los grupos guerrilleros con la población campesina tiene que ver con las presiones que los armados empezaron a ejercer en la población rural. En los relatos se expresa el sinsabor que representaba para muchos pobladores la llegada permanente de tropas —algunos recuerdan que alcanzaban grupos de hasta cincuenta guerrilleros— que utilizaban las cocinas para hacer sus alimentos con víveres que en algunos casos ellos mismos traían y, en otros, debían proveer los campesinos. Tal situación se hizo constante y se sumó no solo a la zozobra e incertidumbre causada por la dinámica propia del conflicto, sino también a otras modalidades de extorsión económica que fueron cobrando intensidad hasta provocar que los dueños de parcelas productoras de panela y café, o dedicadas a la ganadería y a la producción lechera, terminaran por abandonar sus fincas, como lo indica una mujer propietaria de un trapiche de caña:

Por ahí en el año 95, más o menos, empezaron a pedirnos cosas: «ah, tráiganos un mercado»; y en ese mercado pedían hasta champús o lociones que ni uno usaba. Y ya empezaron a pedir a cada rato plata... cosas y cosas y cosas. Hubo una ocasión que les dije: “ya no más, yo ya no puedo más”. Es que yo me quedé sola porque a raíz de eso mi esposo se tuvo que salir de la finca. Todos los días doscientos mil pesos, o al mes treientos, o que un mercado. ¡No era un par de botas lo que pedían!, sino que pedían seis, diez, doce pares de botas; le daban hasta la talla a uno pa’ que las trajera. Yo me les rebelé, un día amanecí brava y les dije que no, les dije: «venga, siéntese aquí y les digo como son las cosas: yo a los trabajadores les pago cada ocho días, les pago bien, funciona bien con ellos, ustedes no tienen queja mía, a ustedes les ayudo, pues, obligada, pero les tengo que ayudar, entonces yo no puedo más». Cuando eso el precio de la panela era pa’ abajo, pa’ abajo. Entonces uno de ellos me dijo que iba a averiguar todo sobre mí y que íbamos a ver, y la próxima vista fue que me sacaron sacada, eso fue ya en el 2003 que tuve que salir desplazada para el pueblo y la finca se quedó sola. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

Así, en la medida en que las guerrillas se fueron expandiendo y acomodando en el territorio angostureño, las modalidades de victimización empezaron también a expandirse y cobrar más relevancia. A las acciones de control social, ejercidas por los grupos guerrilleros en las veredas, se sumaron poco a poco las extorsiones, los secuestros y los desplazamientos, un escenario de agudización de la violencia que se fue configurando en la primera mitad de los noventa. El relato de Alfredo Trujillo —alcalde del municipio entre 1992 y 1994— devela ese punto de inflexión en la línea de tiempo del conflicto armado en Angostura, evidenciando un primer contraste entre la comodidad que expresaban los campesinos con la presencia de los actores armados y los asesinatos selectivos que según recuerda el exalcalde se hicieron más notorios a partir de 1993:

La misma gente los hizo [a los grupos guerrilleros] legítimos, porque en las veredas el Estado era ausente, entonces decían: «vea, es que aquel me robó y nadie me arregló eso». Antes de ser alcalde fui personero y ahí recibí varias quejas, quejas formales a la Procuraduría, sobre gente que resultaba muerta en x o y lugar y que nadie sabía qué le había ocurrido. A finales del 93 es cuando se recrudece la

violencia y empezaron a matar gente conocida, amigos de uno. Ya el alcalde de Carolina me llamaba y decía: «ve, aquí tengo en [la vereda] La Concepción cuatro muertos; llevate dos vos y yo me llevo los otros dos porque no damos abasto». Me llamaba el alcalde de Campamento y me decía: «ve, aquí en La Chiquita tengo unos muertos, hay unos de Angostura, mandá por ellos»; me llamaba el alcalde de Guadalupe: «ve Alfredo, aquí en el Alto de San Juan tenemos unos cadáveres, llevate vos algunos y yo recojo los otros».

En el cementerio [de Angostura], no sé ahora porque yo me retiré del gobierno hace mucho tiempo, pero ahí teníamos cinco o seis tumbas de NN¹⁴. No los pudimos identificar nunca, pero de todas maneras yo concerté con el párroco de la época para que los dejáramos quietecitos en una bóveda sola y así la Fiscalía luego los pudiera identificar, para que no fuera en fosa común. (Correa Ochoa, entrevista personal 08. Alfredo Trujillo, alcalde de Angostura en el periodo 1992-1994).

En los primeros años —entre 1985 y 1993— las acciones de los grupos guerrilleros se mantuvieron al margen del casco urbano, por lo que algunos habitantes sugieren permisividad campesina frente el acomodo de los armados en las veredas, lo que según ellos provocó que su presencia en el municipio adquiriera suficiente capacidad para que en los años posteriores el conflicto mutara a una escalada violenta que impactó gravemente tanto a la población rural como urbana. De ello da cuenta la narración de una de las comerciantes del casco urbano:

Los campesinos nos decían que se sentían contentos que porque ellos [los grupos guerrilleros] hacían justicia entre ellos mismos [los campesinos]; que les decían que les iban a colaborar mucho, que ya no se les iba a perder el ganado, que la finca la podían dejar tranquilos y que ellos iban a estar para ayudarlos. Entonces los campesinos los fueron acogiendo y, debido a eso, ellos se acomodaron tan fácil en el campo. Y cuando ya vimos, pues, estaban sintiéndose propietarios de la zona rural. Ahí fue donde más nos dolió, porque toda la gente hablaba de unos grupos y

¹⁴ *Nomen nescio*: «nombre desconocido», expresión en latín usada para designar a una persona sin nombre o desconocida.

en ningún momento pensamos que iba a ser un conflicto de tanta magnitud. (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

A pesar del eco tardío del conflicto en el casco urbano —que como se mencionó en el apartado anterior tuvo como gran resonancia la incursión guerrillera de marzo de 1994—, los grupos guerrilleros también empezaron a implementar acciones de presión a los residentes del pueblo. En ello, de acuerdo con los relatos de algunos entrevistados, tuvieron que ver milicianos que habitaban tanto en el área rural como en la zona urbana. Dos testimonios significan esa situación:

Había mucho miliciano, lo que llamamos «sapo». Era gente de civil y cuando lo veían a uno le preguntaban: «Ombe, ¿por tal parte hay Ejército?, ¿por tal parte hay la Guerrilla?»; Y uno les decía: «por ahí no hay nada, yo no vi nada», porque resultaba enredado, lo salían matando a uno por ahí. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

Los domingos se los encontraba uno en el quiosco y le decían: «oíste, vení, ¿vas a tomar tintico, una cervecita?». Yo me tomaba una o dos y me volaba, me perdía. Es que uno los veía en la vereda y después los veía por aquí, en sus botas, haciendo sus mandados. Le preguntaban a uno: «oíste, ¿cómo se llama el gerente del Banco Agrario?». «Aah, se llama de tal forma», les decía uno. Y ellos ahí mismo decían: «no, no, es que ahí llegó uno ayer, se llama de tal manera». Ellos sabían lo que uno no sabía, sabían todo y tenían su organización. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Así, además de indagaciones que resultaban estratégicas en el ámbito de la defensa y ofensiva militar, los milicianos también, según los testimonios, cumplían una labor de reconocimiento y perfilación de comerciantes o personas de la comunidad que podían tener capacidad económica para extorsionar. Esa situación tuvo un alto impacto en la segunda mitad de la década de los noventa, generando que muchos comerciantes abandonaran el

municipio, asfixiados por el cobro de vacunas¹⁵:

Nosotros empezamos a ser víctimas porque muchas veces nos pidieron dinero, nos extorsionaban. A mi esposo lo mandaban a llamar, que tenía que ir a hablar con ellos, a negociar con ellos. Pero llegó un punto en el que no fuimos capaces, en que dijimos: «ya no podemos dar esa plata». Entonces en el año de 1998 nos fuimos y estuvimos lejos de Angostura como cuatro, cinco años. Es que el comercio, en vista de que pedían tanto dinero se vio muy afectado y muchos tuvimos que salir. Ahora, porque mi Dios y el padre Marianito nos trajo de nuevo... Pero tuvimos que salir y vender las cosas al menor precio. Y así también tuvieron que hacerlo muchos señores que vendieron sus fincas, porque se aburrían de tenerlos ahí cerca, así no les hicieran daño, sentían ese temor de estar entre la espada y la pared. Es que si llegaba el Ejército le decían que es que usted «les está dando comida». Entonces eso afectó demasiado lo económico en Angostura. Y lo social también porque nadie quería invertir. (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

Como epílogo de este apartado, podemos resaltar que los relatos contenidos anteriormente, develan las relaciones que, progresivamente, se fueron afianzando entre la población civil de Angostura y los actores armados. Partiendo de estas memorias, se puede afirmar que las Farc tuvieron una especial predominancia en la trayectoria del conflicto armado en la localidad y, así mismo, se puede considerar que la segunda mitad de la década de los ochenta constituye el periodo en el que los testimoniantes ubican los orígenes de la confrontación en este territorio. Llama también la atención las reconfiguraciones que se plantean respecto a las formas de interacción entre los habitantes y los actores armados, pues las memorias dejan entrever cómo se pasó de un ejercicio de control social relativamente aceptado, en especial en las zonas rurales, a un periodo en el que las estrategias de control de los armados empezaron a violentar extensivamente a gran parte de

¹⁵ Las «vacunas» fueron una práctica de extorsión usada por las guerrillas —e implementada también por grupos paramilitares y grupos criminales— como un instrumento de financiación. Se trata del cobro único o periódico de una suma de dinero tanto a actores de la economía legal —agricultores, ganaderos, comerciantes, empresarios— como a quienes se lucran de prácticas ilegales como el narcotráfico o la minería ilegal.

la población civil, tanto urbana como campesina, mediante acciones directas como la extorsión, el desplazamiento y los asesinatos selectivos.

1.2.2 Percepciones sobre los diversos grupos actores armados

La memoria de algunos habitantes de Angostura devela alcances particulares tanto de la presencia de los actores armados en el territorio como del nivel de vinculación que estos tuvieron con la expresión del conflicto armado en la localidad. En el ámbito de las guerrillas los relatos establecen diferencias significativas entre el ELN y las Farc-EP. En el Norte antioqueño operó el Frente Héroes de Anorí del Ejército de Liberación Nacional — ELN—, a la que los entrevistados en esta investigación reconocen como una guerrilla con menos incidencia en el territorio angostureño. Los siguientes relatos plantean elementos diferenciadores en ese aspecto con respecto a las Farc:

A ver, el ELN para nosotros fue más calmado. A nosotros nunca nos extorsionó. En cambio, los del 36 Frente de las Farc siempre eran los que más sonaban: que hacían sus retenes, que marcaban los carros... (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

Del «eleno» uno escuchaba que eran como... como más pobres. Yo me encontré varias veces con ellos y uno sí uno notaba la diferencia de uniforme. Como que carecían de recursos, entonces eran como menos fuertes en lo militar. Las Farc en cambio sí tuvieron más presencia, se hacía sentir más. Pero el accionar era, en cierto sentido, la misma cosa, la misma pues... como la misma ideología, no había como mucha diferencia. (Correa Ochoa, entrevista personal 05. Hombre habitante del casco urbano, docente y comerciante).

Las Farc eran más fuertes, militarmente eran más fuertes y tenían como una inteligencia más desarrollada. Y los «elenos» uno los veía como con menos ideales, ¿cierto?, porque la revolución son unos ideales, y ellos pues como que no se les veía esos ideales. Pero los dos nos hicieron mucho daño, porque cuando no llegaban los unos llegaban los otros, eso para uno darle al uno y al otro era muy duro. (Correa

Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

Entre los recuerdos de los angostureños entrevistados, si bien la presencia del ELN se presenta como una constante en el territorio desde la década de los ochenta, su accionar se difumina en medio de la expansión territorial del Frente 36 de las Farc, de la cantidad de integrantes y de la capacidad económica y militar que alcanzó en la zona este último grupo. Pese a ello, en la memoria colectiva también hay elementos de contraste frente a cómo ambos actores ejercían su control social o manipulaban su poder militar para ejercer presión en la población. Así, de algún modo a las Farc les reconocen haber sido un actor armado más conciliador y, si se quiere, moderado al momento de gestionar conflictos, de exigirle a los habitantes cumplir con los tributos que les endilgaban o de establecer responsabilidades en el marco de su autoproclamación como justiciero comunitarios. La selección de los siguientes relatos, de distintos habitantes del municipio, es ilustrativa de esas situaciones:

Las Farc, para hacer algo, se informaban bien antes. En su forma de hablar, en su forma de expresión, en su forma de vestir y en su forma de actuar, sabía uno quiénes eran. Si a una persona la estaba investigando las Farc, podía estar más o menos tranquila porque después venían y decían: «¿qué está sucediendo?». El ELN si era que si alguno decía: «Julano hizo tal cosa», sin conversar con él y sin investigar, tenga leve. Les faltaba como averiguar bien la cosa. Es que ellos querían sembrar más terror o eran más violentos, o esa era la forma de actuar. Pero se notaba que esa gente no tenía compasión con nadie. En cambio, las Farc siempre estiraban, socializaban y daban oportunidades. Ahí sí se daba cuenta uno de la diferencia que había entre los dos. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Las Farc eran más prudentes que los «elenos». Los «elenos» eran muy «atarbanes» con uno, lo llegan era maltratando pa' que uno les cogiera como más miedo, sobre todo uno que fue jefe por aquí y que chuzó [extorsionó] a todo el mundo en Angostura, le quitó mucha platica a mucha gente, y eso a pesar de que era de por aquí mismo. Es que por ejemplo los «elenos» un día llegaron a la finca que yo

administraba a pedir una plata y a los días se aparecieron los de las Farc y yo les conté y el mandón [comandante] de ellos me dijo: «no, no les den un solo peso que nosotros cuadrarnos este asuntico». Y así fue, esa plata no se dio porque dijeron que ellos cuadraban con los «elenos». Es que los *elenos* le tenían como temor a ellos. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

Yo te voy a decir que, pa' mí, el ELN era más malo. Era más malo porque cuando llegaron por mí hermano yo les lloré, les supliqué, me les arrodillé, les dije que, por favor, que por favor no le hicieran nada, que me dijeran él qué había hecho, y entonces lo que me dijeron fue: «vieja hijuetantas te vas y decís alguna cosa y te sacamos la lengua y te la colgamos de ese palo». Se lo llevaron y lo mataron y yo me dediqué a tomar, a tomar, a tomar, lo enterramos y yo me quedé en el pueblo por ahí quince días tomando y diciendo atrocidades, yo decía: «me voy pa' los paracos, yo sé que la sede de ellos es en Gómez Plata, voy a traerme meras granadas y cuando pasen estos perros muertos de hambre por mi casa, mato a treinta o a cuarenta, con eso quedo contenta». Cuando me llevaron al monte ese comandante me dijo: «yo soy comandante de mil guerrilleros, tengo buenos, tengo malos, tengo curas, tengo doctores, enfermeros, tengo de todo aquí, dígame, señora, ¿usted qué era lo que hablaba de nosotros en el pueblo?». Le dije: «que ustedes son unos muertos de hambre y que matan a la gente por cien mil pesos. Dígame por qué mandó a matar a mi hermano. Señor comandante, présteme su uniforme yo me lo coloco y mando a ejecutar a su mamá, a su papá o a su familia, a ver si le duele o no». Entonces me dijo: «señora, nuestro grupo no le perdona la vida a nadie. Usted tiene su dolor, pero nosotros no mandamos a ejecutar a su hermano. Métase una cosa a la cabeza: su hermano murió en una guerra y ya, pero nosotros no lo ejecutamos. Los muchachos que mataron a su hermano le sacaron tres millones de pesos y se los bebieron en aquella fonda, a uno lo ejecutamos en aquella cañada, el otro se lo mandamos a la mamá y al papá, y al otro lo tenemos en estudio». Y yo le dije: «¿y entonces qué va a hacer conmigo?». Y me dijo: «usted me promete que no vuelve a tomar y que no vuelve a meterse con nosotros y le perdonamos la vida». ¿Y sabes quiénes mataron a mi hermano? Los más amigos de él, por tres millones

de pesos por un enredo de un ganado, por eso lo mataron. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

Los grupos paramilitares, igualmente, tuvieron incursiones en Angostura. Sin embargo, sobre estos las memorias de los habitantes develan otros rasgos de actuación. El primero de ellos tiene que ver con la ubicación geográfica desde la cual se enmarca el recuerdo; es decir, las personas entrevistadas que residen o residieron en el bloque de veredas asociadas al llamado «caguancito angostureño» —que abordaremos más adelante—, no reconocen a los paramilitares como un actor permanente o de una acción constante en el municipio. Al referirse a ellos, un testimoniante advierte lo siguiente:

Paramilitares no, a mí nunca me tocó ver o conocer a alguno. Aquí sí dicen que llegaba gente de esa al pueblo o algunas veredas, pero ya para las veredas de otros lados de donde nosotros vivíamos, por el lado de Santa Rosa, Carolina y Yarumal. Pero si venían por aquí a Angostura venían de un día para otro, a hacer su inteligencia o a hacer la cagada que iban a hacer. Pero no fueron como notables. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Una comerciante del casco urbano, en cambio, expresó no tener conocimiento de la incidencia de los paramilitares en Angostura: «En ningún momento puedo decir que hubo paramilitares aquí en el pueblo. Solo recuerdo a los “elenos” y a los de las Farc» (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante). Mientras que otro habitante del casco urbano explicó así la participación de grupos asociados con la Autodefensas Unidas de Colombia —AUC— en la dinámica del conflicto armado que se dio en Angostura:

Las AUC fueron como pasajeras, porque tenían su asentamiento en Gómez Plata, aquí cerquita, por aquí a los alrededores, pero las Farc y el ELN sí tenían asentamiento aquí, incluso aquí tuvieron secuestrados que traían de otras partes, aquí tenían, digámoslo, así como su lugar de operaciones, aquí en Angostura. Las AUC eran más de paso. Y los campesinos y mucha gente del pueblo estuvieron, como en toda parte en Colombia, entre la espada y la pared. Es que, si le decían al Ejército que por aquí pasaron tales, y después esos se daban cuenta, entonces ahí

venían los problemas. También se sabe de deserciones que hubo del ELN a las Farc o de estas a las AUC, y ahí el conflicto era más grande, porque soltaban la lengua y decían: «vea, aquel campesino les daba posada, a aquellos», pero sabiendo que era por miedo... porque cómo se le va a negar agua a esa persona o comida o algo así, sin embargo, los acusaban de colaboradores. (Correa Ochoa, entrevista personal 05. Hombre habitante del casco urbano, docente y comerciante).

Pese a lo anterior, el relato de una habitante plantea una intención concreta de los paramilitares de tener asiento en el municipio, a lo que, según ese testimonio que emerge desde un liderazgo político, hubo resistencia en varios sectores de la población:

Los paramilitares vinieron a este pueblo a pedir que los dejaran entrar. Yo en esa época era concejal. Pero no lo permitimos. Ellos se mantuvieron por allá por las veredas, lejitos, porque ellos se peleaban sus territorios. La guerrilla cuidaba sus límites y los paracos cuidaban sus límites, no se podían pasar, ni el uno pa'llá ni el otro pa'cá. Pero al pueblo no podían entrar porque ni el padre, ni la Policía, ni nosotros como concejales lo permitimos, es que gracia que podíamos soportar los elenos y las Farc que ya tenían su «caguancito» en unas veredas, para ahora soportarlos a ellos. Entonces no, los «paracos» aquí no tuvieron residencia. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

Como afirma Jelin (2002, p.17): «Abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas». A pesar de que algunos testimonios minimicen o anulen por completo la injerencia de grupos paramilitares en la dinámica del conflicto armado en Angostura, otros constatan que las incursiones de los grupos paramilitares muestran esas tensiones por la memoria y develan cicatrices que no pasan desapercibidas. Las veredas La Concepción y Pácora están ubicadas en los límites con los municipios de Carolina del Príncipe, Gómez Plata y Santa Rosa de Osos, donde los paramilitares tuvieron mayor asiento dada las condiciones económicas de esos municipios, condiciones evidenciadas, por ejemplo, en hatos ganaderos más tecnificados y productivos,

agroindustria y empresas de diversa índole, además de proyectos hidroeléctricos. Así lo explica uno de los campesinos habitantes de la zona:

Los «paracos» tuvieron injerencia en la zona de Guadalupe, Gómez Plata, Carolina y Santa Rosa o Yarumal. Por ahí si mandaban ellos porque en esas partes había más ricos que les pagaran, es que ellos fueron los que los pidieron para que los cuidaran de los «guerrillos» que se mantenían y se movían desde aquí de Angostura. Fue eso, los paracos que llegaron a venir por aquí a esta zona de Angostura fueron mandados por los ricos de otros lados. Además, por esos lados de Carolina estaban las hidroeléctricas de EPM, entonces ahí también había intereses pa' cuidar. Porque es que aquí en Angostura en la mayoría de las veredas éramos gente pobre, si acaso una que otra finca grandecita, ni tampoco empresas; esa mano de pobres, con una huertecita y un ranchito, ¿pa' qué íbamos a necesitar de los «paracos»? (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

De lo anterior es ilustrativo un hecho que emerge con protagonismo en los relatos de varios de los participantes de esta investigación y que es significado como la acción más sanguinaria y traumática ejecutada por grupos paramilitares en el curso del conflicto armado en Angostura. El hecho ocurrió el 14 de abril del 2002 y en la revista *Noche y Niebla* es reseñado de la siguiente manera:

Diez combatientes muertos fue el resultado de un enfrentamiento entre paramilitares de las AUC y guerrilleros de las Farc-EP en la vereda Concepción. Según la fuente: La mayoría de los muertos portaban brazaletes de las AUC. Este hecho ocasionó el desplazamiento de algunos pobladores de dicha vereda, hacia el casco urbano. (Cinep. 2002. *Revista Noche y Niebla*. No. 24, p. 21).

La vereda La Concepción, como ya se mencionó, se constituyó en una suerte de «frontera invisible» desde la cual los grupos guerrilleros procuraron contener una arremetida permanente de los paramilitares. Por ello, el evento descrito es emblemático también en la memoria de quienes habitaron las veredas vecinas. Un campesino narró así aquella situación:

Venían los paramilitares buscando a la guerrilla, entonces ellos como que supieron que venían y se organizaron en un filito... Ellos [los paramilitares] tenían que

asomar, por decir algo, aquí abajito, y en cada estación había un guerrillero con el fusil sobre el estación. Eso fue la matanza más grande del mundo entero, al tiempo se encontraban cabezas por ahí tiradas. Además, los paracos mataron y se llevaron a varias personas de la vereda, que porque eran colaboradores de la guerrilla. Por allá sí como que andaba mucho la guerrilla, pero la gente que vivía por ahí qué iba a hacer, uno bien solo por allá, porque la casa más cerquita era por ahí a diez kilómetros, entonces al armado que llegue hay que atenderlo, así sea porque a uno le nazca atenderlo o por uno tiene un miedo bien bravo. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

Por su parte, al indagar a un líder veredal relata aquel evento de la siguiente manera: Ellos [los paramilitares] actuaron en... en matar mucha gente por allí por La Concepción. O sea, la guerrilla pasaba a La Concepción, que es un límite con La Culebra. Se peleaban ese territorio. Un día la guerrilla fue a hacer sus pedidas de plata a esas fincas y allá les hicieron una emboscada y los quemaron vivos... un monte lo quemaron y las cabezas volaban y las colgaron de los alambrados. Eso fue muy miedoso, miedoso. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

El contexto regional tiene resonancias con el hecho de que en Angostura los grupos paramilitares no tuvieron un acomodo permanente, pero que sí implicara acciones puntuales de ese actor armado relacionadas con la llamada limpieza social o de control a la población civil que era señalada de respaldar a los grupos guerrilleros. La fortaleza de los grupos paramilitares en la región del Norte antioqueño tiene dos antecedentes que no se pueden pasar por alto en este marco contextual. El primero de ellos tiene que ver con la aparición en Yarumal, en 1993, del llamado grupo paramilitar los Doce Apóstoles, que la revista *Revista Noche y Niebla* (Cinep. 2013. *Revista Noche y Niebla*, No. 48, p. 261-262), a partir de información consolidada por las instancias judiciales— reseña como:

Un grupo conformado por comerciantes y ganaderos del lugar, y que incluso integrantes de la Fuerza Pública formaban parte de dicho grupo, toleraban sus prácticas y colaboraban con él. De acuerdo con diversas versiones, el grupo de Los Doce Apóstoles estuvo conformado por comerciantes, hacendados, ganaderos y

personas adineradas de la subregión del Norte de Antioquia, lechera por excelencia, que se unieron, supuestamente, para colaborarle a la Policía Nacional con el fin de garantizar la seguridad en la zona, agobiada por la presencia de las guerrillas de las Farc y el Eln. (Hecho ocurrido el 12 de agosto de 1993.).

El otro antecedente contextual para ilustrar la vinculación de grupos paramilitares con el contexto del conflicto angostureño tiene que ver con la conformación de las llamadas Cooperativas de Seguridad, Convivir. En marzo de 1997, tanto Guadalupe como Angostura resonaron en los medios de comunicaciones nacionales cuando guerrilleros del frente Héroes de Anorí del ELN que se movilizaban a pie, incursionaron en zona limítrofe de estos municipios y secuestraron a la alcaldesa de Guadalupe, Luz Adriana Jaramillo, en momentos en que ella y el alcalde de Angostura, Ricardo León Valencia, hacían entrega a la comunidad de una carretera en la vereda Los Pantanos (*El Tiempo*, 12 de marzo 1997). «La alcaldesa fue liberada el día 16 de marzo en horas de la noche, con un mensaje para el Gobernador de Antioquia [Álvaro Uribe Vélez] en donde la guerrilla manifiesta su rechazo a la formación de las Cooperativas de Seguridad, Convivir» (Cinep. 1997. *Revista Noche y Niebla*. No. 3, p. 79). Para entonces, en Yarumal ya existía la convivir Deyavanc, cuyas siglas significan Defensores de Yarumal, Valdivia, Angostura y Campamento. Rodrigo Pérez Alzate —que posteriormente escalaría hasta ser el comandante paramilitar Julián Bolívar—, y otros siete comerciantes de ganado y productores de leche de la zona crearon tal asociación Deyavanc para prestar seguridad ante las acciones que venían ejerciendo los grupos guerrillero como extorsiones, boleteo y secuestros a ganaderos, comerciantes y transportadores:

Esta asociación contó con personería jurídica, la cual fue avalada por la Resolución 42395 del 22 de noviembre de 1996, firmada por el entonces Gobernador de Antioquia Álvaro Uribe Vélez, y por la certificación militar expedida por la IV Brigada del Ejército el 12 de noviembre de 1996, rubricada por el entonces comandante de la guarnición militar brigadier general Alfonso Manosalva Flórez. Dado que todos los requisitos estaban en orden, la Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada le concedió a través de la Resolución 5031 del 27 de junio de

1997 licencia de funcionamiento por dos años en la modalidad de vigilancia móvil.
(*Verdad Abierta*, 2011, febrero 8)

Sin embargo, la posterior renuncia y muerte de su representante legal y gerente provocó que sus socios dieran por terminada la convivor. Tras esa situación, alias Julián Pérez se convirtió en el líder de un grupo de autodefensas conocido como «el grupo de Pérez», conformado por 19 hombres y que operaba «desde el peaje de los Llanos de Cuivá hasta el puente sobre el cauca en el corregimiento de Puerto Valdivia, en la vía a la Costa Atlántica», según señala el artículo del portal *Verdad Abierta* —basado a partir de la imputación de cargos que la fiscalía le hizo al jefe paramilitar—. Ese comando paramilitar desapareció luego de que, el 26 de octubre de 1997, fueran emboscados cuando se dirigían a impedir que la guerrilla alterase las elecciones para alcaldes y gobernadores en el Norte de Antioquia, que se realizaría al día siguiente en todo el país.

Los grupos paramilitares mantuvieron presencia en la región que, por ejemplo, es reseñada en la sentencia proferida en 2016 por la sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín, a propósito del accionar del Bloque Mineros de la AUC. La sentencia señala que, en el año 2003, ese grupo paramilitar que tuvo injerencia también en el Bajo Cauca antioqueño bajo el mando de alias Cuco Vanoy, «se había expandido a los municipios de Campamento Guadalupe, Carolina del Príncipe y Gómez Plata» (Tribunal Superior de Medellín - Sala de Justicia y Paz. 2016. p. 51).

Los relatos de algunos de los habitantes de Angostura entrevistados se refieren, precisamente, a un hecho emblemático en el accionar paramilitar en la región que tuvo especial resonancia en las veredas angostureñas La Trinidad, Palmas y Cañaverál. Por su cercanía con el municipio de Campamento, en la memoria de los habitantes de estas veredas está latente un enfrentamiento que ocurrió el 13 mayo de 2002 en la zona rural de Campamento y en el que concursaron tanto combatientes de las Farc como del ELN. De acuerdo con lo descrito en la Sentencia, la guerrilla emboscó al grupo de paramilitares del Bloque Mineros y, posteriormente, el Ejército ingresó a la zona para apoyar el ataque del grupo [de paramilitares] que quería tomarse el municipio de Campamento. La sentencia señala que «en acta de levantamiento de cadáver de 17 de mayo de 2002, aparecen reportadas cuarenta y nueve personas asesinadas, todas integrantes del Bloque Mineros»

(Tribunal Superior de Medellín - Sala de Justicia y Paz. 2016. p. 153). Sin embargo, en la indagatoria de uno de los paramilitares que comandó el enfrentamiento, señaló que fueron 103 muertos de las Autodefensas. La crudeza de ese evento —de la que no hay datos de las pérdidas del bando guerrillero— fue relatada por uno de los habitantes de La Trinidad, de la siguiente manera:

Cuando en Campamento, ahí arriba en El Chimborazo, se dio esa matanza tan berraca, por la finca de nosotros pasó un gentío de la guerrilla que, sin mentirle, el camino por donde pasó quedó como si hubiera pasado una tractor: la yerba era como seca y aplastada. Yo decía: ¿pá dónde irá este gentío tan berraco? Al otro día me fui pa la ramada¹⁶ a cortar una caña y veo allá, pa'l lado de Campamento, que aparecieron dos avioncitos: uno bajaba y ¡guácate!, había una explosión. Y después aparecía el otro y también disparaba. Eso fue muy miedoso pa' nosotros, así fuera al otro lado de la casa. Allá la matanza fue como que impresionante y murió mucha gentecita, incluso como que gente de Angostura que estaba en la guerrilla; a los días me encontré con un amigo de aquí del pueblo que tuvo que ir a ayudar a recoger los muertos y me decía que por esos días le daba hasta fastidio comer, que porque recordaba que la cuchilla de la máquina con la que abrieron las fosas había quedado untada de sangre y de la carne de los cuerpos de los muertos. (Correa Ochoa, entrevista personal 09. Hombre habitante de la zona rural, comerciante)

Finalmente, en las percepciones de los angostureños sobre los actores armados, tiene también relevancia el Ejército nacional. Como se ha expresado en varios testimonios citados anteriormente, la ausencia estatal en el territorio angostureño fue una constante en las décadas de los ochenta y buena parte de los noventa; los escasos recorridos de tropas del Ejército por la zona rural era un síntoma de ello. Sin embargo, tras la toma guerrillera, en 1994, las rondas de la Fuerza Pública fueron más constantes. Es una situación que no corresponde exclusivamente a este municipio, sino a la recuperación que las Fuerzas Armadas se plantearon frente a la ofensiva guerrillera en gran parte del país: «Del lado de la Fuerza Pública, la retoma de la iniciativa trataba de neutralizar la estrategia de las Farc

¹⁶ Construcción de madera que hace parte de los trapiches donde se procesa la caña de azúcar para producir panela.

que buscaba aprovechar la dispersión del Ejército. Este intensifica las tareas conjuntas, refuerza el entrenamiento de las tropas y crea una reserva móvil para responder la táctica guerrillera de atacar bases aisladas. (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2014, p. 205). En el caso de Angostura, las memorias de los pobladores sobre las Fuerzas Militares develan la desconfianza ciudadana frente a la forma como sus integrantes trataban y abordaban a los campesinos, los relatos de dos habitantes de la zona rural coinciden en ello:

El Ejército cada que entraba a la vereda salía con lo que uno tenía en la casa. Si uno tenía una navaja, un machete nuevo, unas botas bonitas, ropa nueva, todo eso se lo alzaban. De los otros si no... los «guerrillos» si no... uno no tiene quejas como de que le robaran o le hicieran daños de ese tipo. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

Todo se comenzó a complicar cuando entró el Ejército... si mal no estoy fue después de 1996. Para ellos todo el mundo éramos guerrilleros. No se identificaban, se llevaban una gallina, un pollo, los peces, un reloj, los baldes, todo. Y cualquiera con el que se encontraran no eran una persona del campo, todos éramos un guerrillero, entonces aporrearon mucho campesino, amenazaron a mucho campesino. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Además de situaciones de ese tipo, las memorias de la población civil sobre las incursiones del Ejército se tensan en una paradoja. La presencia militar tenía de fondo la esperanza ciudadana de que, al fin, el Estado recobraría el control de un territorio atenazado por los grupos guerrilleros, quienes a la regulación social que los había legitimado en sus primeros años, poco a poco, le sumaron extorsiones, desplazamientos, secuestros y las exigencias que les hacían a los campesinos para su abastecimiento, entre otras modalidades violentas. Así, la población civil, además de la presión asfixiante de la expansión guerrillera, tuvo que asumir también lo que representó la ofensiva de la Fuerza Pública, como lo expresan los

relatos de tres habitantes de la zona rural de las veredas La Trinidad, La Milagrosa y San Alejandro:

Cuando empezó el enfrentamiento con el Ejército, la guerrilla sí empezó a molestarnos más y a exigir más. Cuando se daban esos enfrentamientos los niños en la escuela quedaban en mitad de las balas cruzadas; uno era desesperado en su casa porque no podía salir por ellos y ellos tampoco se podían mover, entonces uno sufría mucho con eso. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

A nosotros nos tocaron enfrentamientos muy malucos, porque los guerrilleros se ubicaban en la escuela de la vereda, en un filo, y en otro filo los soldados. La casa de nosotros quedaba en la mitad. Ellos se daban candela, tiraban bombas o granadas, no sé cómo se llamará eso, pero le tocaba a uno meterse debajo la cama porque la casita se movía. Otro día pasó un helicóptero disparando ráfagas al monte, al filito donde ellos [los guerrilleros] se mantenían. Pero en ese momento estaban en la casa de nosotros, metidos en la ramada, porque ellos iban y se escondían en esas bagaceras del trapiche donde sacamos la panelita pa vender. Eran como treinta y estaban limpiando las armas y esas cosas. Yo al ver ese helicóptero disparando no me aguanté y fui y les dije con rabia: «mire muchachos que ustedes son muy gallinas, no son sino guapos pa traernos problemas a nosotros». Uno de ellos me dijo que guardara mis palabras, pero les dije que se fueran. Pero eso no les valió, eran como las cucarachas, uno con ellas pa afuera y ellas pa dentro. (Correa Ochoa, entrevista personal 07. Mujer habitante de la zona rural, ama de casa).

A pesar de que en la segunda mitad de los noventa los recorridos del Ejército en territorio angostureño fueron más regulares, los testimonios también coinciden en situar el primer periodo presidencial de Álvaro Uribe como un momento de quiebre de la escalada guerrillera en el municipio, que se afincó en su promesa de recuperación territorial, por parte del Estado, a través de la Política de Seguridad Democrática. Los siguientes testimonios ofrecen elementos contextualizadores sobre este aspecto:

Dicen que al doctor Álvaro Uribe fue malo, o que es malo. Como humano que es, de pronto tiene... tuvo sus fallas. Pero yo siento ¡agradecimiento máximo a ese señor! Una vez en una reunión en Yarumal nos dijo a los líderes de Angostura: «cuando yo sea presidente de la República, me coloco el uniforme de soldado y me voy y acabo con esas porquerías». Pues, no acabó con todas, porque no fue capaz, no tuvo tiempo, pero sí nos dejó la forma de sobrevivir y dormir un poquito tranquilos. Hoy, en el día de hoy, no los hemos vuelto a ver. Yo fui desplazada en el año 2004, volví en el 2007, y desde ese día no los he vuelto a ver, duermo en paz en mí finca. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

Por allá en el año 2001 o 2002, aquí en el quiosco decía la Policía: «si gana Uribe, desaparece la guerrilla de esta zona». Yo los escuchaba y decía: «pobrecitos, están encartados». Entró Uribe y comenzó a irse viendo que los iban despojando de toda parte. Digamos, los guerrillos que uno antes veía en el quiosco como si nada, ya en la época de Uribe los veía en La Vuelta del Olvido; los de La Vuelta del Olvido, los veía en La Trinidad; los de La Trinidad, los veía en Guanteros; y uno veía que escalonadamente se iban saliendo, por combates o por lo que fuera, por la inteligencia se iban desapareciendo. De La Trinidad desaparecieron por ahí en el año 2004 o 2005, desde que un sábado que al domingo era día de madres, mataron a uno ahí en la propia vereda. Y de ahí pa'cá se puede decir que no se volvió a ver a esa gente, pero gracias a Uribe eso fue todo. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Mientras estuvo [el presidente Andrés]Pastrana a los guerrilleros casi no los persiguió nadie. A ellos los acosó ya fue el doctor Uribe, que ya les metieron Ejército. Cuando eso los cogieron de atrás pa' adelante, los *tastasearon* [combatieron] mucho, cogían eso entables de panela donde se metían, es que ellos vivían ahí, ellos molían panela, trabajaban en las fincas de caña. Pero también con el Ejército se empezaron a ver muchos «paracos», y eso también pudrió mucho las

veredas, nos puso a sufrir también a los campesinos. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

En cuanto a las prácticas del Ejército, vale resaltar que en las memorias de la población civil también aparecen los llamados falsos positivos, un repertorio violento que consistió en ejecuciones extrajudiciales de civiles que luego eran presentados como insurgentes abatidos en combate. En este comportamiento criminal incurrieron miembros de la Fuerza Pública en varias zonas del país, estimulados por las presiones de la avanzada militar de la Seguridad Democrática y, según las organizaciones de Derechos Humanos, de una «política sistemática y generalizada del Ejército, que se habría originado en una directiva interna de incentivos y premios dados a los militares por bajas en combate» (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013, p.234). En el relato de una de un líder veredal se menciona un hecho relacionado con esta práctica:

Por los lados de La Culebra pasó la guerrilla y se dieron cuenta de que el Ejército iba caminándoles detrás. Así que les colocaron minas por allá por esa pinera. Los guerrilleros allá atendían hasta partos, tenían cosas de enfermería. Y el Ejército llegó y les encontró todo eso, pero no se dieron cuenta de las minas y ¡pam! Mataron varios soldados y a los heridos los trajeron a la escuela de La Culebra. En esas, dos muchachos que trabajaban allá en la porcícola volvían del trabajo, entre ellos un cuñado mío, y cómo es que los agarran y se los llevaron, a las cuatro de la tarde los cogieron, se los llevaron pa' la pinera. Yo estaba en reunión aquí en el pueblo y bajaron en esa moto por mí, que subiera rápido. Allá estaba todo acordonado, unos muy heridos y otros muertos, fue una cosa impresionante. A mi cuñado y al compañero lo metieron para un monte. A los primeros soldados que encontré les dije: «me hace el favor, soy concejal del municipio de Angostura y soy de esta vereda, los dos muchachos que tienen allá retenidos son muchachos buenos, son muchachos trabajadores y yo sé lo que ustedes cometen con esos muchachos cuando ustedes los cogen». Es que por aquí ya había pasado casos de falsos positivos. Entonces les dije: «Me hace el favor y me los entrega y si me toca ir por el alcalde de Angostura, reunir a esta vereda, traer al pueblo entero de Angostura pa' que les den testimonios se los traigo, pero no me los vayan a tocar. Y ahí mismo un comandante bravísimo me dijo: «muy bonita esta sangre que queda aquí tirada,

muy bonito toda esta cantidad de Ejército muerto por culpa de ustedes, por alcahuetes que son, por descarados». Y yo le dije: «miré, señor, con el debido respeto, ¿ustedes por qué no se van para «el caguancito»? O mire donde queda La Milagrosa, véala allá, al frente. Ustedes saben que esto por acá es un corredor de guerrilla, donde entran y salen, toda la vida lo han sabido. ¿Ahora nosotros tenemos que pagar por errores de ustedes? Nosotros les decimos una y mil veces: vea, la guerrilla vive allá, la guerrilla tiene su sede allá, allá viven, allá hacen sus extorsiones, y por aquí pasan y esto es un corredor, ¿nosotros tenemos la culpa?, ¿nosotros tenemos que cuidar a la guerrilla?, ¿o nosotros tenemos que cuidarlos a ustedes? Me hace el favor y me devuelve esos muchachos porque son personas buenas». Pues vea, los habían amarrado, aporreado. Nosotros nos quedamos ahí hasta las diez de la noche que los sacaron del monte y les hicieron firmar unos papeles, sacaron tinta de lapicero, porque no tenían para colocar las huellas, y en los papeles decía que no los habían tocado, que no les habían hecho nada. Y los muchachos fueron tan bobos que les dio miedo mostrarme todas las talladuras que tenían por aquí en los brazos, es que los habían amarrado y les daban patadas. Cuando al otro día fueron y me mostraron ya no había nadie, había llegado un helicóptero y se había llevado los heridos, a todo el mundo. Nosotros siempre hemos pensado que los iban a matar, que iba a ser un falso positivo, y que iban a decir que se habían enfrentado con la guerrilla, que había tantos soldados muertos y habían llevado esos guerrilleros muertos: a mi cuñado y el otro muchacho. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

En definitiva, según el compendio de relatos que configuran este apartado, en la expresión del conflicto armado en Angostura se reconocen como actores a las Farc-EP, al ELN, a los grupos paramilitares y al Ejército nacional. Cada uno de ellos tienen unos relieves que hacen que en las narrativas aparezcan con mayor o menor predominancia, constatando con ello la plasticidad de esas memorias que se oponen, se controvierten o se apoyan entre ellas. Las formas en las que el grupo de habitantes entrevistados los recuerdan, develan no solo algunas de las particularidades en las formas en las que se relacionaron con estos grupos, sino que también les atribuyen cualidades concretas dentro de la confrontación local, permitiendo con ello ubicarlos en unos contextos o

territorialidades específicas y, en otros casos, ofreciendo elementos regionales para describir sus trayectorias y vinculaciones.

1.2.3 Aproximación contextual al anclaje del Frente 36 de las Farc como el actor de mayor incidencia en Angostura

Como ya se vio en apartados anteriores, los relatos de los habitantes entrevistados para esta investigación develan el protagonismo del Frente 36 de las Farc en el curso del conflicto armado en Angostura. En este municipio, tal grupo guerrillero se caracterizó por un «anclaje originario o endógeno», una categoría que describe la constante presencia de un actor armado a partir del momento en que ocupó por primera vez un territorio. «En este tipo de anclaje la guerrilla asume funciones de regulación, por lo cual los niveles de violencia tienden a ser bajos, y los armados consiguen insertarse en el ordenamiento social emergente» (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013, p. 38).

En consecuencia, como parte de este ejercicio de memoria colectiva, consideramos valioso aportar una aproximación contextual sobre la trayectoria histórica que tuvo el Frente 36 en la región. En los testimonios de la población civil recogidos por esta investigación, la aparición de este grupo guerrillero carece de un marco relacional que permita resignificar su larga presencia y su notable actividad militar. Creemos que esto, en definitiva, no debe quedarse en el relato colectivo como un hecho *per se*, sino como un desencadenamiento que se dio a partir de la expansión de esa guerrilla en el territorio nacional. El Frente 36 de las Farc no se incubó en Angostura. Esa es una afirmación categórica entre los angostureños, quienes, sin embargo, no dudan en reconocerlo como el mayor victimario en el coro de actores armados. ¿De dónde llegó tal Frente? ¿Por qué puso sus botas en este territorio? Hacerles esas preguntas a las memorias locales se corresponde con un cierto enmudecimiento, por lo que en este apartado planteamos, en todo caso, elementos que pueden nutrir ese entendimiento colectivo.

La aparición del Frente 36 de las Farc no se deslinda del contexto histórico nacional ni de los acentos políticos y sociales que se dieron en el país en la segunda mitad del siglo XX y que fueron determinantes para que el conflicto armado se enraizara y enmarañara con tal magnitud en todo el territorio colombiano, a tal punto de constituirse en uno de los más agudos y de larga duración en la historia reciente de América Latina. En la configuración estratégica de las Farc surgió la figura de «conferencia» como una suerte de congreso al

que asistían parte de los integrantes con mayor representatividad ideológica, política y militar. La primera conferencia se dio en 1965, en Marquetalia, y desde esta y las que le sucedieron se plantearon relevantes decisiones y transformaciones en las dinámicas de la organización guerrillera.

La Séptima Conferencia —desarrollada entre el 4 y el 14 de mayo de 1982— fue en la región del Guayabero, en el departamento del Meta, y recibió a delegados de los frentes guerrilleros que, para entonces, se calcula, reunían en total unos 3000 hombres (*Verdad Abierta*, 2012a). Allí se decidió un cambio que no solo le otorgó a esa guerrilla un carácter militar y auténticamente ofensivo para tomar el poder, sino que también determinó un reajuste en todos sus mecanismos de dirección y mando. Ese reajuste, según el informe *Planteamiento Estratégico de la Séptima Conferencia Nacional de las Farc-EP*, buscó «crecer el Ejército del Pueblo [para] que, en el curso de dos años, a partir de ahora [1982], tenga por lo menos 15 000 hombres» (Farc-ep, s.f.). Ya desde la Cuarta Conferencia —en 1971— esa guerrilla se había propuesto dejar de funcionar a través de destacamentos¹⁷, y planteó su expansión militar mediante frentes, una suerte de estructuras militares que Jacobo Arenas —líder ideológico y fundador de esa guerrilla—, explicó así:

Los frentes se convierten en guerrillas madre, que se desplazan en diversas columnas a áreas lejanas del propio epicentro del frente. La idea es que los frentes den columnas, que luego van convirtiéndose en nuevos frentes a medida y capacidad de sus desplazamientos, para que el nuevo frente ya en su propia y absoluta capacidad, se desdoble en columnas bajo la dirección del frente, como quien dice concretando la concepción de orden estratégico. (Alape, 1994, p. 75)

En el libro *Tirofijo: Los sueños y las montañas*, Alape (1994) cita apartes de un artículo publicado por *El Tiempo* en el que se ofrecían detalles de las conclusiones de la Séptima Conferencia. La información presentada por ese periódico nacional estaba basada en un documento decomisado por el Ejército en Yacopí, Cundinamarca. El artículo señala que el grupo guerrillero se planteó «llegar a 36 frentes para comenzar una guerra civil y

¹⁷ Fracción de tropa, más o menos numerosa, que se separa eventualmente del núcleo principal de fuerzas a las que pertenece, para cumplir una misión especial de orden secundario.

exigen cuotas millonarias a los comandantes para el Secretariado, con el fin de adquirir sofisticado armamento y financiar la revolución» (p. 134).

Fueron ese tipo de determinaciones las que propiciaron que la expansión guerrillera terminara «desembarcando» en el Norte antioqueño, donde se afincó con protagonismo el Frente 36. La genética del 36 está relacionada con el desdoblamiento del Frente 5, que fue creado en 1971 y se instaló en «San José de Apartadó, donde el Partido Comunista —PC— tenía un trabajo de bases sociales entre campesinos y obreros de la naciente agroindustria bananera» (Verdad Abierta, 2012b). La relevancia que adquirió este frente coincidió con la cruzada de creación de nuevos frentes definida en la Séptima Conferencia. «Todas estas estructuras obedecían al “Frente Madre”, es decir al 5 y dieron origen al Bloque José María Córdova que luego comenzó a llamarse Bloque Iván Ríos, en honor a uno de sus comandantes» (Verdad Abierta, 2012b).

El Frente 5 fue, entonces, bastante fértil: su primer desdoblamiento constituyó la creación del Frente 18, que actuó en los límites de Córdoba y Urabá; luego surgieron los frentes 34, en los límites con el Chocó entre el Atrato y el Darién; y los frentes 35, 36, 37, con injerencia en el Nordeste y Norte antioqueño; mientras que en el Magdalena Medio, y luego en la década del noventa en el Suroeste y Oriente lejano de Antioquia, tuvieron injerencia los frentes 58 y 47, este último producto del desdoblamiento del Frente 18. La ubicación de los frentes de las Farc-Ep estuvo muy ligada a la vocación productiva de cada región, en palabras de Echandía (1997):

Las Farc, cuyos núcleos iniciales de expansión nacieron en zonas de colonización sufren modificaciones importantes en la década del ochenta. En efecto, quedan inscritas también en zonas que experimentaron transformaciones a la ganadería (Meta, Caquetá, Magdalena Medio, Córdoba), o a la agricultura comercial (zona bananera de Urabá, zona productora de palma africana en Santander y sur del Cesar), e incluso en zonas de explotación petrolera (Magdalena Medio, Sarare y Putumayo) y de oro (Bajo Cauca Antioqueño y sur de Bolívar). Así mismo, se fueron situando en áreas fronterizas (Sarare, Norte de Santander, Putumayo, Urabá) y en zonas costeras (Sierra Nevada, Urabá, occidente del Valle), explicable esto por su vinculación con actividades de contrabando. (p. 4)

Precisamente, la dinámica del conflicto armado en la subregión Norte de Antioquia —constituida por 17 municipios¹⁸ entre los que se encuentra Angostura— está estrechamente relacionada con esa funcionalidad territorial, pero no solo expresada en las dinámicas de ocupación de los armados, sino también en sus desplazamientos de esas zonas hacia otras. Una franja importante de esta subregión antioqueña representa un tránsito obligado para los grupos armados, dado su emplazamiento en la Cordillera Central, su cercanía con el Nudo del Paramillo, el departamento de Córdoba, el norte del Valle de Aburrá y el Bajo Cauca antioqueño. Desde los años ochenta el Nudo del Paramillo no solo ha sido considerado un bastión de los grupos asociados al narcotráfico, sino también un corredor que, como advierte Uribe de Hincapie (2001), facilita transportar estupefacientes hacia el Urabá y la costa Caribe. Además, «los distintos actores armados ilegales aprovechan otras condiciones del terreno como la accidentada geografía y la escasa presencia de las instituciones del Estado para realizar actividades criminales y consolidar su presencia en el territorio» (p. 21). En ello tiene especial incidencia el que la subregión esté atravesada por la Troncal a la Costa Norte, una arteria vial del país con significativa relevancia en las páginas de la historia del conflicto colombiano, protagonismo ganado por ser escenario frecuente de emboscadas y combates con la Fuerza Pública, quemas de vehículos, daños a la infraestructura y «pescas milagrosas»¹⁹. Muchas de estas acciones ejecutadas por el Frente 36, cuyos combatientes aprovechaban las montañas de Angostura para replegarse e internarse en zonas de este municipio o de otros limítrofes, donde no eran fácilmente enfrentados por las fuerzas estatales.

¹⁸ Angostura, Belmira, Briceño, Campamento, Carolina del Príncipe, Don Matías, Entreríos, Gómez Plata, Guadalupe, Ituango, San Andrés de Cuerquia, San José de la Montaña, San Pedro de los Milagros, Santa Rosa de Osos, Toledo, Valdivia y Yarumal.

¹⁹ Así fue nombrada por las Farc-EP su estrategia de retenes sorpresivos sobre las vías de Colombia durante la temporada alta turística y de peregrinación de la Semana Santa. Tras suspender el flujo vehicular los guerrilleros secuestraban personas para luego extorsionarlas y, en otros casos, las asesinaban. En estas acciones también eran hurtados o incinerados vehículos de empresas transportadoras de carga y pasajeros.

¿Por qué Angostura? ¿Por qué sus montañas resultaron atractivas para que el conflicto armado colombiano tuviera su propio capítulo en el municipio? En las voces de algunos habitantes aparece un significado recurrente: el uso del territorio como escenario de tránsito y acomodo, que les permitía a los grupos armados conexiones estratégicas hacia distintas zonas de la región Norte y hacia otras regiones del departamento con características sociales, económicas y geográficas que respondían a sus intereses y dinámicas militares y políticas.

De los 387 km² que comprende la extensión total de Angostura —erigido municipio en 1814—, el área urbana corresponde a 4.6 km². El municipio es esencialmente un territorio rural (Ver imagen 1). En sus 45 veredas²⁰ se concentra cerca del 80 % de la población y se extienden terrenos montañosos y fértiles que se caracterizan por una diversidad de climas propicios para los cultivos, por lo que el sector agrícola es la principal estructura económica del municipio. Tanto en el presente como a finales de los ochenta, cuando aparecieron los primeros grupos armados, los cultivos de café y caña de azúcar — para la producción panelera— han concentrado la economía local; a estos se les suman plantaciones menores de plátano, yuca, maíz y otros productos que le aportan, principalmente, al comercio doméstico y de subsistencia. En los albores de la fundación como municipio —en el siglo XIX— y hasta la segunda mitad del XX, ese predominio agrícola estuvo acompañado por una vocación para la explotación minera, que debido a las precarias vías de acceso y la falta de tecnología decayó hasta convertirse en una práctica artesanal esporádica de barequeo o mazamorreo. Es significativa también la explotación ganadera de doble propósito —producción de carne y producción lechera—, que cobró mayor relevancia cuando, a finales de los setenta, arribó al municipio la Cooperativa de Leche de Antioquia —Colanta—, a la que posteriormente se le han unido otras empresas dedicadas a la industria de derivados lácteos en la región Norte de Antioquia.

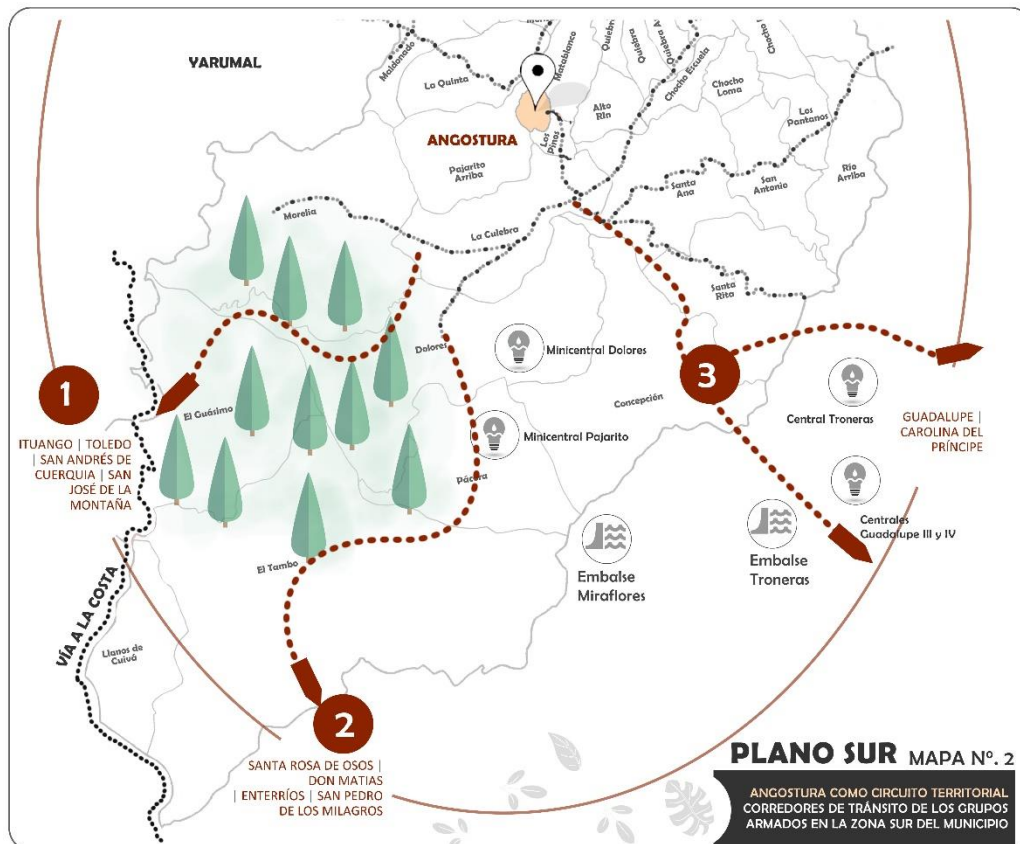
²⁰ 1. Alto Rhin 2. Bate Seca 3. Cañaveral Abajo 4. Cañaveral Arriba 5. Concepción 6. Chocho Escuela 7. Chocho Loma 8. Chocho Río. 9. Dolores 10. El Olivo 11. El Oriente 12. El Socorro 13. Guajira Abajo 14. Guajira Arriba 15. Guanteros 16. Guásimo 17. La Culebra 18. La Milagrosa 19. La Montaña 20. La Muñoz 21. La Quinta 22. Los Pantanos 23. Los Pinos 24. Maldonado 25. El Manzanillo 26. Matablanco 27. Montañita 28. Morelia 29. Pácora 30. Pajarito Abajo 31. Pajarito Arriba 32. Palmas 33. Quiebra Abajo 34. Quiebra Arriba 35. La Quiebrita 36. Río Arriba 37. San Alejandro 38. San Antonio 39. Santa Ana 40. Santa Rita 41. Santa Teresa 42. El Tambo. 43. Tenche Algodón 44. Tenche Viejo 45. La Trinidad.

Para situar de una manera más clara los significados que las memorias de algunos habitantes de Angostura ofrecen sobre la relación del conflicto armado con el territorio, planteamos a continuación dos cartografías: el plano sur y el plano norte, cada uno de ellos con características particulares, lo que planteó, al mismo tiempo, acentos en las formas de relacionamiento de los grupos armados con la población civil. La construcción de estas cartografías se basa en los relatos de los entrevistados en esta investigación.

1.3.1 Trazos en el plano sur: «Por mi casa era un corredor»

Figura 3

Mapa N. 2: Angostura como circuito territorial, corredores de tránsito de los grupos



armados en la zona sur del municipio.

Nota: Elaboración propia.

En el plano sur del municipio los testimonios ubican tres corredores estratégicos (Ver imagen 1) que responden a las particularidades territoriales de esta zona. Una habitante de la vereda La Culebra expresó así cómo los grupos guerrilleros capitalizaron en particular las condiciones geográficas de esta parte del municipio para poner en marcha varios de sus repertorios de guerra:

Por mi casa era un corredor. Se entraban por la vía a la costa atlántica donde a cada rato hacían retenes, pescas milagrosas o quemaban carros. Y desde los Llanos de Cuivá andaban por esas pineras, lo que conocemos como Bosques de Antioquia, y bajaban por mi casa y por ahí pasaban los secuestrados pa'llá pa' La Milagrosa, que era un sitio que lo llaman dizque «el caguancito»; allá había túneles secretos, anillos de seguridad, había oficinas, había de todo lo habido y por haber. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

El testimonio relaciona las plantaciones forestales —originadas en la década de los ochenta— con un corredor estratégico para los grupos guerrilleros. Se trata de una zona que abarca las veredas El Guácimo, El Tambo, Pácora, Dolores y Morelia, en donde 5500 hectáreas —de propiedad de la Reforestadora El Guácimo S. A. — y las 2649 hectáreas — de la Empresa Forestales Doña María—, constituyeron un denso manto verde, tejido por miles de pinos y cipreses, que facilitó los tránsitos de los distintos grupos armados. Por el costado occidental de las extensas plantaciones se cruza la troncal a la Costa Atlántica, una vía con notable importancia nacional para el tránsito de carga y pasajeros, sobre la que está ubicado el corregimiento Llanos de Cuivá —único corregimiento de Angostura—, en cuyas cercanías se dieron constantes combates entre la Fuerza Pública, las Farc -EP y el ELN. De ello da cuenta la bitácora —realizada como dispositivo de memoria para esta investigación— que recoge los hechos violentos registrados por la *Revista Noche y Niebla* sobre Angostura y sus cinco municipios limítrofes²¹. En tal publicación, entre 1996 y 2019,

²¹ Esta bitácora consolida los hechos violentos registrados por la revista *Noche y niebla* desde su edición N°. 1 de 1996 hasta la N °. 5 de 2018. Esta publicación del Centro de Investigación y Educación Popular Programa por la Paz —Cinep— se constituyó en las tres últimas décadas como un banco de datos de derechos humanos y violencia política en el país. Para el alcance contextual de

se referencian 14 hechos violentos ocurridos en este eje vial, entre ellos resaltamos los siguientes:

Guerrilleros del Frente Héroes de Anorí del ELN quemaron, a la altura del sitio Las Mirlas, seis vehículos del servicio público, tipo bus, pertenecientes a las empresas Rápido Ochoa y Coonorte, buses que transportaban cerca de doscientos niños y jóvenes de la asociación de Scouts. Los buses se dirigían hacia Cartagena, cuando en la carretera fueron detenidos por los Guerrilleros. (Hecho ocurrido el 5 de julio de 1997, referenciado en Cinep, 1997a. *Revista Noche y Niebla*, No. 5, p.146)

Guerrilleros del Frente 36 de las Farc-EP bloquearon la troncal que conduce a la Costa Atlántica a la altura del estadero La Teresita. Los guerrilleros inmovilizaron un número aproximado de veinte vehículos, obligando a sus conductores a desviarse hacia una carretera secundaria en donde fueron inicialmente tomadas cautivas 16 personas. Luego de corroborar sus identidades y someterlas a interrogatorio, fueron puestas en libertad once personas. En poder de la guerrilla permanecieron cinco personas, entre ellas un ingeniero y dos comerciantes, una de ellas sería liberada días después. (Hecho ocurrido el 19 de febrero de 1999, referenciado en Cinep, 1999. *Revista Noche y Niebla*, No. 11, p.78)

En el plano sur se establecen conexiones con los municipios de San Andrés de Cuerquia, Toledo e Ituango. Este último, como se expresó en un apartado anterior, no solo fue espacio de interacción constante entre los frentes 36 y 18 de las Farc-EP, sino también de disputa de estos con los grupos paramilitares, dada su cercanía estratégica con el Urabá, el Nudo de Paramillo y el sur de Córdoba, un extenso territorio caracterizado por fértiles montañas y condiciones climáticas privilegiadas tanto para la agricultura como para los cultivos afines al narcotráfico. «Durante décadas Ituango ha sido sitio de tránsito y descanso de los grupos guerrilleros que operan en Urabá, Occidente y Bajo Cauca y, por tanto, lugar de mayor frecuencia e intensidad de eventos del conflicto armado» (Instituto de

esta investigación, además de los hechos ocurridos en Angostura, se identificaron los de los seis municipios que limitan con Angostura: Campamento, Yarumal, San Andrés de Cuerquia, Santa Rosa de Osos, Carolina del Príncipe, Guadalupe.

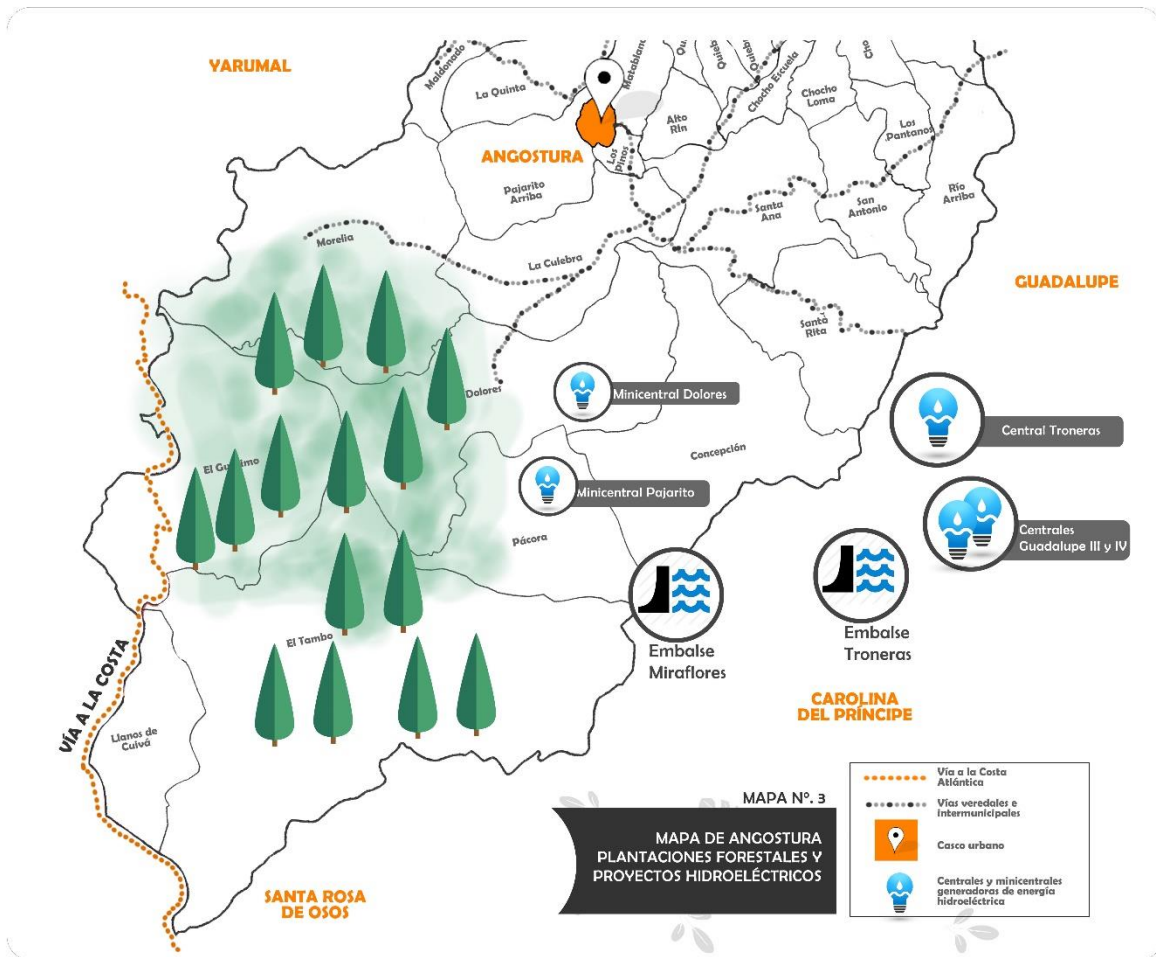
Estudios Regionales [Iner], 2007, p. 112). En coherencia con lo anterior, en el plano sur de Angostura las cartografías planteadas por los habitantes establecen un primer corredor que les fue funcional a los grupos armados gracias a las extensas zonas boscosas producto de las plantaciones forestales. Por un lado, fue ruta de tránsito hacia Ituango, y de allí a Urabá o el sur de Córdoba; y, por otro, zona táctica para realizar acciones de hostigamiento al orden público en una vía de gran tránsito vehicular, así como para el traslado de tropas y secuestrados.

Esta cartografía expresa también un segundo corredor que conecta a Angostura con la meseta de Santa Rosa de Osos y los cercanos municipios de Don Matías, Entreríos y San Pedro de los Milagros, donde la presencia de grupos armados tuvo relación con un aprovechamiento económico en una zona caracterizada en la subregión Norte por un mayor dinamismo productivo, especialmente por la explotación agroindustrial de la leche, la industria textil y el comercio. Así, mientras que Angostura, San Andrés de Cuerquia, Toledo, Campamento y Briceño —donde las condiciones de calidad de vida de la población y el desarrollo económico eran menos favorables— servían a los actores como zonas de tránsito y acomodo, en los municipios de la planicie las extorsiones y secuestros por parte de grupos guerrilleros se constituyeron en acciones frecuentes que desencadenaron la violencia paramilitar. El 4 de mayo de 1997, por ejemplo, «guerrilleros del frente 36 de las Farc incursionaron en la finca Santa Marta y secuestraron a su administrador» (Cinep, 1999. *Revista Noche y Niebla*, No. 11, p. 78). Tres meses después, el 14 de agosto, también en Santa Rosa, pero en las veredas el Chaquiro, Betania y Alto Poleo de la inspección de policía departamental San Isidro, paramilitares «ingresaron a varias viviendas de donde sacaron por la fuerza a ocho campesinos, a quienes ejecutaron luego de “sindicarlos de ser colaboradores de las guerrillas izquierdistas”» (Cinep, 1997a. *Revista Noche y Niebla*. No. 5, p. 108).

En el plano sur, las cartografías de la memoria develan también una relación entre la infraestructura energética de esta zona y las dinámicas de los grupos armados. Angostura y los municipios vecinos son ricos en corrientes de agua: por sus montañas y valles transitan, por ejemplo, los ríos Cauca, Nechí, Río Grande, Río Chico, Guadalupe, Valdivia, San Andrés, Espíritu Santo, Ituango, Pescado y Puquí.

Figura 4

Mapa N. 3: Angostura, plantaciones forestales y proyectos hidroeléctricos.



Nota: Elaboración propia.

«Esta riqueza hídrica ha sido aprovechada para la explotación hidroeléctrica, realizando obras de canalizaciones, desviaciones e importantes represamientos, al igual que aprovechamiento para acueductos desde proyectos realizados por Empresas Públicas de Medellín —EPM—» (Alcaldía de Angostura, 2000, p. 5). En territorio angostureño hay dos túneles de desviación y dos generadoras hidráulicas de propiedad de EPM: la Minicentral Dolores —que capta el río Dolores— y la Minicentral Pajarito —que capta el afluente del mismo nombre—; la construcción de ambos proyectos se inició en la década de los ochenta y, también ambos, entraron en operación durante el año 1999. Los dos proyectos

hidroeléctricos hacen parte de un sistema regional que utiliza el potencial hídrico de la zona en la generación energética, lo que garantiza electricidad para cientos de hogares y empresas ubicadas en otros municipios de Antioquia y de Colombia. Con Angostura limitan Carolina del Príncipe y Guadalupe, donde se ubican los embalses Troneras y Miraflores, inaugurados en 1962 y 1965, y con capacidad para 36 millones y 140 millones de metros cúbicos de agua, respectivamente. Estos robustos contenedores, a su vez, se conectan con la Central Troneras, que se inauguró también en 1965; y con las centrales Guadalupe III y Guadalupe IV, puestas en marcha en 1962 y 1985.

Sobre tal infraestructura energética se traza el que algunos pobladores de Angostura explican como el tercer corredor del plano sur. Se trata de una vecindad por la que los actores armados transitaban constantemente hacia y desde Carolina del Príncipe y Guadalupe, municipios en los que, desde la década de los noventa, también se dio un crecimiento de fincas para la explotación agrícola y pecuaria. Así, pues, tanto los proyectos hidroeléctricos como esa economía ganadera, son elementos explicativos de la interacción entre grupos paramilitares y guerrilleros. Por ejemplo, entre octubre de 1996 y enero de 1997, Carolina del Príncipe fue sacudida por una serie de asesinatos catalogados como «limpieza social» en los que resultaron muertas seis personas. El último evento de esa serie, ocurrido el 5 de enero, está registrado así:

Miembros de un grupo de limpieza social sacaron de su residencia y dieron muerte a un obrero en el barrio El Carmelo. Media hora antes, el mismo grupo dio muerte a dos personas en cercanías al establecimiento público heladería La Tumbadora, ubicado a 30 metros del parque principal. Una mujer resultó herida cuando pasaba por el lugar (Cinep, 1997. *Revista Noche y Niebla Noche y Niebla*. No. 3, p. 64).

La infraestructura para la generación de energía eléctrica implicó en esta zona particularidades en la dinámica del conflicto armado. No solo fueron frecuentes los combates entre los grupos guerrilleros con tropas del Ejército nacional, encomendados de custodiar los proyectos hidroeléctricos, sino también las retaliaciones constantes entre los guerrilleros y los grupos paramilitares. Entre los repertorios violentos relacionados con este contexto aparecen las afectaciones de manera directa el personal vinculado a los proyectos hidroeléctricos:

Guerrilleros del Frente Héroes de Anorí de la UC-ELN realizaron un bloqueo de la vía Guadalupe - Medellín, a la altura del sitio conocido como Puente Acacías, donde secuestraron a dos ingenieros de nacionalidad rusa que trabajan para la firma SGM de Colombia, contratista del consorcio Dragados - Concreto, grupo hispano - colombiano que construye la central hidroeléctrica Porce II. Las víctimas se movilizaban en un vehículo de las Empresas Públicas de Medellín, cuando fueron interceptadas hacia las 11:30 a.m. (Hecho ocurrido el 5 de julio de 1997, referenciado en Cinep, 1997a. *Noche y Niebla*, No. 5, p.146)

Un contratista de Empresas Públicas de Medellín fue muerto de varios impactos de arma de fuego, por guerrilleros de las FARC-EP en la vereda La Herradura. Agrega la fuente que: “En uno de los bolsillos del pantalón de Casas Jiménez, encontraron una nota que decía: Muerto por colaborador del Ejército y las Autodefensas”. (Hecho ocurrido el 9 de marzo de 2003, referenciado en Cinep, 203. *Noche y Niebla*, No. 27, p. 122)

La voladura de torres y la destrucción de la infraestructura energética en el municipio fue también una práctica guerrillera que tuvo notoriedad, como lo ilustran las siguientes referencias:

Guerrilleros del Frente Héroes de Anorí del ELN incursionaron en el campamento de la central hidroeléctrica de Dolores y secuestraron al ingeniero y director de la misma. (Hecho ocurrido el 25 de agosto de 1998, referenciado en Cinep, 1998. *Revista Noche y Niebla*, No. 9, p. 69)

«La ola terrorista contra la infraestructura eléctrica del país volvió a dejar sin fluido eléctrico a 11 municipios de Antioquia, tras la voladura de dos torres transmisoras de energía de Empresas Públicas de Medellín. Los actos terroristas que se produjeron en la zona rural de Angostura, en el norte de Antioquia, provocaron

apagones y dejaron sin servicio de fluido eléctrico a 175 mil habitantes de once municipios de esta zona del departamento» (*El Tiempo*, 21 de marzo de 2001).

Guerrilleros del ELN secuestraron a un inspector de obras de las Empresas Públicas de Medellín, en momentos que se encontraba en la subestación hidroeléctrica Dolores. (Hecho ocurrido el 30 de julio de 2001, referenciado en Cinep, 2001a. *Revista Noche y Niebla*, No. 21, p. 80)

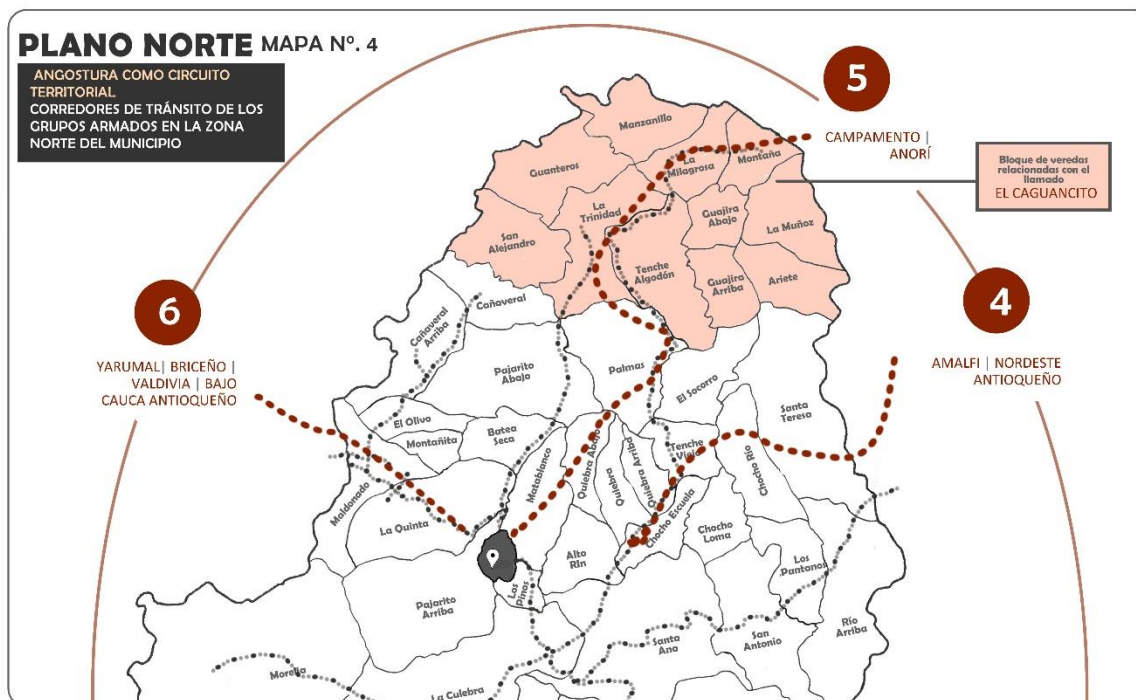
Guerrilleros del Frente Héroes de Anorí del ELN irrumpieron en horas de la noche en las instalaciones de la minicentral de energía Dolores en Angostura, dinamitaron los tableros de control y hurtaron herramientas. (Hecho ocurrido el 10 de diciembre de 2001, referenciado en Cinep, 2001a. *Revista Noche y Niebla*, No. 22, p. 87)

1.3.2 Trazos en el plano norte: «El Caguancito angostureño»

En el plano norte del mapa de Angostura (ver imagen 4) los relatos de los habitantes ubican no solo un territorio que facilitaba tránsitos estratégicos, sino especialmente espacios de acomodo para los grupos guerrilleros. Los trazos planteados en esta cartografía indican que varias veredas de esta zona se caracterizaron por una estratégica y prolongada presencia tanto de las Farc como del ELN —de quien hasta el 2021 se tenía noticias de su esporádica presencia en la zona—. Allí, estos grupos guerrilleros impusieron un tipo de orden de control social que, si bien tuvo incidencia en todo Angostura, se acentuó en el bloque de veredas San Alejandro, La Trinidad y La Milagrosa. Como expresan varios de los relatos citados en el apartado anterior, en este conglomerado de veredas los guerrilleros impusieron un control social que el Estado parecía no cumplir, para lo que ofrecieron incentivos como estrategia para asegurar un grado de cooperación posible por parte de los civiles; y tomaron el papel de un «gobernante de hecho para instaurar un orden local plenamente influenciado por él» (Arjona, 2008, p. 126).

Figura 5

Mapa N. 4: Angostura como circuito territorial, corredores de tránsito de los grupos



armados en la zona norte del municipio.

Nota: Elaboración propia.

Los recuerdos de los entrevistados expresan que esta apropiación territorial por parte de los actores armados, estuvo condicionada por la cercanía con municipios como Guadalupe que, a su vez, limita con el bloque de municipios del Nordeste antioqueño — Segovia, Remedios y Vegachí— estratégicos tanto para los grupos guerrilleros como paramilitares. De otra parte, también en este plano norte se da una cercanía con los municipios de Anorí y Campamento, por los que se da tránsitos hacia el Bajo Cauca antioqueño. Campamento y Angostura, de hecho, compartieron dinámicas del conflicto muy similares, asociadas, precisamente, al acomodo de los grupos guerrilleros en sus zonas limítrofes. Hacia finales de la década de los noventa se consolidó en las veredas La Trinidad, San Alejandro, La Milagrosa, Manzanillo, Tenche, Guajira Arriba, Guajira Abajo y La Muñoz una especie de trinchera de las Farc, como lo expresa este testimonio:

Es un corredor ideal pa' los grupos armados. [Los guerrilleros]le contaban a uno que de ahí hasta Urabá se demoraban dos meses en su recorrido; contaban que se

iban hasta Anorí, que se salían por Tarazá y ya cogían para los lados de Planeta Rica, se subían por Córdoba y se subían al Urabá, Carepa y Mutatá, por ahí. Esa zona de Angostura que mal llamaron «el caguancito» era estratégica porque es la zona de más gente. Además, si hablamos de la otra zona, esa del Guásimo o los lados de Bosques de Antioquia, es un clima más frío, entonces les favorecía más ubicarse para ese lado de «el caguancito». (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Así, las condiciones estratégicas incidieron para que aquella zona fuera nombrada «el caguancito angostureño» (ver sombreado en el mapa N°. 4), un apelativo inspirado tras el proceso de paz que se llevó a cabo, entre 1998 al 2002, por la guerrilla de las Farc-Ep y el Gobierno del presidente Andrés Pastrana. Para tal negociación se estableció la zona de distensión o de despeje militar en los municipios de Mesetas, La Uribe, La Macarena, Villahermosa y San Vicente del Caguán, en los departamentos del Meta y Caquetá; allí se asentaron los negociadores y las tropas farianas. Mientras avanzaba la negociación, la capacidad militar y política de las Farc se expandió y, en el resto del país, el grupo guerrillero continuó realizando, entre otras acciones, pescas milagrosas, tomas a centro poblados secuestros selectivos y emboscadas a puestos de mando militares: la zona de distensión del Caguán pasó de ser la sede de las negociaciones entre gobierno y guerrilla, transformándose en el centro de operaciones delictivas de las Farc (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2014, p. 256). De allí, entonces, surgió posteriormente el símil de «el caguancito angostureño», para llamar a un territorio del municipio que es recordado como un bastión del Frente 36 de las Farc.

Por eso aquí en Angostura empezaron a llamar «el caguancito» a esa zona de La Milagrosa, porque ellos [los guerrilleros de las Farc] se metieron aquí, se acomodaron. Es que eso tiene un hoyito y las cordilleras. Entonces claro, si el Ejército o los paras para llegar allá tenían que meterse al hoyito, ellos lo *tastasean* [disparan] desde la cordillera. Y otra cosa que los favorecía mucho era que *enneblina* mucho, porque ellos se llegaban a estar todo el día echados en un solo plancito y sentían los helicópteros, pero sabían que la neblina no dejaba que los vieran. Por eso allá metían de todo: carros robados, secuestrados; cuando en estas

tierras de arriba se robaban lotes grandes de ganado lo bajaban para allá, porque allá también se apoderaron de fincas en las que engordaban ganado y de ahí lo vendían pa' las carnicerías. (Correa Ochoa, entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural)

Hasta buena parte de la década del 2000 tal zona se caracterizaba por tener vías vehiculares incipientes, cuyo estado no favorecía un desplazamiento ágil de la fuerza pública; además, como señala el relato anterior, las condiciones geográficas les garantizaban a los grupos guerrilleros una actividad militar táctica para repeler fácilmente las acciones de contrainsurgencia. De otra parte, según los testimonios de varios habitantes, hasta allí debían presentarse comerciantes del casco urbano o propietarios de fincas que eran solicitados por el grupo armado para entregar la «vacuna», para buscar una conciliación frente a sus amenazas, o para mediar con los comandantes guerrilleros situaciones de convivencia entre civiles o con los mismos actores armados. Así recuerda uno de esos encuentros una comerciante del casco urbano:

Ellos empezaron con mucho boleteo, a extorsionar a muchos comerciantes. Yo decía: «¿si me mandan una carta qué hago?». ¿Y qué tuve que hacer?: bajar donde ellos a negociar. Eso sí yo le digo que era lo peor. Esa noche no dormía nadie en la casa, yo no hice sino llorar. Me acuerdo que cuando me tocó ir la primera vez a hablar con ellos me llevé las pastillas para la tiroides en el bolsillo porque yo dije: «si me dejan por allá yo qué voy a hacer», por eso más bien me iba medio preparada. (Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante).

En las memorias de algunos de los campesinos residentes en esta zona del municipio afloran, igualmente, los sentimientos que les significaron cargar con los prejuicios que sobre ellos despertó el hecho de habitar en las veredas identificadas como parte de «el caguancito» angostureño. Dos habitantes expresan así lo que les significó:

Cuando ya comenzó a entrar el Ejército, eso dieron madera por parejo a todo el mundo, hicieron lo que a ellos les dio la gana, nunca tuvieron pues como... como ese respeto o que llevaran una investigación, sino que simplemente por uno ser de esa zona, ya pertenecía a la guerrilla. O el hecho de un papá tener un hijo que se fue para la guerrilla, eso ya era lo peor, pero qué culpa tenían los padres. (Correa

Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario).

Nosotros nos tuvimos que desplazar, pero conozco a muchos vecinos que tuvieron que aprender a vivir con esa situación, porque a nadie le gusta que su vereda sea llamada así y que a todos los relacionen con la guerrilla, pero tocó. Y es que familias enteras se tuvieron que desplazar, vecinos... vecinos que inclusive tenían ya muchachos metidos ahí en la guerrilla y que cuando desertaron de un grupo para otro, les tocó abandonar su casita y su pedacito de tierra. A otros les favoreció que sus hijos estaban en eso pa' que los dejaran vivir en la vereda. (Correa Ochoa, entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento)

Ahora bien, en la cartografía de la memoria del plano norte, también hay un corredor innato para el contexto del conflicto armado: la carretera Yarumal – Angostura. Esta ruta, principal vía de acceso al municipio, estuvo destapada hasta 1998, cuando a través del Programa Vías para la Paz se destinaron recursos para pavimentar gran parte de los 18 kilómetros que comprende. Dicho programa hizo parte del componente «infraestructura social y económica» del Plan Colombia, concebido como «una estrategia integral de cooperación bilateral, cuyo objetivo general es combatir las drogas ilícitas y el crimen organizado, para así contribuir a la reactivación económica y la consecución de la paz en Colombia, al tiempo que se fortalece el control sobre la oferta de drogas ilícitas en las calles norteamericanas» (DNP, 2006, p. 10). Aunque el Plan Colombia, respaldado económicamente por Estados Unidos, prometió una positiva transformación social en gran parte de los territorios afectados por el conflicto colombiano, diversos análisis han advertido que tal inversión no se compagina con el impacto que tuvo la cooperación militar estadounidense, que si bien constituyó un aporte sustancial en el fortalecimiento de las fuerzas armadas colombianas y la ofensiva que permitió el debilitamiento de la guerrilla, también trajo consigo graves violaciones a los derechos humanos, particularmente en territorios asociados con dinámicas de cultivos ilícitos. Angostura, que para 1998 se había convertido en una zona señalada en el mapa por las acciones violentas de los grupos armados, fue uno de los municipios priorizados en el Programa Vías para la paz. Para el

año 2003, el balance de dicho programa incluía la vía a Angostura como parte de los 397 municipios beneficiados con la construcción de 247 Km de carreteras primarias para vincular las zonas deprimidas y afectadas por el conflicto armado con el sistema económico nacional (DNP, 2003, p. 26).

Pero, antes y después de su pavimentación, esta arteria vehicular privilegiada para llegar hasta el casco urbano de Angostura fue constantemente escenario de acciones violentas de parte de los grupos armados. Por allí no solo son transportados los víveres y demás productos que abastecen el día a día de los angostureños, sino que, además, es la ruta de tránsito de pasajeros, turistas y de la producción agropecuaria que sustenta la economía local. Y, desde luego, servía no solo para el desplazamiento de los grupos armados, sino también para impactar el orden público, realizar secuestros, emboscar a la fuerza pública o atacar a personas que eran de su interés militar. Según los registros consolidados en la bitácora regional de esta investigación, de destacan varios eventos en la vía a Angostura que ilustran estos repertorios:

Guerrilleros quemaron un bus afiliado a la empresa Coonorte, en la vía a Angostura. Durante el fin de semana, seis vehículos más fueron quemados en el nororiente. (Hecho ocurrido el 2 de agosto de 1997, referenciado en Cinep, 1997a. *Revista Noche y Niebla*, No. 5, p. 113).

Guerrilleros del Frente 36 de las FARC-EP bloquearon en el sitio Vuelta del Olvido, la vía que de Angostura conduce al municipio de Carolina. En el hecho los subversivos quemaron un vehículo carrotanque de placa TPK – 915. (Hecho ocurrido el 29 de agosto de 1997, referenciado en Cinep, 2000. *Revista Noche y Niebla*, No. 17, p. 166).

Guerrilleros de la UC-ELN bloquearon la vía en la vereda La Quinta. En el hecho secuestraron a una persona, empleada de la firma Sharp Drafrecsa. La víctima fue liberada el día 21 del mes en curso en la vereda Cañaverl (Hecho ocurrido el 2 de agosto de 1997, referenciado en Cinep, 2000a. *Revista Noche y Niebla*, No. 18, p. 89).

Guerrilleros del Frente 36 de las FARC-EP secuestraron en la vía que de Yarumal conduce al municipio de Angostura, al candidato a la Alcaldía de Angostura. (Hecho ocurrido el 28 de octubre de 2000, referenciado en Cinep, 2000a. *Revista Noche y Niebla*, No. 18, p. 108).

Cinco personas fueron secuestradas por guerrilleros del Frente Héroes de Anorí del ELN en un bloqueo a la vía que comunica con Angostura. Betty Escobar, Rocita Zea y Mario Holguín fueron liberados horas más tarde en zona rural. El día 18 del presente mes fueron liberados Rogelio y Carlos. (Hecho ocurrido el 28 de octubre de 2000, referenciado en Cinep, 2000a. *Revista Noche Noche y Niebla*, No. 18, p. 108).

Guerrilleros del ELN secuestraron a una mujer de 72 años, cuando se dirigía a visitar un santuario religioso. Días después, fue dejada en libertad. (Hecho ocurrido el 6 de junio de 2001, referenciado en Cinep, 2001. *Revista Noche y Niebla*, No. 20, p. 177)

Dos personas fueron secuestradas por guerrilleros del ELN, en un bloqueo a la vía en el sitio Canoas. Las víctimas fueron liberadas el día 08 de agosto de 2001 en la vereda La Muñoz de Angostura (Antioquia). (Hecho ocurrido el 6 de agosto de 2001, referenciado en Cinep, 2001a. *Revista Noche y Niebla*, No. 21, p.99)

Guerrilleros secuestraron a cinco personas en el caserío La Quinta (Hecho ocurrido el 19 de agosto de 2001, referenciado en Cinep, 2001a. *Revista Noche y Niebla*, No. 21, p126)

1.4 Acento 4. Entre el cielo y el infierno: la eficacia simbólica del Padre Marianito

En la serenidad de la iglesia de Angostura, el primer beato colombiano parece conciliar un largo sueño. Inmóvil sobre una cama de mármol, su rostro conserva una cierta placidez, como si al momento de su muerte, en 1926, se hubiera propuesto una siesta perpetua desde la cual pudiera escuchar sin asombro los ruegos de quienes lo buscan para que sane sus dolencias o les dé una mano ante sus quebrantos. Miles de feligreses, cada mes, atraviesan en silencio el templo, caminan por entre las robustas columnas que bordean la nave derecha y, una vez frente al beato ataviado con las vestimentas sacerdotales, se abrazan a la fría reja de hierro forjado, inclinan la cabeza y murmuran súplicas o agradecimientos ante algún favor pedido.

Tras su arribo al pueblo en la camioneta roja que dio luz verde a la toma guerrillera el 21 de marzo de 1994, varios de los guerrilleros tomaron posición al interior de la iglesia. En ese momento, el cuerpo del Padre Marianito estaba en una tumba del templo, todavía no expuesto a sus devotos; fue trasladado allí en 1936, diez años después de su muerte, luego de que el descubrimiento de sus restos provocara una gran consternación que fue relatada así por el padre Ignacio Yepes (citado por Mojica, J. 2000, octubre 15) en su libro *Vida del beato Mariano de Jesús Euse Hoyos*, a partir de la descripción que contenía el acta de exhumación: «La madera del cofre mortuario estaba reducida a polvo, y lo mismo la sotana y los ornamentos. Ese polvo, en capa bien gruesa, lo cubría de la cabeza a los pies. Lo primero que apareció fue el rostro, completo, con el color de la piel casi natural. Aparentaba dormir. Luego apareció el cuerpo, todo. Los músculos de la pantorrilla y el muslo derechos estaban blandos, pero no exhalaban mal olor. El resto del cuerpo estaba intacto». Ese estado de incorruptibilidad cadavérica, además de su trayectoria sacerdotal, le tributaron a la memoria del Padre Marianito un especial fervor, hasta que en 1980 fue gestionado el proceso de introducción de la causa de beatificación, un proceso que cada aspirante a santo debe surtir para que el Sumo Pontífice autorice que los creyentes puedan venerar públicamente, como un cristiano ejemplar; se trata de una sentencia no definitiva que tiende a la canonización y permite que se le tribute culto con ciertas limitaciones.

Así que, para aquel lunes festivo de la toma guerrillera en el casco urbano de Angostura, el Padre Marianito no solo ostentaba ya el título de venerable, sino que también

le había reconocido las virtudes heroicas. Tales cualidades, formalizadas por el Vaticano, coinciden con los relatos que se tejen entre los angostureños sobre aquella noche de terror y fuego cruzado en la que se sumió el pueblo. Unos guerrilleros se atrincheraron en las puertas del templo, otros subieron hasta la torre, donde la vista es privilegiada para los francotiradores. Sin embargo, según el testimonio de una de las habitantes del casco urbano, la suerte les cobró su hazaña:

Se metieron varios para la iglesia y de la torre se cayó uno, hasta el día de hoy no sé sí fue que le dieron un tiro o se desprendió de allá, el caso fue que cayó al atrio. Y dentro de la iglesia encontraron otro que se tragó la lengua, cuenta la gente que fue que a él se le apareció Marianito; que después de la toma el guerrillero contaba que vio que el Padre Marianito bajaba por el altar derecho, y claro, obviamente para él debió haber sido una impresión muy horrible y se le fue la lengua. (Correa Ochoa, entrevista personal 11. Mujer habitante de la zona urbana).

No es caprichosa la que podría parecer aquí una generosa antesala sobre el beato Eusse Hoyos: el fervor religioso que en el último siglo se ha heredado de generación a generación de angostureños, posee interesantes visos en los significados que expresan los testimonios sobre la dinámica del conflicto armado en la localidad. Así, en los relatos sobre el impacto de la confrontación, el nombre del Padre Marianito aparece como una categoría emergente²², no solo asociada al evento de la toma guerrillera, sino también a toda la trayectoria del conflicto armado en el municipio. Esto, desde luego, refleja una potente eficacia simbólica de la figura del religioso en un grupo de individuos aturridos por el terror de la guerra. Dice Nelson Mafla Téran (2013) —doctor en Ciencias de las Religiones—, que en la creencia religiosa subyace «la conciencia ética del sujeto, un impulso y poder vital ante la angustia que provoca la vida consciente, los embates venidos de la realidad natural y de la realidad social que hemos construido los seres humanos entre guerras y desigualdades sociales agobiantes» (p. 446).

²² En el diseño metodológico de la investigación se plantearon una serie de elementos claves en la indagación de las entrevistas. Entre ellos no se había considerado la figura del Padre Marianito en relación con el conflicto armado. Sin embargo, la referencia recurrente en los testimonios sobre su significancia en este contexto me llevaron a presentarlo aquí como un acento de las memorias.

En coherencia con esa interpretación, los relatos de los angostureños develan una cierta valoración del bien y del mal. Allí, la figura del Padre Marianito —además de ser objeto de devoción— aparece como recurso último de protección colectiva: el beato, ante la ausencia de un amparo terrenal —o mejor, estatal— adquiere el significado de fuerza sobrenatural capaz de contener y proporcionar una cierta justicia a quienes ejercen su poder a través de la imposición de las armas. Los siguientes testimonios son ilustrativos en ese sentido:

La gente del campo, sobre todo, cuenta que cuando ellos [los guerrilleros] iban [a sus casas], les contaban que una vez habían llegado hasta aquí a las afueras del pueblo, ahí hasta lo que conocemos como La Vuelta del Olvido, y que vieron un viejito pasando y que todos ellos se pusieron como muy malucos y entonces se habían devuelto. Otros contaron que se les habían doblado las armas; otros que llegaban hasta el filo y veían el pueblo inundado de Ejército, ¡y el pueblo solo!; otros decían que llegaron hasta el pie del hospital y que el pueblo se oscureció, ¡pues! Como que para ellos se oscurecía, pero para la gente del pueblo se mantenía la luz normal. Entonces yo digo que sí, que de pronto si fue que el Padre Marianito viendo tanta maldad cuidaba que no acabaran con el pueblito. (Correa Ochoa, entrevista personal 11. Mujer habitante de la zona urbana).

Una vez hubo un hostigamiento por la noche y como aquí en el pueblo, después de la toma [guerrillera] siempre había dos o tres centinelas en el parque, dicen que ellos veían un señor, un padre en el atrio que les hacía señas para que se entraran, y que inmediatamente ellos entraron se escucharon los disparos. Dicen que fue el Padre Marianito que los salvó. Otra gente cuenta que una vez ellos [los guerrilleros] vinieron a hacer un hostigamiento hasta un sector que se llama El Nigüito, pero que les tocó salir corriendo porque sentían una cantidad horrible de esa otra gente [del Ejército y la Policía] detrás de ellos. (Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante).

Llama igualmente la atención que este «objeto de devoción» haga parte también de los imaginarios de los victimarios y que sean estos los que reivindicquen su capacidad

protectora en los relatos que les compartían a los civiles. Hay allí un marco social del que no se desprenden los actores armados y que evidencia una relación con esa identidad contextual. Incluso, este objeto de devoción, es incorporado en sus prácticas, por ejemplo, cuando usan la figura del beato como elemento de protección en el combate, como se expresa en los siguientes relatos:

Ellos mismos le contaban a uno, le decían: “hemos tenido tantas ganas de entrarnos a Angostura, pero ¡ah!... cuando vamos por el puente del cementerio, vemos ese pueblo minado de Ejército y a nosotros nos tiemblan las rodillas. Ese Padre Marianito no nos ha dejado entrar allá”. No sé hasta dónde sería eso cierto, pero yo digo que el Padre Marianito nos ha hecho aquí muchos favores, muchos favores, tanto a nivel del pueblo, como a gente que viene de otras partes. A mí me tocó conocer la violencia en otros municipios de Antioquia, por ejemplo, en los del Oriente cercano y lejano, por eso yo digo que sí, que nosotros fuimos bendecidos aquí por el Padre Marianito, eso creo yo. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Como yo vendía cervecita, aguardiente y gaseosita en la finca, iban a tomar allá y me decían: “¿sabe qué?, en Angostura hay un *hijuetantas* —no quiero decir las groserías que le decían— ... un *hijuetantas* cura, el Padre Marianito, que nos ha embolatado como veinte veces, hemos ido hasta allá pa’ levantar una gente y no hemos encontrado el pueblo, y llegamos hasta un sitio y ahí nos perdemos”. Con esa seguridad me contaban, que llegaban y una neblina tapaba y les embolataba el camino, y llegaban a otros potreros lejísimos. El Padre Marianito los embolató muchas veces. Es que cómo le parece que hasta había guerrilleros que mantenían al Padre Marianito amarrado en el fusil para que los protegiera, ¿¡ah!?(Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

La representación de una intermediación divina trasciende a lo colectivo y se sitúa en una suerte de resistencia, convirtiéndose en una fuerza que permitió a las víctimas una especie de soporte ante las situaciones adversas ligadas al contexto de violencia. En palabras de Émile Durkheim (1997)—sociólogo y filósofo francés, autor de *Las formas*

elementales de la vida religiosa— el fiel se siente «como elevado por encima de las miserias humanas porque se ha elevado por encima de su condición de hombre; se cree salvado del mal, cualquiera que sea la forma» (p. 648).

Nosotros tuvimos un párroco que fue el padre Antonio. En vista de que había tantos atentados, él decía: “vea, si ustedes no se apegan al Padre Marianito, aquí va a explotar lo que sea”. Entonces cuando se estaba comentando que iban a hacer un atentado o que la situación estaba caliente, el padre nos llamaba a las más rezanderas y nos decía: “vengan, hagamos oración que miren la situación en que estamos”. Él no mentaba ningún grupo porque nunca se metió con nada, pero decía: “miren lo que se escucha decir, si no le tocamos al Padre Marianito que nos ponga allá con mi Dios, entonces esto se va a volver peor”. (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

Así, en otros relatos la creencia religiosa se incorpora como estrategia de afrontamiento ante situaciones en las que se expone la integridad de las personas, esto les permitió «buscar el significado de la situación, usar la fe como una forma de distracción o trabajar de manera colaborativa con Dios para establecer una salida» (Amaya, Rivera y González. 2018, p. 197). Así se deja entrever en los siguientes testimonios:

El Padre Marianito sí ha sido el protector, de muchos... A nosotros personalmente nos salvó porque nos cogieron en La Quinta, estábamos paseando y nos cogieron allá, eran como las ocho de la noche. Iban a dejar [secuestrar] a mi esposo hasta que no les diéramos una plata. Y mientras veníamos me puse a orarle a Marianito y ahí en La Vuelta del Olvido había una imagencita del padre y yo lo único que le decía era: “¡ay!, Marianito, ¡ay!, que nos dejen libre”. Cuando ellos se bajaron y dijeron: “vea, saben qué, váyase pa’ Angostura, llévense ese carro y, eso sí, mañana esperamos que nos traigan la plata. ¡Ay!, vea, nosotros nos vinimos y yo le decía: “ay, Marianito, yo sé que vos hiciste”. Es que eso fue un milagro de él, porque él nos hizo... ya. (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

A mí me mandaron a llamar a «el caguancito». Yo estuve ahí en el piso, con el fusil aquí en la cabeza porque me iban a matar, y cogí la cadenita del Padre Marianito y le dije: “padre Marianito, no me vas a dejar matar porque yo no he hecho nada”. Entonces levanté la mano y le pregunté “¿qué he hecho yo para...?”. Ellos me dijeron: “¿sabe a qué la trajimos aquí? La traemos aquí pa’ fusilarla”. Pero siéntese primero”. Fue miedosísimo. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

El nombre del Padre Marianito está estrechamente relacionado con Angostura, el pueblo en el que ejerció —como párroco entre 1882 y 1927— una vida sacerdotal exaltada en sus referencias biográficas por su entrega a los pobres, a los enfermos y a la evangelización. En el Vaticano, en la sesión del 4 de abril de 1998, la Comisión Médica de la Congregación para las Causas de los Santos aprobó como milagro la recuperación del también sacerdote antioqueño, Rafael Gildardo Vélez, luego de que en 1987 se dedicara a frotar en sus piernas una estampita del Padre Marianito como último recurso para la sanación de un cáncer que había hecho metástasis en la columna vertebral y en los huesos largos. «Los científicos y médicos que examinaron el caso declararon en junio de 1991 que la curación no tenía explicación científica. Nuevos análisis realizados en 1997 no encontraron nada anormal y la curación fue atribuida oficialmente a la intercesión de Marianito» (Restrepo, M. I. 2000, abril 9).

Tras el reconocimiento del milagro, el Padre Marianito fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de abril del año 2000. Tiene un especial simbolismo esa fecha, pues precisamente el 9 de abril de 1948 se dio en Colombia el llamado Bogotazo, una serie de hechos violentos desencadenados por el magnicidio del líder del partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán. Para algunos analistas, aquel evento fue un parteaguas del contexto político colombiano y un hecho clave en la trayectoria del conflicto armado reciente, pues marcó una sangrienta cruzada entre liberales y conservadores, conocida como la época de La Violencia, apenas una pieza de un fracturado escenario nacional compuesto por complejas dinámicas sociales como desplazamientos masivos del campo hacia las zonas urbanas, fuertes procesos de concentración de la tierra, alteración de procesos productivos y la incursión de actores internacionales en los ámbitos militar, económico y político. En palabras del sociólogo Eduardo Pizarro Leongómez: «La violencia se desbordó y las

instituciones estatales sufrieron lo que Paul Oquist denominó un “colapso parcial del Estado”» (Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas [CHCV]. 2015, p. 14). Posteriormente, los intentos por estabilizar el país llevaron a la consolidación del llamado pacto del Frente Nacional y, subsiguientemente, al surgimiento de autodefensas campesinas comunistas que fueron el soporte de la fundación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —Farc—.

Así es que el contexto nacional en el que se dio la ceremonia de beatificación del Padre Marianito no se puede dejar de lado. En el acto de beatificación, el Sumo Pontífice se refirió al sacerdote como el «Patrono de la Paz para Colombia» y, en su discurso, reforzó su eficacia simbólica en el cruento contexto del conflicto colombiano:

Que su luminoso testimonio de caridad, comprensión, servicio, solidaridad y perdón sean de ejemplo en Colombia y también una valiosa ayuda para seguir trabajando por la paz y la reconciliación total en ese amado país. Si el 9 de abril de hace cincuenta y dos años marcó el inicio de violencias y conflictos, que por desgracia duran aún, que este día del año del gran jubileo señale el comienzo de una etapa en la que todos los colombianos construyan juntos la nueva Colombia, fundamentada en la paz, la justicia social, el respeto de todos los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria. (Echavarría, A. 2000, abril 9).

Para ese momento, la comunidad internacional tenía los ojos puestos en el proceso de paz que, desde dos años atrás, el Gobierno nacional y las Farc llevaban a cabo en la zona de distensión concentrada, especialmente, en San Vicente del Caguán. Ese año, precisamente, representantes de las comisiones tanto del Gobierno como del grupo guerrillero realizaron una gira por varios países de Europa, entre ellos Italia. Dos días después de visitar la Ciudad del Vaticano, el 16 de febrero del 2000, la comitiva anunció públicamente que venían trazando la posibilidad de concertar un cese del fuego multilateral, con la condición de que se concretan "avances significativos" en la mesa de negociación (*El País* [España]. 2000, febrero 20). Y aunque el cese multilateral no llegó, la coincidencia política con las negociaciones sirvió para que el hecho religioso se incorporara al discurso nacional en pro del proceso de la paz. Luego de que el 9 de abril El Vaticano proclamara beato a Marianito, en Colombia se dispuso todo para instaurar el 13 de julio — misma fecha de su muerte, en 1926— como el día conmemorativo en honor al beato. Por

ello, el 8 de julio Angostura fue una fiesta: los niños de las escuelas se pusieron el uniforme de gala y se filaron en calles de honor; los campesinos se volcaron al pueblo desde muy temprano y una portentosa comisión de seguridad militarizó las montañas vecinas para evitar cualquier situación que pusiera en riesgo el evento que se realizó en la plaza principal, donde se reunieron cerca de 70 obispos colombianos, más de un centenar de sacerdotes y religiosas, y unas ocho mil personas, muchas de ellas peregrinas que llegaron de varias regiones del país. Allí, en el parque empedrado se ofició una misa campal a la que asistió, también, el presidente de Colombia, en cuyo discurso dijo lo siguiente:

Quiero pedirle [al Padre Marianito] que nos ayude a construir una paz que nos dignifique... que seamos capaces de frenar esta máquina desatada de muerte [...] que aceptemos de una vez por todas que la violencia no es el camino de la justicia; que tengamos el coraje de perdonar (Pastrana, A., 2000, p. 310)

Pero, pese a las buenas intenciones expresadas en la celebración religiosa de aquel sábado, el recrudecimiento de las acciones violentas en el país siguió su curso, y en ello la región y la misma celebración religiosa tuvo su porción. Ese mismo día varios hombres armados instalaron un retén en la vía y asaltaron al equipo de periodistas de Caracol Televisión que se dirigía al municipio a cubrir el evento religioso, así quedó registrado en la prensa: «El hecho ocurrió en inmediaciones de Santa Rosa de Osos. Los asaltantes se llevaron un vehículo Toyota blanco, de placas CIZ550, los teléfonos celulares, los chalecos, un teléfono satelital y un analizador de espectro. Los tres operadores resultaron ilesos» (*El Tiempo*, 2000, julio 9).

1.5 Acento 5. Las esperanzas y los sinsabores del presente y el posacuerdo de paz

La indagación por las memorias del conflicto armado también permite situar los significados del presente en términos de la experiencia colectiva durante los años de confrontación. En algunos de los testimonios citados en los apartados anteriores, los habitantes de Angostura expresan cómo, a partir del 2005, se dio en el territorio angostureño un progresivo desescalamiento del conflicto armado, en parte, debido al despliegue contrainsurgente de la Fuerza Pública. A ese desescalamiento le siguieron los diálogos de paz entre el Gobierno colombiano y las Farc-Ep, que iniciaron oficialmente en el 2012 y llevaron a la firma, en 2016, del *Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto*

y la *Construcción de una Paz Estable y Duradera*. Los integrantes del Frente 36 de esa guerrilla —un grupo armado que como ya se ha recalcado tuvo protagonismo en la historia del conflicto en la región del Norte antioqueño y, en particular, en Angostura—, se acogieron al acuerdo de paz. En julio del 2016 este Frente emitió un comunicado que afirmaba lo siguiente:

Los guerrilleros del 36 Frente, Jair Aldana, estamos íntegramente comprometidos con el proceso de paz que estamos adelantando las Farc-ep y el Gobierno nacional en La Habana (...) A las comunidades de los municipios del Norte de Antioquia nuestro abrazo de agradecimiento por su lucha constante y apoyo sin límites a la paz. Su esmerado trabajo dará frutos en dirección hacia una vida digna para todos. (Farc – EP, 2016, 27 de julio).

Tras la firma del acuerdo de paz, los guerrilleros de las Farc entregaron las armas y empezaron su tránsito de reincorporación a la vida civil en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación —ETCR— La Plancha, en el municipio de Anorí. Pese a ello, la tensión de la confrontación, al menos en el ámbito de algunos de los municipios vecinos a Angostura, continúa latente debido a que en 2018 se conformó formalmente un grupo postfarc —o de disidencia— del Frente 36 y del Frente 18, que busca el control de las zonas dejadas en 2016 y que ha realizado alianzas con los Caparrapos para combatir al Clan del Golfo, grupos delincuenciales organizados (Fundación Paz & Reconciliación - Pares, 2019, p. 50). Además de estos actores, en la región Norte de Antioquia, también se identifica al ELN como otro actor armado que mantiene presencia en el territorio. La firma del acuerdo de paz, sin embargo, resulta significativo en las lecturas que los habitantes plantean sobre el presente social en el municipio. En algunos testimonios se expresa optimismo ante una mayor estabilidad del orden público y una positiva percepción de seguridad:

Nos sentimos seguros porque mire que no se volvió a escuchar a cada rato que mataron a fulano. Para mí el tratado de paz sí existe y pido que siga adelante. No es solamente los que firmaron y ya, las víctimas somos los que verdaderamente debemos de sentirnos contentas, porque el pueblo como que se siente tranquilo. (Correa Ochoa, entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante).

En otros testimonios la expresión de una mejoría en los ámbitos económico, de apropiación del territorio y del desarrollo local. Tras el desplazamiento de muchos propietarios de fincas o de comerciantes del casco urbano que debieron dejar el municipio por las extorsiones y amenazas, su retorno paulatino en la última década, tiene una especial significatividad en la reactivación de las dinámicas locales. Así se expresa en estos dos testimonios:

A partir del 2010 o 2011 fue que como que la gente quiso volver, vieron pues que volvía otra vez la paz, que había tranquilidad. Entonces ahí la gente volvió como a invertir en arreglar sus casas y negocios; muchos se han empeñado en bancos para volver a producir, a tener su caña, su café. (Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante).

A uno no le da miedo decirle a un familiar de Medellín: “vengase en su carrito, vamos a la finca”. Yo vivo a orilla de carretera y ya uno ve pasar carritos de sesenta, setenta, ochenta millones de pesos que van hacia las otras veredas, lo que antes llamaban «el caguancito», La Milagrosa, todo eso. Si hoy vamos por allá, encontramos gente en su casafinca con sus buenos carros, con sus familias... ya podemos andar tranquilos en ese sentido aquí en Angostura. (Correa Ochoa, entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario)

Pese a ese optimismo, también emergen preocupaciones que son expresadas con vehemencia entre los testimoniantes. Una de ellas coincide con la cooptación en el nivel regional e intensificada en los últimos años, por parte de estructuras criminales, que han ocupado zonas estratégicas para las rentas ilícitas que anteriormente eran controladas por el Frente 36. Allí, el significado de los testimoniantes sitúa el presente ante aquel espejo del pasado cuando arribaron los grupos guerrilleros al municipio:

Para mí ese proceso de paz es falso. ¿Por qué? Porque el Gobierno nunca ha ocupado los lugares que ocupaban esos grupos, y al no ocuparlos, los están ocupando bandas criminales y delincuencia común. Entonces en este momento estamos volviendo otra vez al robo, a los atracos, a las extorsiones. ¿Qué me gano yo con que cada quince días pase una patrulla del Ejército o de la Policía por mi

vereda? Nada. Y esos lugares, los que esa gente tenía, están solitarios, entonces ya se están uniendo dos o tres personas, cuatro o cinco y dicen: «vamos a hacernos los dueños de este cañón». Para mí a ese proceso de paz le falta mucha implementación. (Correa Ochoa, entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria)

En una perspectiva de futuro, también se dan manifestaciones de alerta sobre las condiciones de calidad de vida y las posibilidades de desarrollo social y humano de las nuevas generaciones. Este rasgo interpretativo del presente en los entrevistados ofrece una visión interesante, pues el silenciamiento de los fusiles y el desplazamiento de una preocupación colectiva que antes se enfocaba prioritariamente en asuntos del conflicto armado, hoy permiten el reconocimiento ciudadano de problemáticas locales como el consumo de drogas, la falta de oportunidades educativas y laborales de los jóvenes, así como la necesidad de fortalecer procesos productivos, comunitarios y culturales. Ese cuestionamiento sobre el presente que emerge en las memorias del pasado, exige que las instituciones locales se ocupen de generar procesos de intervención que respondan a las urgencias sociales de hoy, en virtud de asumir un aprendizaje a partir de un pasado difícil y que sugiere reapropiaciones en clave de futuro y de construcción de paz territorial.

Capítulo 2. De las voces emerge la esperanza: narrativas del dolor, el miedo y la fortaleza

Las esquirolas que dejó el conflicto armado en Angostura durante tres décadas se enquistaron en la piel colectiva y lesionaron ámbitos individuales como la cotidianidad, el bienestar y la intimidad de las personas y las familias. Este capítulo expresa las memorias en dos tiempos. En el primero, varios habitantes ofrecen su propia voz para narrar y visibilizar cómo la confrontación dejó cicatrices en su cotidianidad, en sus núcleos familiares y en el desarrollo de su vida. En el segundo, ponemos las luminarias en los relatos de manera unísona, en la que esas voces emergen como un coro colectivo en el cual convergen sentidos y significados sobre el conflicto armado y su expresión en Angostura que, a su vez, evidencian tensiones o expresan énfasis narrativos e interpretativos sobre dicho fenómeno social y político. Dice Nieto (2013) que narrar adquiere una condición vital, porque permite comprender qué pasó en los conflictos armados y cómo sus protagonistas vivieron los acontecimientos inmersos en ese conflicto. Las narrativas, dice la periodista, tienen un valor que «es subjetivo y simbólico, en cuanto dan a conocer los acontecimientos desde la experiencia de cada una de las personas que actuaron o sufrieron el conflicto como víctimas, victimarios o ciudadanos» (p. 84). Narrar adquiere la categoría de verbo privilegiado para la memoria, porque sitúa la posibilidad de materializarla dentro de un ejercicio abierto, no necesariamente oficial, no necesariamente hegemónico. Por ello, este capítulo centra la atención en los relatos de cinco víctimas del conflicto armado en Angostura. Son relatos contruidos inicialmente desde la oralidad, como punto de partida de la investigación narrativa, modalidad elegida para desarrollar este ejercicio de memoria.

El coro de voces presentado a continuación tiene significatividad en las memorias del conflicto armado en Angostura porque su experiencia aborda hechos que reflejan las formas de victimización que se dieron de manera notable en el curso de la confrontación en el municipio: el homicidio, el secuestro, el desplazamiento, los daños a bienes y ejecuciones extrajudiciales e ilegales de personas civiles —conocidas como falsos positivos—.

Hay varias intencionalidades en el propiciar que este «contar lo que nos pasó» abandone los nudos de garganta que lo han comprimido y se conviertan en memorias

compartidas. La primera de tales intencionalidades es darle voz a quienes hasta ahora han acariciado, en los contornos de su intimidad, de sus plegarias silenciosas, de sus padecimientos familiares, las pérdidas y duelos que emergieron como consecuencias de las dinámicas del conflicto armado en la localidad; sus voces no solo recuerdan una serie de acontecimiento traumáticos que dan cuenta del desarrollo y los impactos de un fenómeno social y colectivo, sino que también dignifican el recuerdo de los seres queridos que perdieron o que se vieron inmersos en los torbellinos de un periodo de violencias y amedrantamientos.

De otra parte, como sugiere Sarló (2005) «el lenguaje redime lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo común» (p. 29). Partimos, así, de la premisa de que un ejercicio de memoria local como el que busca incitar esta investigación debe corresponderse también con el reconocimiento de las víctimas del conflicto, un asunto que debe tener como punto de partida la posibilidad de que sus voces sean recuperadas, escuchadas, leídas. Este ejercicio trasciende la anécdota a la fueron reducidos los hechos que abordan aquí los protagonistas. En el escenario local se instalaron referencias del tipo «le pasó a aquel», «se lo hicieron a...». En consecuencia, estos cinco relatos se convierten en dispositivos de memoria que permiten interpelar desde lo político la comprensión de un conflicto que afectó gravemente a la colectividad y, en su interior, a algunos de sus miembros, quienes encarnaron los impactos directos y protagonizaron el sufrimiento por las pérdidas, los miedos y las amenazas ante su vida y la de sus seres queridos. Ese interpelar, aquí, se plantea como la posibilidad de que lo ocurrido propicie la solidaridad y la compasión de sus vecinos, amigos, paisanos, «compasión entendida como acompañamiento en el dolor y, también, como responsabilidad frente a las demandas que las víctimas del presente y del pasado nos hacen» (Nieto, 2013, p. 406).

Los cinco hombres y mujeres que cuentan lo que les sucedió, con generosidad y valor, fueron convocados a narrar sus historias luego de que, en el marco metodológico propuesto en esta investigación, se establecieran interacciones con instancias del orden local —como la Oficina de Enlace de Víctimas, la Personería y la Mesa Municipal de Víctimas—, encargadas cotidianamente de acompañar a las víctimas del municipio en procesos de reconocimiento y reparación por parte del Estado. En otros casos, quienes

narran sus historias fueron referenciados por otros integrantes de la comunidad que identifican como emblemáticos los hechos que les sucedieron. Finalmente, en todos los casos, quienes ofrecen aquí su voz aceptaron narrar lo sucedido de manera voluntaria, conforme con el consentimiento informado que les fue expuesto por el investigador y diligenciado por los participantes.

El primer apartado de este capítulo, entonces, pone altoparlantes a cinco voces que, desde su experiencia personal, relatan los impactos y daños causados por el conflicto armado en Angostura. El testimonio que abre esta polifonía se titula *Un daño que no tiene precio*, un relato sobrecogedor mediante el cual un padre reconstruye la pérdida de su pequeña hija, quien murió por una bala perdida mientras el ELN cometía un secuestro. Sobre otro secuestro ocurrido en Angostura, es el relato *Tenemos a la persona que más les duele*, en el que un hombre cuenta cómo él y su familia enfrentaron los días, las semanas, los meses en los que su madre estuvo en cautiverio por las Farc. La quema y retenciones de vehículos que circulaban por las vías de Angostura fue una de las acciones más recurrentes en los repertorios violentos del conflicto en la región, por ello, *Los gajes de andar por todas estas trochas* es el tercer relato en el que el protagonista narra algunos eventos asociados al conflicto armado en el municipio, que tuvo que enfrentar en su labor como conductor de vehículos de transporte de carga. El cuarto relato, *Su muerte fue consecuencia del amor*, expone los detalles que llevaron a una familia a romperse producto de la desaparición del padre y el posterior asesinato de la madre a manos de las Farc-EP. Como en este último, una hermana toma la voz para narrar, en el quinto relato, cómo el Ejército de Colombia sacó a su hermano de su casa: *Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero*.

La reconstrucción narrativa de todos estos acontecimientos tuvo como punto de partida una conversación abierta que se dio entre el investigador y cada testimoniante en distintos lugares: el corredor en una casa de campo, la intimidad de la habitación de un hijo ausente, un rincón en una cafetería el pueblo. Allí, la pregunta por el «¿qué pasó?» desencadenó un relato que parte de la experiencia personal y trasciende hacia una comprensión colectiva.

Sobre esa comprensión colectiva versa el segundo apartado de este capítulo, apartado en el que hacemos una matriz horizontal del conjunto de relatos para resaltar cómo en la representación del encuentro temerario con el victimario o en el poner en palabras la

ausencia dolorosa, se expresan simultáneamente asuntos como el significado de la pérdida, el recuento de los impactos emocionales o la capacidad de resistencia y resiliencia de quienes cuentan. A través de ese ejercicio, estos relatos permiten lecturas que le dan significado a la experiencia individual dentro de un contexto local y nacional en el que quedan expuestos, por ejemplo, la crueldad y los cálculos estratégicos de las organizaciones armadas; el tipo de apoyo que las víctimas recibieron o no de sus entornos familiares, comunitario e institucional; las respuestas sociales —como el rechazo o la estigmatización— que enfrentaron en su calidad de dolientes; o las formas como resignifican en el presente asuntos como la reparación y la justicia.

2.1 A una voz: cinco víctimas relatan las cicatrices del conflicto armado

2.1.1 Un daño que no tiene precio

Relato construido a partir de la entrevista realizada a Alfonso Ayala, habitante de Angostura.

El 2 de enero de 1996, a las ocho de la noche, llegó un grupo de encapuchados a la finca Villa Sonia, a las afueras de Angostura. Yo era el mayordomo y vivía ahí con toda mi familia: mi esposa y mis siete hijos. Esa noche mis hijos eran siete hijos.

En ese momento también estaban los dueños de la finca, que venían de Medellín a pasar las vacaciones. Yo llevaba seis años trabajando con ellos. Se amañaban mucho ahí, pero desgraciadamente les tocó vivir lo que vivimos esa noche. Don Darío, el dueño, subía a rezar con nosotros todos los días antes de acostarse. Eso fue por ahí a las ocho de la noche. Todos nosotros estábamos reunidos en la sala. Como veíamos televisión hasta tarde, decíamos: «vamos a rezar para cuando nos dé sueño nos podamos dormir tranquilos».

Antes de que llegaran los hombres armados, don Darío me dijo que me asomara a ver por qué los perros estaban tan bravos. Salí a la carretera, miré por todas partes y no vi alma nacida. Cuando llegué a la casa dije: «Don Darío, no hay nadie». Pero él ya se había ido para la casa de ellos. Cuando ahí mismo vimos a ese gentío, eran por ahí cincuenta personas, y varios de ellos nos dijeron: «alto, no se mueva nadie».

En medio de eso, uno de ellos disparó y desgraciadamente la bala le dio a mi niña en la cabeza. La bala como que rebotó, porque tumbó un pedazo de muro, una viga, y se devolvió y cogió a la niña. Me acuerdo que ella se estaba tomando un chocolatico en un

pocillo plástico. La bala pudo haberme dado a mí, porque ella estaba al lado mío, por eso ella me cogió del brazo y me dijo: «¡Ay, apá!», y ahí mismo cayó al piso. No tuvo tiempo de hablar más nada. Cuando *voltié* a verla, estaba en el suelo, en un charco de sangre. «Movámosla para el hospital que hay tiempo», me dijo la señora de don Darío, la patrona, pero yo le dije: «no, no hay tiempo». Mi Dios me ayudó, él le da mucho valor a uno, le puse una cucharadita de agua en la boca, pero ya no le pasaba, le di la bendición y le cerré los ojitos.

Fueron unos momentos de mucha confusión, yo no sabía qué era lo que estaba pasando, quedé como bobo. Cuando algunos de los hombres armados vieron lo que habían hecho, ahí mismo se fueron, pero al momentico volvieron dos de ellos y nos preguntaron dónde estaba el dueño de la finca. «Vea, ahí está en la casa, esa es la casa de él», les dije en medio de la confusión, porque no sabía para qué era. Y ahí fue que se llevaron a don Darío, así tal cual estaba: en pijama, en arrastraderas. Dicen que, en La vuelta del olvido, ahí cerquita en las partidas, le tenían una bestia para poder meterlo para ese cañón de abajo.

Aunque ya habían pasado como diez minutos desde que los hombres salieron con don Darío, varios de ellos volvieron dizque a pedirme disculpas. Es que no todos se dieron cuenta de lo que había pasado con la niña, y como que uno de ellos les contó y entonces se devolvieron. «Disculpen que esto fue un error. Somos del ELN», me dijeron. «¿Cuál error? ¿cuál error?», les respondí yo, ya muy adolorido. Y la hija de don Darío también, desesperada, les dijo varias cosas y los trató muy mal, pero en medio de todo yo le pedí que mejor se quedara callada, que de pronto nos matan a todos.

El inspector de policía fue a las varias horas a hacer el levantamiento. Y después de eso velamos a la niña el resto de la noche, y la enterramos como a las tres de la tarde. Mucha gente del pueblo nos acompañó en ese momento, porque yo veía personas que nunca había llegado a ver. Es que fue un hecho que conmovió a todos y todos nos trataban de consolar a mí y a mi familia. Tenemos mucho que agradecerle a la gente, porque fue muy solidaria en ese momento y de ahí en adelante, porque uno sí veía como el apoyo, que no quieren que uno esté solo. Hay veces uno dice que uno tan desamparado por decir, pero el desamparado no ha nacido. Es que el entierro fue muy bonito, hicieron desfile con los estudiantes del colegio y en las novenas y en la misa todo se llenó de gente. Aunque

también recuerdo que había gente forastera, demás que vigilando a ver qué reacción tomaba uno.

Mi niña se llamaba Luz Mariana y tenía 11 años. Era muy avispada, el año antes había sacado el diploma de quinto de escuela y ya la teníamos matriculada para que empezara en el colegio ese mes, ya hasta tenía en uniforme... Yo a ella la recuerdo con una *maldinga* canción: *Celos*, del Binomio de Oro. Esa sí me hace salir las lágrimas cuando la escucho, porque cuando la ponían a cantar en la escuela, ella cantaba *Celos*, y en la casa se mantenía cantando *Celos*.

¡Tantos recuerdos! Otra cosa que recordamos mucho es que, como ya había hecho la Primera Comunión y la Confirmación, un domingo mi señora y yo estábamos prendiendo un fogón detrás de la casa, cuando la niña llegó con un papelito y un lápiz y dijo: «¿cierto que cuando uno se muere le pueden poner la ropa más buena?». La mamá me atisbó y no le contestamos nada. «¡Contéstenme pues!», nos dijo. Entonces la mamá le dijo: «Ah, ¡pues será ponértela entonces!»; y la niña le contestó: «cuando yo me muera me van a poner el vestidito de la Confirmación que lo quiero mucho». ¡Nos tocó ponérselo ese martes!

Lo más duro de la vida fue que, aunque la finca quedaba apenas a un kilómetro desde el pueblo, yo escuché a la policía diciendo que ellos no se metían por allá. La gente les decía que subieran, pero ellos decían que no; ¿cuándo fueron?: a los diez días de que habíamos enterrado a la niña; los del Ejército fueron otros que se demoraron mucho para ir. Cuando nos ocurrió esto ya hacía dos años desde que en Angostura había pasado la toma guerrillera. Recuerdo mucho ese momento porque yo estaba ordeñando una vaquita, cuando llegó ahí hasta La Vuelta del Olvido una escalera que hasta todavía está por ahí, y desde ahí empezaron a disparar. ¿Sabe cuánto tiempo me metí para ordeñar ese animal?, empecé a eso de las cuatro de la tarde y a las siete de la noche todavía le estaba escurriendo, porque con ese taque, taque, taque, había que parar a cada tanto porque me daba miedo de esas balas que pasaban por encima de nosotros, porque la policía les contestaba desde allá de atrás del Comando.

Sin embargo, cuando ocurrió la muerte de mi niña el conflicto estaba como aquietado en el pueblo, sí escuchaba uno que a tal persona la estaban amenazando o que en cierta vereda había enfrentamientos, pero yo veía que todo estaba como calmado, aunque hay veces uno mismo se oculta las cosas que pasan. Lo que sí creo es que había gente que

estaban planeando el secuestro de don Darío. A esa cosecha de café llegó gente de toda parte y me pareció muy raro que llegó una pareja de muchachos. Yo tenía veinticinco trabajadores cogiendo café y por eso no había ni un canasto; entonces los muchachos me dijeron que si les daba cogida. «Muchachos, ¡qué pena con ustedes! —les dije—, si consiguen en qué coger, péguense a coger café». Se consiguieron los canastos y cogieron café como media hora, pero no fueron ni a cobrar ni nada, sino que dejaron el poquito café que cogieron y se perdieron. Y sí señor, ligero, ligero, ocurrió eso, en menos de ocho días.

Es que uno conocía a la gente del pueblo y también se daba cuenta cuando llegaba gente forastera, pero no preguntaba nada porque se moría. En esos años se escuchaba mucho comentario: el uno decía que vio un grupo de tal y tal persona, que vio al otro, pero siempre la recomendación era: «vea lo que vea, estese callado». Y así fue empezando a tomar fuerza el conflicto en Angostura hasta que vea a dónde llegamos: a que lo tocara a uno de esa forma. Sabíamos que en la región había grupos de esa gente, de mucho tiempo atrás, por ahí pongámosle dos años, pero, como digo, muchas veces ocultamos lo que pasa. Pese a ello, ni don Darío ni yo habíamos recibido amenazas. ¡Nunca, nunca! Ese día, precisamente ese martes 2 de enero, que ya habían abierto las compras de café después de las fiestas de fin de año, don Darío me dijo: «camine Alfonso vamos a vender el café». Vendió tres *camionetaitas*, pero me imagino que esa plata ni se lo gozaría, porque después de ese suceso y de lo que pasó los días después, no hubo cómo.

Yo seguí trabajando, porque tenía una familia por la que tenía que seguir viendo. Apenas llevábamos tres días de la novena de la niña cuando llegó una gente forastera y me dijo que me necesitaban por allá, que le llevara droga y ropa a don Darío. «Que vaya a tal parte», me dijeron. «Yo no sé ir por allá», les contesté. «Móntese en la escalera que nosotros sabemos a dónde», me dijeron. Y así fue: me monté en el carro y ni pasaje me cobraron. No supe ni en qué vereda estaba, porque, aunque yo crecí en Angostura, me conozco mucho estas tierras y he andado mucho en la vida, esa fue la primera vez que iba por allá. Era una zona junto a Campamento, lejísimos. Eran como las 11 de la mañana cuando me dijeron: «bájese aquí y pregunte por fulano». Había un rastrojito y de cierta parte para adelante era ya bosque, selva. Caminé por ahí 25 o 30 pasos cuando vi un tipo sentado en el camino, en una piedra.

—Amigo, ¿qué está haciendo por aquí? —me dijo—.

—Yo no sé, por aquí me mandaron llamar, no sé para qué. ¿Usted no ha visto a un fulano por aquí?

—Yo no lo conozco, hermano—me dijo así.

Cuando me dice:

—Hermano, a usted qué viento lo echó por aquí. No me vaya a decir que a usted fue al que le mataron la niña.

—Sí señor, desgraciadamente y sin estar metido con nadie. A mí fue al que me mataron la niña.

Y se me fue a los abrazos ahí mismo.

—Nosotros lo llamamos a pedirle disculpas porque esto nos va a costar mucho a nosotros.

—Por mucho que les cueste no les cuesta lo que me costó a mí— le dije yo.

—Hermano, sí. Entonces es para ver cómo va a ser el arreglo.

—¿Cuál arreglo?, ¿vos crees que es una vaca la que mataste, o a quién mataste?

—Hermano, esto fue un error. El pelado que estaba con nosotros llevaba más de 12 años en esto y vea la que nos hizo —me dijo.

—Vea, de todas maneras, dígame lo que sea, ya me la mataron, ya para qué piden disculpas.

—No, hermano, yo sé que esto nos cuesta.

—Por mucho que le cueste no les cuesta más que a mí ni a mi familia.

—Hermano, lo llamamos para ver cuánto nos va a pedir por este daño.

—Ese daño vale tanto que no tiene precio —le dije.

—¿Por qué?

—¿Usted tiene familia? —le pregunté.

—Sí, tengo tres niños.

—En caso, de pronto, que usted tuviera un hijo para venderlo, ¿cuánto pediría por él?

El hombre agachó la cabeza. Lo más triste de ese momento es que tenía un arma que manoseaba por un lado y por el otro. Por ahí a los diez minutos me dijo:

—Hermano, sinceramente, ni plata ni palabras para responderle porque usted con esto me calló la boca.

—Sí vio, ¿cuánto valdrá una vida humana y más de un hijo?

—Sí, hermano, me tapó la boca.

Yo nunca supe quién disparó. Lo que sí me dijo el cliente ese es que eso les iba a costar mucho a ellos, porque no los habían mandado a matar a la niña.

—¿Por qué hicieron esto? —le pregunté.

—No hermano, estuvimos de malas. Nosotros no podemos hacer esto, póngale cuidado usted y verá que muchos de nosotros tenemos que pagar con la vida.

Y sí, después los comentarios fue que mataron a fulano, a perano, que estaban en la guerrilla, pero no fue porque yo haya abierto la boca.

Lo que sí me acuerdo tanto es que yo le dije:

—Vea, de parte mía estén tranquilos, yo no les deseo nada. Lo único que les digo es que no vuelvan a cometer una cosa de estas, pongan cuidado a las cosas, miren que yo no estaba peleando con nadie, mi niña no estaba metida con ningún bando ni nada.

—Sí, hermano, desgraciadamente estuvimos de malas porque vuelvo y le repito: a nosotros a esto no nos mandaron y esto nos va a costar la vida a muchos, me dijo el personaje.

Me insistió en que querían darme una plata. Yo me negué, pero me llené de valor y le dije que me colaboraran con el entierro, que ya de lo hecho no había deshecho. Ahí me dio un dinero para esos gastos y listo, eso fue todo. A ese señor nunca lo había visto y jamás lo volví a ver. A los que estuvieron en el momento del asesinato de la niña tampoco los volví a ver, ni siquiera cuando estuve allá hablando con ese guerrillero.

Esa tarde volví a la casa y a los varios días llegó nuevamente alguien de ellos con la razón de que fuera con la señora del patrón, el hijo o la hija, que en caso de un enfrentamiento no respondían por nadie más. Nos fuimos el hijo y yo y llegamos hasta el mismo punto donde me había encontrado con el señor ese. El muchacho se fue a conversar con ellos y se perdió mucho rato. Yo me asusté, pensé que lo habían secuestrado también. Pero gracias a Dios no, apareció como a las cinco de la tarde, muy aburrido.

—¿Cómo le fue? —le pregunté.

—Pues mal, vea, aquí mandaron la boleta.

Nunca me mostró lo que decía. Nos vinimos y llegamos en la noche a la casa. A los ocho días volvió de Medellín, eran como eso de las cinco de la mañana. Como venía con un familiar entró a dejarlo ahí a la casa de ellos. Lo invité para que desayunara, pero me dijo que se tenía que ir. En ese tiempo yo estaba como ido, hacía las cosas y no veía como qué estaba haciendo, no le veía sentido a nada. Eran como las diez de la mañana cuando yo estaba lavando la perrera y escuché un carro pitando en la portada. Me asomé y era el carro de él, pero yo no le veía nada. Abrí la puerta y vi un como saco, cuando ya don Darío salió, porque venía como agazapado. Recuerdo que ese señor estaba llorando como un niño chiquito, porque apenas ese día los guerrilleros le dijeron de la muerte de la niña. Traté de saludarlo, pero él no paraba de hablar, me decía: «Alfonso, ¿por qué pasó esto?». Me contó que él les reclamó, que les dijo que por qué no lo habían matado a él que ya había vivido mucho, que por qué tenían que hacer eso con la niña y con nosotros, que era una familia que él quería mucho. Y esa gente como que le dijo que ellos lo necesitaban era a él y que por eso no le habían contado, que, porque si le contaban en medio del secuestro, se les enloquecía allá.

Ese mismo día le dije que yo le iba a renunciar, pero me convenció de quedarme. Allá trabajé otros dos años, hasta que finalmente renuncié, me puse a jornlear, y nos fuimos para la casita que era la herencia de mi papá. Como a los tres años de la muerte de la niña me llamaron del Programa de Acción Social para darnos una reparación económica del Estado. Yo no quería porque con mi esposa conversábamos que era ponerle un precio a la niña. Después un amigo del pueblo me buscó y me dijo que nos iban a colaborar para que reclamara esa platica; le insistí en que a mí me daba pesar de mi niña y entonces él me dijo algo muy cierto: con eso no repara a su hija, pero tiene que pensar en los otros, en los que hay vivos.

Lo que pasó con la niña nos afectó mucho a todos. Hay una cosa que recuerdo mucho y que me marcó; cuando el asesinato de la niña, la hermanita menor tenía tres años, entonces cuando a la policía o esa gente le daba por aparecerse me decía: «Apá, vuelven a matar a Marianita», ¡con tres años y se daba cuenta de todo! Otro de mis muchachos estuvo en el seminario y ese recuerdo lo acompañaba permanentemente, los profesores y sacerdotes le decían que le echara tierra a eso, «Pero, ¡cómo le voy a echar tierra a esto!», dice él. Nosotros le decimos que eso ya pasó, que mi Dios aprieta, pero no ahorca, y que, si

nos ponemos a ahondar en ese recuerdo todos los días, no va a vivir la vida que Dios nos dio.

Es que esa noche fue muy dura: la gritería de todos, unos se metieron en los rincones, otros debajo de las camas. Todos con miedo, un miedo que nos quedó a muchos de nosotros. En ese tiempo a mí se me peló la cabeza del todo y también mi esposa ha sido muy enferma de una pierna. Un día me dijo un médico: «¿a ustedes qué les pasó? Lo que su señora tiene es una crisis de nervios». Era el mismo médico que me estaba tratando a mí y me dijo que el pelo que se me cayó no era porque había pasado una cosa buena; entonces, apenas le conté nos dijo que la reacción que nos estaba pasando era poquita, porque esa pérdida era para uno enloquecerse.

Al guerrillero le dije esa vez: «de parte mía no esperen que los vaya a condenar». Y aunque puedo decir: «yo los perdono», todos los días me remuerden los recuerdos. ¿Es que cómo hace uno para que se le olvide? Sin embargo, no les deseo mal, que Dios haga justicia, porque en este mundo arreglamos de cualquier manera lo malo que nos pasa, pero hay un rey supremo que es el que dice qué se ganó usted y qué me ganó yo.

2.1.2 Tenemos a la persona que más les duele

Relato construido a partir de la entrevista realizada a Carlos Rodríguez, habitante de Angostura.

Aunque mi familia es de Yarumal, desde el año 1974 mis padres compraron un pequeño predio en la vereda La Quinta. Así que desde que tengo uso de razón, desde los 10 años más o menos, he estado en esta región, aquí en Angostura. Venía en las vacaciones de Semana Santa, en las de mitad y final de año, y ya después más seguido. Los sábados y domingos estábamos con mis padres haciendo labores en la caficultura, en esa época había mucho café en esta región, y también veníamos a descansar. Era un predio de vocación cafetera, aunque la producción era muy poca porque la finca era pequeña, una casa finca de descanso.

En esa época, antes de los noventa, no se sentía todavía la sensación de inseguridad que se sintió en Angostura en los años siguientes. Empezando esa década, sí se conocieron conflictos en municipios cercanos: en Campamento, en Anorí, y Angostura se empezó a afectar. Pese a ello, antes de que pasara el secuestro de mi madre, nosotros no tuvimos

ninguna solicitud de dinero, ni hubo tampoco una situación que nos alertara. Lo único fue que ocho o diez días antes unos vecinos alertaron a mi papá de que había presencia de personas armadas cerca de la finca y que no sabían por qué estaban por ahí. Esa fue la única alerta en ese sentido.

El secuestro ocurrió el 26 de octubre de 1996, en horas de la mañana. Mi papá andaba muy enfermo de gripa y solamente vinieron con mi hermano. Habían salido de nuestra casa en Yarumal como a las 7:30 de la mañana. Llegaron a la finca y como a las 11 de la mañana los visitaron unas tres personas armadas y les dijeron que se iban a llevar a uno de ellos. En ese momento no se identificaron. La intención era llevarme a mí, pero yo no estaba, porque me había quedado para ir a jugar un partido de fútbol en Yarumal; en ese entonces jugaba —todavía juego— con un grupo de amigos que nos llamamos Los Rodillones. El que yo no estuviera en la finca, parece ser que cambió lo que estas personas querían hacer y decidieron llevarse a mi papá. Como vieron que estaba enfermo de gripa, enfocaron su objetivo en mi mamá.

Mi mamá es una mujer muy sensitiva y cuando vio que se iban a llevar a mi papá, más bien prefirió que fuera ella. Ella misma se ofreció para que mi papá no se fuera así enfermo como estaba. Mi mamá, que en ese momento tenía 45 años, ha tomado medicina para la presión alta y para la diabetes, por lo que empacaron algunos medicamentos para eso. A mi papá le tocó llevarlos desde la vereda hasta otra vereda que queda por Canoas. Allá los dejó y le tocó devolverse solo, con ese dolor inmenso, para recoger a mi hermano en la finca, cerrar la casa y salir para Yarumal a informar sobre esto. Mi papá es una persona muy callada, toda la vida ha sido así. Pero nunca lo había visto con ese sentimiento de angustia tan grande: llegó y desahogó sus sentimientos tomándose unos aguardientes, como que trató de buscar refugio ahí; luego, nos dijo que iba a empezar un ciclón, unos momentos muy difíciles porque ya no íbamos a saber dónde estaba mi mamá. Mi papá y mi mamá, en estos días —abril del 2020—, ajustaron sesenta años de casados. Se conocen desde que estaban en la primaria, desde que eran niños. Los lazos afectivos de ellos dos son muy férreos, muy profundos, igual que el de muchas parejas. Creo que mi papá, en ese momento, sintió que le habían arrancado el ser máspreciado que él tiene porque, afortunadamente, mi mamá todavía está viva y mi papá también.

En ese momento, sentí yo el significado de la impotencia; ahí no hay forma de hacer nada. Creo que la única forma que tenemos las personas es la oración y apegarnos a Dios. Sin embargo, esa es una decisión deliberada del hombre. Uno siente que no puede hacer nada, que queda con las manos cruzadas, que, incluso, hay un nudo que le ata las manos atrás y que lo que venga hacia adelante, uno no lo puede ni siquiera visualizar.

Esa es una situación muy dura que yo creo que miles y miles de personas la han vivido. A mí me costó mucho superar esta situación, pero, paradójicamente, fue mi mamá quien nos preparó para superar esto. Mi mamá es una mujer de fe, una mujer de oración, en ese momento lo era y lo sigue siendo. Creo que después de que se desarrolló todo ese tema del secuestro, que duró dos meses y medio, toda la familia quedó lastimada, las personas quedan lastimadas. Uno en ese momento no entiende ni comprende la dimensión de un conflicto armado, uno piensa que alguien lo señaló y que simplemente es contigo y con tu familia. Por supuesto, salen sentimientos encontrados de ira, de dolor; se mezcla la angustia con sentimientos de provocar dolor en la persona que a uno lo dañó, eso duró mucho tiempo. Mi mamá hizo la tarea con mi papá, con mi hermano y conmigo, de nivelar esa situación, de darnos a entender que es un problema social, es un problema de país que se vuelve particular cuando te toca a ti, pero que realmente es una situación que uno no la puede comprender, y hoy en día, después de los 55 años, todavía no la entiendo, menos viendo los gobiernos que nos están tocando.

Cuando se dio el secuestro yo tenía 31 años, estaba terminando de estudiar una tecnología y trabajaba en la empresa de concentrados para animales Finca S.A., de la que era distribuidor mi papá en Yarumal, por eso nos pusieron un apodo que todavía hoy en día prevalece: a mí me dicen Carlos Finca y a mi papá siempre le dijeron así, Carlos Finca. Paradójicamente, eso hizo que las personas que secuestraron a mi mamá pensarán que teníamos muchas fincas. Esa fue la primera pregunta que me hicieron cuando fui a hablar con ellos.

Habían pasado como siete y ocho días desde el secuestro cuando, al fin, se comunicaron vía telefónica, pero fue apenas a la segunda vez cuando se identificaron. Dijeron que eran de las Farc, del Frente 36 de las Farc, que tenían secuestrada a mi mamá y que había que hacer una negociación. Luego me citaron a mí a un sitio en la zona rural del municipio. Una de las personas que me recibió, armada, por supuesto, me preguntó que

cuántas fincas tenía mi papá; «no, nosotros no tenemos fincas. Mi papá solamente tiene esa casa finca de donde se trajeron a mi mamá», le dije. Ese día entendí que por un apodo que llegó a oídos de este grupo armado, desafortunadamente, a mi mamá le tocó vivir eso.

Durante los casi dos meses y medio que demoró la liberación de mi mamá hubo más conversaciones telefónicas; con los guerrilleros; también visitas a otros sitios; incluso, no de territorio de Angostura, sino en otros municipios cercanos. Mientras tanto en la intimidad de la familia vivimos las repercusiones. Mi papá se bloqueó completamente y encontró en el alcohol, por así decirlo, la forma de poder dormir. Mi hermano es una persona muy noble, es mayor que yo tres años y desde muy joven sufrió epilepsia. Debido a esa condición tomaba un medicamento muy fuerte que lo dejó sin escucha. Así que el secuestro de mi mamá lo afectó demasiado, prácticamente, se encerró en sí mismo y no hablaba. Mi papá dormía y hablaba muy poquito sobre el tema. Cerró su negocio y no quiso volver a abrirlo.

A mí me tocó enfrentar varias cosas: estudiar, recibirle el negocio a mi papá y también atender las idas hasta las montañas para ver cómo podía recuperar a mi mamá. Las personas entendemos el significado de ciertas palabras cuando nos toca vivir momentos como este. Ahí fue cuando entendí el significado de la palabra impotencia: ese no ser capaz de lograr algo, así lo deseara con toda el alma. Hoy en día, que trabajo en el sector agropecuario, veo en muchos rostros esa incógnita. La gente siente impotencia y sabe que no pueden hacer nada más, eso es difícil.

Un día, mediante una llamada telefónica, me indicaron que fuera a una zona alejada, cercana a la vereda La Milagrosa. Estaba preparado para intercambiarle por mi mamá y les dije a mi papá y a mi hermano: «voy a hacer todo lo posible para que ella se venga y yo me quedo allá». Llevé ropa normal y me fui de overol para quedarme allá. La respuesta que encontré todavía la recuerdo bien: «no, usted se devuelve. Aquí tenemos a la persona que más les duele. Dígale a su papá que simplemente se prepare para enviar un dinero y ya». De mi mamá nos dijeron que estaba bien. Les pregunté que si podía hablar con ella al menos por radio y me dijeron que no. De nada sirvió que les insistiera en que era una persona enferma que tenía que estar tomando medicamentos diarios. Sobre ello, dijeron que ya le habían comprado el medicamento y que estaba bien donde estaba, que la preocupación y el tiempo que ella estuviera allá dependía de nosotros. Todo ese tiempo mi contacto fue, casi

siempre, la misma persona. En las llamadas y conversaciones presenciales nunca me hablaron de ideologías; dijeron, simplemente, que ellos tenían que garantizar de alguna forma su lucha y que para eso requerían dinero y logística, y que esa, el secuestro de civiles, era una de las formas que tenían para captarlo.

Aquel suceso de nuestras vidas fue toda una eternidad. Todo eso nos generó muchos cuestionamientos personales, porque fue muy duro ver cómo estaba poniendo en riesgo a esa familia en la que habíamos estado acostumbrado a vivir. Era muy extraño que, en momento determinado, por una variable que no es la muerte, te separaran de un ser querido; yo sentí que nos estaban desmembrando. Hasta ese entonces, creo, no me hacía ciertas preguntas que, incluso hoy en día, me hago; son cuestionamientos que tienen que ver con el entorno y el país en el que vivimos. Pero, en esas semanas, fue especialmente frecuente una: ¿por qué nos pasó aquello a nosotros?

Después de que no dejaran intercambiarme por mi mamá, buscaron una forma para que pudiéramos estar comunicados directamente con ellos. Un día llegó alguien al negocio y le dijo a mi papá que ahí le enviaban ese paquete. Cuando lo desenvolvimos era un radio con una pila, un número de clave y una nota en la que indicaban la hora en la que se iban a comunicar. Eso también nos marcó mucho porque en muchas ocasiones pedimos que nos comunicaran con mi mamá y solamente logramos hacerlo como al mes o mes y medio de ella estar secuestrada. Como por esos radios se escuchan las voces muy similares, al principio, no creíamos que fuera mi mamá. Nos la ingeniamos, entonces, para hacer algunas preguntas que nos dieran a entender que sí era ella y que estaba bien: «dígame el día que se casó y en qué iglesia». Cuando nos respondió lo que esperábamos, empezamos un diálogo con ella. Recuerdo que nos recomendó tratar o intentar hacer lo que las Farc nos estaban solicitando. Tanto ella, como mi papá, más que nadie, conocían la verdadera capacidad que teníamos para pagar la suma que nos pedían para liberarla, y estaba muy segura de que lo que estaban solicitando no se podía cumplir, ni siquiera buscando créditos o cosas así. Creo que ella, con su forma de ser, fue explicándoles a los guerrilleros, poco a poco, la situación; ella misma, como víctima, ayudó a resolver su propio secuestro; lo hizo estando allá mismo, a pesar de

estar durmiendo en un cambuche de helecho, en sitios donde la temperatura es muy fría, según nos contó luego.

Los primeros quince días le tocó caminar muchísimo, atravesar cañones, ríos, pasar de un clima medio a unas temperaturas frías y altas. Yo no sabría decir si estuvo realmente en Angostura. Según lo que nos ha contado, pasó por los ríos Nechí y Tenche; pasó por zonas cercanas a Campamento, o al menos veía a Campamento desde donde estaba. Saber de esas correrías, que casi siempre eran de noche, me genera mucha angustia, incluso ahora que está en libertad. Después de los primeros diez días, se quedaron en una sola zona, y ella se hizo a la idea: «ya estoy aquí; al menos, me están entregando una droga para que no me enferme». Nunca la tuvieron amarrada, gracias a Dios, pero sí en espacios muy limitados y, generalmente, bajo bosques muy espesos y fríos. Ella intentaba hablar con las mujeres guerrilleras, pero no lo hacían seguramente por su disciplina y por su situación. Solamente como a los veinte días o casi al mes logró tener conversaciones con las personas que la tenían a ella. Además, durante la primera semana de secuestro, coincidió en un mismo lugar con otra señora de apellido Parra, también de Angostura, que habían secuestrado y que tristemente nunca regresó a su hogar. Se encontraron en un cambuche o en un sitio de esos y lograron hablar, pero después las cambiaron de sitio y nunca más volvió a saber de ella.

Durante el secuestro también le tocó ajustarse a una alimentación diferente. Mi mamá cumple años el cinco de noviembre, así que ese año le tocó vivirlo allá. Luego llegó diciembre, ya su segundo mes de secuestro, entonces les dijo: «pues si me va a tocar quedarme aquí y mi familia tiene que dar algún recurso económico, traigan al menos alguna masa para hacer buñuelos», y se comió unos buñuelos que ella misma preparó en un fogón de leña y en un sartén. Y como para ella han sido tan importantes las tradiciones de ese mes, logró que estas personas le consiguieran una novena del Niño Jesús para hacerla allá. Ella es una mujer religiosa y en una de las caminatas encontró una estampita de la virgen María Auxiliadora, que tuvo mucho simbolismo para ella en ese momento y todavía conserva. En medio de su oración, cuando logró entablar conversación más prolongada con los guerrilleros, trató de evangelizarlos, de hablarles de Dios porque decía que, posiblemente, no tuvieron la oportunidad de conocerlo cuando eran niños, pues parecía que habían cogido las armas a muy temprana edad.

El 29 de diciembre de ese año fue uno de los días más felices de nuestras vidas. Ese día a me tocó ir por mi mamá a un sitio cerca de Puente Acacias, bajando del municipio de Anorí hacia Porce. Llegué hasta allí en carro y a ella la bajaron a lomo de mula desde donde la tenían. Esperé más de dos horas a que bajaran por unas colinas hasta el sitio donde yo estaba, en una bodega. Llegó con un sombrero, que todavía conserva, y me pareció muy paradójico que esas personas, sobre todo las mujeres, se despidieran de ella con mucho respeto; eran unos diez o doce guerrilleros armados, más las personas que bajaron en mula. Cuando llegó, la noté muy acabada, estaba delgada. Al verla acercarse en esa mula a mí me agarró un temblor en las rodillas y en los brazos; la voz se me fue. Nos pusimos a llorar y a abrazarnos, yo diría que cinco minutos o más. «Gracias a Dios y a la Virgen María Auxiliadora estoy aquí. ¿Dónde está su papá?», Le dije que él y mi hermano estaba en la casa, que estaban bien. «Enseguida nos vamos», la tranquilicé.

Estaba muy sorprendida, feliz de saber que finalmente iba a terminar para ella esa pesadilla. Yo también, pero al mismo tiempo estaba muy nervioso por dos cosas: una, por encontrarme con ella después de todo lo que habíamos vivido y sufrido. Además, quince días antes les había llevado a los guerrilleros un dinero y no la habían entregado. La respuesta que obtuve fue que apenas era una cuota inicial para que lo hicieran. Entonces, pensaba que iba a suceder lo mismo. Lo otro fue que como ya estaba prevenido de esa situación, no llegué con el dinero hasta el sitio, sino que lo arrojé a un abismo en una bolsa; dije: «cuando me entreguen a mi mamá voy con ellos mismos y busco la plata». Efectivamente, nos demoramos tres horas y media para encontrar la bolsa. Entonces, estaba nervioso porque sabía que ellos se iban a enojar. Por supuesto, mi mamá no sabía eso. Y sí, efectivamente, se enojaron mucho.

Como a las once de la noche nos pudimos ir. Hasta la casa nos demoramos como unas tres horas largas. Llegamos como a las tres de la mañana a la casa. ¡La cantidad de cosas que me contó en el camino! Aunque también esos dos meses y medio de silencios prolongados la convirtieron en otro ser, la marcaron. Todavía hoy esa marca prevalece y ella dice que seguramente nunca va a desaparecer. Es algo demasiado difícil. Lo hermoso de este suceso es que logramos que ella regresara a la casa. Sí, con muchas cicatrices, una de ellas, la más dura, la del alma, su esencia. De la piel, en esa primera semana, le sacamos por ahí 75 nuches de la espalda, los nuches son los que le dan al ganado, que son unos

gusanos que se incrustan en la piel y son depositados allí por una mosca. A mi mamá le tocaba dormir en helecho y en otras cosas en esos cambuches, y las moscas la picaban en la espalda y depositaban ahí los huevos de esos gusanos.

Hoy mi mamá tiene 79 años y dice, y yo le creo, que ora por las personas que la secuestraron. No se trata de ese tipo de efecto que llaman síndrome de Estocolmo. Ella se dio cuenta de que lo que nos sucedió no fue por un problema particular contra nosotros, sino un problema de país, de sociedad, de política; un problema que no van ni vamos a resolver ninguna familia en particular; es un problema demasiado complicado donde no se cede de un lado ni del otro. El secuestro está catalogado como uno de los peores crímenes que existe porque hay premeditación, hay dolo. La impotencia y el sentimiento que nos acompañó durante esos dos meses y medio es como cuando tu tratas de respirar y no eres capaz; cuando tratas de digerir o masticar algo y no eres capaz; o cuando tratas de captar aire con la boca y en vez de sentir un alivio sientes es un ahogo. En ese momento los amigos, los compañeros de donde estaba laborando y muchas personas me daban un abrazo, me decían que lo sentían mucho. Y uno sabe que así es, y lo recibe, pero realmente eso no pasa de ahí porque uno es quien enfrenta esa impotencia. Por otro lado, de parte del Estado solamente recibimos llamadas para que rindiéramos una indagatoria en la Fiscalía, porque solamente interesa una estadística. Las fuerzas militares también te buscan por una estadística. Hasta la misma iglesia y los párrocos te llaman a darte sus palabras, pero de ahí no pasa. Finalmente, uno enfrenta eso solo.

Hace más o menos cuatro años el Estado le dio a mi mamá una reparación económica, o sea, a los 19 años de haber pasado el secuestro. Ella se registró en la oficina de víctimas del municipio y luego de unos años la llamaron para entregarle un dinero. No sé: el dinero nunca es poquito ni es bastante, el dinero es dinero, eso no logra resarcir lo que pasó, porque entre otras cosas tratan de resarcir un dolor humano solamente con un bien material. Esa, para mí, es una equivocación, aunque sé que millones son millones de víctimas en el país a las que esa reparación les puede ayudar mucho. Tampoco nunca promovimos un proceso en contravía. Yo creo que, y esto también se lo he escuchado a mi mamá, si hubiera que demandar a alguien no sería al Estado, el Estado es un bien inmaterial de todos. A los que hay que demandar juicio y raciocinio es a los políticos de turno, que creen que tienen todas las soluciones a la mano, se las inventan y crean leyes, y

generalmente salen de ahí a los cuatro años y ni lo uno ni lo otro: ni reparan ni generan resultados positivos; por el contrario, a veces provocan un poco más de cicatrices.

Yo ahora trabajo en el sector agropecuario y como parte de esa labor me tocó asistir a una reunión en el municipio de Campamento. Allí estaba un exguerrillero que delas Farc que hoy es representante en la Cámara y que, en el tiempo del secuestro de mi madre, era un comandante. Cuando llegué a la reunión pensé en devolverme y después reaccioné y me di cuenta de que yo no tenía por qué irme. Es algo difícil de asimilar, saber que estás en un mismo sitio con alguien que te causó tanto daño, pero también pensé: si ya llegaron a un sitio como el Senado o la Cámara, son los primeros pasos de algo que podría llamarse paz. Pese a ello, creo que el proyecto de paz que hoy tiene el país debe construirse sobre unas bases mejor cimentadas. No puede ser algo político porque los políticos entran y salen cada cuatro años. Tiene que ser cimentado en la sociedad, en la gente a la que le hicieron todo este daño. Hoy en día, las víctimas tienen voz, pero no tienen voto. Los votos los tienen los políticos y no conozco muchos políticos que sean víctimas, puede haberlos, por supuesto. El proceso de paz del país es una esperanza que tenemos muchos colombianos y que esperamos verla. En este momento, ese proceso está siendo desconocido, de lo que se firmó, seguramente, muy poco se va a poner en operación. Las heridas siguen siendo las mismas. Yo no sé si todavía habrá ideales o si los hubo, pero yo creo que el idealismo no es la matriz, la matriz es que en este país tenemos toda la capacidad de producción agropecuaria y de soberanía alimentaria que quisiera tener cualquier país del mundo y la clase dirigente sigue desconociendo eso.

Por ejemplo, Angostura, su nombre lo dice: es un paso angosto. La historia nos muestra a José María Córdova cruzando por las tierras de lo que es hoy la vereda La Culebra hasta Chorros Blancos. Así lo hicieron los diferentes grupos armados. El municipio, como muchos otros del país, estuvo en la mitad de algo que sin entender nos tocó vivir, y es precisamente el cruce hacia otros sitios o hacia otras situaciones donde uno u otro busca un refugio para esconderse o simplemente es un sitio de paso.

Angostura tiene unas fortalezas enormes: es uno de los mayores productores de panela del departamento de Antioquia y es uno de los buenos productores de café en esta zona. Es un municipio con un agro-clima ideal para algunas intencionalidades. También hay mucha pobreza: en el recorrido que he hecho por las veredas he visto que hay

inequidad y desigualdad, y la capacidad de respuesta de la mayoría de las familias de las veredas alejadas del casco urbano es mínima, pese a que los programas del Estado van llegando y seguramente resuelven cosas muy puntuales. Con todo y esto, creo que Angostura tiene una gran oportunidad de ser y de seguir siendo, como se ha llamado siempre, una de las despensas de Norte de Antioquia. Además, creo que tiene un potencial turístico enorme por la belleza de estas montañas, el clima especial, las personas que lo habitan. El noventa y nueve por ciento de las personas que lo habitamos somos personas buenas que queremos que el municipio salga adelante

Se siente bien poder recordar y contar nuestra historia familiar con el secuestro, así haya sido tan dolorosa. Creo que en estos veinticuatro años es la primera vez que evoco este tema de esta manera. Hacer memoria es muy importante para Colombia y para nosotros, en Angostura, porque otros países deben entender que, si no cambian su modelo de desarrollo, indirecta o directamente, están interfiriendo en el subdesarrollo de nuestros pueblos y terminan financiando o cofinanciando los conflictos internos. Si se sigue demandando petróleo, cocaína por parte de los americanos, sobre todo, y piensan que esto se resuelve fumigando con las avionetas o aportándole más recursos a nuestras fuerzas militares, las cosas no cambian. Si un trabajo de estos permite que eso llegue a los oídos que tiene que llegar, a las personas que tienen que ajustar ciertas cosas, es muy bueno que sea provechoso. Hoy mi trabajo, precisamente, es en las veredas en las que me tocó vivir ese episodio de nuestras vidas, y creo que Dios, de alguna forma, o la fuerza creadora, me colocó de nuevo en este sitio no solamente para que hiciera algo por las personas que viven en estas regiones, sino para terminar de curarme.

2.1.3 Los gajes de andar por todas estas trochas

Relato construido a partir de la entrevista realizada a Hernán Giraldo, habitante de Angostura.

Yo nací en Santa Rosa de Osos, pero cuando estaba muy niño mi papá nos llevó a vivir a Yarumal. Allí, a la edad de once años, empecé a trabajar como ayudante de carro. Era un niño muy pegajoso, entonces los conductores me convidaban, me iba para una parte y la otra con varios de ellos, en esos carros que llaman «canequeros», que son los camiones que ahora tiempo andaban por todas estas montañas y cañadas recogiendo las canecas de

leche que se producen en las fincas. Así fue como me empezaron a gustar los carros y me fui yendo por ahí: mi trabajo, desde mucho antes de cumplir la mayoría de edad, es la de conductor.

Tenía catorce años cuando me ofrecieron trabajo en Angostura como ayudante. Mi patrón veía que era buen trabajador y comenzó a decirme que prendiera el carro y a lo último me dijo: «súbase pues aquí que le voy es a enseñar». Y como a los dos o tres años me dijo: «vamos pa' Medellín que le vamos a regalar el pase». ¡Yo más contento! En ese tiempo el pase valió como veinte mil pesos, eso fue alrededor del año 1986. Hicimos todas las vueltas y me quedé con él allá en Medellín como ocho días, como pichón de rico. Luego me mandaron para Angostura con el pase, para que siguiera trabajando en el carro, que era un camión Ford 56.

En esa época la carretera era muy mala, era difícil manejar por esas trochas. Además, era una ruta muy larga: nos metíamos por los lados de los Alambrados, Santa Rita, Tenche, Concepción, Miraflores, Guadalupe, Los Pantanos, San Antonio y teníamos que llegar a Yarumal para poder entregar la leche ese mismo día. Por eso la jornada empezaba desde la madrugada, a eso de las dos o tres de la mañana y se iba hasta las siete de la noche; al otro día volvíamos a madrugar a esa misma hora, ¡ese era el golpe diario! Obviamente, si nos varábamos terminábamos tipo diez u once de la noche, dormíamos las pocas horas que fuera y volvíamos y arrancábamos, era un voleo muy bravo.

Por ahí desde el año 1985 para adelante se empezó a saber que en el pueblo había guerrilla. La primera vez que vi gente de esa fue por el año 1987, en la vereda Tenche. Me asusté mucho, estaban uniformados, armados y había muchachos muy jovencitos. Ya en los años siguientes, en los recorridos que hacía con la leche, me tocó cargarlos muchas veces. De las veces que más recuerdo fue una vez que se me subieron en el sector de La Culebra, ya estaba muy entrada la década de los noventa, pero no recuerdo exactamente el año. Eran como quince guerrilleros. Los ayudantes y yo estábamos alzando unas canecas de leche, y ahí cayeron ellos, saludaron y dijeron que eran del Frente 36 de las Farc: «nos hace el favor y nos lleva hasta por allí más abajo», me dijeron. Y yo les dije «Ah, sí señores, súbanse». Cuando llegamos al puente de las partidas para La Culebra y la carretera para Carolina del Príncipe, me dijeron que los dejara ahí.

El patrón y el comandante de la Policía se dieron cuenta de aquella situación, entonces el patrón ese día me dijo: «cuando llegue de Yarumal va donde el comandante que necesita hablar con usted porque se enteró que se le subió la guerrilla al carro. No lo vaya a negar porque de todas maneras hay que decir eso». Por la tarde llegué a Angostura, organicé el carro y me fui para el comando. El policía me preguntó que dónde se habían bajado los guerrilleros y cuántos eran. Le conté y no fue más lo que me preguntó.

Después de ese suceso me seguí enterando de que esa gente andaba por ahí en las veredas; y también se decía que estaban haciendo con mayor frecuencia sus cosas; algunas veces hasta los veía por ahí en la carretera. Angostura poco a poco se fue convirtiendo en zona guerrillera, por ejemplo, en 1994 hicieron la toma armada al pueblo. Me acuerdo de que cuando ocurrió a mí me habían dado tres días de descanso, entonces me fui con la señora y la familia para la vereda La Milagrosa. La guerrilla se mantenía mucho por esos lados. La toma fue un lunes festivo y ese día, a la misma casa donde nosotros estábamos, llegaron muchos guerrilleros. Allá les dieron almuerzo y recuerdo que varios dijeron: «Nosotros tenemos una jornada hoy muy larga». En fin, ellos salieron y nosotros esperamos el camión escalera para venimos. Cuando nos bajamos aquí en el parque, ahí mismo llegaron los guerrilleros y por las cuatro esquinas empezaron el voleo de candela. Eso fue como desde las cinco de la tarde hasta la una o dos de la mañana. Fue una noche de mucho miedo; nosotros sentíamos esas bombas aquí encima, a veces hasta nos asomábamos para mirar y las ráfagas nos hacían entrar. Esa vez acabaron con el comando de policía e hicieron muchos estragos.

En los años siguientes la situación del conflicto en el pueblo se fue poniendo cada vez más maluca, pero, a mi particularmente, no me había pasado nada grave hasta el año 2000. Para ese entonces yo ya había dejado de manejar los camiones en los que cargábamos canecas de leche y estaba manejando un carrotanque, también para transportar leche que recogía en las fincas que hay en la zona de Angostura. Ese día, el 29 de agosto, venía de por los lados de Los Pantanos y cuando llegué a al casco urbano de Angostura varia gente me dijo que el Ejército estaba en La Vuelta del Olvido, ahí cerquita del pueblo. Algunos también dijeron que mejor no me fuera todavía, que porque la guerrilla también estaba por ahí cerca. No hice caso y salí de Angostura cargado con toda la leche, y ahí en La Vuelta del Olvido vi que había varios hombres vestidos como el Ejército y dije: «ve el Ejército sí

está por aquí». Seguí normal y cuando llegué al Alto de La Quinta me di cuenta de que no era el Ejército sino la guerrilla. Uno de ellos me hizo una seña con la mano para que parara y me orillara. Se acercaron varios y me dijeron que eran del frente 36 de las Farc, que necesitaban el dueño de ese carro, que quién era, que si eso era de Colanta. En ese momento a Colanta —la Cooperativa de Lácteos de Antioquia—la guerrilla le estaba exigiendo dinero para dejarla trabajar en esta región. La empresa como que les había respondido que no, que no iban a dar ninguna vacuna, entonces por eso las Farc declararon objetivo militar a todos los carros que les transportara leche. Pero según lo que yo entendía, la mayoría de los carros, como ese que yo manejaba, eran de privados que eran contratados por la empresa para transportar la leche, los poquitos carrotanques que tenía Colanta los mantenía en Medellín.

Así que yo les expliqué a los guerrilleros del retén que ese carro no era de la Cooperativa, que era del que era mi patrón. Mientras se daba esa conversación, la Policía de Angostura se había dado cuenta que la guerrilla estaba ahí arriba. Así que, en el momento en el que los guerrilleros dijeron que no me creían y que iban a quemar el carro porque era de Colanta, se ofreció [dio] un voleo de candela horrible entre ellos y la Policía. Pero en medio de ese despelote uno de ellos dijo que trajeran la gasolina para quemar el carro, el otro la sacó y le tiró a la parte de atrás del tanque. Pensé que me iban a matar, así que salí corriendo y me metí en una cuneta, de esas que traviesan de lado a lado la carretera. Ahí me quedé y cuando ya sentí las balas a lo lejos salí para ver qué había pasado. Cuando salí ya no había nadie, pero el carro estaba en llamas. No explotó porque le echaron candela fue en la parte de atrás, pero cuando yo salí de la cuneta, ya se estaba quemando también la cabina, así que saqué el extinguidor y apagué para que no siguiera. Los seis mil litros de leche que llevaba estaban chorreando carretera abajo, porque los guerrillos abrieron las llaves del tanque. Ahí quedó todo: la guerrilla se abrió por esas montañas y la policía se devolvió para el pueblo. No hubo muertos.

A las varias horas de lo sucedido llegó el dueño del carro y también una gente de la aseguradora; y por la tarde bajó la grúa, alzó el carro y nos fuimos para Medellín. Ese día el patrón me dijo que como habían quemado el carro, ya no tenía cómo darme trabajo, entonces yo le dije que bueno, que alguna otra cosa haría. Pero, gracias a dios, esa misma noche me volvió a llamar y me dijo que manejara un camión escalera que él tenía para

Yarumal, para que siguiéramos trabajando y ver si de pronto conseguíamos otro carrito. A los varios días me enteré de que la guerrilla como que se había dado cuenta que, efectivamente, el carro no era de Colanta, que habían quemado el carro por una equivocación, pero como que en últimas dijeron que estábamos en medio de la guerra.

De esa me salvé y estuve relativamente tranquilo hasta que varios meses después me volvió a pasar otro cacharro. Estaba recogiendo una leche también en un carrotanque por los lados de Los Pantanos, que es esa zona que limita con el municipio de Guadalupe. Estaba en una finca y me salieron varios guerrilleros. Primero me interrogaron, que de quién era ese carrotanque, así que les expliqué que era de un señor de Yarumal, que se llamaba de tal y tal forma. «Dígale que necesitamos quinientos mil pesos de la vacuna», me dijeron. Les dije que si querían que mejor cuadráramos de una vez y que yo le decía al patrón que les manda la plata mañana, acordamos que le decía que necesitaban trescientos para el día siguiente y que les quedaba debiendo los otros doscientos mil pesos para el otro mes. Cuando llegué a Yarumal descargué la leche y le comenté al dueño del carro, pero me dijo que no, que él no le iba a dar plata esa gente. Además de la plata, ellos me habían dicho que le dijera que les mandara como cinco o seis tarjetas de esas de veinte mil pesos para recargar los celulares prepagos, así que el jefe me entregó las tarjetas y me dijo que se solo les llevara eso, que ya había cuadrado con ellos lo otro de la plata.

Me fui a hacer la ruta de la leche en el carro tanque. Ese día no me salieron, pero ya a la otra alzada de leche me volvieron a salir. Yo estaba en una finca recogiendo una leche cuando se aparecieron y me dijeron: «Bueno señor, ya no recoja más leche que se va con nosotros y por allí vamos a cuadrar. Es que a nosotros no nos mama gallo nadie». Recogí como pude la manguera con la que se pasa la leche. Dos de ellos se montaron encima del tanque y dos en la cabina conmigo, y yo con ese susto tan tremendo. Mientras manejaba pensaba que ya me iban a hacer parar para matarme, incluso en algunos momentos pensaba: «será que tiro este carro por este voladero». Como a los tres kilómetros me mostraron dónde tenía que parquear el carro y que les trajera las llaves. Mientras eso se quedaron secreteándose. Ya cuando volví donde estaban me dijeron que la conversa no era conmigo, que ellos me distinguían, sabían que yo era de Angostura, que era buena gente y trabajador. Ahí ya dijeron que al que necesitaban era al dueño del carro, que lo llamara para que fuera

por su carro y a hablar con ellos. Lo llamé por celular y en esas ya dijeron que no, que ya no necesitamos quinientos mil pesos, sino cinco millones.

Ese día fue una retención muy larga. Por eso es por lo que yo considero que soy víctima del conflicto, porque me retuvieron desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, eso fue un secuestro, una retención. Incluso mientras el patrón llegaba, uno de los comandantes me propuso que si yo quería les podía dar información sobre la plata, los negocios y las propiedades del dueño del carro: «díganos qué tiene ese señor, nosotros le sacamos y partimos con usted». Ahí mismo les dije que no, que yo así no me manejaba. Ya cuando el patrón llegó me dijeron que me podía ir a seguir recogiendo la leche.

En este trabajo se está muy expuesto a cualquier cosa, son los gajes de andar todas estas trochas. Además de la quema del carro y la retención, el último susto fuerte que recuerdo de esos tiempos de conflicto armado en Angostura fue en octubre del 2003. Eran épocas de elecciones y la guerrilla tenía todo esto amenazado, así que uno tenía que andar con mucho cuidado porque los que mandaban eran ellos. En esa ocasión también estaba por Los Pantanos, recogiendo una leche de una finca. De un momento a otro llegaron varios guerrilleros. Me dijeron que qué estaba haciendo por allá, que si es que acaso no sabía que habían dado la orden de que no se moviera nada. Yo me asuté bastante, porque también me dijeron que agradeciera que no me mataban ni quemaban el carro porque me conocían, pero que no podía seguir recogiendo la leche. No tocó más de otra que hacerles caso: devolvimos la leche al tanque de la finca, lavé el carro y lo orillé en la carretera. Me dijeron que me quedara en una casa, que no me fuera a ir para ninguna parte que porque estamos en elecciones y la cosa estaba muy caliente.

Me tocó quedarme por allá tres días, sin poder avisarle a la familia ni nada. Ya cuando me informaron que podía venirme y que llegué al pueblo, la gente me dijo que me daban por muerto, porque habían visto el carro parqueado mucho tiempo en la vía, sin movimiento alguno. Los conocidos me decían: «¿A usted no lo mataron pues?», y yo les respondía: «no, no, a mí me retuvieron, pero yo no estaba con ellos; me dijeron: quédese en tal parte, no se vaya a ir de allá».

Como traía la leche que finalmente había podido recoger, me seguí para Yarumal. Antes de llegar me encontré un retén de la Policía. Me pararon y me hicieron bajar del carro, que porque podía estar cargado con explosivos. Yo no entendía nada cuando ya me

explicaron que era que durante el tiempo el que yo estuve por allá retenido, a la planta de Colanta de Yarumal le habían hecho un atentado. Esa gente colocó una bomba dentro de una de las canecas de leche que un carro había traído hasta la planta y cuando la abrieron explotó. Eso como que fue muy horrible, dejó varios muertos y heridos, y las instalaciones quedaron destruidas. Cuando llegué me revisaron el carro con perros antiexplosivos y, cuando confirmaron que no traía nada raro o peligroso, me mandaron para Santa Rosa para que descargara allá la leche que traía.

Ese día pude haber estado allá en esa explosión, pero a pesar de tantas situaciones y de los miedos que sentí en muchas ocasiones de esas, yo cada día me he encomendado al Padre Marianito, que es de aquí de Angostura, a la Virgen María y a Dios. Eso hasta de pronto me ha salvado.

2.1.4 Su muerte fue consecuencia del amor

Relato construido a partir de la entrevista realizada a Mary Pareja, habitante de Angostura.

Mi hermana, la niña de la casa, era una mujer maravillosa. Se llamaba Miriam, pero siempre le dijimos Nena, porque era muy consentida. Nena era una mujer morena, muy grande, no solamente de estatura, ¡porque la tenía!, sino especialmente por lo grande de su nobleza.

Nosotros crecimos, junto con mis papás, en la vereda La Trinidad, donde tenemos una finca. Allá, Nena conoció a un muchacho del que se enamoró perdidamente. Él estaba muy joven también, y era muy bonito. Era uno de esos hombres que decía lo que no sabía, pero lo decía con tal convicción que te hacía creer que era cierto. Me acuerdo de que, por ejemplo, charlando se las daba de que sabía hablar inglés, entonces se inventaba sus palabras en inglés, así ni siquiera supiera escribir ni leer el español. Decía las cosas con una seguridad que te las hacía creer. Así fue como se ganó a mi hermana, como la enamoró, a punta de detalles y de cosas bonitas. Estaba tan enamorado que hasta le dijo que, por ella, se saldría de la guerrilla de las Farc. Y de hecho lo hizo, le dijo: «te quiero tanto que me voy a retirar de esa vida para hacer una vida con vos». Y lo logro, ¡pero a medias!

Aquí en Angostura siempre operaron el Frente 36 de las Farc y el ELN, o los elenos, como les decimos popularmente. Al principio, por allá al inicio de los noventa, cuando esos

grupos comenzaron a llegar a varias veredas, uno sí sentía como miedo. Lo primero que corrió fue el rumor de que habían llegado para hacer limpieza; o sea, que iban a comenzar a matar a gente, a los malos, a los que hacían por ahí daños. Así que al principio sí daba algo de temor, pero luego se volvió algo muy rutinario, todos nos acostumbramos y aprendimos a convivir con ellos. Así fue como mi hermana se conoció con él y se enamoraron, mientras él todavía estaba en la guerrilla. Es que, por la vereda de nosotros, por La Trinidad, se volvió muy frecuente la presencia de ellos, porque circulaban mucho por allá. Su presencia era nuestro diario vivir y eran como si fueran parte de nuestra familia: llegaban a tu casa, se apoderaban de tu casa, comían, dormían, hacían cambuches, eran miembros de la comunidad, nosotros los veíamos como gente normal. Sin embargo, con el tiempo, esa cercanía se fue sintiendo cada vez más compleja y conflictiva para algunos. Hasta el punto de que cuando ya te toca a ti ser víctima, es que uno sabe que esos grupos armados no solamente mataban a los malos, sino que también mataban inocentes. Ahí es cuando uno entiende lo duro del conflicto, lo difícil que es.

Precisamente el 6 de marzo de 1998 unos hombres armados llegaron a la vereda El Socorro, que queda a unos cincuenta minutos en carro desde el casco urbano de Angostura. Allá vivían mi hermana y el esposo, a quien sacaron de la casa. Se lo llevaron delante de Nena y sus hijos, uno que en ese momento tenía cinco añitos y otros que estaba cerquita del año. A ellos, antes de llevárselo, los golpearon y amarraron. Cuando Nena se logró soltar, se fue corriendo hasta la vereda Santa Teresa, subió también hasta San Vicente e incluso anduvo por los lados del municipio de Guadalupe. Tenía la esperanza de que por allá se iba a encontrar con el grupo que se lo había llevado y que iba a lograr convencerlos para que no le hicieran nada y que lo dejaran volver con su familia. Sin embargo, cuando logró dar con algunas personas que pertenecían al grupo que se lo llevó, ellas mismas le dijeron: «no lo busque que nosotros ya lo matamos. Ni el cadáver se lo vamos a entregar, porque un perro como ese no merece que lo entierren».

Cuando yo me enteré de la muerte de él me dio mucha tristeza, porque era el esposo de Nena y el papá de mi sobrino. Pero, la noticia no fue del todo inesperada, porque de alguna forma, por la historia de él, sabíamos que existía mucho riesgo de que algo así pasara. Como decimos los paisas, él era un hombre atravesado, un hombre que de pronto no había andado bien, que su camino antes no había sido del todo derecho, porque de todas

maneras él había pertenecido al grupo de las Farc y, aunque se escapó para vivir con mi hermana, ya estaba enterado de lo que ocurría allá y seguramente había hecho también sus cosas. Además, también sabíamos que el Frente 36 de las Farc no era como los elenos, que sí permitían que la gente se saliera e hicieran una vida civil. Las Farc no permitían algo así, por lo que uno, de alguna manera, era consciente de que en algún momento lo podían buscar para que rindiera cuentas.

De él nunca volvimos a saber. Los meses siguientes sí tratamos de rescatarlo, que nos entregaran al menos el cuerpo, pero no fue posible. Ni siquiera nos permitieron entrar donde la gente dijo que lo había dejado el Frente 36 de las Farc. Nos dijeron que se lo llevaron hasta una vereda que se llama San Vicente el Kiosko. Hasta allá fuimos, pero nos dijeron que si no teníamos autorización de la guerrilla para entrar a buscarlo no podíamos hacerlo, así que nos tuvimos que devolver. Fueron varios intentos, pero todos fallidos porque nunca lo pudimos rescatar.

Después de que mi hermana hizo ese recorrido para tratar de que no lo mataran, mis papás y yo nos enteramos de lo que le había pasado y nos fuimos para su casa en El Socorro. La convencimos de que lo mejor era que no se quedara por allá y que se viniera conmigo para el pueblo. Yo en esa época trabajaba en el hospital, así que ella y los niños se quedaron conmigo el resto de año. Llevaban varios meses sin moverse del pueblo, hasta que un viernes en la mañana le dio por irse para la finca a visitar a mis papás a La Trinidad.

En la tarde mi papá me llamó por teléfono. Me contó que unos guerrilleros de las Farc habían ido por Nena hasta la casa. «Ay, apá, ¿cómo así? ¿Quién sabe qué le van a preguntar? No te preocupes, en esto ya llega a la casa», le dije yo, cuando él inmediatamente me soltó la noticia: «no mija, es que ya la mataron». A los diez o quince minutos recibí otra llamada y era uno de los integrantes de las Farc. «Doña Mary mataron a tu hermana —me dijo—. Yo tengo tanto que agradecerle y usted es una persona tan profesional y bonita, que le tengo que contar que a usted también la van a matar, para que no vaya a bajar por esos lados». Yo muy consternada le pregunté que cómo así, que a mí por qué me iban a matar. «Hágame caso —me insistió—, no vaya que también la van a matar. A ella no la mataron en la mañana esperando que usted bajaba en la escalera para llevárselas a las dos, pero al ver que vos no bajaste, se la llevaron a ella sola».

Después supe que nos iban a matar porque esa semana había estado en mi casa del pueblo un hombre que era de inteligencia del Ejército y que estaba recogiendo información sobre la guerrilla. Yo sí recuerdo que esos días había encontrado a Nena hablando con un muchacho, pero ella nunca me dijo nada, me presentó a un amigo, era un hombre que estaba vestido de civil, así que yo lo vi muy normal. Pero yo nunca supe que era un militar; mi hermana supuestamente sí lo sabía y entonces por eso las dos estábamos amenazadas.

Yo digo que la muerte de mi hermana fue consecuencia del amor, porque la justificación que la misma guerrilla nos dio fue que, como el esposo había pertenecido las Farc y se había escapado para vivir con ella, entonces nos decían que él le tuvo que haber contado todo lo que sabía y por eso la habían tenido que matar a ella. ¡No había otra razón! Pero lo cierto es que si ella sabía cosas que él le hubiera contado, jamás se las dijo a nadie. Así que su muerte fue completamente injustificada.

A Nena la mataron en una vereda cercana a la casa de nuestros papás, en límites con San Alejandro. Allá recuperamos su cuerpo y la enterramos en el pueblo. Los días y meses siguientes mi madre entró en una depresión muy fuerte. Es que uno ni siquiera alcanza a describir todo lo que pasó. Mis papás, los niños de Nena y los míos, se fueron desplazados para el municipio de Don Matías. Yo, en cambio, me quedé, tenía que seguir trabajando para ellos; además, porque quería sentirme útil, quería quedarme en Angostura. A pesar de eso no me salvé del delirio de persecución, así que tuve que someterme tratamiento psicológico y como me habían dicho que también estaba amenazada mi vida, me pusieron protección permanente. Todos los días me recogía un Policía y me llevaba hasta el hospital; en las tardes volvía por mí y me llevaba hasta la casa. Fueron semanas muy difíciles, porque me quedé sin familia, estaba escoltada todo el tiempo; me daba mucha dificultad dormir y todo el tiempo me la pasaba sola en una casa bien grande. Todo eso era para uno volverse loco.

Ya después, cuando la situación estuvo más tranquila, volví a los recorridos por las veredas del municipio. Mi trabajo en el sector salud y en el hospital siempre fue ese, con la comunidad, entonces me conocía casi todo el municipio. En varios de esos recorridos me encontré con las personas que mataron a mi Nena y al esposo. Uno ni sabe cómo es capaz de hacerle frente a la persona que te hizo tanto daño. Ellos se caracterizaban por la frialdad para decir las cosas. Alguna vez me dijeron: «en su familia hay gente berraca y son de una

familia honorable. El día que murió su hermana fue capaz de decirnos, con la decencia de ustedes, que ella sabía que la íbamos a matar, así que no nos iba a caminar más, que la matáramos ahí mismo». Yo no sé cómo eran capaces de confesarle eso a uno, es que no hay cómo describir ese momento, así uno con eso supiera que tuvo ese valor para decirles eso. Pero bueno, así es esa gente de la guerrilla, personas que te abordan en cualquier momento y te cuentan las cosas con esa frialdad; me imagino que es su trabajo, así como uno tiene una profesión que es servir, la profesión de ellos es esa.

Con el tiempo logré hablar más en detalle con la guerrilla y logré que se dieran cuenta de que yo nunca tuve nada que ver con ese hombre que entró a mi casa y que según ellos era del Ejército. Yo nunca supe quién era. Finalmente comprobaron que era inocente y me dejaron tranquila. Pero en el entorno familiar la tranquilidad sí se demoró muchos años en retornar. Fue después como del 2005 que empezamos otra otra vez como a sentirnos tranquilos. De hecho, mi madre nunca volvió a la finca hasta hace un año —en el 2019—, porque después de que se regresaron de Don Matías, en el 2008, conseguimos una casita en el casco urbano de Angostura y ella nunca más quiso volver a la finca, a la casa, decía que no era capaz, porque que de allá fue donde sacaron a su hija. Apenas ahora, por la pandemia por la covid-19, es que se atrevió a ir de nuevo. En el municipio ya no hay presencia constante de la guerrilla, así que no se puede comparar 1998 con este 2020, ya no hay tantas muertes violentas y muchas de las personas que fueron desplazadas por el conflicto han podido retornar a sus veredas.

En 2008 nos reconocieron como víctimas y nos dieron una reparación económica, el porcentaje que les pertenecía a los niños, me los entregaron como tutora. Por el papá nos dijeron que quedaba pendiente hasta que se comprobara la muerte. De todas maneras, creo que uno nunca se recupera de estos golpes tan duros que nos dio la guerra. Uno aprende, intenta hacerse el fuerte, pero recuperarse por completo, no. Lo que sí es que me siento orgullosa de haber podido acompañar a los dos niños de Nena. Hoy son muchachos de bien y eso para nosotros es un éxito. El mayor tiene diecinueve años y el menor quince. Ellos saben lo que ocurrió con sus papás, siempre les dijimos la verdad: que a los dos los había mataron el Frente 36 de las Farc. El grande, que tenía cinco años, aprendió a vivir con eso, el otro niño todavía tiene muchos resentimientos, pero ahí van gracias a Dios, estudian y son juiciosos. Eso es tal vez lo más difícil que nos ha puesto la guerra, ver la desolación de

los niños, ver en un niño de cinco años el rencor y el dolor por la pérdida de sus padres. Un pequeñito de esa edad no tendría por qué estar sintiendo esas emociones. A mí eso me marcó a mí siempre.

2.1.5 Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero

Relato construido a partir de la entrevista realizada Yolanda Londoño, habitante de Angostura.

Recuerdo muy bien esa noche en la que vi por última vez a mi hermano, porque había una luna llena que iluminaba todo, tanto que parecía de día. Eso fue el 14 de marzo del 2006, cuando yo tenía 24 años y mi niño solo un añito de nacido. Yo estaba en mi habitación, arrullándole el sueño al bebé, cuando escuché la voz de un hombre que desde afuera de la casa dijo: «Jesús Alberto Londoño, hágame el favor y me abre». Cuando escuché eso me levanté y miré por la rendija de la puerta de madera para ver qué era lo pasaba. Alcancé a ver que eran varios hombres armados y estaban uniformados con la ropa que usa el Ejército.

Alberto les abrió la puerta normal. Aunque me imagino que le pareció muy extraño que llegaran a esa hora, él sabía que no debía nada, entonces supongo que por eso no demostró miedo de salir. Yo me pegué de la rendija y alcancé a ver que eran varios hombres armados, por la luz de la luna todo se veía muy claramente. Lo que no alcancé a ver fue ningún carro parqueado frente a la casa, suponemos que lo dejaron más adelante, porque después supimos que a los cuatro muchachos que se llevaron los recogieron en el mismo carro; nosotros toda la vida hemos vivido aquí en esa misma casa, aquí en la orilla de la carretera entre Angostura y Yarumal.

A los hombres que vinieron por él tampoco les alcancé a ver el rostro, porque cuando estaba mirando desde mi habitación, por la rendija, se me cayó una lamparita y ellos se asustaron. Recuerdo que inmediatamente varios de ellos pusieron los fusiles apuntando a la puerta en la que yo estaba, así que me tuve que quedar quietecita, y no pude mirar más. Antes de eso, lo que sí alcancé a ver fue que Alberto pudo ponerse un pantalón, aunque se lo llevaron descalzo. Salió sin oponer resistencia

Esa noche yo no pude dormir. Fui la única que me di cuenta de lo que pasó. Aquí en la casa estaban también mi papá y mi mamá, en la habitación de ellos, pero yo no les quise contar nada. Me daba mucho miedo salir, así que me quedé toda la noche sentada

en la cama, esperando que en cualquier momento iba a volver a la casa. Y así, se llegaron las seis de la mañana y no llegó.

Yo estaba encargada de hacerle la comida para despacharlo ese día para el trabajo, porque se iba a trabajar a una finca. Cuando salí de la habitación e iba camino a la cocina, mi mamá me preguntó: «¿Por qué no te levantaste a despachar a Alberto?». Entonces tomé fuerza para contarle: «¡Ay, amá!, a Alberto se lo llevaron anoche unos hombres armados». Ahí mismo le dio como una maluquera, se puso a llorar, yo pensé que se me iba a morir.

Alberto como hermano era un amor; los vecinos le daban trabajito; buscaba leña para vender en el pueblo. La gente lo conocía y muchos se extrañaron por lo que le pasó. También, y hay que decirlo, consumía marihuana. Todos sabíamos eso, pero no le robaba a nadie ni tenía problemas con nadie. Él siempre era en lo suyo. Nosotros pensamos que lo que le ocurrió tuvo que ver con que dos años antes lo había relacionado con un delito que no cometió, pero en el que sí estuvieron implicadas unas personas que eran cercanas a él. Fue un atraco en el que mataron a un señor. Pero yo sé que mi hermano no estuvo en ese atraco, porque la noche que ocurrió él estaba en su habitación, yo lo vi. Las piezas de nosotros dos eran contiguas, por eso cuando vinieron por él pude ver cómo se lo llevaron.

Cuando ya le dije a mi mamá lo que había ocurrido, la casa se llenó como de una zozobra espantosa. Ese día ni siquiera nos animamos a hacer almuerzo. Mi mamá a cada rato salía a la carretera y preguntaba: «¿dónde estaría mi pobre muchacho con hambre, con frío?». Nosotros in saber qué decir, igual de preocupados.

Como a las dos de la tarde llegó el papá de otro de los muchachos a los que, también ese mismo lunes, se habían llevado en las mismas circunstancias. “Doña Berenice —le dijo a mi mamá—, nos dijeron que hay cuatro muertos en la morgue de Yarumal y están pidiendo que vayamos a ver si son estos muchachos». Ese momento fue muy doloroso, mi mamá y todos en la casa nos pusimos muy mal, pensamos lo peor. Entonces mi hermano se organizó y se fue para Yarumal. Así fue: en la morgue estaban los cuatro muchachos, entre ellos Alberto. Lo habían matado y hecho pasar por guerrillero.

El informe que presentaron los del Ejército, según conocimos ya después, es que se había tratado de un combate en medio de la operación militar Soberanía. Que ellos habían recibido una información sobre la presencia de unos guerrilleros de las Farc en la vereda Tobón y que cuando llegaron se encontraron con los muchachos que portaban armas de

corto y largo alcance, y que ahí se había dado el enfrentamiento. También dijeron que los guerrilleros que habían matado en ese combate hacían extorsiones, secuestros, *boleteros*, quemaban vehículos y atacaban a los militares y a la Policía.

Da mucha tristeza que se hayan inventado todo eso, cuando fueron ellos los que vinieron hasta aquí y los sacaron de sus casas, a cada uno, siendo muchachos inocentes de esas cosas. Es que a Alberto y a los otros tres compañeros los encontraron tirados en el basurero de Yarumal. Les pusieron uniformes, botas y dejaron los cadáveres ahí abandonados, para lo que hicieron todo el montaje, que dizque les dejaron mucho armamento: fusiles, pistolas, radios, granadas, hasta una gasolina. Uno sí se pregunta muchas cosas sobre cómo hicieron todo eso, sobre qué sintieron los muchachos, sobre cómo implorarían que no les hicieran eso, que nos los mataran de esa forma tan descarada.

Después de los trámites de reconocimiento, trajeron los cuerpos para Angostura. Uno lo dejaron para enterrarlo en Yarumal, porque la familia era de allá, y los otros tres los enterramos aquí. Fue mucha gente a ese entierro y fue muy triste porque eran los tres, ellos eran amigos desde la infancia, y a los tres los enterraron junticos.

Nosotros nunca aceptamos que dijeran que era un guerrillero. Tanto nosotros como las otras familias empezamos a averiguar qué podíamos hacer. A mi a cada rato me llamaban a declarar a Yarumal o a Angostura y también contratamos un abogado que, aunque nos ayudó mucho, se llevó gran parte de la indemnización que nos pagaron cuando ya todo fue comprobado. Finamente llegaron a la conclusión que había sido un falso positivo hecho por varios soldados del Batallón Girardot. La Fiscalía logró demostrar que el supuesto enfrentamiento había sido un montaje del Ejército, que no había charcos de sangre, y que las armas que dizque tenían los muchachos nunca las habían disparado ellos. Mucha gente también dio los testimonios de que ellos eran campesinos de la región y que nunca había estado en la guerrilla. Hasta que finalmente el Juzgado de Yarumal condenó a sesenta años de prisión a los ocho militares que participaron.

Tras la muerte de Alberto mi mamá y mi papá empezaron a enfermarse y sentirse mal. Es que fue un tiempo difícil, porque al año de su muerte también mataron a un sobrino y al esposo de mi hermana, entonces fueron golpes muy duros para todos. A mí me preguntan que si no siento rencor y la verdad es que no. Yo no siento rencor por nadie. Todo va pasando y uno se va recuperando. Mi papá murió hace varios años y a mi mamá sí

hay veces se le ve muy decaída, se le vienen los recuerdos hay veces y uno ve que se pone como triste. A pesar de eso nunca buscamos o nos ofrecieron un apoyo psicológico, apenas el año pasado vino una psicóloga que tiene que ver con lo del conflicto armado, la mandaron de la Alcaldía, del Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas del Conflicto Armado —Papsivi—. La muchacha vino y charló con mi mamá y mi hermano, y a mi mamá le sirvió mucho, quedó como más tranquila que porque ella le hizo ver muchas cosas que no tenía contempladas de la muerte de mi hermano.

A pesar de lo ocurrido nosotros no sentimos rencor. Incluso cuando veo el Ejército no me genera nada, porque sé que no todos los que lo integran son iguales. Cuando ya la justicia reconoció que había sido el Ejército el que cometió el asesinato, me acuerdo de que nos llamaron dizque para que asistiéramos a un acto por la verdad. Yo la verdad no quise ir porque había que viajar a Bogotá; eso nos hablaron de que si íbamos podríamos escuchar una disculpa por el crimen de mi hermano, pero ¡nahh!, yo no quise aceptar y finalmente no fuimos. Eso se quedó así.

2.2 Al unísono: los hechos victimizantes y las formas en que son recordados

2.2.1 Repertorio de victimizaciones en Angostura [Aproximación contextual]

Los cinco relatos que anteceden a esta página describen en detalle cómo se dieron y las consecuencias que generaron varios hechos victimizantes en el territorio angostureño. Estas narraciones tienen como rasgo común que todos los eventos de los que tratan ocurrieron entre 1995 y el 2005. En el informe *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, el Grupo de Memoria Histórica señala que, entre dicho lapso, la guerra en el país alcanzó su máxima expresión, extensión y niveles de victimización: «El conflicto armado se transformó en una disputa a sangre y fuego por las tierras, el territorio y el poder local. Se trata de un periodo en el que la relación de los actores armados con la población civil se transformó. En lugar de la persuasión, se instalaron la intimidación y la agresión, la muerte y el destierro. (GMH. 2013, p. 156)

Angostura ilustra ese escenario de agudización del conflicto. La Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas²³ se encarga de coordinar las medidas de asistencia, atención y reparación otorgadas por el Estado a todas las víctimas colombianas. Estas son incluidas en el Registro Único de Víctimas —RUV—, una plataforma que consolida la información sobre la población registrada como tal por hechos ocurridos entre los años 1985 a 2020, siendo hoy uno de los instrumentos que permiten una aproximación a las cifras de victimización. En el curso de esas cuatro décadas el RUV registra 5435 personas reconocidas en el marco de la Ley 1448 (o Ley de Víctimas y de Restitución de Tierras) que fueron víctimas de hechos asociados al conflicto armado ocurridos en Angostura. De ellas, 2944 son víctimas por declaración, es decir, que narraron el hecho victimizante ante el Ministerio Público en el territorio. Estas cifras contrastan en proporción con el censo de población y vivienda realizado en todo el territorio nacional en el 2018²⁴, el cual arrojó que Angostura tiene en total 11.437 habitantes, de los cuales 8.809 viven en la zona rural.

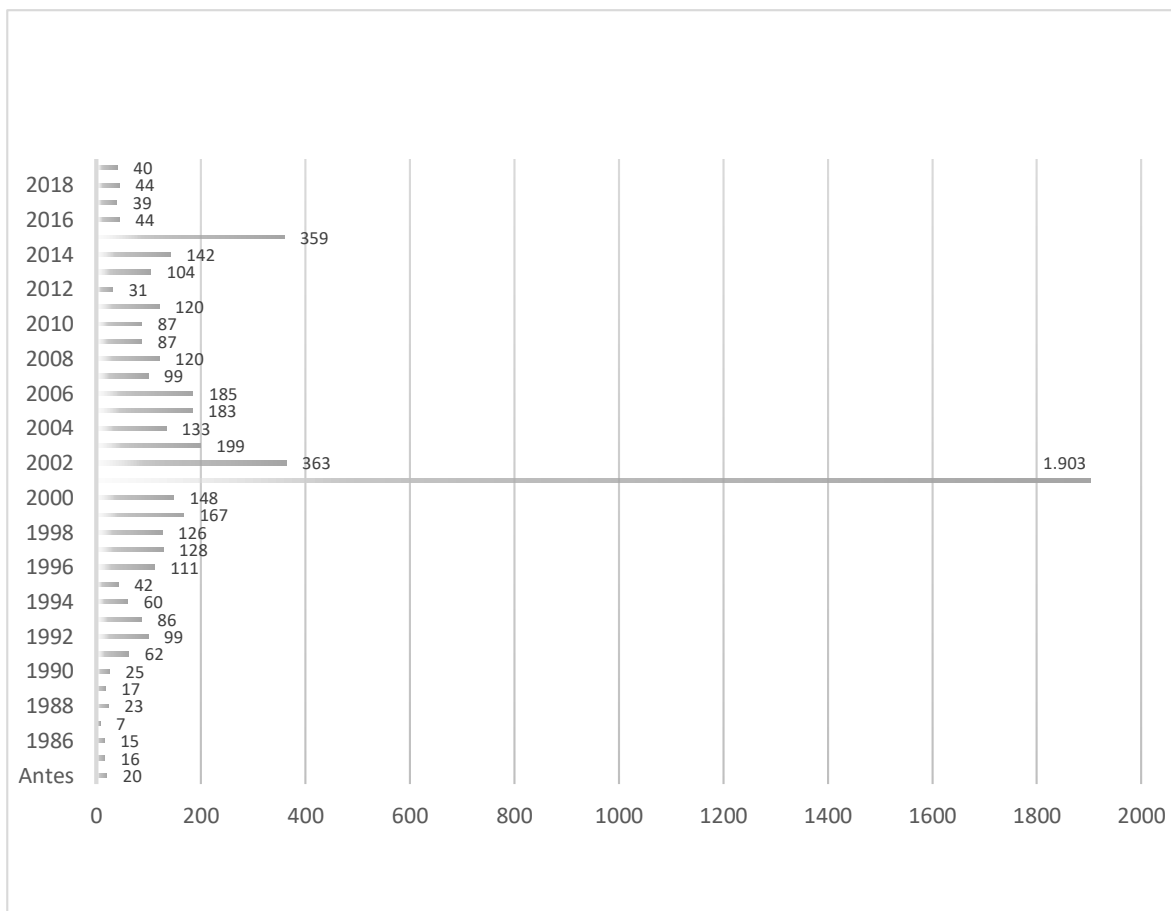
De acuerdo con los datos consolidados por el RUV, fue entre 1995 y el 2005 que ocurrieron el 65 % de los hechos victimizantes registrados en el municipio (ver gráfica 1), lo que demuestra que en ese periodo —de apenas 10 años— la confrontación no solo se agudizó, sino también que impactó notablemente a la población civil.

²³ Creada en enero de 2012 a partir de la Ley 1448, de Víctimas y Restitución de Tierras.

²⁴ El censo de población y vivienda fue realizado en el 2018 por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística —Dane—.

Figura 6

Gráfica 1. Personas afectadas por hechos victimizantes ocurridos en Angostura por año (1985 a 2020)



Nota: Fuente: Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Consulta en <https://cifras.unidadvictimas.gov.co/Home/> (Fecha de corte: 01 enero de 2020)

El accionar de los grupos armados fue constante y sus repertorios violentos se diversificaron. Por un lado, los relatos dejan entrever que en la segunda mitad de la década de los noventa se hizo evidente una fractura en los modos de relacionamiento de la población civil con los grupos guerrilleros; en ello, posiblemente tiene que ver el «golpe de realidad» que significó la incursión guerrillera para quienes habitaban en el casco urbano de Angostura y a quienes, de tajo, una noche de estallidos y fusiles les despertó la sensibilidad, el miedo y el rechazo por una guerra ya anclada en su territorio y de la que, hasta el momento, apenas se enteraban por los rumores de campesinos que cohabitaban con guerrilleros en sus territorios.

En varios de los relatos individuales también queda expuesto que, de alguna manera, los grupos guerrilleros pasaron de ser aliados de la población, a la que hasta entonces le suplían generosamente el control ausente del Estado, a convertirse en sus «agresores directos». En ello, como lo expresan varios testimonios del apartado anterior, la guerrilla de las Farc tuvo un especial protagonismo. A partir de 1993 las Farc se dieron a la tarea de cumplir con lo dispuesto en la VIII Conferencia, realizada en abril de ese año, donde se formuló el Plan Estratégico, una ruta militar y política que trazó los objetivos de la organización guerrillera. Dicho plan concibió estructuras militares más robustas mediante «bloques de frentes». «Cada bloque debía dotarse de una comisión especial que “organizara a las masas” a lo largo de los corredores de movilidad para que las tropas pudieran desplazarse sin “ningún contratiempo”» (CNMH, 2014, p. 180). En la región Norte de Antioquia, y en esta Angostura, el frente encargado de materializar esos propósitos fue el 36 que, como ya se ha dicho, era una de las estructuras adscritas al Bloque José María Córdoba, al cual se le ordenó en dicha Conferencia poner en su mira «a Medellín y, en segundo lugar, la zona de Urabá, más la obstrucción de once carreteras» — lo que podría asociarse a las constantes incursiones de esa guerrilla en la troncal a la Costa Atlántica, arteria vial del Norte antioqueño—. En el encuentro guerrillero también se determinó mejorar considerablemente el armamento de las tropas con ametralladoras «punto 50», morteros y cohetes; se plantearon también estrategias de movilidad permanente de los grupos guerrillero, para evitar el enemigo lanzara grandes ofensivas; formar a sus integrantes en áreas de inteligencia de combate, explosivos, propaganda y pilotaje, y como ecónomos y choferes (CNMH, 2014, p. 183). También planteó una ruta de expansión financiera a seis años —es decir al «finalizar el milenio—, que estableció «cincuenta y dos millones de dólares, sin contar con los recursos normales necesarios para el sostenimiento de toda la organización». Una suma a la que cada Bloque le debía tributar, para lo que se dio la directriz de diversificar las fuentes de los ingresos —sin mencionar la potente actividad que adquiriría en el control cocalero y del narcotráfico—, a través de pedirle contribuciones a los sectores petrolero, eléctrico, minero, financiero y de transportes, advirtiendo, por supuesto, que no se cayera en «métodos impopulares».

De esa manera, tanto la reconfiguración estratégica que se planteó al interior de las Farc, como la ofensiva militar del Ejército y la cercanía de grupos paramilitares,

generaron en los habitantes de Angostura una profunda perturbación y sobre el municipio se signó el imaginario de una «zona roja», como se expresa en este testimonio:

Cuando yo iba a Medellín a comprar las cosas para surtir el almacén me preguntaban de dónde iba. “De Angostura”, les decía yo. Y ahí mismo la gente: “¡Ay! qué miedo. Allá a uno lo secuestran”. En tono como irónico yo les respondía que tampoco, que “no es que usted llegue a Angostura y le van a estar disparando. No, ellos [los grupos armados] se mantienen por allá lejos en las veredas”. Y es que en realidad si le daba mucho miedo a uno, pero tampoco para hacer quedar tan mal al pueblo. Pero mire que de todas formas se nos dañó mucho la imagen por muchos años, acuérdesese cuando los secuestros que la gente venía donde el Padre Marianito. El pueblo sí quedó como con una fama por todos lados porque decían: allá secuestran, allá hay mucha incursión guerrillera, hostigamientos. Fueron años de mucho miedo y desesperanza. (Correa Ochoa, entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante)

El Registro Único de Víctimas clasifica doce tipos de hechos victimizantes²⁵. Según los datos consolidados por el RUV, 41 personas se registraron como víctimas —directas o indirectas— de secuestros ocurridos en Angostura —entre 1985 y el 2020—. De homicidios son 719 personas las que se han declarado víctimas, 281 de amenazas, de desaparición forzada 95 y 35 de «actos terroristas, atentados, combates, enfrentamientos y hostigamientos». La frecuencia de estos últimos también marcó una reconfiguración de la expresión local del conflicto en el territorio angostureño. La presencia militar y política que lograron las Farc con el cumplimiento de su Plan Estratégico tuvo una relevante incidencia para que muchos colombianos sintieran que, en efecto, esa guerrilla avanzaban sin retorno a poner en jaque el poder estatal, una lógica político-militar que «no se trataba simplemente de una pugna por el poder local para arrebatárselo a los políticos tradicionales, sino de una

²⁵ 1). Abandono o despojo forzado de tierras. 2). Acto terrorista / atentados / combates / hostigamientos. 3). Amenaza. 4). Confinamiento. 5). Delitos contra la libertad y la integridad sexual. 6). Desaparición forzada. 7). Desplazamiento. 8). Homicidio. 9). Lesiones personales físicas. 10). Lesiones personales psicológicas. 11). Minas antipersonal/munición sin explotar/artefacto explosivo. 12). Pérdida de bienes muebles o inmuebles. 13). Secuestro. 14). Tortura. 15). Vinculación de niños niñas y adolescentes. 16). Sin información.

sistemática y calculada estrategia de ampliar los territorios sin presencia de Estado y con ello dualizar el poder político» (CNMH, 2014, p. 266). En ese estado de cosas inició en el país la que parecía una esperanza para una salida concertada de esa cruenta confrontación: el proceso de paz del Caguán. Los diálogos iniciaron oficialmente el 9 de enero de 1999, sin embargo, para muchos colombianos, asentados en distintos territorios, era absolutamente ambiguo que mientras en el sur del país se negociaba la paz, el resto del territorio nacional siguiera padeciendo las inclemencias de la confrontación.

Al tiempo en que los grupos guerrilleros y paramilitares ejecutaban amenazas, extorsiones, combates, homicidios, secuestros y desapariciones, y se daba simultáneamente un proceso de paz que terminó por infartarse, los angostureños arribaron a un periodo en el que la Fuerza Pública comenzó a mostrar capacidad para neutralizar la cadena de acciones contundentes que venían protagonizando los otros actores armados. El 20 de febrero de 2002 el presidente Pastrana les puso fin a los diálogos de paz, luego de que las FARC-EP secuestrara un avión —que cubría la ruta Neiva-Bogotá— y secuestraran al senador Jorge Eduardo Gechem Turbay, presidente de la comisión de paz del Senado. Precisamente el año anterior, en el 2001, la confrontación armada dejó el mayor número de víctimas en Angostura por año —1.903 personas— y contribuyó para que el desplazamiento forzado lograra el estatus de repertorio violento más protagónico en la historia local del conflicto armado. Según la consolidación de cifras del RUV, en Angostura son 4380 personas las que se declararon víctimas de este tipo de acción, en hechos ocurridos en todo el periodo comprendido entre 1985 y 2020.

2.2.2 Los relatos de las víctimas: formas de enunciar, develar y significar

Con las cifras y elementos contextuales expuestos anteriormente, queda en evidencia que los repertorios de victimización en Angostura involucraron a un gran número de habitantes. Sin embargo, como ya se señaló, para este ejercicio de memoria recurrimos a los relatos de cinco de ellos, quienes de manera testimonial narraron las circunstancias en las que se dieron los eventos por los cuales ellos y sus familias se vieron afectados. Sus testimonios fueron presentados anteriormente como una unidad, un relato vertical que, en una única voz, aborda un hecho y una experiencia. Dice Sautu, (2004) que el relato autobiográfico, además de una descripción de «recuerdos, evocaciones, nostalgias,

imaginarios o situaciones, es también una selección y evaluación de la realidad» (p. 23). Por ello, siguiendo el esquema de la investigación narrativa, planteamos un análisis temático de lo narrado, mediante la formulación una serie de categorías procedentes de la información relatada, para construir una asociación/relación. Esto es lo que Bolívar (2012) señala como análisis horizontal/transversal comparativo, es decir, una «comparación de cada forma/perfil biográfico de vida, para ver patrones concurrentes, temas comunes, solapamientos y divergencias en los ciclos de vida» (p. 12). En ese sentido, como plantea Nieto (2013, p. 272), creemos materializar la posibilidad de tender el lazo del lenguaje entre los sucesos, los sujetos y los grupos sociales, para contribuir a la construcción de una determinada concepción de los hechos que se instala en la memoria social. A continuación, entonces, identificamos siete elementos que tienen resonancias en el conjunto de los cinco relatos; estos son: 1) Los impactos emocionales del hecho victimizante; 2) las reconfiguraciones del núcleo familiar y en la funcionalidad social y productiva provocadas por el hecho violento; 3) cómo quien relata, dignifica a las víctimas a través de las formas como las recuerda; 4) las alusiones a la justicia, la reparación y la asistencia estatal; 5) la menciones sobre la solidaridad comunitaria; 6) la coexistencia de varios tipos de victimización; y 7) los elementos relacionales con el conflicto armado como asunto colectivo.

2.2.2.1 La comprensión del hecho violento.

Relatar aquello que pasó, el hecho violento del que se fue víctima, expone en algunos de los testimonios una dificultad para darle nombre al acontecimiento victimizante; de ello dan cuenta enunciaciones que no definen de forma explícita lo que ocurrió y, en cambio, buscan expresarlo de manera indirecta al recurrir a frases como «nos tocó vivir lo que vivimos esa noche», «esto fue un error», «por qué tenían que hacer eso con la niña y con nosotros». Lo mismo ocurre al momento de señalar la responsabilidad de los actores armados implicados en la acción, pues en las memorias el reconocimiento de estos se da mediante expresiones como «los encapuchados» o «esos hombres», y apenas cuando el relato avanza, es cuando se responsabiliza, con nombre propio, al grupo que fue el que cometió la acción violenta.

Lo anterior parece tener relación con la imposibilidad de comprender, de darle una justificación fundamentada al por qué fueron los relatantes y sus familias —y no otras personas de la comunidad— quienes se vieron involucrados y victimizados por estos hechos. Frente a esa ineludible incompreensión, las creencias religiosas adquieren un tremendo poder paliativo y protector, que se expresa de manera explícita y retirada en sentencias como: «Mi Dios me ayudó, él le da mucho valor a uno» y «cada día me he encomendado al Padre Marianito, que es de aquí de Angostura [...] Eso hasta de pronto me ha salvado».

De la misma manera, en los dos relatos que se refieren al secuestro se dota de significado tal acontecimiento como la máxima expresión de impotencia, ante la cual no había forma de actuar salvo ante la discrecionalidad de los actores armados y, de nuevo, dejar en «Dios y la oración» el desarrollo de la situación, pues: «uno siente que no puede hacer nada [...] hay un nudo que le ata las manos atrás y que lo que venga hacia adelante, uno no lo puede ni siquiera visualizar».

Otros testimonios expresan la experiencia protagonizada como un evento que se desprende de un contexto amplio de conflictividad social y política de país y que, de manera fortuita, trasciende la intencionalidad de ejecutar una afrenta personal. Las víctimas asumen, con ello, que pasaron de ser espectadores de un fenómeno social, a convertirse en protagonistas. Con lo anterior, varias de las personas que relatan aquí sus dolores no se reconocen como víctimas de un hecho aislado, sino también de una confrontación armada con implicaciones colectivas, como queda en evidencia en los siguientes fragmentos: «cuando ya te toca a ti ser víctima, es que uno sabe que esos grupos armados no solamente mataban a los malos, sino que también mataban inocentes. Ahí es cuando uno entiende lo duro del conflicto, lo difícil que es»; en otro relato, la propia victimización se plantea como una acción colateral de la guerra, así: «a los varios días me enteré de que la guerrilla como que se había dado cuenta que, efectivamente, el carro no era de Colanta, que habían quemado el carro por una equivocación, pero como que en últimas dijeron que estábamos en medio de la guerra»; y, en otro caso, se recurre en la argumentación a una razón ideológica que compromete las dinámicas propias de la confrontación: «En las llamadas y conversaciones presenciales nunca me hablaron de ideologías; dijeron, simplemente, que

ellos tenían que garantizar de alguna forma su lucha y que para eso requerían dinero y logística, y que esa, el secuestro de civiles, era una de las formas que tenían para captarlo».

Finalmente, un rasgo constante en los relatos, en cuanto a la comprensión de lo sucedido, tiene que ver con la intención de recalcar la injusticia cometida contra ellos o los seres queridos que perdieron. Uno de los testimonios es explícito en plantear, al momento de enfrentar el hecho violento, la concurrencia de la pregunta «¿por qué nos pasó aquello a nosotros?». Y en casi todos los casos esa pregunta, explícita o implícitamente, busca explicaciones y razones en el curso de la narración y sus detalles: en unos casos el oprobio encuentra un razonamiento desde la concepción jurídica y el daño a los derechos humanos y a los civiles: «El secuestro está catalogado como uno de los peores crímenes que existe porque hay premeditación, hay dolo», señala uno de los testimonios, mientras que el otro adjudica el homicidio a un juicio sumario realizado por la guerrilla, sin posibilidad de mediación, de defensa: «Yo digo que la muerte de mi hermana fue consecuencia del amor, porque la justificación que la misma guerrilla nos dijo fue que el esposo había pertenecido a las Farc [...] Pero lo cierto es que si ella sabía cosas que él le hubiera contado, jamás se las dijo a nadie. Así que su muerte fue completamente injustificada». Una interpretación semejante se presenta en el relato del falso positivo, donde el testimonio plantea un propósito constante por resignificar la dignidad de ese ser querido asesinado en tal circunstancia, una resignificación que se afinca no solo en la reivindicación de la inocencia, sino también en el cuestionamiento por lo que sintieron las víctimas y que nunca podrán decir: «Da mucha tristeza que se hayan inventado todo eso, cuando fueron ellos los que vinieron hasta aquí y los sacaron de sus casas, a cada uno, siendo muchachos inocentes [...] Uno sí se pregunta muchas cosas sobre cómo hicieron todos eso, sobre qué sintieron los muchachos, sobre cómo implorarían que no les hicieran eso, que nos los mataran de esa forma tan descarada».

2.2.2.2 Los impactos emocionales.

Las referencias a estados de extrema exaltación emocional y corporal también son constantes y coincidentes en las memorias individuales relatadas anteriormente. La incapacidad de actuar, la parálisis provocada por el miedo, son una de las formas de reacción coincidentes en la narración del momento preciso en el que ocurre el evento

victimizante y en el que los testigos están frente a su ser querido sin vida, ante la frialdad de sus victimarios o ante la incertidumbre de lo que desencadenará la acción violenta que están enfrentando. Mientras se relata el minuto a minuto, esos sentimientos emergen en el testimonio como huellas que se revisitan fácilmente: «Fueron unos momentos de mucha confusión, yo no sabía qué era lo que estaba pasando, quedé como bobo», dice uno de los testimonios, que detalla también como ante la muerte se instaló el miedo de manera constante en todos los integrantes de la familia: «Es que esa noche fue muy dura: la gritería de todos, unos se metieron en los rincones, otros debajo de las camas. Todos con miedo, un miedo que nos quedó a muchos de nosotros». Ese mismo temor, detona incluso ideas radicales que comprometen el bienestar físico o la vida misma, como se expresa en el relato del conductor retenido ilegalmente por la guerrilla, quien contó como: «Mientras manejaba pensaba que ya me iban a hacer parar para matarme, incluso en algunos momentos pensaba: “¿será que tiro este carro por este voladero?”», un pensamiento en el que asumía que tal vez la única salida para dignificar su propia vida, sería la de acabar él mismo con esta.

Los relatos dan cuenta también de la prolongación de los impactos emocionales en la cotidianidad de las víctimas. Los efectos sicosociales de estos hechos, que en su mayoría ocurrieron hace más de quince años, se instalaron en la cotidianidad de las víctimas por años y, en algunos casos, perduran. Esos impactos trascienden lo emocional y logran consecuencias en la salud. Es el caso de la hija que debe dar la noticia de la captura de su hermano: «tomé fuerza para contarle: “¡Ay, amá!, a Alberto se lo llevaron anoche unos hombres armados”. Ahí mismo le dio como una maluquera, se puso a llorar, yo pensé que se me iba a morir». Pero la reacción de impacto emocional puede incluso aparecer de manera posterior, con manifestaciones silenciosas y, aparentemente, inconexas, como el caso del padre que tras la muerte de su hija perdió poco a poco su cabello: «también mi esposa ha sido muy enferma de una pierna. Un día me dijo un médico: “¿a ustedes qué les pasó? Lo que su señora tiene es una crisis de nervios”. Era el mismo médico que me estaba tratando a mí y me dijo que el pelo que se me cayó no era porque había pasado una cosa buena; entonces, apenas le conté nos dijo que la reacción que nos estaba pasando era poquita, porque esa pérdida era para uno enloquecerse».

En las narraciones también se expresan condiciones de salud mental que algunas víctimas tuvieron que tramitar: la madre que ante el asesinato de su hija «entró en una

depresión muy fuerte», la hermana que ante la pérdida y la amenaza contra su propia vida padeció «un delirio de persecución, así que tuve que someterme tratamiento psicológico» y que, como si fuera poco, ante el desplazamiento del resto de su familia quedó sin una red de apoyo que la acompañara: «me daba mucha dificultad dormir y todo el tiempo me la pasaba sola en una casa bien grande. Todo eso era para uno volverse loco».

En el conjunto de relatos hay, sin embargo, reflexiones que invocan la capacidad de reponerse y exponen la admirable cualidad de las víctimas para continuar con sus vidas, asumiendo, en algunos casos, acciones conscientes que así se lo permitan: «Nosotros le decimos [a nuestro hijo] que eso ya pasó, que mi Dios aprieta, pero no ahorca, y que, si no ponemos a ahondar en ese recuerdo todos los días, no va a vivir la vida que Dios nos dio». De otra parte, una de las narraciones no solo expresa una referencia a un estado emocional positivo, este vinculado con el desenlace satisfactorio de un caso de secuestro y que es descrito como «uno de los días más felices de nuestras vidas», sino que también expresa una serie de aprendizajes y reflexiones a partir del evento violento, que incumben la unidad familiar, la valoración del otro y el reconocimiento de la fortaleza para enfrentar la adversidad, en este caso particular de la madre, de la mujer, quien pese a tener dos hijos y un esposo, es quien asume el rol de víctima directa del cautiverio; por lo que, en esa experiencia, el relato exalta en ella cualidades como la calma, la valentía, el interés por comprender y establecer vínculos cordiales con sus victimarios, así como la tenacidad física y mental para soportar largas caminatas, incomodidades y los vejámenes propios de la separación de su red de apoyo.

A pesar de los graves impactos emocionales descritos en el conjunto de estos relatos, apenas en uno de ellos se menciona un acompañamiento psicológico, en ese caso, 14 años después de ocurrido el hecho y proporcionado por el Estado mediante el Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral —Papsivi—. Pese a ello, llama la atención que tal acompañamiento sea referenciado por la víctima como una eventualidad y no como un proceso sostenido y extendido a todos los integrantes de la familia que enfrentaron el evento traumático.

2.2.2.3 Las reconfiguraciones del núcleo familiar y en la funcionalidad social y productiva provocadas por el hecho violento.

Los impactos del hecho violento no solo se procesan de manera individual, también se expresan en el núcleo familiar y social. Convertirse en protagonista de una acción violenta implica asumir reconfiguraciones en los roles de esta, mediar ante los conflictos que se dan entre los demás miembros, brindar acompañamiento y soporte emocional, enmudecer el dolor individual para sostener la estabilidad económica y garantizar el cubrimiento de necesidades primarias, entre otras.

En los relatos, el ámbito familiar también suele ser destacado como soporte de apoyo primario ante un hecho violento. Esa red vinculante, en un primer momento, parece estrecharse para poder tramitar colectivamente la pérdida del ser querido mediante acciones inmediatas como el reconocimiento y levantamiento del cadáver, o los rituales como la velación, las honras fúnebres y los novenarios. Tras las escenas que detallan el acontecimiento traumático, los relatos anteriormente expuestos también sitúan de manera notable cómo el duelo se incrusta en el núcleo familiar y, ante situaciones como el homicidio, el desplazamiento, el secuestro y la ejecución extrajudicial, se genera también una suerte de desgarró en la composición familiar, un desmembramiento, como lo expresa un hombre en su testimonio: «todo eso nos generó muchos cuestionamientos personales, porque fue muy duro ver cómo estaba poniendo en riesgo a esa familia en la que habíamos estado acostumbrados a vivir. Era muy extraño que, en un momento determinado, por una variable que no es la muerte, te separaren de un ser querido; yo sentí que nos estaban desmembrando».

En los casos en los que la familia está integrada también por niños, la comprensión del evento traumático implica un afrontamiento especial, aún más retador: «Eso es tal vez lo más difícil que nos ha puesto la guerra, ver la desolación de los niños, ver en un niño de cinco años el rencor y el dolor por la pérdida de sus padres. Un pequeñito de esa edad no tendría por qué estar sintiendo esas emociones». Otro relato, por su parte, aborda cómo el que los menores fueran testigos de la acción violenta, incidió en la construcción de significaciones particulares: «Hay una cosa que recuerdo mucho y que me marcó; cuando el asesinato de la niña, la hermanita menor tenía tres años, entonces cuando a la policía o esa gente le daba por aparecerse me decía: “Apá, vuelven a matar a Marianita”».

La reconfiguración de la estructura familiar es también un rasgo recurrente en los impactos de una acción violenta. La desaparición del padre, por ejemplo, implica el desplazamiento y, por lo tanto, la pérdida del espacio, del lugar donde hasta entonces se constituye una forma de vivir, un eje conector donde ocurre la socialización y el aprendizaje. Y posterior a esa muerte, el también asesinato de la madre fractura completamente el núcleo familiar, lo que obliga a otros integrantes de la familia extendida a asumir el rol parental: «uno ni siquiera alcanza a describir todo lo que pasó. Mis papás, los niños de Nena y los míos, se fueron desplazados para el municipio de Don Matías. Yo, en cambio, me quedé, tenía que seguir trabajando para ellos». En ese caso en particular, asumir el desarrollo de los niños es expuesto en el relato como un logro ejemplarizante, como una suerte de resistencia ante ese golpe dado por la guerra: «Uno aprende, intenta hacerse el fuerte, pero recuperarse por completo, no. Lo que sí es que me siento orgullosa de haber podido acompañar a los dos niños de Nena. Hoy son muchachos de bien y eso para nosotros es un éxito». Ese convencimiento, no solo refuerza la idea de la familia como entorno protector, a pesar de la adversidad, sino también la capacidad de esta de propiciar capacidades resilientes y de afrontamiento, que doten a los niños de una conciencia y proyecto de vida.

Ante el afrontamiento del acontecimiento traumático, los relatos también reseñan los reajustes que se ven reflejados en la cotidianidad productiva y social de las víctimas. Los impactos emocionales imposibilitan a algunos integrantes de la familia para mantener el curso de sus labores: «Mi papá se bloqueó completamente y encontró en el alcohol, por así decirlo, la forma de poder dormir». Como este relato, otros también ilustran los impactos que tienen los eventos violentos en los adultos mayores, enfrentando a estos a condiciones de notable vulnerabilidad emocional y física, impactadas por múltiples pérdidas, como se expresa en este fragmento: «Tras la muerte de Alberto mi mamá y mi papá empezaron a enfermarse y sentirse mal. Es que fue un tiempo difícil, porque al año de su muerte también mataron a un sobrino y al esposo de mi hermana». En otros casos, los adultos mayores asumen también el desplazamiento y, con este, se ven obligados a adaptarse a nuevos espacios vitales, dejando atrás sus casas y proyectos productivos, esos cargados de sentido de arraigo y de proyecto de vida, que se ven suspendido por las

consecuencias de la acción violenta: «ella [mi mamá] nunca más quiso volver a la finca, a la casa, decía que no era capaz, porque que de allá fue donde sacaron a su hija».

Esa fractura de la cotidianidad de algunos miembros de la familia, obligó a otros a asumir nuevas responsabilidades: «A mí me tocó enfrentar varias cosas: estudiar, recibirle el negocio a mi papá y también atender las idas hasta las montañas para ver cómo podía recuperar a mi mamá». En este contexto, la funcionalidad productiva y social de los integrantes de la familia también merece una observación especial. Una de las circunstancias reiteradas en los relatos tiene que ver con la tensión entre la figura de proveedor-protector y los efectos propios del evento violento; es decir, en varios de los testimonios queda en evidencia cómo la urgencia por sostener el empleo o la capacidad de supervivencia familiar convive con el duelo y los impactos emocionales, cuyo procesamiento quedan relegados: «yo seguí trabajando, porque tenía una familia por la que tenía que seguir viendo». Según el tipo de victimización, las afectaciones al proceso productivo pueden presentarse de manera directa, como en el caso del conductor cuyo vehículo es quemado por un grupo guerrillero: «Ese día el patrón me dijo que como habían quemado el carro, ya no tenía cómo darme trabajo, entonces yo le dije que bueno, que alguna otra cosa haría».

En otros casos, los impactos emocionales alteran la capacidad de desempeño laboral, como se expresa en estos tres testimonios: «En ese tiempo yo estaba como ido, hacía las cosas y no veía como qué estaba haciendo, no le veía sentido a nada»; «Mi papá dormía y hablaba muy poquito sobre el tema. Cerró su negocio y no quiso volver a abrirlo»; «Cuando ya le dije a mi mamá lo que había ocurrido, la casa se llenó como de una zozobra espantosa. Ese día ni siquiera nos animamos a hacer almuerzo».

2.2.2.4 Dignificar a las víctimas a través de las formas como se recuerdan.

Relatar la experiencia de victimización les permite a las víctimas no solo contar en detalle lo que les ocurrió y los relieves de ese suceso que alteró sus vidas. También, constituye una oportunidad para recordar a los seres queridos que perdieron, así como reivindicar, sobre ellos o de sí mismos, cualidades humanas, valores y capacidades que permiten dignificar su existencia, trascendiendo el hecho que los convirtió en dolientes y reconstruyendo su identidad como sujetos sociales y políticos. De acuerdo con Nieto (2013,

p. 275) «la autobiografía se presenta como fuente de versiones, de matices de otra verdad que puede abrir el camino hacia la justicia. Los testimonios pueden entenderse como actos de la imaginación que, al recrear el pasado, al provocar el recuerdo son capaces de revelar, de hallar, de sacar del olvido lo que quizá voluntariamente se ha querido mantener como signo del recuerdo inmerso en el silencio».

Así, en los relatos presentados en este capítulo, las voces dotan de sentido los recuerdos sobre los otros, como el caso del padre que en su testimonio exalta que su pequeña hija «era muy avispada», y confiesa cómo una suerte de artefacto del recuerdo detona su evocación hacia ella: «Yo a ella la recuerdo con una maldinga canción: “Celos”, del Binomio de Oro. Esa sí me hace salir las lágrimas cuando la escucho, porque cuando la ponían a cantar en la escuela, ella cantaba “Celos”, y en la casa se mantenía cantando “Celos”». En el mismo sentido, otros relatos exaltan cualidades y valores, como es el caso de quien recuerda a la hermana asesinada por la guerrilla: «una mujer morena, muy grande, no solamente de estatura, ¡porque la tenía!, sino especialmente por lo grande de su nobleza»; como la hermana que defiende la inocencia de su hermano víctima de un falso positivo: «él sabía que no debía nada, entonces supongo que por eso no demostró miedo de salir [donde sus captores]. Como hermano era un amor; los vecinos le daban trabajito; buscaba leña para vender en el pueblo. La gente lo conocía y muchos se extrañaron por lo que le pasó. También, y hay que decirlo, consumía marihuana. Todos sabíamos eso, pero no le robaba a nadie ni tenía problemas con nadie. Él siempre era en lo suyo». Como se ve, en este último fragmento, el otro es develado desde su humanidad, con sus rasgos positivos y también con comportamientos que se interpretan desde los prejuicios sociales. Estas alusiones pueden leerse en tanto significación de cómo el conflicto armado recurrió a una condena social, a estigmas y señalamientos que, en definitiva, constituyen también un daño moral que afecta «el honor, la reputación y el equilibrio anímico de las personas» (GMH. 2013, p. 268). Y, también, a acciones totalizadoras de deshumanización, como se advierte en la lapidaria sentencia de un grupo armado frente a la desaparición forzada: «cuando logró dar con algunas personas que pertenecían al grupo que se lo llevó, ellas mismas le dijeron: “no lo busque que nosotros ya lo matamos. Ni el cadáver se lo vamos a entregar, porque un perro como ese no merece que lo entierren”».

Pese a lo anterior, en estos relatos las víctimas, en su propia voz, recuperan ideales como el de la dignidad, como cuando el padre es interpelado por los asesinos de su hija para subsanar su error mediante un arreglo económico: «“Es para ver cómo va a ser el arreglo” —le dice uno el hombre que representa al grupo armado—. “¿Cuál arreglo? —le responde el padre, ¿vos crees que es una vaca la que mataste, o a quién mataste?”».

En otros relatos se expone la interacción entre víctimas y victimarios, y en esta se exaltan aptitudes relativas al reconocimiento del otro, pese a que sea el causante del daño: «cuando logró entablar conversación más prolongada con los guerrilleros, trató de evangelizarlos, de hablarles de Dios porque decía que, posiblemente, no tuvieron la oportunidad de conocerlo cuando eran niños, pues parecía que habían cogido las armas a muy temprana edad». Por su parte, en el relato del conductor se pone a prueba la condición ética y, él mismo, exalta sus principios: «mientras el patrón llegaba, uno de los comandantes me propuso que si yo quería les podía dar información sobre la plata, los negocios y las propiedades del dueño del carro: “díganos qué tiene ese señor, nosotros le sacamos y partimos con usted». Ahí mismo les dije que no, que yo así no me manejaba”».

2.2.2.5 Alusiones a la justicia, la reparación y la asistencia estatal.

En este coro de memorias enmarcadas en los repertorios de victimización del conflicto armado en el municipio de Angostura, sobresalen también las formas como los afectados conciben aspectos como la justicia, la reparación y el perdón. En gran parte de los casos, las creencias religiosas cumplen un papel medular en la comprensión de la justicia y el castigo que, en un plano posterior a la vida, obtendrán los perpetradores de los daños. En los relatos, es un ser supremo —el Dios omnipotente y eterno de la religión cristiana— en quien depositan paliativamente el juzgamiento de quienes han generado su trauma y las pérdidas, como lo expone este testimonio: «Al guerrillero le dije esa vez: “de parte mía no esperen que los vaya a condenar”. Y aunque puedo decir: “yo los perdono”, todos los días me remuerden los recuerdos. ¿Es que cómo hace uno para que se le olvide? Sin embargo, no les deseo mal, que Dios haga justicia, porque en este mundo arreglamos de cualquier manera lo malo que nos pasa, pero hay un rey supremo que es el que dice qué se ganó usted y qué me gané yo». Lo anterior, bien puede asociarse con ese obligado estado de invisibilidad al que, de alguna manera, se han visto sometidas las víctimas colombianas a lo

largo de medio siglo de conflicto armado, ello, debido a las «condiciones de impunidad instaladas en el contexto político, a la falta de reconocimiento de las víctimas, a la insuficiencia de las acciones de verdad, justicia y garantías de no repetición, así como a la precaria, e incluso, contraproducente atención institucional, además del rechazo y la indolencia social»(GMH. 2013, p. 323). Hoy, más de dos décadas después de estas situaciones, ¿reconocen las víctimas si se dio algún proceso para investigar y responsabilidad a los culpables de los hechos violentos a los que fueron sometidos? De los relatos se desprende un «no» como respuesta mayoritaria. En muchos casos, las víctimas ni siquiera verbalizan un interés porque así sea, pese a que, dentro de los principios internacionales sobre la lucha contra la impunidad y la reparación, la garantía efectiva del derecho a la justicia de las víctimas sea un componente sustancial de la reparación integral y constituye la base sólida e ineludible para las garantías de no repetición.

A pesar de la premisa anterior, en el conjunto de relatos que constituye esta investigación la referencia a procesos de justicia como ámbito jurídico acompañado por el Estado, es casi inexistente. Ello, de plano, expresa una condición de impunidad en la mayoría de los casos, salvo en el caso del falso positivo, donde el testimonio es enfático: «Nosotros [la familia] nunca aceptamos que dijeran que era un guerrillero. Tanto nosotros como las otras familias empezamos a averiguar qué podíamos hacer», lo que los llevó a contratar asistencia jurídica privada: «contratamos un abogado que, aunque nos ayudó mucho, se llevó gran parte de la indemnización que nos pagaron cuando ya todo fue comprobado. Finalmente llegaron a la conclusión que había sido un falso positivo hecho por varios soldados del Batallón Girardot [...] el Juzgado de Yarumal condenó a sesenta años de prisión a los ocho militares que participaron». En este mismo caso llama la atención la negativa de la familia ante la invitación a participar en un acto simbólico de resarcimiento promovido por el Ejército: «nos llamaron dizque para que asistiéramos a un acto por la verdad [...] que si íbamos podríamos escuchar una disculpa por el crimen de mi hermano, pero ¡nahh!, yo no quise aceptar y finalmente no fuimos. Eso se quedó así».

En sentido contrario se expresan varios de los testimonios, los cuales ilustran cómo en sus casos específicos se dieron demoras en la asistencia o acompañamiento de las autoridades competentes para investigar los hechos: «Lo más duro de la vida fue que, aunque la finca quedaba apenas a un kilómetro desde el pueblo, yo escuché a la policía

diciendo que ellos no se metían por allá. La gente les decía que subieran, pero ellos decían que no; ¿cuándo fueron?: a los diez días de que habíamos enterrado a la niña; los del Ejército fueron otros que se demoraron mucho para ir». Además de esa falta de acompañamiento inmediato y directo, otro testimonio plantea cómo la hiperbolización del conflicto armado en Colombia implicó para las víctimas una tramitología que no les representaban una satisfacción en términos de acompañamiento o en acciones concretas de justicia frente a su caso: «de parte del Estado solamente recibimos llamadas para que rindiéramos una indagatoria en la Fiscalía, porque solamente interesa una estadística. Las fuerzas militares también te buscan por una estadística».

En términos de la interacción con sus victimarios, los relatos también dejan ver cómo resulta ser una carga para las víctimas buscar los medios para comprobar ante sus verdugos su inocencia o tramitar aquellos asuntos por los que fueron victimizados. Esto sucede en el caso de la mujer que, tras el asesinato de su hermana, es también amenazada de muerte: «con el tiempo logré hablar más en detalle con la guerrilla y logré que se dieran cuenta de que yo nunca tuve nada que ver [...] comprobaron que era inocente y me dejaron tranquila». En el caso del secuestro, fue también la familia la que asumió los canales de comunicación con el grupo guerrillero y gestionó el dinero que les pedían para liberar a la mujer secuestrada: «Recuerdo que [ella] nos recomendó tratar o intentar hacer lo que las Farc nos estaban solicitando. Tanto ella, como mi papá, más que nadie, conocían la verdadera capacidad que teníamos para pagar la suma que nos pedían para liberarla, y estaba muy segura de que lo que estaban solicitando no se podía cumplir, ni siquiera buscando créditos o cosas así. Creo que ella, con su forma de ser, fue explicándoles a los guerrilleros, poco a poco, la situación; ella misma, como víctima, ayudó a resolver su propio secuestro».

Respecto a la reparación integral de las víctimas, los testimonios hacen referencia a esta como la compensación económica —indemnización administrativa— por los hechos victimizantes sufridos. En ninguno de los relatos emerge la conciencia que este es un proceso mucho más amplio que concibe también medidas de satisfacción que permitan reconstruir la verdad sobre los hechos y divulgar la memoria histórica, así como dignificar a todas las víctimas; medidas de rehabilitación que comprenden condiciones físicas y sicosociales; así como medidas de restitución y garantías de no repetición.

Frente a este tipo de reparación, las víctimas encuentran una confrontación ética, como lo expresa en su testimonio el padre de la niña asesinada por el ELN: «Como a los tres años de la muerte de la niña me llamaron del Programa de Acción Social para darnos una reparación económica del Estado. Yo no quería porque con mi esposa conversábamos que era ponerle un precio a la niña»; un contraste que también es reflexionado ante el caso de secuestro: «Hace más o menos cuatro años el Estado le dio a mi mamá una reparación económica, o sea, a los 19 años de haber pasado el secuestro. Ella se registró en la oficina de víctimas del municipio y luego de unos años la llamaron para entregarle un dinero. No sé: el dinero nunca es poquito ni es bastante, el dinero es dinero, eso no logra resarcir lo que pasó, porque entre otras cosas tratan de resarcir un dolor humano solamente con un bien material. Esa, para mí, es una equivocación, aunque sé que millones son millones de víctimas en el país a las que esa reparación les puede ayudar mucho».

A pesar de las reservas que plantean la reparación económica, en dos testimonios esta es referenciada como un vehículo para sostener los proyectos de vida. Es el caso del padre que pierde a su hija, quien señala: «me dijo que nos iban a colaborar para que reclamara esa platica; le insistí en que a mí me daba pesar de mi niña y entonces él me dijo algo muy cierto: con eso no repara a su hija, pero tiene que pensar en los otros, en los que hay vivos»; y también el de la tía que asume la crianza de los dos sobrinos a cuyos padres se llevó la guerra: «En 2008 nos reconocieron como víctimas y nos dieron una reparación económica, el porcentaje que les pertenecía a los niños, me lo entregaron como tutora».

2.2.2.6 La solidaridad comunitaria.

Mención especial merecen las referencias a los vínculos y manifestaciones de solidaridad que experimentaron las víctimas que cuentan aquí sus experiencias frente a los dolores y situaciones que enfrentaron como parte del conflicto armado. En sus relatos se resalta de manera enfática el grado de consternación que significó en la comunidad varios de estos eventos violentos: «Mucha gente del pueblo nos acompañó en ese momento, porque yo veía personas que nunca había llegado a ver. Es que fue un hecho que conmovió a todos y todos nos trataban de consolar a mí y a mi familia». Estas referencias expresan también cómo la guerra, a pesar de su crudeza, favoreció el fortalecimiento del tejido social y comunitario, particularmente en eventualidades traumáticas.

Estas manifestaciones de acompañamiento comunitario se ubican, de acuerdo con los relatos, durante las fases iniciales de duelo y, para el caso particular de eventos donde se presentó la muerte de un ser querido, se corresponden con rituales como la velación, la misa de despedida, el cortejo fúnebre hasta el cementerio, el entierro y el novenario. Estos momentos son reseñados en los testimonios como una clara manifestación de abrazo colectivo y, podría considerarse, como un rechazo comunitario ante los alcances de las acciones violentas en el municipio, así lo recuerdan los testigos: «Fue mucha gente a ese entierro y fue muy triste porque eran los tres, ellos eran amigos desde la infancia, y a los tres los enterraron junticos»; «tenemos mucho que agradecerle a la gente, porque fue muy solidaria en ese momento y de ahí en adelante, porque uno sí veía como el apoyo, que no quieren que uno esté solo. Hay veces uno dice que uno tan desamparado por decir, pero el desamparado no ha nacido. Es que el entierro fue muy bonito, hicieron desfile con los estudiantes del colegio y en las novenas y en la misa todo se llenó de gente. Aunque también recuerdo que había gente forastera, demás que vigilando a ver qué reacción tomaba uno».

En el caso de la narración que expresa la experiencia del secuestro, aunque se resalta la solidaridad de amigos y entornos cercanos, queda en evidencia también la dificultad emocional y la alteración de las formas de relacionamiento con otros que representa para las víctimas y el núcleo familiar tramitar el cautiverio de uno de sus integrantes: «En ese momento los amigos, los compañeros de donde estaba laborando y muchas personas me daban un abrazo, me decían que lo sentían mucho. Y uno sabe que así es, y lo recibe, pero realmente eso no pasa de ahí porque uno es quien enfrenta esa impotencia. Hasta la misma iglesia y los párrocos te llaman a darte sus palabras, pero de ahí no pasa. Finalmente, uno enfrenta eso solo». Esto tiene de fondo, como se puede interpretar a partir del relato completo, la particularidad del secuestro como una amenaza constante que cambia el estilo de vida y las rutinas de quienes lo padecen, pues su gestión implica un velo de cautela y sigilo que busca proteger al máximo la vida del secuestrado, lo que lleva a la familia a moderar —al menos mientras gestiona la liberación— las relaciones sociales, obligándose a acallar su voz, a ser prudentes con la información y, por lo tanto, cerrando las posibilidades de un acompañamiento comunitario más amplio.

En algunos relatos también se identifican expresiones de una cierta solidaridad que se dio entre victimarios y víctimas, que bien puede reflexionarse en dos sentidos. El primero, ante los vínculos de cercanía e interacción que un conflicto asentado por varias décadas en el territorio angostureño generó entre la población civil y los actores armados, lo cual establecía relaciones interpersonales que, en algunos casos, implicaban un reconocimiento del otro, de su entorno familiar y comunitario. De otra parte, como se mencionó en el primer capítulo, el escalamiento del conflicto en Angostura y el acomodo que lograron los grupos armados, hizo que muchos jóvenes de la región tomaran las armas, así que, además de combatientes, tenían la condición de vecinos, habitantes de la región y, por lo tanto, viejos conocidos. Ello, por ejemplo, se ve en paradójicas muestras de solidaridad en dos relatos: el primero de ellos, en el de la mujer amenazada tras el asesinato de su hermana, a quien un guerrillero le advierte que no se presente en la vereda para que salve su vida: «A los diez o quince minutos recibí otra llamada y era uno de los integrantes de las Farc. “Doña Mary mataron a tu hermana —me dijo—. Yo tengo tanto que agradecerle y usted es una persona tan profesional y bonita, que le tengo que contar que a usted también la van a matar, para que no vaya a bajar por esos lados”». El otro relato donde los victimarios son condescendientes ante sus víctimas a partir de una suerte de reconocimiento como integrante de la comunidad, es en el del conductor que, en varias ocasiones se vio constreñido y violentado en su oficio: «me dijeron que qué estaba haciendo por allá, que si es que acaso no sabía que habían dado la orden de que no se moviera nada. Yo me asusté bastante, porque también me dijeron que agradeciera que no me mataban ni quemaban el carro porque me conocían».

Entre las manifestaciones de solidaridad y acompañamiento colectivo que se expresan en estos relatos, también se presenta la voz de conocidos y amigos, como elemento constitutivo para dignificar la memoria del otro y lograr su inocencia. Así ocurre ante el caso del falso positivo, como lo recuerda quien relata esta experiencia: «Mucha gente también dio los testimonios de que ellos eran campesinos de la región y que nunca había estado en la guerrilla».

Como reflexión final, en todo caso, conviene cuestionar el que, ante la intensidad del conflicto armado en Angostura y hechos de tal magnitud como los que se relatan aquí, las manifestaciones colectivas de solidaridad comunitaria fueron eventuales y no

alcanzaron una regularidad sostenida y masiva, que desencadenaran en acciones concretas de resistencia o actos simbólicos de rechazo a la violencia. Es muy posible que ello incidiera también en la instalación de una cierta indiferencia, desconfianza y asimilación del silencio y olvido como estrategia para la supervivencia comunitaria ante el conflicto. Esa hipótesis, bien podría tener relación con que en Angostura hoy no existan procesos de reparación colectiva de largo alcance, participativos o generadores de dispositivos de memoria que permitan a las nuevas generaciones reconocer lo que padecieron no solo estas cinco víctimas, sino también muchas otras personas que hoy continúan habitando del municipio.

2.2.2.7 La coexistencia de varios tipos de victimización.

Las narraciones de estos hombres y mujeres también son reveladoras sobre cómo el conflicto armado detona sus violencias de manera persistente sobre los cuerpos y las mentes de las víctimas. Como si se tratara de un daño multisistémico, ser afectado por un tipo de victimización puede traer consigo otra serie de violencias que hacen más complejo para los individuos y las familias enfrentar una pérdida o gestionar un momento de crisis. A propósito de esa coexistencia de varios tipos de victimización, en este coro de experiencias de vida, se destaca la del padre que, aun sin culminar el novenario por su hija asesinada, se ve conminado a vincularse en el proceso de negociación de la liberación de quien en ese momento era su patrón, quien fue secuestrado durante la muerte de la menor. Lo anterior, de plano, supone una carga de tensión emocional y un desplazamiento de la fase del duelo, con tremendas implicaciones en la salud física y mental. Ello, además, devela la degradación del actuar de los grupos armados, su indolencia y exceso ante el daño ya provocado: «A los varios días llegó nuevamente alguien de ellos con la razón de que fuera con la señora del patrón, el hijo o la hija. Nos fuimos el hijo y yo [...] El muchacho se fue a conversar con ellos y se perdió mucho rato. Yo me asusté, pensé que lo habían secuestrado también».

Como el caso anterior, el relato titulado *Su muerte fue por amor*, plantea una cadena de repertorios violentos que iniciaron con la amenaza latente que cargó el hombre que decidió desertar de un grupo armado como las Farc para reintegrarse a la vida civil y constituir una familia: «uno, de alguna manera, era consciente de que en algún momento lo

podían buscar para que rindiera cuentas». A esa condena perpetua de incertidumbre, le siguió la desaparición, la negación de encontrar el cuerpo y, posteriormente, el ajuste de cuentas que culminó cobrándose la vida de la esposa y, como si fuera poco, desencadenó el desplazamiento y las amenazas del resto de la familia. La dimensión de la afectación de esa cadena de acontecimientos traumáticos es, por sí misma, abrumadora, pues constituye una fractura total de los proyectos de vida de los integrantes de la familia.

Las memorias relatadas por el conductor del vehículo transportador de leche producida en las pequeñas parcelas angostureñas —una de las principales fuentes de sustento para los campesinos del municipio— también advierten sobre la simultaneidad de las expresiones violentas. En su relato, una cronología de experiencias asociadas al conflicto armado a partir de su labor cotidiana, este hombre no solo detalla cómo los grupos armados dañaban bienes civiles —como la quema del carrotanque que conducía—, sino que cobraban vacunas: «Dígale que necesitamos quinientos mil pesos de la vacuna», cuenta en su relato; también, expresa que restringían la movilidad de vehículos y, en este caso, retenían a los civiles: «Ese día fue una retención muy larga. Por eso es por lo que yo considero que soy víctima del conflicto, porque me retuvieron desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, eso fue un secuestro, una retención»; en su testimonio también se manifiesta el sabotaje que los grupos guerrilleros ejercían durante las jornadas de las elecciones locales y regionales, al ejercer el control de la movilidad de ciudadanos votantes mediante acciones militares para impedir los comicios, lo que se traducía en una mayor abstención electoral: «el último susto fuerte que recuerdo de esos tiempos de conflicto armado en Angostura fue en octubre del 2003. Eran épocas de elecciones y la guerrilla tenía todo esto amenazado, así que uno tenía que andar con mucho cuidado porque los que mandaban eran ellos».

2.2.2.8 Los elementos relacionales con el conflicto armado como asunto colectivo.

En estos cinco relatos que dan cuenta de experiencias individuales vividas en el contexto del conflicto armado, también emergen significaciones que expresan la comprensión que las víctimas tienen de este fenómeno social como asunto colectivo. Esas significaciones demuestran coincidencias con lo que de manera amplia se expresó en el capítulo uno, en el cual se hace una contextualización del conflicto en el territorio local a

partir de la memoria de otros habitantes. La primera de esas coincidencias tiene que ver con las reconfiguraciones que marcan la trayectoria del conflicto local. En sus memorias, las víctimas también indican que fue hacia finales de la década de los ochenta cuando se instalaron grupos guerrilleros en las zonas rurales del municipio: «Por ahí desde el año 1985 para adelante se empezó a saber que en el pueblo había guerrilla. La primera vez que vi gente de esa fue por el año 1987, en la vereda Tenche. Me asusté mucho, estaban uniformados, armados y había muchachos muy jovencitos». Los testimonios dan cuenta de las acciones de control que, inicialmente identificaron a estos grupos, y cómo, poco a poco, la interacción entre civiles y armados se acomodó como asunto cotidiano: «por la vereda de nosotros, por La Trinidad, se volvió muy frecuente la presencia de ellos, porque circulaban mucho por allá. Su presencia era nuestro diario vivir y eran como si fueran parte de nuestra familia».

El conjunto de relatos también coincide en testimoniar la zozobra que generó el arribo de los grupos armados y cómo esta se fue expandiendo y materializando hasta convertirse en acciones directas que afectaron a la población civil: «En esos años se escuchaba mucho comentario: el uno decía que vio un grupo de tal y tal persona, que vio al otro, pero siempre la recomendación era: “vea lo que vea, estese callado”. Y así fue empezando a tomar fuerza el conflicto en Angostura hasta que vea a dónde llegamos: a que lo tocara a uno de esa forma». De igual manera, queda en evidencia el protagonismo de unos grupos armados, al afirmar, por ejemplo, que: «Aquí en Angostura siempre operaron el Frente 36 de las Farc y el ELN, o los elenos, como les decimos popularmente». Sin embargo, desde el punto de vista de las víctimas, se puede inferir una cierta indefinición de la figura de esos actores armados; pues en las formas de enunciación, identificar el grupo que cometió el daño, pasa a un segundo plano, mientras en otros casos hay una confusión para identificar a los unos y a los otros: «ahí en La Vuelta del Olvido vi que había varios hombres vestidos como el Ejército y dije: “ve el Ejército sí está por aquí”. Seguí normal y cuando llegué al Alto de La Quinta me di cuenta de que no era el Ejército sino la guerrilla».

Capítulo 3. La memoria en diálogo intergeneracional como posibilidad de intervención social en el contexto angostureño

3.1 La memoria como concepto y su asiento en el contexto colombiano

No es cierto que ya no recuerde nada, los recuerdos están todavía allí, escondidos en el ovillo gris del cerebro, en el húmedo lecho de arena que se deposita en el fondo del torrente de los pensamientos (...) Hace años que no veo esos recuerdos, escondidos como anguilas en las pozas de la memoria. Estaba seguro de que en cualquier momento me bastaría revolver el agua baja para verlos aflorar de un coletazo.

Este fragmento de *El camino de San Giovanni*, de Ítalo Calvino (2012), retrata con cierta belleza la potencia de los «ejercicios de memoria», especialmente aquellos desarrollados en contextos locales marcados por el conflicto armado y en los que, a pesar de las marcas e impactos de este, ha predominado el sedimento que traen consigo los silencios y los olvidos.

En Colombia, la palabra «memoria» emergió, en los últimos años, como un apellido ineludible de este trágico y prolongado fenómeno social, y, en esa suerte de hermanamiento, los ejercicios de recordar, narrar y construir memoria colectiva no solo han aparecido como un necesario retrovisor para indagar por el «qué pasó», sino también que han devenido en la posibilidad de activar esperanzas y corresponderse con una reflexión colectiva sobre el reto que como colombianos impone la construcción de paz.

La memoria es la «facultad psíquica con la que se recuerda; la capacidad, mayor o menor, para recordar; recordar: retener cosas en la mente» (Jelin, 2002, p. 18). Esa simple definición sitúa a ese proceso fisiológico en el campo individual y la enmarca dentro de múltiples y complejos campos de estudios —la neurobiología, la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, son algunos—. Siguiendo a Jelin, «el ejercicio de las capacidades de recordar y olvidar es singular. Cada persona tiene “sus propios recuerdos”, que no pueden ser transferidos a otros» (2002, p. 19). Sin embargo, ello nos da paso a cuestionamientos que resultan funcionales para el propósito que enmarca esta investigación: ¿de qué sirve recordar el pasado solo para nosotros mismos? ¿Es posible aislar nuestros recuerdos de los

recuerdos de los otros? ¿Por qué nuestros propios recuerdos se oponen a los de otras personas? ¿Qué sucede si, puestos en ese escenario, esos recuerdos son o no coincidentes y muestran consensuadas u opuestas posturas sobre «lo pasado»?

Impulsado, posiblemente, por preguntas semejantes, en 1925 el sociólogo francés Maurice Halbwachs planteó la noción de «memoria colectiva» y, en ella, la de «marcos sociales» de la memoria. Jaramillo (2010, p. 48), expone que con estos marcos «Halbwachs busca explicar la articulación de la memoria a una conciencia social que nunca está encerrada en sí misma, que no recuerda aisladamente, que no se aparta de los marcos sociales donde se gesta y madura el recuerdo». Así, se puede advertir, siguiendo a Mendoza (2004, p. 21), que, si bien el recuerdo es portado por el individuo, «son los grupos los que determinan lo que es “memorable”; los que construyen los recuerdos y delinear cómo serán recordados los acontecimientos, y por ello “recuerdan” cantidad de sucesos que no han experimentado de manera directa». En varias culturas, por ejemplo, las familias realizan prácticas funerarias para ritualizan la muerte de sus integrantes; el grupo asiste al acontecimiento; pero, ¿se evocaría décadas adelante aun en la memoria familiar aquel fallecido? En ello es categórico Halbwachs (2005): «la memoria de una sociedad se extiende hasta donde puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos que la componen» (p. 84). En efecto, solo en la medida en la que el grupo active permanentemente los artefactos colectivos para recordar, permanecerá en su memoria el recuerdo de un acontecimiento. «Las personas piensan y recuerdan en virtud de lo que las comunidades a las que pertenecen las han dotado, les han inculcado ciertas formas y se realiza a través de determinadas prácticas sociales» (p. 22).

Esas prácticas sociales dialogan estrechamente con las dimensiones —según lo planteado por Halbwachs—, que componen los marcos sociales de la memoria; estas permiten que los recuerdos estén blindados mediante códigos comunes. Son de tres tipos: temporales, espaciales y lingüísticos. La primera dimensión, relacionada con el tiempo, «hace que el recuerdo se vincule con una cronología concreta de la biografía generacional de los individuos, por ejemplo, la infancia, la juventud y la vejez» (Jaramillo, 2010, p. 52). La dimensión espacial «conduce a que [los recuerdos] se afinquen, se sedimenten en lugares y territorios específicos». La tercera dimensión, por su parte, sitúa a los recuerdos en los esquemas lingüísticos, «asociada a un idioma o a unas expresiones culturales

específicas, situadas en el tiempo histórico y en el espacio social de una época o una cultura».

Esa última dimensión, la del lenguaje, nos permite —sin alejarnos completamente del concepto de memoria colectiva— adicionar dos elementos conceptuales que en el desarrollo de esta investigación han sido medulares: significado y narrativa. De acuerdo con Mendoza, «con la narrativa se da orden, estabilidad, coherencia a la experiencia, se le lleva al terreno de lo conocido, de las palabras de los signos, de las reglas, es una forma de ordenar, de dar significado a lo ocurrido en una colectividad» (p. 13). En ese sentido, Bruner señala que «el significado adopta una forma que es pública y comunitaria en lugar de privada y autista» (p. 47). Hay allí un marco social —tal vez muy similar al indicado por Halbwachs—. Bruner es ilustrativo: plantea que cuando los seres humanos entramos en la vida, de alguna forma subimos a un escenario para participar en una obra de teatro que se encuentra en plena representación. La trama de esa obra, dice, es abierta y determina qué papeles asumimos allí y cuál será nuestro desenlace. «Otros personajes que hay en el escenario tienen ya una idea acerca de sobre qué va la obra, una idea lo suficientemente elaborada como para que la negociación con el recién llegado sea posible». Con esa orientación, Mendoza plantea que «evocar un espacio es evocar un tiempo y un grupo o colectividad, y es hacerlo con un lenguaje, con una cierta estructura, con una narrativa acorde al propio grupo para hacerla entendible [...] los marcos le «proporcionan estabilidad y persistencia» a la memoria. (p. 4)

Así, a partir de las ideas anteriores, podemos retornar al terreno de la memoria y establecer relaciones. «El acontecimiento rememorado o memorable —escribió Jelin— será expresado en forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un significado del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable» (2002, p. 27). Entendemos, entonces, que poner en escena los significados que varias personas le otorgan a un fenómeno social —el conflicto armado en un pueblo como Angostura, para nuestro interés— constituye una urdimbre y, ya en diálogo esos hilos-significados, forman un tejido, es decir, una memoria colectiva. Esa analogía es incompleta si no resolvemos una pregunta: ¿quién teje? Teje, quien narra. Como expresa Abadía (2008), a partir de las ideas de Veena Das, al relatar una experiencia —refiriéndose a un contexto de sufrimiento— «ella adquiere nuevos significados». Es allí donde narrar adquiere la categoría de verbo

privilegiado para la memoria, porque sitúa la posibilidad de materializarla dentro de un ejercicio abierto, no necesariamente oficial, no necesariamente hegemónico.

Llegados a este punto, se habrá intuido que los conceptos aquí relacionados — memoria, significado y narración— han sido «funcionales» en este ejercicio de significación y narración en torno a las memorias del conflicto armado —y de un territorio local colombiano específico: el municipio de Angostura—. Pero, con ello claro, conviene entonces también llamar la atención sobre el potencial político que se le endosa a la memoria: esta se manifiesta mediante consensos y tensiones. En efecto, como advierte Jelin (2001), «los cambios en escenarios políticos, la entrada de nuevos actores sociales y las mudanzas en las sensibilidades sociales inevitablemente implican transformaciones de los sentidos del pasado» (p. 69). Volviendo a Halbwachs, citado por Rubio P. (2016), habría que decir que las sociedades o colectivos que estén relacionados con el mismo hecho, realizarán una lectura propia desde sus respectivos contextos culturales e intereses específicos. «Cuando esos relatos y lecturas de que hablamos son identitarios, la memoria colectiva se convierte especialmente en un campo de batalla» (p. 349). La de Halbwachs no es una reflexión menor. El sociólogo y judío no solo fue testigo de la Primera Guerra Mundial, también murió en 1945 en el campo de concentración Buchenwald, establecido por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Este no es un dato de color, por el contrario, algunos de los estudiosos de Halbwachs advierten que su desarrollo teórico corresponde a su vocación crítica frente el individualismo creciente en las sociedades modernas, ofreciendo la memoria colectiva como elemento cohesionador de dichas sociedades. Sobre este asunto, Jaramillo (2010) plantea un llamado a retornar contemporáneamente a Maurice Halbwachs, pues considera que su visión del recuerdo para generar densidad nacional, puede resultar valioso para nuestros presentes de violencias y traumas reciclados: «En medio del ritmo frenético de la posmodernidad, que provoca olvidos fuertes o recuerdos frágiles, el reconocimiento de las huellas memoriales de nuestros pasados recientes puede resultar un imperativo y un antídoto» (p. 65).

Tal vez por lo anterior, en la línea de tiempo que traza el siglo XX y su imperante mancha de sangre marcada predominantemente por la Primera y Segunda Guerra Mundial y consecutivamente por genocidios, dictaduras y bombardeos atómicos, también se reconoce lo que algunos teóricos de la memoria han llamado —y cuestionado— como el *boom* de la

memoria. Monumentos, currículos educativos con la memoria de las guerras, santuarios, museos, espacios de todo tipo para el recuerdo —desde virtuales hasta repositorios de documentos físicos—, y por supuesto efemérides conmemorativas, han proliferado en buena parte del mundo occidental. Lo que Pierre Nora ha llamado «lugares del recuerdo» (Erl, p. 2).

La cultura de la memoria abrazó también a América Latina. De los veinte países que conforman la región, catorce experimentaron dictaduras, épocas atravesadas por los excesos de quienes concentraron el poder. Tal vez por eso, señala Rubio P., «la construcción de memoriales sobre traumas del pasado entendidos como instrumentos para sanar la sociedad y abordar la cuestión de la justicia, con el fin último de reconstruir la convivencia, ha tenido un desarrollo destacado en Latinoamérica» (2016, p. 351). De esa trayectoria regional de la memoria no ha sido ajena Colombia, donde el *boom* memorialista ha proliferado con notabilidad como respuesta a los impactos profundos del conflicto armado y se ha convertido en un necesario retrovisor para indagar no solo por el «qué pasó», sino también como posibilidad para activar esperanzas y corresponderse con una reflexión colectiva sobre el reto que como colombianos impone la construcción de paz. En ello, Angostura y las huellas que el conflicto armado dejó en su territorio y los habitantes, tiene implicaciones.

3.2 Memorias locales en deuda: un primer «croquis» para Angostura

La Ley de Víctimas y Restitución de Tierras —Ley 1448 de 2011— (Colombia, Congreso la República, 2011) incorporó la memoria como un deber del Estado. En su artículo 143, demanda que este debe «propiciar las garantías y condiciones necesarias para que la sociedad, a través de sus diferentes expresiones, tales como víctimas, academia, centros de pensamiento, organizaciones sociales, organizaciones de víctimas y de Derechos Humanos, así como los organismos del Estado que cuenten con competencia, autonomía y recursos, puedan avanzar en ejercicios de reconstrucción de memoria como aporte a la realización del derecho a la verdad del que son titulares las víctimas y la sociedad en su conjunto». La Ley estableció también la creación del Centro Nacional de Memoria Histórica —CNMH—, una entidad que ha activado una serie de procesos de reconstrucción

de memoria sobre casos emblemáticos del conflicto colombiano, atendiendo, justamente a ese «imperativo de proteger la memoria de la sociedad, y en particular la memoria de las víctimas, incorporándola al patrimonio nacional, con todas las obligaciones derivadas de la preservación: archivos, museos, documentos» (López, 2013, p. 29).

El *Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera*, señaló también la relevancia de la construcción de memorias como asunto relevante en la gestión del «Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición» y, en particular, enfatizó en que una de las misiones de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, es la de «crear espacios en los ámbitos nacional, regional y territorial [...] con el fin de escuchar las diferentes voces, en primer lugar las de las víctimas, tanto las individuales como las colectivas»; esa labor y resultado, invoca el acuerdo de paz, merece una «amplia y accesible difusión, incluyendo el desarrollo de iniciativas culturales y educativas, como por ejemplo la promoción de exposiciones y recomendar su inclusión en el pénsum educativo» (Acuerdo Final, 2016, p.136).

Además de los procesos que han generado los anteriores y otros marcos institucionales y legislativos, vale reconocer que son las iniciativas comunitarias, de organizaciones y de la academia las que han aceitado la maquinaria de los ejercicios de memoria en las últimas dos décadas en el país, suscitando una mixtura de experiencias y relatos. Un inventario de dichas iniciativas y ejercicios de construcción y formalización de memorias lo contiene el libro *Memorias en tiempos de guerra Repertorio de Iniciativas* (2009). Y se suman también rigurosos trabajos de reflexión académica o de investigación social y documental que han desencadenado informes como *¡Basta ya! Colombia : memorias de guerra y dignidad* (2013) o el *Informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas* [CHCV] (2016); además de informes que se enfocan en las memorias de poblaciones y territorios particulares; en el caso de Antioquia —como referente de interés investigativo— se pueden citar los informes *Medellín: Memorias de una guerra urbana* (2017); *Silenciar la democracia: Las masacres de Remedios y Segovia 1982–1997* (2014); *Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción* (2016); *Memoria de la infamia: Desaparición forzada en el Magdalena Medio* (2017); *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento Forzado en la Comuna 13; y San Carlos. Memorias del éxodo en*

la guerra (2011). Además de esos documentos públicos, los procesos de Justicia y Paz han arrojado un número considerable de expedientes judiciales, versiones libres y sentencias, a lo que se suman testimonios en prensa, que permiten, siguiendo a Jaramillo, afirmar que estamos ante un «enorme archivo multigenérico» de memorias (2016, p. 24).

Pese a lo anterior, el territorio colombiano es amplio y contar lo que nos ocurrió como sociedad sigue siendo un ejercicio en ciernes, inacabado, en riesgo ante las omisiones y agotamientos. Al respecto, Jaramillo, Parrado y Torres (2017) plantean retos interesantes y reformuladores de las apuestas hoy por la memoria. En primer término, reclaman la urgencia de trabajos articuladores del tejido biográfico y colectivo; además, sugieren impulsar los ejercicios de memoria como una oportunidad para fortalecer el proyecto organizativo de las comunidades, pues esta tiene el potencial de ser «tanto vehículo cultural, como recurso político»; y hacen un llamado para insistir en el potencial cultural e identitario que tienen estas iniciativas.

Lo anterior hace un énfasis en la relación conflicto-territorio y la urgencia de poner la memoria en discusión desde los entornos locales. Blair (2013), sugiere la relevancia del «lugar» en los estudios de memoria y recoge lo expuesto por Oslender para hacer énfasis en tres elementos: la localidad, la ubicación y el sentido del lugar. El primero invoca los escenarios físicos de la interacción social; la ubicación señala el espacio geográfico concreto, que incluye la localidad, afectada, a su vez, por procesos económicos y políticos de escalas más amplias; y, finalmente, «el sentido del lugar referiría el sentimiento local, por ejemplo, los sentimientos de apego que desarrollan individuos y comunidades a través de sus experiencias y memorias» (p. 72). Si acogemos lo dicho por Blair, advertimos que, en los contornos locales, hay una deuda por la construcción de memoria: «Si se desarrollan y se ponen en público estas memorias, aunque ellas sean más íntimas, familiares, vecinales, cotidianas, se estarán reemplazando “los espacios de poder por el poder de los espacios”» (p.76).

En un país en el que el conflicto armado se desbordó hasta colonizar expansivamente todo el territorio, se han planteado los llamados «casos emblemáticos» de la memoria —una cierta clasificación o rango de medida denotativo de los efectos del conflicto—. Ello, aunque eficiente en términos metodológicos, plantea, en todo caso, un riesgo de omisión y obliga a preguntarse: ¿qué pasa con la memoria de aquellos territorios

donde el conflicto tuvo, aparentemente, menor impacto? Es ahí donde se afinsa este trabajo enfocado en Angostura, que ha seguido el postulado de poner la lupa sobre un contexto local no considerado como emblemático y en el que las iniciativas institucionales locales o comunitarias han sido incipientes para propiciarlos.

Así, los hallazgos, los relatos y los significados expresados en los apartados anteriores por medio de las memorias del grupo de habitantes vinculados a la investigación, dibujan a mano alzada un primer y detallado «croquis» de las memorias del conflicto armado en Angostura; de las lecturas que hay en estas sobre las formas de interacción entre los actores armados y la población civil; de las percepciones sobre las dinámicas del conflicto armado en los ámbitos territoriales rural y urbano; de las interpretaciones sobre las trayectorias y mutaciones que tuvo el conflicto en el municipio; así como del conjunto de daños e impactos. Los anteriores elementos —entendidos si se quieren como categorías de análisis— trascienden el cerco académico y están presentes también en dos experiencias de intervención socioeducativa que puso en diálogo los recuerdos de las generaciones mayores con las preguntas algunos jóvenes habitantes le hacen al pasado, siendo esta la posibilidad para construir un relato articulador que dé cuenta de un tramo de la historia de su municipio, que sigue vigente en la identidad local, y que puede dar origen a una serie de dispositivos de memoria para propiciar la reflexión colectiva frente a un pasado de violencias y a un futuro comprometido con la construcción de paz territorial.

3.3 Memorias en diálogo intergeneracional, experiencias para la intervención socioeducativa y la generación de dispositivos de memoria

Los testimonios y relatos que constituyen los capítulos anteriores coinciden en señalar que el periodo que comprende la segunda mitad de los años ochenta y la primera década del milenio —2000 al 2010—, se corresponde con la línea temporal en la que el conflicto armado tuvo especial y aguda incidencia en Angostura. Así mismo, parece haber un acuerdo tácito en que posterior a este periodo se dio un desescalamiento de la confrontación que, de alguna manera, ha permitido rasgar los imaginarios sociales que se habían instituido sobre Angostura y que lo catalogaban como un municipio violento y peligroso. Esto, de entrada, permite deducir que las memorias sobre el conflicto armado en el municipio están contenidas de manera especial en aquellas generaciones de habitantes

que desde sus experiencias vividas tienen elementos para recrear los hechos, referenciar los actores involucrados y significar las dinámicas que caracterizaron el conflicto en su territorio. Significa ello que estos angostureños —en su mayoría con una edad superior a los 25 años— constituyen la que podríamos llamar la generación testigo o, según la nombra Jelin, el «grupo social victimizado». Pero, por otro lado, hay una generación de jóvenes a la cual no se le ha estimulado una conciencia sobre ese marco social, colectivo e histórico de su propio territorio, pues no vivieron de la misma manera las experiencias de la confrontación, o bien «porque todavía no habían nacido, o porque no estaban en el lugar de los acontecimientos, o porque, aunque estaban allí, por la diferente ubicación etaria o social, la experimentaron de otra manera» (p. 124). Plantear, como dice Castillejo (2010) una «articulación del pasado» entre estos dos grupos de angostureños en el contexto de las memorias del conflicto en el municipio exige, como mínimo, tres preguntas: ¿es necesario que las nuevas generaciones se acerquen de manera consciente al pasado? ¿están llamadas las «generaciones testigo» a transmitir los sentidos de ese pasado conflictivo a las nuevas generaciones? ¿Cuál es la funcionalidad de esa trasmisión?

Responder estos cuestionamientos supone, cuando menos, advertir que la memoria no se opone en absoluto al olvido, pues este no solo debe ser entendido como posibilidad, sino también como derecho (Todorov, 2000). Precisamente, entre memoria y olvido se da una constante tensión, en especial en el ámbito individual, donde «se olvida por omisión o por dolor, y se recuerda por alegría, o también por dolor» (Molina, N. y Páez, D.; 2010, p. 279). Jelin (2002) se inspira en Ricoeur y retoma la caracterización que este hace sobre los olvidos y que comprende, en primer plano, el «olvido profundo», entendido como las borraduras de hechos y procesos del pasado, olvido producido en el propio devenir histórico o moldeado por una voluntad política; de otra parte, plantea el «olvido evasivo» como intento de no recordar lo que puede herir y que se suscribe en la voluntad de no querer saber, de evadirse de los recuerdos para poder seguir viviendo; finalmente, expone «ese olvido liberador que permite liberar de la carga del pasado para así poder mirar hacia el futuro (p. 32).

Llevar al terreno de nuestro contexto esta tipologización de los olvidos, puede incitarnos a afirmar que en los testimonios recogidos en Angostura no se identifica una imposición política o estratégica que promueva un «olvido social y colectivo» frente a lo

ocurrido en el conflicto armado. Por un lado, en el caso de los contornos íntimos de las víctimas directas, en la mayoría de las experiencias el optar por el silencio, por no «hablar más de lo que pasó», se ha presentado como recurso para tramitar las experiencias traumáticas. Dice Jelin (2002):

Provoca gran sorpresa pública la supervivencia, a veces durante décadas, de memorias silenciadas en el mundo público pero conservadas y transmitidas en el ámbito privado (familiar o de sociabilidad clandestina), guardadas en la intimidad personal, «olvidadas» en un olvido «evasivo» —porque pueden ser memorias prohibidas, indecibles o vergonzantes, como señala Pollak (1989: 8), o enterradas en huecos y síntomas traumáticos—. (p. 43).

Por otro lado, en el ámbito colectivo, los silencios de la gran mayoría de víctimas angostureñas son coincidentes con la falta de espacios sociales de circulación de la memoria, los que no solo posibilitan una elaboración social de los duelos, sino también que fomentan una apuesta colectiva de justicia, reconocimiento y homenaje a las víctimas. Es en ese camino, en el que la apuesta de intervención social planteada en esta investigación ha situado sus propósitos, aludiendo a la memoria intergeneracional como posibilidad para activar las memorias del conflicto armado en el municipio e impulsar un diálogo colectivo que no solo permita ampliar el reconocimiento social de los impactos que causó el conflicto en el territorio, sino también que favorezca una reflexión amplia sobre los aprendizajes sociales, comunitarios y ciudadanos con perspectiva de construcción de paz territorial. Dice Castillejo que «“recordar” o “hacer memoria” es realizar estas conexiones» (2010, p. 41).

Párrafos atrás nos preguntábamos por la necesidad de acercar las nuevas generaciones al pasado y por la función que tiene la transmisión de las memorias del conflicto. Todorov (2000) ofrece luces para sustentar nuestra postura investigativa frente a esos cuestionamientos, cuando advierte la posibilidad de asumir los acontecimientos recuperados de manera ejemplar:

Sin negar la propia singularidad del suceso, decido utilizarlo, una vez recuperado, utilizarlo, una vez recuperado, como una manifestación entre otras de una categoría más general, y me sirvo de él como de un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes. La operación es doble: por una parte, como en un trabajo de psicoanálisis o un duelo, neutralizo el dolor causado por el recuerdo,

controlándolo y marginándolo; pero, por otra parte —y es entonces cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública—, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un *exemplum* y extraigo una lección. El



pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente. (p. 22)

Es en ese sentido en el que la memoria intergeneracional cobra relevancia; en palabras de Jelin (2002): «las nuevas generaciones pueden llegar al escenario público con otras visiones, basadas en aprendizajes de parte de la experiencia pasada (decir no a la lucha armada, por ejemplo) pero al mismo tiempo reavivar las memorias, interrogando a los mayores acerca de sus compromisos y sus vivencias en ese pasado conflictivo y represivo» (p. 123).

3.3.1 Experiencia 1: Los jóvenes reporteros de la memoria

Figura 7

Facsimil 1. Portada, página de presentación y contraportada de la libreta *Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria*.

Nota. Responsable: Pedro Correa Ochoa. Fecha: septiembre de 2019.

Ese reavivamiento de las memorias expresado por Jelin, lo ilustra la siguiente afirmación de una joven angostureña: «mi municipio tiene una historia y sucesos que lo han marcado y que a nosotros los jóvenes no nos interesa saber pero que es necesario para que

no se repita de nuevo». Tal reflexión está consignada en la libreta *Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria*. Este herramienta



didáctica —ideada como parte del desarrollo metodológico de esta investigación— tuvo como protagonistas a un grupo de estudiantes del grado décimo de la Institución Educativa Mariano de Jesús Eusse.

Con treinta y tres jóvenes desarrollé un taller sobre la memoria en el marco del conflicto armado en el municipio de Angostura. Allí, el diálogo abierto acompañado de técnicas interactivas se centró en indagar por las comprensiones y recuerdos de los jóvenes sobre el conflicto local, sobre cómo conciben la memoria como individuos e integrantes de un grupo social, y sobre la memoria como propósito de reconocimiento del pasado traumático y posibilidad para la construcción de paz en su municipio.

Figura 8

Fotografía 1. Circulo de las palabras, actividad durante el taller Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.

Nota: actividad realizada con estudiantes del grado 11° de la I. E. Mariano de Jesús Eusse. Fecha: septiembre de 2019.

El taller, entendiendo como espacio de sensibilización, desencadenó una misión para los participantes: asumir el papel de «jóvenes reporteros de la memoria». La libreta —diseñada editorialmente para un público joven, concebida en la apuesta de intervención socioeducativa como un dispositivo de memoria y, a la vez, como contenedora de narrativas—, detonó el diálogo intergeneracional entre los jóvenes y sus familias, sus vecinos y amigos, a partir del cual pudieron develar y consignar recuerdos, comprensiones, significados y reflexiones sobre el conflicto armado en Angostura.

Asumir el rol de reporteros de la memoria les implicó identificar sus fuentes testimoniales, reconocer en ellos la experiencia vivida, disponerse para escuchar y generar reflexiones en torno a esas memorias compartidas. Plantea Jelin (2002) que: «Las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido sin la presencia de discursos culturales, y estos son siempre colectivos. A su vez, la experiencia y la memoria individuales no existen en sí, sino que se manifiestan y se tornan colectivas en el acto de compartir. O sea, la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y el escuchar» (p. 37).

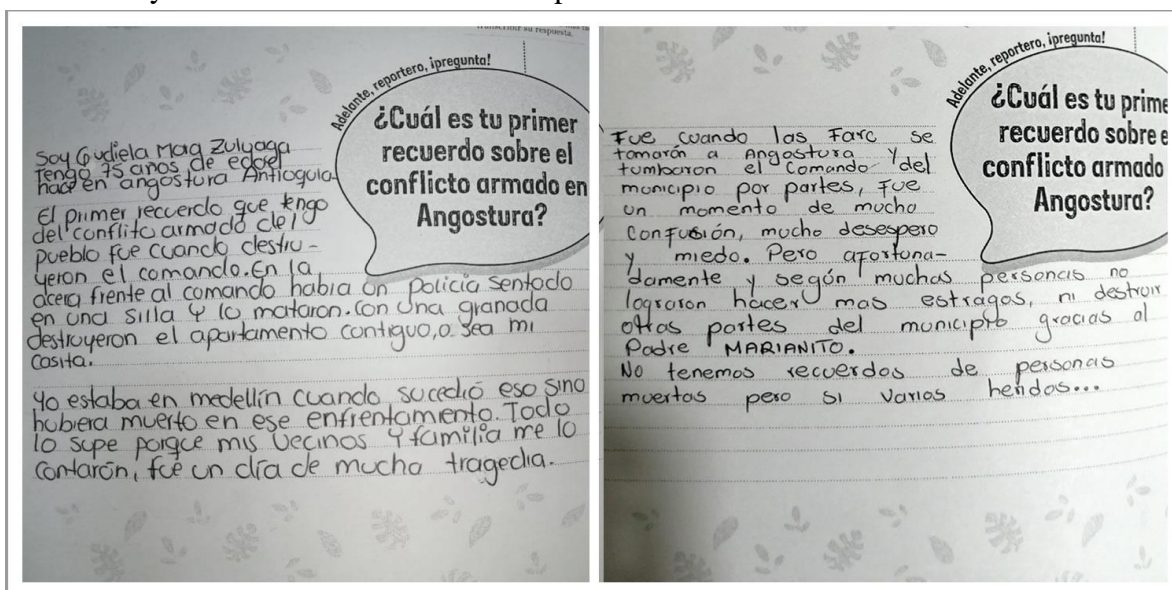
La estructura mediante la cual se planteó la libreta de los jóvenes reporteros de la memoria, contiene resonancias con las categorías de análisis que componen el primer capítulo de este informe de investigación —el capítulo contextual de la confrontación en el municipio—. Ante la pregunta por cuál es el primer recuerdo sobre el conflicto armado en Angostura, en los relatos compartidos con los estudiantes se ofrecen hechos ocurridos directamente a las fuentes, pero llama especialmente la atención que, en varios de los testimonios, como en los demás relatos expuestos anteriormente, se referencie la toma guerrillera como un hecho emblemático (Ver imagen 2).

Figura 9

Facsímil 2. Dos de los testimonios recogidos por los jóvenes de Angostura en las libretas Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.

Nota: actividad realizada por estudiantes de 11° I. E. Mariano de Jesús Eusse. Fecha: 2019.

Este dispositivo de memoria también les propuso a los jóvenes una indagación por las heridas de la guerra. La libreta listó el conjunto de victimizaciones que afectaron los angostureños. Estos repertorios violentos ocurrieron en Angostura y quienes fueron víctimas los declararon y están consignados en los datos que sobre el municipio recoge el Registro Único de Víctimas —referenciados con detalles en el capítulo II—. Pese a ello, en el ejercicio de memoria intergeneracional realizado por los jóvenes se evidencia que no hay consensos y reconocimiento sobre tales tipos de victimización. El reclutamiento de niñas,



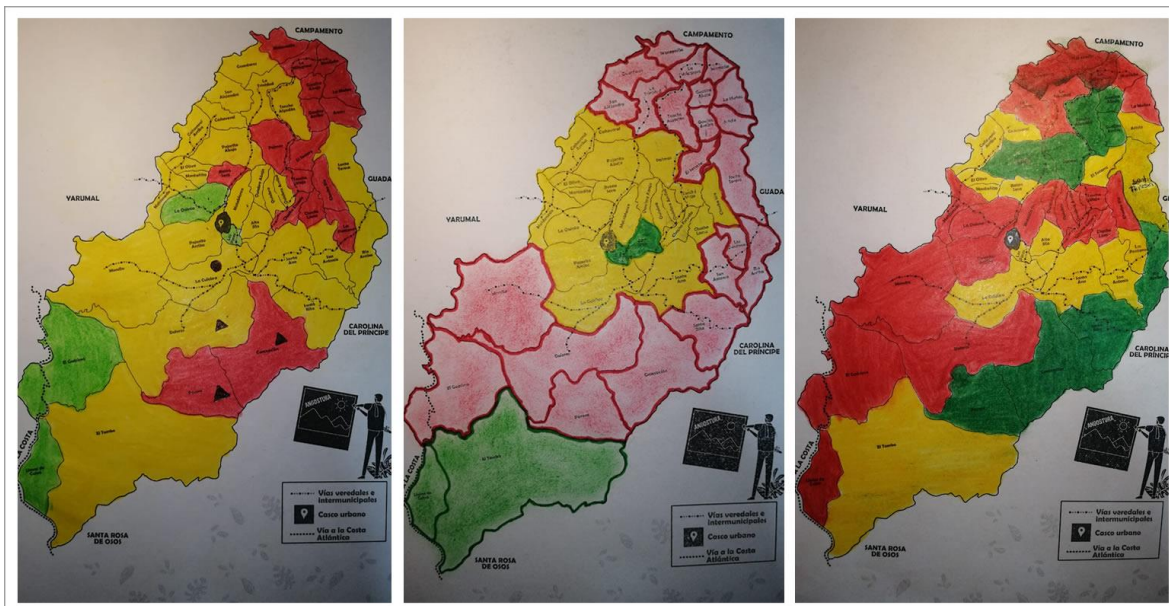
niños y adolescentes, así como la violencia sexual contra hombres y mujeres, no son identificadas como acciones de violencia ocurridas en el territorio angostureño en el marco del conflicto. Por el contrario, el desplazamiento, las extorsiones, los homicidios y las amenazas, se constituyen como los repertorios con mayor recordación entre los adultos consultados por los jóvenes

Figura 10

Facsímil 3. Tres ejemplos de los mapasemáforos las libretas Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos: Jóvenes reporteros de la memoria.

Nota: actividad realizada por estudiantes de 11° I. E. Mariano de Jesús Eusse. Fecha: 2019.

De otra parte, Blair (2013) señala la espacialidad como un componente importante de las memorias, mediante el cual se constituyen los «recuerdos geográficos». Así, este



ejercicio de memoria intergeneracional también instó a los jóvenes a indagar la incidencia que el conflicto armado tuvo en el territorio angostureño. Por ello, con ayuda de sus entrevistados, se les propuso hacer un «mapasemáforo» para representar sus percepciones y representaciones de los impactos del conflicto: con rojo, las veredas donde, según recordaban, fueron constantes las acciones violentas; con amarillo, aquellas zonas en las que consideraban se dieron acciones violentas esporádicas o poco frecuentes; y con verde, las franjas territoriales donde, según sus recuerdos, no se presentaron acciones violentas.

El resultado de estas cartografías de la memoria plantea divergencias, pero también sitúa la valoración de la incidencia del conflicto en el territorio de acuerdo con las experiencias vividas o la información que ha «almacenado» en su memoria quien fue convocado como testigo del pasado. Lejos de esperar una unanimidad, los tres mapas traídos aquí (ver imagen 3) como ejemplo de este ejercicio de memoria intergeneracional relevan, en primer plano, que también aquí —como en los testimonios y relatos reseñados

en los capítulos anteriores— hay una coincidencia en identificar la zona del llamado «caguancito angostureño» como el territorio que padeció con mayor notoriedad y agudeza los embates del conflicto armado; de otra parte, estas representaciones del conflicto en el territorio corroboran la importancia de propiciar espacios de diálogo en los que se amplifiquen y se compartan las diversas memorias del conflicto, que permitan reconocer hechos emblemáticos y traumáticos que, pese a ello, parecen subordinados y no reconocidos de manera amplia, como el combate entre grupos paramilitares y guerrilleros en la vereda La Concepción.

Estos y los demás elementos de reflexión e indagación que constituyen este material didáctico como dispositivo de memoria, dejan entrever la potencialidad del diálogo intergeneracional no solo para activar articulaciones entre el presente y el pasado, sino también para impulsar ciudadanías con una conciencia más vinculada al devenir de su territorio, sus problemáticas y apuestas de cohesión social. En ese sentido, vale la pena advertir que este ejercicio de memoria intergeneracional queda abierto para que se replique con nuevos grupos de jóvenes mediante procesos más prolongados y respaldados por otros actores e instituciones del municipio interesados y llamados a desarrollar y garantizar los procesos de memoria en función del posconflicto y la construcción de paz territorial. Esto, valga advertirlo, porque el alcance de este ejercicio, en el curso metodológico de la presente investigación, estuvo limitado, lamentablemente, por las restricciones impuestas por la pandemia de la covid-19, pues su desarrollo y seguimiento se vieron truncados ante la imposibilidad de generar nuevos espacios de encuentros con los jóvenes participantes. Así pues, como ejercicio piloto, esta experiencia abre tajo para apuestas futuras pues puede ser referente en procesos de intervención socioeducativa, a partir de una comprensión de lo socioeducativo en y «para la vida pública, que habilita para convivir en ese espacio de relación, discusión y debate en el que construimos el nosotros»(Mondragón, E. y Ghiso, A. 2010, p. 35).

3.3.2 Experiencia 2: Relatos compartidos para el reconocimiento intergeneracional de las memorias individuales

En el curso de esta investigación también se desarrolló un ejercicio de memoria intergeneracional a partir de los cinco relatos²⁶ en los que se centra el capítulo II de este informe y en los que las víctimas, con su propia voz, narran las experiencias de dolor y resiliencia que enfrentaron como parte del conflicto armado en Angostura. Desde el diseño metodológico concebimos estos relatos con dos propósitos: el primero, el de reconocer que las memorias individuales son elemento medular de la memoria colectiva, pues, como ya se ha recalcado en otros apartados de este documento, no solo permiten adentrarnos en las experiencias vividas, sino también en las huellas que estas violencias dejaron, los sentidos y significados que permiten comprender los entramados de la confrontación, las prácticas que se dieron, los actores y sus relaciones con la población civil. El segundo propósito es que sus testimonios, configurados como un relato estructurado, se convierten en sí mismos en dispositivos de memoria local, dispositivo no en el sentido instrumental, sino como una entrega generosa, valiente y solidaria, que abandona las rejillas del recuerdo solitario, íntimo o familiar, para trascender en un registro concreto del pasado —en un lugar de la memoria—, materializado, dispuesto para que otros puedan asomarse a lo ocurrido y reconocer el conflicto armado en el municipio no como un mero periodo cargado de anécdotas, sino como un fenómeno social constituido por significados, hechos y actores que se insertaron y transformaron de manera notable la vida de los habitantes del territorio, sus interacciones como grupo y sus apropiaciones del territorio. Así, asumidos como dispositivos de memoria, estos testimonios sirven para asegurar o verificar la existencia de cierto hecho (Jelin, 2002, p. 80) o, en palabras de Nieto (2013):

Las víctimas develan el lado oscuro de la guerra y como su mirada es única, —ilumina la realidad con una luz propia, imprescindible—. Ellas no solo cuentan lo que les ocurrió, sino que ofrecen a los ciudadanos la oportunidad de acercarse a lo que les ha ocurrido a todos. Al aceptar que el sufrimiento infringido por la guerra alcanza a toda la sociedad, responsable de las víctimas del pasado y del presente,

²⁶ Estos relatos se titulan Un daño que no tiene precio, Tenemos a la persona que más les duele, Los gajes de andar por todas estas trochas, Su muerte fue consecuencia del amor y Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero.

una nación como la colombiana podría empezar a escribir su propia cultura de la memoria en la que se acepte que sin las voces de las víctimas el relato de la historia queda incompleto, porque la narrar el horror es condición para acercarse a la verdad y acceder a la justicia. (p. 273)

Con ello como premisa, el conjunto de relatos propició, en el curso de la investigación, un segundo ejercicio enfocado a explorar las posibilidades de la memoria intergeneracional en Angostura. Un grupo de cinco jóvenes fue convocado —a través de la Oficina de la Juventud Municipal y el Enlace Municipal de Víctimas—, para participar en un diálogo sobre las historias que tejen la memoria colectiva del conflicto armado en Angostura. Con la propuesta de asumir el rol de «cómplices de la memoria», a los participantes se les propuso ser «lectores» activos de los relatos de las víctimas; activos, porque no se trataba meramente de leer los testimonios, sino que esa lectura activara de manera consciente reflexiones e interpretaciones sobre los acontecimientos narrados, es decir, ser «testigo» del testimonio y apropiarse de esa capacidad social de escuchar y de dar sentido al testimonio del otro que ha contado su experiencia, de tal manera que se abriera el camino al diálogo: «quien habla y quien escucha comienzan a nombrar, a dar sentido, a construir memorias. Pero se necesitan ambos, interactuando en un escenario compartido» (Jelin, 2002, p. 84).

Figura 11

Fotografía 2. Encuentro con participantes del ejercicio de memoria intergeneracional Jóvenes cómplices de la memoria intergeneracional.

Nota: Parque Educativo Brisas de Azahar. Responsable: Pedro Correa Ochoa. Fecha: 26 de marzo del 2021.

El encuentro con los jóvenes, como «acto creativo de diálogo» (Jelin, 2002 p. 86), fue espacio de sensibilización respecto a la memoria como apuesta de intervención social y los procesos que esta puede derivar en el municipio; además, enmarcó su vinculación al ejercicio propuesto dentro de un pacto ético que les exigiría ser, como señala Jelin, «oyentes empáticos» —o mejor lectores empáticos—, y, en esa labor no olvidar la integridad, la centralidad y el respeto por las víctimas al momento de acercarse a aquellos relatos que estas, voluntariamente, no solo decidieron concebir sino que también consintieron que se hicieran públicos para que otros puedan conocer su experiencia. A los jóvenes participantes se le entregó uno de los cinco relatos y, a partir de estos, escribieron textos epistolares dirigidos a las víctimas.

El resultado de estos relatos compartidos expresa una serie de reflexiones, emociones y sentires que, al mismo tiempo, ofrecen nuevos y complementarios significados y elementos para acercarse a la historia del conflicto armado en Angostura. Las cartas son



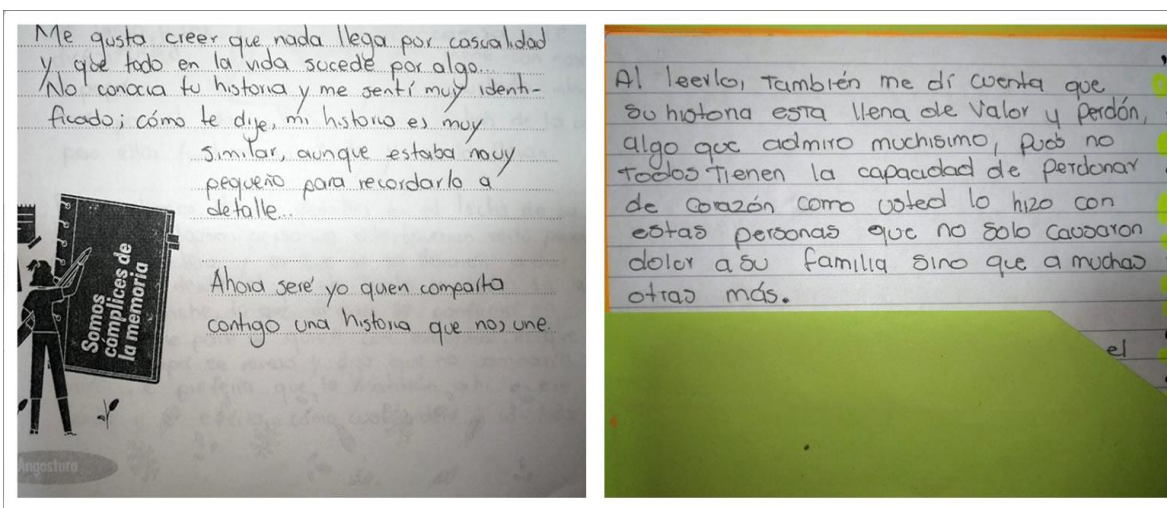
una constatación de que explorar la veta de la memoria generacional lleva a que el «testimonio incluya a quien escucha, y el escucha se convierte en participante, aunque diferenciado y con sus propias reacciones» (Jelin, 2002. p. 85).

Figura 12

Imagen 12. Fragmentos de dos de las cartas escritas por los jóvenes de Angostura en el ejercicio de memoria intergeneracional Relatos compartidos.

Ahora bien, qué análisis puede extraerse de esas reacciones en función de la construcción de las memorias. Uno de los elementos que sobresalen del conjunto de epístolas, tiene que ver con el reconocimiento que hacen los jóvenes a la capacidad de las víctimas de sobrellevar los dolores y daños que les generó el conflicto. Allí, aparecen mensajes como este:

Es solo escuchar su relato para darnos cuenta de que la vida es un viaje muy corto, como un tren lleno de vagones donde cada uno es una etapa de la vida con experiencias que te hacen más fuerte cada día o débil según uno decida, y a usted este vagón lleno de dolor y sufrimiento lo hizo resaltar aún más su humildad, calidez y esa resiliencia que no imaginó tener (Fragmento de la carta escrita por



Magdalena Mesa a partir del relato *Un daño que no tiene precio*).

Otro aspecto que salta entre la emotividad de las palabras escritas, tiene que ver, precisamente con esa cualidad ejemplarizante que plantea el diálogo intergeneracional enfocado a memorias dolorosas. En sus textos, el grupo de jóvenes reconocen el valor de la

memoria porque, tal como lo señala Todorov (2000), les «permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro» (p. 22). De ello dan cuenta estos fragmentos:

Primero que todo quería agradecerte por tener el valor de compartir esta historia Yo tengo 19 años vivo en la zona urbana la verdad nunca había tenido un acercamiento tan profundo con el conflicto armado y me gustó mucho esta experiencia porque como joven es un gran aprendizaje y enseñanza estas cosas nos ayudan a ver la vida de otra manera y aprender a tener más empatía con los demás. (Fragmento de la carta escrita por Karen Mazo a partir del relato *Su muerte fue consecuencia del amor*).

Le recalco que admiro su manera de salir adelante, así deberíamos ser todos, no quedarnos hundidos en los problemas sino luchar y realizar las mejores acciones para ir cambiando y transformando este país con el trabajo, el buen ejemplo y la rectitud. (Fragmento de la carta escrita por Sergio Alejandro Guerra a partir del relato *Los gajes de andar por todas estas trochas*).

La eficacia simbólica que se referenció en el primer capítulo con relación a la devoción por el Padre Marianito y la recurrencia a la espiritualidad religiosa como recurso para tramitar situaciones adversas relacionadas con la confrontación armada, también emerge en varias de las cartas de los jóvenes. La religión, como señaló Halbwachs, constituye un potente marco social de la memoria. En esta, como lo hacen también las víctimas, los jóvenes encuentran la posibilidad de una justicia ante los dolores que han leído en las historias y que los han confrontado:

Por suerte en Angostura tenemos a Marianito, un siervo de Dios que fortalece siempre nuestro incesante dolor. Siempre después de recordar nuestra historia solemos decir «gracias a Dios», entendiendo como deseos y designios divinos las experiencias que acompaña nuestro diario vivir. (Fragmento de la carta escrita por Ángela Castaño a partir del relato *Tenemos a la persona que más les duele*).

Pero, ¿sabes?, hay un dicho que dice «Dios da grandes batallas a sus más grandes guerreros». A mí me gusta creer eso y he aprendido que la vida no te pone adversidades de las que no seas capaz de salir. (Fragmento de la carta escrita por Arley a partir del relato *Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero*).

Finalmente hay otros dos aspectos que se develan con este ejercicio. El primero de ellos tiene que ver con el cuestionamiento de los jóvenes frente al «qué haría yo si esta experiencia traumática me pasara a mí». De allí se desprenden afirmaciones como: «la verdad me habría dado muy duro, sobre todo porque nunca me ha tocado vivir la guerra, que como menciona en su historia ha disminuido luego del acuerdo de paz, por lo menos en esta zona» (Fragmento de la carta escrita por Sergio Alejandro Guerra a partir del relato *Los gajes de andar por todas estas trochas*). En tales afirmaciones, el encuentro entre las memorias dolorosas de las víctimas y la lectura de quien se acerca a estas, detona empatía, o lo que Fernández-Pinto, López-Pérez y Márquez (2008) reseñan como respuesta emocional vicaria, que es aquella que se experimenta ante las experiencias emocionales ajenas, es decir, sentir lo que la otra persona siente, sentir interés o compasión orientados hacia la otra persona que resultan de tener conciencia del sufrimiento de ésta (p. 285). Ese «ponerse en la piel del otro», en una de las cartas se manifiesta incluso como «el compromiso de ser más empática con las diferentes situaciones que las personas han afrontado y las secuelas de ellos» (Fragmento de la carta escrita por Ángela Castaño a partir del relato *Tenemos a la persona que más les duele*).

El segundo aspecto para destacar tiene que ver con cómo este ejercicio de memoria intergeneracional detonó que dos de los jóvenes participantes acogieran la escritura de sus cartas para develar experiencias traumáticas vividas por ellos y sus familias como consecuencias del conflicto armado:

Yo solo recuerdo que en una de las casas de mis abuelos prepararon el cadáver [de mi padre] y pude verlo. La imagen nunca se fue de mi cabeza y yo siendo tan solo un niño de dos años impedía con todas mis fuerzas que los empleados de la funeraria pusieran las manos sobre él, les ordenaba dejarlo dormir mientras al oído de mi papá susurraba: «papi levántese a jugar conmigo», a ellos solo les pedía dejarlo dormir porque para mí la muerte solo era un sueño del cual despertar. (Fragmento

de la carta escrita por «Arley» a partir del relato *Lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero*).

Todos somos víctimas de esta cruel guerra que nos ha arrebatado no solo a un ser querido, sino la tranquilidad y como expresa usted nos ha dejado una sensación de impotencia, eso que sintió usted durante esos dos meses y medio nos ha acompañado a muchos por años, hemos vivido la zozobra, el temor, la ira. (Fragmento de la carta escrita por Ángela Castaño a partir del relato *Tenemos a la persona que más les duele*).

Hay un camino por recorrer en esta experiencia de memoria intergeneracional: que las cartas lleguen a sus destinatarios y que estos puedan establecer un diálogo con las reflexiones que ellos mismos propiciaron a partir de la labor generosa de ofrecer sus testimonios para este propósito de construcción de memoria colectiva. Es honesto advertir que esa fue una tarea inacabada de esta investigación, truncada por las limitantes que impuso la pandemia por la covid-19 a las labores de trabajo de campo en la investigación social. Inicialmente, la intención de este ejercicio era estimular, a partir de una serie de talleres, el dialógico entre las cinco víctimas y los cinco jóvenes, y que fuera allí donde se construyeran y compartieran los relatos. Ese propósito, sin embargo, no pudo ejecutarse debido a los impactos del tercer pico de la emergencia sanitaria tanto en el país como en el mismo Angostura. Ello implicó un rediseño metodológico basado en la construcción de los relatos a partir de encuentros cerrados entre el investigador y las víctimas, y posteriormente para atender la recomendación de distanciamiento físico, se recurrió al recurso de la escritura de cartas por parte de los jóvenes.

Con todo y lo anterior, este ejercicio de memoria traza otra posibilidad en favor no solo de la recuperación y socialización de esas memorias plurales que convergen en el municipio y que permanecen resguardadas en los entornos privados, sino también de la apropiación que debe garantizar un proceso colectivo que procure la construcción de memoria en el municipio. Conviene allí señalar que en el Plan de Desarrollo Municipal de Angostura 2020-2023, en el «Programa 1: Un nuevo comienzo para nuestra población víctima», tiene por objetivo programático promover en el municipio una reparación efectiva a las víctimas de conflicto y atención integral en los procesos relacionados. Ese propósito,

según lo definido en el Plan, comprende «contar con un espacio para la divulgación de la memoria histórica de las víctimas del conflicto armado en el municipio». Experiencias piloto como la descrita aquí, constituyen una perspectiva que puede ser útil a ese propósito institucional local, con la necesaria premisa de entender la memoria no solos como las herramientas mediante las cuales los individuos y sociedades construyen un sentido sobre el pasado, sino también como «objeto, fuente y método para la construcción del relato histórico» (CNMH, 2013, p. 55). Por ello, la pretensión de un lugar de memoria local no puede ser meramente una meta de gobierno, sino que debe ser antecedido y concebido mediante un proceso integrador, participativo y estructurado.

Consideraciones finales

Sumarias

En las memorias y narrativas de los habitantes de Angostura se expresan una serie de acentos que permiten demarcar contornos contextualizadores de la expresión local del conflicto armado. Uno de esos acentos tiene que ver con los distintos grupos armados que tuvieron presencia en el territorio —las Farc-EP, al ELN, los paramilitares y al Ejército nacional—. Las formas en las que estos son recordados comprenden no solo protagonismos y omisiones sino también particularidades en su relacionamiento con la población civil, un relacionamiento que, por un lado, estuvo sujeto a su ubicación o movilidad estratégica por el territorio y, por el otro, a factores locales o regionales propios de las dinámicas del conflicto colombiano. El conjunto de testimonios también permite identificar una cierta periodización del conflicto local, que se origina en la segunda mitad de la década de los ochenta, un periodo en el que, de acuerdo con las memorias, se caracteriza por el arribo de los grupos guerrilleros, por el ejercicio de control de esos grupos ante problemáticas sociales, especialmente en la zona rural, y por una cierta legitimización por parte de la población campesina. Una segunda periodización que emerge de las memorias ubica un cruento periodo de ofensiva de los grupos armados al margen de la ley, que tiene como punto de partida la toma guerrillera al casco urbano, ocurrida en 1994 y ejecutada por las Farc. En dicho periodo la escalada violenta ocasionó notables daños materiales y emocionales en la población civil, implicó una sangrienta confrontación entre los actores armados involucrados y supuso el uso de repertorios violentos que comprendieron, entre otros, asesinatos, secuestros, desplazamientos, extorsiones, combates, desapariciones, amenazas y daños a bienes. De los relatos y sus formas de significar la expresión local del conflicto, se puede demarcar un tercer periodo, caracterizado por la ofensiva de la Fuerza Pública y, posterior a este, el proceso de paz entre el Gobierno nacional y las Farc, lo que desencadenó en el desescalamiento de la confrontación armada en el municipio y un aterrizaje en el periodo de transición actual, sobre el cual los angostureños vinculados a la investigación manifestaron desconfianzas y la aparición de nuevas problemáticas, pero al que ven también con optimismos gracias a escenarios transformadores en términos de desarrollo productivo y procesos ciudadanos.

La cadena de montañas, las plantaciones de árboles, la explotación de los recursos hídricos en función de la generación de energía, entre otros aspectos característicos del territorio que abarca el municipio de Angostura, también adquieren significados interesantes en ese conjunto de acentos contextuales del conflicto armado que emergen en las memorias y que recogió esta investigación. Las reflexiones a partir de las particularidades del entramado veredal, no solamente permiten ubicar descriptivamente la confrontación en el territorio, sino que también favorecen poner en diálogo lo que ocurrió en Angostura con relación al conjunto de municipios vecinos. De la misma manera, los testimonios develan los sentidos y las comprensiones que los habitantes construyeron a partir de la apropiación que los actores armados tuvieron en las distintas zonas del municipio, como en el llamado «caguancito angostureño», caracterizado por la agencia guerrillera; como los corredores estratégicos favorecidos por la conexión con la vía a la Costa Atlántica; o las incursiones paramilitares en función de la protección de intereses de actores económicos privados con asiento en los municipios cercanos.

De otra parte, el conflicto armado en Angostura se enquistó en los entornos íntimos de cientos de habitantes que fueron afectados de manera directa por los repertorios violentos de los actores armados. A partir del conjunto de relatos de cinco víctimas que contiene este trabajo, podemos ratificar las memorias individuales como subsidiarias de la memoria colectiva. Las narrativas de las víctimas no solo ponen en palabras y hacen públicas sus pérdidas y sufrimientos, también permiten dimensionar los alcances del conflicto armado en el contexto angostureño: Los impactos emocionales que este generó y las afectaciones en los núcleos familiar, social y productivo; los vacíos de la justicia, de la reparación y la asistencia estatal; así como la importancia de la solidaridad comunitaria para el proceso de duelo colectivo, son algunos de los rasgos coincidentes en sus relatos. Al narrar no solo cuentan su historia, cuentan la historia de todo un pueblo, y la cuentan como un acto de valentía y resistencia: valentía porque reivindican con ello su capacidad de dignificar el nombre de sus muertos y el de ellos mismos; y resistencia, porque de manera generosa entienden que el suyo es el testimonio encarnado de lo que pasó, un registro de lo que parece fundirse en el silencio y el olvido, ante la ausencia de ejercicio de memoria. Las cinco víctimas que participaron en la investigación, ofrecen sus relatos como dispositivos de esas memorias que se han construido desde el lugar del sufrimiento, de las ausencias, de

la falta de justicia y reparación, pero también desde la valentía de continuar con la vida, de enseñar a los otros el sentido del perdón y la capacidad sorprendente de reponerse de las pérdidas y los daños.

Proyectivas

Ahora bien, tras escuchar, propiciar espacios de conversación, establecer relaciones de sentido y confeccionar un relato polifónico que permitiera, mediante este informe, develar los significados que los habitantes de Angostura le otorgan en sus narrativas a la expresión local del conflicto armado, considero importante enfatizar y resaltar algunas reflexiones que más que constituirse como certezas o conclusiones generales, representan una motivación y un llamado a continuar procesos de activación y ejercicios en torno a las memorias locales.

El primer ámbito que quisiera resaltar es la *potencialidad de la memoria como campo de activación y diálogo social* en el municipio de Angostura. El proceso de este trabajo es una constatación de la pertinencia que tiene, en el presente, propiciar ejercicios de memoria local, que permitan indagar y reconstruir las contextualidades del conflicto armado en un territorio particular como es Angostura, un municipio en el que, pese a los impactos de la guerra, no se habían dado procesos de memoria sostenidos, que permitieran configurar un relato sobre las dinámicas, los impactos, actores y acontecimientos que se tejieron en la confrontación armada durante las últimas cuatro décadas. Si bien ejercicios investigativos como este toman una clara distancia de un propósito de esclarecimiento y no pretenden instaurar y transmitir versiones dogmáticas sobre ese pasado conflictivo, su resultado no solo puede ofrecerse como elemento de referencia para ese proceso de esclarecimiento, sino que también se constituye en un dispositivo que plantea las posibilidades de la memoria colectiva como campo de intervención social y, en particular, de la memoria intergeneracional como estrategia para promover diálogos públicos y narrativas polifónicas, que permitan reencontrar los sentidos y significados del conflicto.

Aquí, se refuerza la idea de construir un ejercicio que trasciende el propósito generalizador de «memorias emblemáticas» y sitúa a las memorias locales dentro de su propia relevancia y pertinencia. En la experiencia de trabajo de campo y en las múltiples entrevistas realizadas, los habitantes manifestaron cierta sorpresa y complacencia porque se

propiciara un trabajo de este tipo, pues advertían necesario contar lo sucedido en aquel periodo traumático. En tal sentido, este trabajo constata la fertilidad que pervive en el municipio para que se activen ejercicios de memoria sobre el conflicto armado. Esa activación, sin embargo, requiere de un proceso de intervención social sólido y vinculante, con una ruta metodológica sustentada en el contexto y con precisiones claras sobre sus apuestas, acciones y dispositivos.

Este énfasis en la potencialidad de la memoria local como campo de intervención social, convoca necesariamente a los «emprendedores de la memoria» —de los que habla Jelin (2002, p. 62)—. En tal sentido, es de resaltar que desde los ámbitos de la administración local esté planteado como ruta programática constituir «un espacio para la divulgación de la memoria histórica». Tal apuesta, consignada en el Plan de Desarrollo Municipal de Angostura 2020-2023 (Alcaldía de Angostura, 2020, p. 123), coincide con las potencialidades de las que hablamos aquí y resulta un hecho más que oportuno para ello. La aspiración de propiciar un espacio de memoria, exige, sin embargo, dos asuntos que tras este proceso de investigación considero pueden ser orientadores.

El primero es que la concepción de cualquier dispositivo de memoria debería estar soportado en un proceso de sensibilización y colectivización que indague de manera formal las comprensiones que la comunidad tiene sobre el cómo, el qué y a través de qué y para qué desarrollar un ejercicio de memoria del conflicto y sus impactos en su territorio. Ese proceso previo de sensibilización y socialización, permitiría, en principio, no solo garantizar un ejercicio participativo, sino también evitar que el resultado sea meramente un formalismo institucional-gubernamental, sin la riqueza movilizadora de las subjetividades individuales y colectivas. Además, garantiza que los contenidos, los artefactos de memoria que de allí se desprendan para ser expuestos a la luz pública, reflejen las pluralidades y tensiones que supone cualquier ejercicio de memoria.

El segundo asunto orientador se enfoca en la vinculación de los actores de las memorias del conflicto en Angostura. El resultado de investigación que aquí se ofrece dio voz a un grupo de víctimas y, en ese sentido, esta experiencia da luces no solo sobre la apertura que muchas de ellas tienen para narrar, contar, expresar lo que han vivido, sino que también expone una cierta deuda social y local. Si bien, como ellas mismas lo manifiestan en sus relatos, en el momento en que se dieron sus sucesos de victimización

percibieron la solidaridad comunitaria, para el caso de Angostura no se activaron experiencias de resistencia o iniciativas de acción colectiva o comunitaria que permitieran abrazar a las víctimas en su momento y reconocer no solo los impactos individuales y familiares de los hechos victimizantes, sino también en el tejido social y comunitario. Así, la gestión del duelo, la búsqueda de justicia y reparación, han sido empresas solitarias gestionadas por las mismas víctimas y apenas acompañadas por las instancias locales encargadas de esa labor. Ejercicios de memoria como este y las posibilidades que convoca, son una buena posibilidad para saldar esa deuda de reconocimiento colectivo: «las iniciativas de memoria se debaten entre la creatividad y la persistencia de sus gestores y la indiferencia y el menosprecio de quienes no forman parte de la comunidad de víctimas, instaurando un lugar que sirve para la recuperación del tejido social» (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2009, p. 23).

De otra parte, los habitantes que no son víctimas directas de hechos victimizantes, pero que fueron testigos de este fenómeno social en la comunidad, también se proyectan desde esta experiencia de investigación como actores fundamentales para la construcción de memoria, pues sus testimonios, como se ha visto, develan pistas necesarias para situar contextualmente y perfilar las dinámicas, los actores, las trayectorias y los hechos que marcaron el territorio y sus pobladores. Adicional a ello, tanto las voces de las víctimas directas como de las indirectas, ofrecen elementos que pueden suscitar reflexiones y acciones políticas sobre las condiciones sociales del presente, en especial frente a problemáticas que identifican como nuevas o heredadas tras la firma del acuerdo de paz con las Farc; así mismo, generar espacios de construcción de memoria con estas dos poblaciones, ofrece posibilidades comunitarias de diálogo y acción para la construcción de paz territorial y la activación de ciudadanías más participativas.

Lo anterior, supone, además, el potencial «ejemplarizante» que han planteado varios teóricos de la memoria y que en el repertorio de iniciativas de la memoria en Colombia ha sido un elemento sustancial. Por ello, entre los actores claves para los ejercicios de memoria futuros que se puedan suscitar en Angostura, los jóvenes también constituyen un actor interesante, con todo lo retador y creativo que significa convocar su participación y vinculación a este tipo de procesos. Esta investigación desencadenó, como se describió en detalle anteriormente, dos experiencias que pusieron su foco en impulsar un diálogo

intergeneracional a partir de los recuerdos de los adultos habitantes del municipio y también de los relatos de cinco víctimas. Ambos ejercicios se vieron alterados metodológicamente por las limitaciones que impuso la pandemia de la covid-19 e implicaron que quedaran en fase exploratoria, sin embargo, sus resultados dan cuenta de las amplias posibilidades que pueden desencadenar experiencias semejantes a las que bien podrían sumarse las instituciones educativas del municipio, propiciando en las aulas de clase la integración de este tema con los currículos y cátedras enfocadas a la convivencia y la construcción de paz. Creo que esto no solamente favorecería la perdurabilidad en el tiempo de las memorias de lo que ocurrió en el municipio, sino también las perspectivas de resignificación del presente y del futuro, sobre asuntos como el respeto por la diferencia, el buen trato, la solidaridad, la responsabilidad individual y colectiva, la democracia y la participación ciudadana. Esa posibilidad sustenta la idea de la memoria como proceso prolongado de intervención social, pues más que «una memoria que haga inventario reconstructivo del trauma o edifique una tipología fría de hechos, daños, impactos, cadenas explicativas», la memoria puede ser entendida y activarse «como proyecto común, una memoria que aporte al proyecto de fortalecimiento organizativo» (Jaramillo et al., 2017, p. 134).

Como cierre, quisiera resaltar un segundo ámbito reflexivo frente a este proceso de investigación y que tiene que ver con *algunos elementos detonadores para nuevas exploraciones* de las memorias locales en Angostura. El primero de estos tiene que ver con una comprensión más completa sobre las condiciones y circunstancias que engendraron y sostuvieron por varios años en el territorio angostureño un cierto «orden social» en torno a la presencia guerrillera, particularmente en ciertas zonas rurales. En las memorias que comprende este informe, los testimonios son recurrentes en referenciar el llamado «caguancito angostureño»; un abordaje más específico de este asunto puede desentrañar memorias y, por consiguiente, explicaciones que aporten nuevos elementos para comprender las trayectorias y los vínculos de agencia que los actores armados gestaron en el curso de conflicto armado en el municipio e, incluso, aportes para plantear análisis sobre las conflictividades y actores que perduran en ciertas zonas.

Otro elemento interesante de ampliación son las omisiones y disputas que plantea la memoria. Un buen ejemplo de ello tiene que ver con un hecho que emerge de manera difusa en algunos testimonios aquí presentados: el enfrentamiento entre paramilitares y las Farc-EP en la vereda La Concepción, en abril del 2002. Aunque este evento significó una multiplicidad de repertorios violentos e impactó dolorosamente los proyectos de vida de un amplio grupo de sobrevivientes, se refleja una cierta omisión colectiva frente a su impacto y la relevancia que tiene su visibilidad como parte de los daños que el conflicto generó en la comunidad angostureña. En cuanto a las disputas por la memoria, conviene decir también que, en varias de las conversaciones y labores de campo de la investigación, surgió un cuestionamiento sobre las implicaciones negativas que podría tener un proceso de memoria en el municipio, aludiendo a que la visibilidad de los impactos de la violencia puede configurar una suerte de «mala publicidad» para un municipio que tiene una significativa dinámica del turismo religioso gracias a la figura del Padre Marianito. Este cuestionamiento sobre la conveniencia de la memoria, sin duda, no se puede pasar por alto e implica, si se quiere, un reto desde su abordaje y gestión, pero también puede tener de fondo potencialidades y relacionamientos, dada esa «eficacia simbólica» que, como se detalló ampliamente en el capítulo I, representó el Padre Marianito en el contexto de la confrontación armada.

La ausencia de espacios y acciones de acompañamiento psicológico oportuno y sostenido para las víctimas, como quedó en evidencia en el conjunto de testimonios y relatos, también plantea posibilidades —urgentes y necesarias— de procesos de intervención sicosocial y familiar que cuenten con la mediación de profesionales de diversas áreas. Tales procesos pueden vincular la reconstrucción de la memoria y su contribución al bienestar sicosocial, pues esta «representa un ejercicio de elaboración, comprensión, socialización y validación de la experiencia que ayuda a liberar a las víctimas de los dañinos efectos que producen los sentimientos de culpa; les permite desahogarse ante otros que escuchan respetuosamente y que comparten sus propios dolores» (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación de Colombia [CNRC], 2009, p. 65)

Para cerrar estas consideraciones finales, conviene también referirse a los significados y percepciones que se desprenden del acuerdo de paz. Como se expuso en el curso de este informe, los entrevistados reconocen que su municipio, en los últimos años ,

se ha beneficiado notablemente ante la reducción de acciones violentas, lo que ha significado una mejoría en la percepción de seguridad y, en consecuencia, transformaciones positivas en términos del retorno de habitantes que se habían desplazado debido a la agudeza del conflicto, un incremento de proyectos y procesos productivos en la región, y condiciones más óptimas de convivencia y orden público. Esas visiones son también un campo de exploración interesante, asociadas a las memorias, pues su desarrollo puede favorecer, como ya se ha dicho, al reconocimiento y potencialización de nuevas realidades y oportunidades en función de experiencias de intervención para la construcción de paz territorial.

Índice de entrevistas

- Entrevista personal 01. Hombre habitante de la zona rural.
- Entrevista personal 02. Hombre habitante de la zona rural, líder comunitario.
- Entrevista personal 03. Mujer líder comunitaria de la zona rural y víctima de desplazamiento.
- Entrevista personal 04. Mujer habitante de la zona rural, líder comunitaria.
- Entrevista personal 05. Hombre habitante del casco urbano, docente y comerciante.
- Entrevista personal 06. Mujer habitante del casco urbano, comerciante.
- Entrevista personal 07. Mujer habitante de la zona rural, ama de casa.
- Entrevista personal 08. Alfredo Trujillo, alcalde de Angostura en el periodo 1992-1994.
- Entrevista personal 09. Hombre habitante de la zona rural, comerciante.
- Entrevista personal 10. Mujer habitante de la zona urbana, comerciante.
- Entrevista personal 11. Mariana Orrego, habitante de la zona urbana.
- Entrevista personal 12. Mabel Londoño, habitante de la zona urbana.
- Entrevista personal 13. Alfonso Ayala, habitante de Angostura.
- Entrevista personal 14. Carlos Rodríguez, habitante de Angostura.
- Entrevista personal 15. Hernán Giraldo, habitante de Angostura.
- Entrevista personal 16. Mary Pareja, habitante de Angostura.
- Entrevista personal 17. Yolanda Londoño, habitante de Angostura.

Referencias

- Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera.* (26 de noviembre de 2016). <https://bit.ly/3ch71v2>
- Alape, A. (1994). *Tirofijo: Los sueños y las montañas*. Planeta.
- Alcaldía de Angostura. (2000). Etapa de diagnóstico. Libro dos: La interpretación social del imaginario actual. *Esquema de ordenamiento territorial del municipio de Angostura: «Por una despensa integral para el Norte»*. <https://bit.ly/3cliI4c>
- Alcaldía de Angostura. (2016). *Plan de Desarrollo Municipal 2016-2019 ¡Unidos por Angostura para un desarrollo integral!* <https://bit.ly/3cliOJ6>
- Alcaldía de Angostura. (2020). *Plan de Desarrollo Municipal 2020-2023 ¡Un nuevo comienzo para el progreso!* <https://bit.ly/3RF5TSu>
- Amaya Martínez, M. O., Rivera Porras, D. A. & González Ortiz, D. A. (2018). Afrontamiento religioso en personas víctimas del conflicto armado interno colombiano ubicadas en la ciudad de Cúcuta. En Riaño Garzón, M. E., Torrado Rodríguez, J. L., Bautista Sandoval, M. J., Díaz Camargo, E. A., & Espinosa Castro, J. F (Eds.), *Innovación Psicológica: Conflicto y Paz* (pp.193-218). Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Arjona, A. M. (2008). Grupos armados, comunidades y órdenes locales: interacciones complejas. En: González, Fernán (ed.). *Hacia la reconstrucción el país: territorio, desarrollo y política en regiones afectadas por el conflicto armado* (pp. 105- 167). Cinep
- Bello, M. N. (2014). Daños, devastación y resistencia. *Desde el Jardín de Freud. Revista de Psicoanálisis*, 14, .
- Blair, E. (2013). El poder del lugar y su potencial político en la legitimación de la(s) memoria(s) del conflicto político armado. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 34(108), 65-78. <https://doi.org/10.15332/s0120-8462.2013.0108.07>
- Bolívar, A. (2012). Metodología de la investigación biográfico-narrativa: recogida y análisis de datos. En: Passegui, M.C. y Abrahão, M.H. (org.). *Dimensões*

epistemológicas e metodológicas da investigação (auto)biográfica. Tomo II. Edipucrs, p. 79-109. <https://bit.ly/3O5DOAx>

Bruner, J. S. (1991). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. Alianza.

Calvino, Í. (2012.). *El camino de San Giovanni*. Traducción de: Aurora Bernárdez. Biblioteca Calvino. Ediciones Siruela.

Carballeda, A. (2010). La intervención en lo social como dispositivo. Una mirada desde los escenarios actuales. *Revista de la Escuela Nacional de trabajo social*, 6 (1), 46-59.

Castillejo, A. (2010) Iluminan tanto como oscurecen: de las violencias y las memorias en la Colombia actual. En: Barreto E. & Jaimes Salas, J. (Comp). *Memoria, silencio y acción psicosocial Reflexiones críticas sobre por qué recordar en Colombia*. Ediciones Cátedra Libre Martín Baró.

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013)*. Centro Nacional de Memoria Histórica CNMH – IEPRI.

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH].2014. *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Tercera edición. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Cinep (1997). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 3.

Cinep (1997a). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 5.

Cinep (1998). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 9.

Cinep (1999). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 11.

Cinep (2000). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. N°. 17.

Cinep (2000a). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. N°. 18.

- Cinep (2001). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 20.
- Cinep (2001a). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 21.
- Cinep (2001b). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista. Noche y Niebla*. No. 22.
- Cinep (2002). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. N°. 24.
- Cinep (2003). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 27.
- Cinep (2013). “Banco de datos Derechos Humanos y Violencia Política”. *Revista Noche y Niebla*. No. 48.
- Colombia, Congreso la República. (2005). *Ley 975 de 2005*. <https://bit.ly/3RAm1Vb>
- Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas [CHCV]. 2015. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. <https://bit.ly/3aJBVfq>
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación [CNRR]. (2009). *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*. CNRR.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación de Colombia [CNRC]. (2009). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá: Foletras.
- Departamento Nacional de Planeación [DNP]. (2003) *Balance Plan Colombia 1999 – 2003*. <https://bit.ly/3IMCJNa>
- Departamento Nacional de Planeación [DNP]. (2006). *Balance Plan Colombia 1999 – 2005*. <https://bit.ly/3ASqwVg>
- Durkheim, E. (1997). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Colofón.

- Echandía, C. (1997). *Expansión territorial de la guerrilla colombiana: geografía, economía y violencia*. Bogotá: Universidad de los Andes - Programa de Estudios sobre Seguridad, Justicia y Violencia. <https://bit.ly/3PaCjT7>
- Echavarría, A. (2008, abril 9). En honor al beato Marianito. En *El Mundo* (Medellín). <https://bit.ly/3O9L6TR>
- El País. (2000, febrero 20). Los guerrilleros colombianos llegan a España para reforzar su posición política. En *El País* [España] <https://bit.ly/3yJOxuKl>
- El Tiempo. (1997, marzo 12) . Guerrilla tendría a la alcaldesa de Guadalupe. En *El Tiempo*. <https://bit.ly/3yJf2jX>
- El Tiempo. (2001, marzo 21) . Terrorismo deja sin luz 11 municipios antioqueños. En *El Tiempo*. <https://bit.ly/3o2WpCH>
- Erll, A. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*. [Trad. de: "Kollektives Gedächtnis und Erinnerungskulturen. Eine Einführung"]. Ediciones Uniandes.
- Farc – ep, (2016, 27 de julio). *Comunicado del Estado Mayor del Frente 36 “Jair Aldana” de las Farc-Ep*. <https://bit.ly/3ANFxr9>
- Farc-Ep, (s.f.). Planteamiento Estratégico de la Séptima Conferencia Nacional de las FARC-EP. <https://bit.ly/3cgCP3o>
- García-Huidobro Munita, R. (2016). La narrativa como método desencadenante y producción teórica en la investigación cualitativa. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, (34),155-177. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297145846006>
- Grupo de Memoria Histórica [GMH]. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Instituto de Estudios Regionales [Iner]. (2007). *Norte. Desarrollo regional: una tarea común universidad-región*. Universidad de Antioquia. <https://bit.ly/3aIGZk7>
- Jaramillo, J. (2010). El imperativo social y político. *Revista Colombiana de Sociología*, 33(1), 45-68. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/15639>

- Jaramillo M., J.; Parrado P., E.; y Torres P., J. (2017) Los trabajos de y con la(s) memoria(s) en Colombia (2005-2016). Reflexiones y retos. En S.V., Rueda, E.A. y Orozco, G. (eds.) *Las ciencias sociales en sus desplazamientos. Nuevas epistemes y nuevos desafíos*. Buenos Aires: CLACSO; Manizales: Universidad de Manizales; Bogotá: CINDE, Universidad Javeriana e Instituto de Bioética; Barranquilla: Universidad Simón Bolívar; Washington: ARNA30.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores, Madrid y Buenos Aires.
- Lira, E. y Castillo, M. I. (1991). *Psicología de la amenaza política y del miedo*. Ediciones
- López, A. C. (2013). Memoria y violencia política en Colombia. Los marcos sociales y políticos de los procesos de reconstrucción de memoria histórica en el país. *Revista Eleuthera*, 9(2), 13-38.
- Mafia Terán, N. (2013). Función de la religión en la vida de las personas según la psicología de la religión. *Theologica Xaveriana*, 63(176), 429-459.
<https://bit.ly/3ceV7BY>
- Matus, T. (1995). Desafíos de trabajo social en los noventa. En *Perspectivas metodológicas en trabajo social*. ALAETS-CELATS.
- Mendoza García, Jorge (2004). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, (6),0.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53700616>
- Molina, N. y Páez, D. (2010). La memoria colectiva, una ética de futuro. En: Barreto E. & Jaimes Salas, J. (Comp). *Memoria, silencio y acción psicosocial Reflexiones críticas sobre por qué recordar en Colombia*. Ediciones Cátedra Libre Martín Baró.
- Mojica, J. (2000. octubre 15). La asombrosa historia del beato paisa de cadáver incorrupto. *El Tiempo*. <https://bit.ly/3PqffA1>
- Nieto, P. (2013) *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia. El caso reciente de la ciudad de Medellín*. (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata, Argentina. <http://hdl.handle.net/10915/30199>
- Palacio, J. G. (1994, marzo 23). La guerra llegó a las calles de Angostura. *El Colombiano*, p. 8A.

- Pastrana, A. (2000). *Hechos de paz. El Presidente habla de paz*. Tomo II. 1999-2000. Bogotá: Presidencia de la República de Colombia, Oficina del Alto Comisionado para la Paz.
- Restrepo, M. I. (2000, abril 9). Beato Mariano de Jesús Eusse: común y silvestre. *El Colombiano*, p. ID.
- Rubio P. (2016). Los rostros de la memoria. El fenómeno memorialista en el mundo actual y sus usos políticos. En *Historia y Política*, 35. p. 364.
«<http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/article/view/50910/31100>», DOI:
<http://dx.doi.org/10.18042/hp.35.14>
- Saavedra, J. (2015). Cuatro argumentos sobre el concepto de intervención social. *Cinta de moebio*, (53), 135-146. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2015000200003>
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Sautu, R. (comp.). (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Lumiere.
- Sparkes A. C., y Devís J. (2018). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En *Expomotricidad*. Medellín: Instituto Universitario de Educación Física y Deporte de la Universidad de Antioquia.
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/expomotricidad/article/view/335323>
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Tribunal Superior de Medellín - Sala de Justicia y Paz. (2016). Bloque Mineros A.U.C. y sus Frentes. Radicado: 11001600025320068006. Págs. 1788. Medellín, 2016, abril 28. <https://bit.ly/3aF6IK9>
- Uribe de Hincapié, M. T. (2001). *Desplazamiento forzado en Antioquia. 1985-1998*, Vol. 4. Bogotá, Kimpres.
- Verdad Abierta. (2011, febrero 8). La barbarie paramilitar detrás de un falso “Bolívar”. En *Verdad Abierta*. <https://bit.ly/3z79rFL>

Verdad Abierta. (2012a). Las conferencias de la expansión (1982-1993). En *Verdad Abierta*. <https://bit.ly/3PuGSHz>

Verdad Abierta. (2012b). Frente 5 de las Farc, protagonista de la guerra. En *Verdad Abierta*. <https://bit.ly/3z5VGqD>

Anexos. Dispositivos de memoria

Cartilla *Mis recuerdos, tus recuerdos, nuestros recuerdos. Jóvenes reporteros de la memoria*. Consultar en: <https://bit.ly/AnexosPedro>

Bitácora de los hechos violentos en Angostura y los municipios vecinos registrados por la revista Noche y niebla. Consultar en: <https://bit.ly/AnexosPedro>

Instructivo para la escritura de cartas a las víctimas
Consultar en: <https://bit.ly/AnexosPedro>